

Romper el silencio



22 gritos contra la censura

Editores: Alejandro Almazán,
Daniela Rea y Emiliano Ruiz Parra

ROMPER EL SILENCIO

Lucy Sosa, Ángeles Mariscal, Ismael Bojórquez,
Ignacio Carvajal, Luis Alberto Medina, Martha Izquierdo,
Maricarmen Aguilar Franco, Kowanin Silva,
Laura Sánchez Ley, Gerardo Romo Arias, Pedro Canché,
Modesto Peralta Delgado, Patricia Mayorga,
Carlos Manuel Juárez, Jesús Guerrero, Margena de la O,
Darwin Franco Miguez, Dalia Martínez, Martín Durán,
Melva Frutos, Sergio Ocampo Arista y Norma Trujillo Báez.

EDITORES:

Emiliano Ruiz Parra

Daniela Rea

Alejandro Almazán

© Lucy Sosa, Ángeles Mariscal, Ismael Bojórquez, Ignacio Carvajal, Luis Alberto Medina, Martha Izquierdo, Maricarmen Aguilar Franco, Kowanin Silva, Laura Sánchez Ley, Gerardo Romo Arias, Pedro Cancché, Modesto Peralta Delgado, Patricia Mayorga, Carlos Manuel Juárez, Jesús Guerrero, Margena de la O, Darwin Franco Miguez, Dalia Martínez, Martín Durán, Melva Frutos, Sergio Ocampo Arista, Norma Trujillo Báez, Emiliano Ruiz Parra, Daniela Rea y Alejandro Almazán.

Enero 2018

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada : Daniela Campero.
Imagen de portada: Fanny León.

@BRIGADACULTURAL

Agradecemos la colaboración de Periodistas de a Pie, AC, para la conclusión de este libro.

PRÓLOGO

Pensábamos llamar a este libro *Geografía del silencio* porque se trataba de contar los espacios donde la prensa es silenciada por el *narcopoder* con la amenaza, el hostigamiento, la muerte. En cuanto recibimos los textos de nuestros compañeros nos dimos cuenta del error en el que estábamos. Porque incluso cuando hay silencio, se abre una profunda reflexión sobre el periodismo como ese acto que ejercemos porque queremos y creemos en una sociedad mejor. Este libro, si algo es, es un grito de compromiso con la vida y con el oficio, y también un grito de dolor y de soledad.

Al fondo, como paisaje cotidiano de estas historias, hay un concierto de silencio, de precarización y censura, donde unos saquean al erario, otros despojan a la gente (a través de secuestros y extorsiones) y otros se roban a los jóvenes: los reclutan como *halcones*, pistoleros, *grameros* y los arrojan a la muerte. Las siguientes páginas son el grito que interrumpe el concierto del Silencio Impune.

Este libro se construyó de la periferia hacia el centro. Los periodistas que lo escriben han dedicado sus vidas a escuchar, a recorrer calles, subir cerros, fatigar carreteras para ir por las historias y contarlas. Pero nunca habían contado sus historias. O no así, en un libro, para abrazarse con sus pares de regiones y ciudades al otro lado del país. ¿Por qué estas mujeres y hombres siguieron yendo con sus libretas y sus cámaras a cubrir noticias? Porque si alguna vez han existido luchadoras y luchadores por la libertad son

ellos: Kowanin, Martha, Ángeles, Melva, Margena, Lucy, Paty, Maricarmen, Norma, Dalia, Laura, Ismael, Luis Alberto, Darwin, Jesús, Martín, Carlos Manuel, Gerardo, Santiago, Modesto, Sergio y Pedro, contando sus vidas y las vidas de sus colegas con la guerra como paisaje de fondo. Una guerra de la que sólo vemos los síntomas: los 200 mil muertos, las decenas de miles de desplazados, la estela de 110 periodistas asesinados por su trabajo periodístico desde el año 2000 hasta la amarga noche del 6 de septiembre de 2017 que se escriben estas líneas y que un comando ha matado afuera de su casa a Juan Carlos Hernández Ríos, fotógrafo de *La Bandera Noticias*, en Yuridia, Guanajuato.

Muchos de los que aquí escriben llegaron al periodismo pocos años antes o después de la derrota del PRI en el 2000. Se iniciaron en el oficio durante la alternancia que les prometió el cielo en la tierra de la transparencia y la rendición de cuentas. A cambio les dio el Crimen Organizado con su estela de sangre. ¿Y eso del Crimen Organizado qué chingados es? Un concepto que lo dice todo y no explica nada. Es el nombre que le damos a un agujero negro que lo traga todo, que todo lo engulle y cuya fuerza de gravedad constela a las autoridades, a los dueños de los medios, a los empresarios. Es la máscara para el nuevo capitalismo de cuates que igual devora a través de los secuestros que de la transa en las obras públicas. Es el arreglo de siempre pero ahora armado y dispuesto a todo.

Es importante decir que en este proyecto fueron incluidos periodistas de distintas regiones del país, que trabajan en muy diversas condiciones y que tienen herramientas diferenciadas para enfrentar las agresiones. Es necesario leerlo desde ese entendimiento, para comenzar a desengranar las capas de la censura en México y profundizar en un fenómeno complejo con múltiples aristas y matices.

Las historias de los periodistas nos han mostrado un país siniestro en donde un diputado puede entrar a una oficina a golpear a un reportero con total impunidad; un país terco en donde pese a los homicidios de guardianes del bosque, los indígenas insisten en luchar contra empresarios, talamontes y narcotraficantes; donde una periodista acude a cubrir balaceras, a pesar de que cargue a costas las muertes acumuladas de sus fuentes y el miedo de que algo pueda sucederle a su familia.

Si bien en los últimos años se ha hablado sobre las agresiones a periodistas, si bien son conocidas historias sobre las carencias laborales, las amenazas, las desapariciones, los asesinatos, leer sus relatos fue un proceso doloroso. Fue comprobar que nuestros compañeros han trabajado en la peor de las soledades (si es que se puede decir eso), que los hemos dejado solos, pero que, sin victimismos, ellos han continuado siendo periodistas: saliendo a la calle día tras día a preguntar, a comprobar, a registrar, aunque sea su propia integridad, su tranquilidad o su vida la que esté en riesgo.

Las agresiones del *narcogobierno* configuran las historias más escandalosas de sus relatos. Pero acá no queda títere con cabeza. A nadie le conviene el periodista libre: no lo quiere el gobernador, que le inventa un delito y lo mete a la cárcel. No lo quiere el alcalde, que agarra el dinero del erario público para comprarlo. No lo quiere ni siquiera su patrón: un periodista libre le estorba al dueño de un medio de comunicación cuando llega la hora de malbaratar su independencia editorial por un *convenio de publicidad*. No lo quiere su colega, sí, el periodista que estaba igual de jodido que él, igual de precarizado que él, pero que optó por trabajar para los narcos: ese colega —un traidor, como lo llama Kowanin Silva— le borrará las fotos de su cámara —las que no le convengan al jefe de la plaza—, le ofrecerá

meterlo a la nómina de la *empresa* y si se porta arisco lo llevará con los sicarios a que le den de tablazos en las nalgas o de plano le pondrá el dedo para que lo *levanten*.

Los autores de este libro le vuelan las cabezas a todos los títeres. También a los grandes periódicos de la capital del país, que despiden a sus corresponsales y los dejan en la indefensión, después de que han publicado historias y nombres de la corrupción y el crimen en sus estados. O las grandes universidades públicas que echan a sus reporteros de medios universitarios en castigo por demandar un aumento salarial.

Acaso las hostilidades del narco sea lo más escandaloso, pero aquí están las autoridades censurando, negociando con el dinero de todos los mexicanos el silencio, la adulación de los medios, condenando al hambre a los que no se cuadran y premiando con lujos a los dueños y columnistas lambiscones. En México todos quieren tener control sobre los periodistas. Sobre periodistas que, en algunos casos, ganan dos mil pesos a la quincena y a quienes sus patrones les roban sus aportaciones al IMSS mientras se paran el cuello como próceres de la libertad de expresión. Entre estas historias están los periodistas que asumen el periodismo en su sentido más sencillo y profundo: la responsabilidad de contarle al mundo lo que está ocurriendo. Como dice Melva Frutos: "Porque el silencio no nos debe derrotar".

En este libro hay textos de gran arte narrativo, de prosa límpida que no se permite una metáfora inútil. Algunas de las crónicas de este libro están escritas desde el género de la confesión. Los periodistas hablan del miedo. La angustia de contestar una llamada que les diga dónde están, cómo están vestidos, y rematen con la sentencia "tú eres el próximo", doblemente aterradora si ese periodista llegó apenas a una escena del crimen y está parado frente a

la sangre fresca. O la confesión de Ignacio Carvajal, que ya no podía cubrir otra ejecución sin antes empapar su cerebro con alcohol como si fuera una bola de algodón para limpiar una herida. ¿O de qué otra manera si esa sangre quizá pertenecía a una colega reportera? ¿De qué otra manera si la cobertura ya no la orientan el GPS o la Guía Roji sino los zopilotes que vuelan en torno de fosas clandestinas?

Los relatos de los periodistas conmueven y también plantean dilemas éticos. Sólo quien ha sido testigo del horror, quien ha sido amenazado de muerte u obligado a desplazarse para salvar su vida, puede hablar del compromiso de seguir siendo periodista o de la dignidad de retirarse como una elección de vida.

Los periodistas nos confiesan su sentimiento de culpa. Se sienten culpables cuando ceden ante la amenaza de muerte y dejan de publicar las cifras y los nombres de los caídos. Se sienten culpables si tienen que desplazarse a otras ciudades y a otros países. Se sienten culpables por salvar sus vidas. “Cuando terminé de escribir este texto mataron a Cándido Ríos”, escribe con dolor Patricia Mayorga. Tras las confesiones de culpa estos periodistas sueñan con tener el momento, las condiciones y las palabras para contarlo todo, todas las historias amontonadas tras 17 años de una transición falaz a la democracia, democracia que se ha convertido en barbarie porque este libro deja dos preguntas: ¿qué es lo que no quieren que se sepa? Y, ¿quiénes son los que no quieren que se sepa?

Este libro está lleno de rabia pero también está escrito con un montón de amor. Del amor que siente Pedro Canché al ver a su hijo de dos meses succionar la leche del biberón, la misma mañana que aparecieron dos mantas en las calles de Cancún que amenazaban con matarlo (y Pedro Canché sabe de lo que son capaces los enemigos poderosos: el ex gobernador Roberto Borge lo metió nueve meses

a la cárcel). En este libro hay un chingo de amor por Javier Valdez, asesinado en Culiacán el 15 de mayo de 2017. Por Miroslava Breach, ejecutada en Chihuahua el 23 de marzo de 2017. Dos periodistas cuyos asesinatos conmovieron al país y acaso también al pedazo del mundo que los conoció y recorrió con ellos las calles de Culiacán y las comunidades serranas de Chihuahua. Es un libro de amor también a otros compañeros casi tragados por el olvido como Alfredo Jiménez Mota, desaparecido en Sonora en 2005 a sus 25 años de edad tras ser el primer reportero, y el último, que se atrevió a investigar el narco en esa entidad. En este libro se relata la conversación amorosa de Salvador Adame con su esposa Frida Urtiz una noche antes de que lo desaparecieran en Michoacán.

Las historias que los periodistas escriben en este libro nos hablan de un oficio que se ejerce como un profundo acto de fe: por la necedad de creer que se puede mejorar la convivencia humana, empujar a la justicia, porque no sólo se puede, sino que es nuestra responsabilidad como personas que fuimos testigos de algún crimen, algún daño, algún dolor.

La idea de este libro surgió en los días inmediatos al asesinato del entrañable periodista Javier Valdez, ocurrido en Culiacán. Queríamos gritar nuestro encabronamiento en un libro. Después de algunas discusiones entendimos que el mejor homenaje a los muertos era iluminar el testimonio de los vivos. Preguntarle a los periodistas como Javier Valdez qué chingados significa escribir desde una zona caliente. Que nos contaran sus historias y las historias que ha borrado la censura asesina. El resultado ha sido sorprendente: una galaxia de voces libres, dignas y valientes que rompen con su luz la oscuridad del silencio.

Emiliano Ruiz Parra
Daniela Rea
Alejandro Almazán

ÍNDICE

CIUDADES

CIUDAD JUÁREZ

Lucy Sosa "El último policía de Valle"13

COMITÁN

Ángeles Mariscal "El silencio de la frontera sur"25

CULIACÁN

Ismael Bojórquez "Carta a mi editor sobre Javier"39

COATZACOALCOS

Ignacio Carvajal "Intoxicado"47

HERMOSILLO

Luis Alberto Medina "El último gran reportero que cubrió narco"63

IXTEPEC

Martha Izquierdo "Entre el miedo y la pasión"73

LUVIANOS

Maricarmen Aguilar Franco "Guardar quietud"85

SALTILLO

Kowanin Silva "Cómo aprendimos a callarnos"97

TIJUANA

Laura Sánchez Ley "La fotógrafa de nota roja"111

ZACATECAS

Gerardo Romo Arias "Periodismo en discreta resistencia"119

FELIPE CARRILLO PUERTO

Pedro Canché "No disparen, periodistas trabajando"133

LA PAZ

Modesto Peralta Delgado "Mi vida no vale la de un asesino"147

TERRITORIOS

CHIHUAHUA

Patricia Mayorga "Carta desde el exilio"159

GOLFO DE MÉXICO

Carlos Manuel Juárez "Tres formas de aprender el silencio"169

GUERRERO COSTA

Jesús Guerrero "Reportear en Guerrero: entre el crimen y la militarización"183

GUERRERO CENTRO

Margena de la O "Reportear en zona de fuego"193

JALISCO

Darwin Franco Migués "Jalisco: entre la precariedad y el miedo"209

MICHOACÁN

Dalia Martínez "Al estilo Michoacán"219

SINALOA

Martín Durán "Los días amargos"231

TAMAULIPAS-NUEVO LEÓN-COAHUILA

Melva Frutos "Periodismo y horror en el noreste"245

TIERRA CALIENTE

Sergio Ocampo Arista "Una sociedad sin futuro"255

VERACRUZ

Norma Trujillo Báez "Un viaje al interior: el silencio cómplice o la historia que puede matarte"263

CIUDADES

EL ÚLTIMO POLICÍA DE VALLE

Lucy Sosa

La llamada entró a mi teléfono celular poco después de las 8 de la mañana del martes 7 de julio del 2015. Me apresuré a responder con un “buenos días” y al otro lado de la línea escuché el ulular de las sirenas de una ambulancia. Mi corazón empezó a latir. El miedo, inevitable, me despejó. “Date vuelta, aquí, date vuelta”, escuché que gritaba la voz conocida.

— ¡Bueno, bueno! — insistí yo, casi entrando en pánico.

— Reportera nos están matando, nos emboscaron, le dieron a Joaquín, ya mataron a su hijo — gritaba con horror la persona al otro lado de la línea y se cortó la comunicación.

Quedé paralizada. Tardé tres segundos en reaccionar. Llamé a Lucio Soria, mi compañero fotógrafo, le expliqué lo que ocurría y quedamos de encontrarnos a la salida de Ciudad Juárez para trasladarnos juntos, como lo hemos hecho los últimos 9 años. Juntos, siempre juntos, por nuestra seguridad.

El ataque armado ocurría en el municipio de Guadalupe, al este de Ciudad Juárez y nosotros estábamos a poco más de 60 kilómetros de distancia. La agresión contra Joaquín Hernández Aldaba era un acto violento terrible. No sólo era el más reciente director de Policía, nombrado 16

días antes. Joaquín el único policía que quedaba vivo en esa comunidad fronteriza.

Lucio y yo salimos de Juárez y tomamos la carretera Juárez-Porvenir en silencio, a la expectativa de lo que nos esperaba. Nuestro jefe de información estaba enterado de la situación y estaba al pendiente en la redacción de las novedades que enviáramos por teléfono celular. Lucio recibió algunas llamadas de otros colegas y les advertía de lo que ocurría. Ellos se sumarían a la cobertura por seguridad nuestra y de ellos.

Los minutos se me hicieron eternos mientras recorríamos la carretera Juárez-Porvenir hasta llegar a mi querido Valle. El Valle de Juárez es una zona rural azotada por la violencia provocada por los cárteles de Juárez y Sinaloa, que desde el año 2007 pelean los kilómetros de frontera sin muro y muy poca agua del Río Bravo, que lo hacen el punto ideal para el cruce de drogas y personas de México a Estados Unidos, y de armas y fayuca a la inversa. Eso y la escasa presencia policiaca de lado mexicano, hacen de este lugar el paraíso de los narcos y la pesadilla de los pobladores, que en su mayoría tienen la doble nacionalidad y los niños suelen ir a la escuela cruzando por los puentes internacionales, a veces sin su pasaporte americano.

El ataque armado contra el comandante de la Policía Municipal de Guadalupe no era la primera balacera que cubríamos en esa apartada región agrícola, reconocida por la calidad de su algodón, pero esta vez era diferente. Un integrante de la comunidad estaba en riesgo y había pedido a gritos nuestra presencia y yo tenía miedo por él, por nosotros, por todos. El Ejército Mexicano me había confirmado la agresión. La

primera versión del hecho era la portada del Diario Digital y los soldados me avisaban que se desplazaban al lugar las ambulancias de la Cruz Roja de Ciudad Juárez.

La Policía Municipal de Juárez instalaba retenes en la carretera Juárez-Porvenir, dentro del límite de Juárez con Guadalupe, para cerrar el paso a los agresores que yo retrataba, mientras Lucio conducía a prisa por la carretera recién ampliada y única vía de comunicación al Valle. En otras coberturas, mientras Lucio conduce la camioneta del periódico, yo suelo mirar con atención las propiedades que encontramos al transitar entre los ejidos entre Juárez y el Valle. Siempre busco algún cambio entre las casonas abandonadas, quemadas o de fachadas perforadas por las balas, todo obra de los grupos delictivos que han sembrado el terror en la zona. Tengo la esperanza de ver que sus dueños regresaron y reparan las viviendas, pero eso no ha pasado. Otras veces ocupo el trayecto contando las cruces de hierro forjado o de madera colocadas al pie del camino, en memoria de los residentes asesinados en esa carretera que comunica a Ciudad Juárez con los municipios fronterizos de Guadalupe y Praxedis G. Guerrero. El número de cruces aumenta año con año. Este viaje fue la excepción. Mientras tomaba fotos de los convoyes de carros policiacos también buscaba por las calles de los poblados a los agresores que podrían andar todavía cerca.

Durante el trayecto recordé que dieciséis días atrás, el 21 de junio exactamente, Máximo Carrillo Limones, comandante de la policía de Guadalupe, fue privado de la libertad por un comando armado que lo sacó del campo de béisbol del pueblo; luego de asesinarlo, abandonaron su cuerpo en el kilómetro 87 de la carretera Juárez-Porvenir, cerca del Rancho la Paloma del municipio que protegía. Aún me estremece recordar las fotografías de ese hecho y la entrevista posterior que le hice a su familia en duelo.

A Max lo había saludado días antes de su muerte durante la cobertura de un homicidio ocurrido en Guadalupe y él me había proporcionado información importante sobre esos hechos violentos. Hasta bromeamos sobre el “premio gordo” que se sacó al aceptar el cargo público que nadie quería.

Durante el proceso electoral local del 2013, el candidato a la Presidencia Municipal por el Partido Revolucionario Institucional, Gabriel Urteaga Núñez, ofreció como compromiso de campaña reinstalar la Dirección de Seguridad Pública Municipal de Guadalupe. Urteaga Núñez ganó e intentó cumplir su promesa, pero al menos una decena de vecinos rechazó ser policía. Max fue el único que aceptó la responsabilidad. Y lo hizo con gusto. Así me lo comentó el día que le dije que estaba loco por asumir ese cargo en una comunidad con fuerte presencia del Cártel de Sinaloa, disputando el territorio fronterizo con el Cártel de Juárez.

—Tenemos que poner el granito de arena— dijo como simple respuesta.

La Dirección Municipal de Seguridad Pública de Guadalupe había sido desmantelada en el 2010. La comandante Irma Érika Gándara Archuleta fue privada de su libertad el 23 de diciembre de ese año, cuando un grupo criminal irrumpió en su casa y ella pasó a engrosar la larga lista de mujeres desaparecidas en El Valle. Erika ingresó a la corporación como radioperadora en el 2009 y para el 2010 ascendió a comandante.

Recuerdo que me contó que se había dado de baja de la corporación por una lesión en la columna, pero la inseguridad en el pueblo cerró fuentes de empleo y el trabajo era escaso. Entonces regresó a la corporación porque nece-

sitaba el seguro médico, dijo a su familia casi justificándose. Pero la verdadera razón de su reincorporación fue su amor a la carrera policial hasta que alcanzó el máximo rango. Irma Érika fue la primera mujer que dirigió la comandancia en ese municipio, aunque los sicarios pronto la dejaron sin elementos ante las amenazas y los “levantones”. Erika pronto se quedó sin los siete policías que tenía el pueblo de poco más de dos mil habitantes.

Erika se aferró a la idea de darle seguridad al pueblo y el crimen organizado no perdonó la afrenta. Fue hasta el 12 de febrero de 2011 cuando apareció el cuerpo descompuesto de una mujer flotando en el canal de aguas negras en Ciudad Juárez, justo a la altura del kilómetro 60 de la carretera Juárez-Porvenir en el municipio de Praxedis, G. Guerrero. Ocho meses después el Servicio Médico Forense recibió los resultados del perfil genético y oficialmente fue identificada como Erika Gándara la mujer desaparecida el 23 de diciembre de 2010. Hasta entonces su familia recibió su cadáver. La causa de muerte fue un traumatismo craneoencefálico severo.

Con el asesinato de la comandante de 28 años ese 2010, la Policía Municipal quedaba desarticulada por primera vez en su historia y el pueblo sin seguridad pública, hasta que Max aceptó el cargo ofrecido por Urteaga Núñez en el 2015. Luego del asesinato de Max el presidente municipal ofreció el puesto a Joaquín Hernández Aldaba, quien desempeñó la encomienda escasos 16 días hasta que fue acribillado junto a su hijo. Desde entonces Guadalupe se quedó sin Policía Municipal.

Lucio y yo mantuvimos el silencio cuando pasamos el letrero metálico que da la bienvenida a los visitantes a Gua-

dalupe, pronto apareció frente a nosotros el cordón amarillo con letras negras con la leyenda “precaución” y que habían extendido varios metros advirtiendo la cercanía de la escena del crimen. Trepados en el enrejado observamos cuando los paramédicos sacaban el cuerpo del comandante Joaquín, luego a su hijo Jonathan Uriel Hernández, de 24 años. Finalmente los paramédicos de la Cruz Roja Juárez atendieron al tercer tripulante de la patrulla, tipo *pick up*, que estaba herido.

Entonces mi teléfono celular sonó otra vez y la misma voz que me había alertado sobre el crimen, explicaba, todavía alterada, cómo sucedió todo. Me dijo que en la comandancia de policía habían recibido la llamada avisando de un accidente en la carretera. Joaquín se alistó para atender la emergencia y su hijo Jonathan, que estaba de visita, le preguntó si lo podía acompañar pues era paramédico. Joaquín le dijo que sí. También se sumó un civil que ese día acudió a pedir trabajo y había entregado su solicitud de empleo con sus documentos personales. La patrulla con los tres tripulantes salió de prisa mientras los técnicos en urgencias médicas de Protección Civil los seguían a unos metros de distancia.

“El comandante se adelantó, nosotros nos pasamos del entronque y cuando nos dimos la vuelta en U vimos cuando los rodeaban y los rafagueaban desde varios vehículos. No tuvimos de otra más que regresar a la base, nosotros no llevamos armas, nada con qué defendernos”, decía en forma atropellada el paramédico, casi justificándose por haber salvado su vida. “Avisamos al Ejército y a la Fiscalía mientras nos dirigíamos a la Presidencia”, agregaba. En el edificio histórico prácticamente todo el gabinete se ocultó. Ese día las puertas del edificio municipal se cerraron un momento, pero el acceso de entrada a la comandancia de

Policía se cerró en forma definitiva por orden del alcalde Urteaga Nuñez.

La Dirección de Policía permanece desmantelada hasta ahora.

El Valle es una comunidad que resiste a desaparecer. Aquí viven poco más de mil 500 personas, de los 9 mil y pico que el INEGI contabilizó en el Censo de 2005. El decremento de la población a causa de la violencia ha sido impresionante para propios y extraños.

Juárez, Guadalupe y Praxedis G. Guerrero son la perla de corona para un país que primero fue punto de paso de la droga a Estados Unidos y de armas de fuego hacia México. Kilómetros y kilómetros de una frontera sin muro, con escasa agua en su río y muy cercanos a la carretera Interestatal — 10 que entrelaza a casi todos los estados de la unión americana — son el paraíso para los traficantes de droga. El Valle cuenta con enormes brechas adaptadas como pistas clandestinas, una sierra poco peligrosa que enlaza la frontera con la carretera Panamericana y evade los retenes militares y aduanas fronterizas. Por aire y tierra el trasiego de droga ha sido, por décadas, la principal actividad en esta zona rural reconocida internacionalmente por calidad de su algodón.

Recuerdo que la primera semana de octubre del 2010 se habían registrado algunos hechos violentos en el municipio de Praxedis G. Guerrero y llamé por teléfono a la comandancia de policía en busca de información. Me contestó una mujer con voz muy juvenil y pensé que era la secretaria, así que le pedí que me comunicara con el comandante. “Soy yo”, me aseguró la de voz de niña. Así conocí

a Marisol Valles García que por teléfono me contaba que tenía 20 años, que aceptó el trabajo porque tenía un hijo que mantener y como estudiante de Criminología en Juárez se sentía capaz de desempeñar el cargo en el que estaba al frente de otras tres mujeres y unos cuantos hombres más. Yo le compartí la información a mi jefe, Martín Orquiz, y también mis temores pues la zona estaba en plena disputa mientras el gobierno estatal encabezado por César Duarte Jáquez poco hacía para combatir el crimen en esa región.

Tenía miedo por Marisol, quien no portaba arma de fuego, y había aceptado el cargo a pesar de que todos sus antecesores habían sido ejecutados. Nunca me imaginé el *boom* noticioso que generaría su nombramiento, al grado de ser incluida en la lista de las mujeres más influyentes de América y reconocida en España como la mujer más valiente del mundo. Durante los cuatro meses que Marisol estuvo al frente de la corporación, la mayor parte del tiempo lo dedicó a la atención de los periodistas de las diversas partes del mundo que querían conocerla. Esa exposición mediática, que temí cuando la entrevisté por primera vez, finalmente terminó con su corta carrera policial, pues la atención que captó la “mujer más valiente del mundo” provocó las amenazas de muerte de los grupos delictivos en plena disputa por la plaza. Marisol tuvo que huir a Estados Unidos, donde pidió asilo político.

En mayo de este 2017 nos enteramos que su esposo había sido detenido y actualmente es sujeto a proceso penal en El Paso, Texas, por conspiración para importar mariguana, conspiración para poseer mariguana con la intención de distribuirla y conspiración por lavado de dinero.

Después del exilio de Marisol de Praxedis G. Guerrero, y el asesinato de Joaquín de Guadalupe, no hubo más Policía en el Valle. La seguridad de esos dos municipios ahora está a cargo de la Comisión Estatal de Seguridad Pública.

Sin embargo, la pugna entre los dos cárteles continúa. Sabemos que las entrañas de esta tierra guardan cientos de historias que no alcanzan a salir a la luz pública por miedo de sus pobladores y porque somos pocos los reporteros que acudimos a esa zona considerada, por mucho tiempo, el epicentro de la llamada “guerra contra el narcotráfico”.

Tras el atentado contra Joaquín, el entonces presidente municipal me concedió una entrevista sin lograr contener el llanto ante tantas muertes. No pude evitar compadecerlo. Sé lo que es perder al amigo, al compañero.

La violencia que azotó a Ciudad Juárez a partir del 2007 trastocó casi todos los hogares fronterizos y también a la redacción del *Diario de Juárez*, donde trabajábamos Armando Rodríguez y yo. “Choco”, como lo apodaron por su tez morena, fue asesinado dentro de su auto con su hija dentro. Esperaba a su otra hija para llevarlas al colegio cuando lo acribillaron vil y cobardemente un 13 de noviembre del 2008.

Carajo, todavía lo lloro.

A mí me tocó escribir de su muerte y la muerte de miles más. A las 11 de la mañana de ese horrible 13 de noviembre decidí que tenía que salir a la calle y seguir haciendo el trabajo de reporteo, pese al dolor, pese al miedo, pese a todo. Y no solo fui yo, toda la redacción se sacudió las lágrimas y salimos a hacer nuestro trabajo.

Por eso estaba ahí en el Valle, esa mañana del verano del 2015. Por eso voy siempre que los ciudadanos me llaman para denunciar casas quemadas o la presencia de los grupos rondando las calles imponiendo toques de queda. Porque me piden ayuda para publicar las fotos de sus hijos, esposos o padres desaparecidos. Porque me mandan por WhatsApp la ubicación de las casas donde presumen que hay fosas clandestinas y la autoridad ignora esas denuncias anónimas.

Contar lo que ocurre en el Valle ha sido casi un compromiso personal y mi familia lo ha asumido, con sus propios miedos y preocupación, asimilan las veces que tengo que salir a esa zona, donde todo puede ocurrir, incluso que el Ejército Mexicano nos amenace.

Eso nos ocurrió a mi compañero fotógrafo Mario Bañuelos y a mí cuando nos amagaron con desaparecer-nos. Pudo ser, estábamos a más de 80 kilómetros de distancia de Juárez.

En mayo del 2010 reporteábamos la desaparición de tres empleados municipales y Mario tomaba fotos de un grupo de militares a bordo de cuatro camionetas *pick up* color verde olivo, con los números 08855364, 08855353, 08855359 y 08855367, los cuales trabajaban en el operativo de rastreo de los desaparecidos. El comandante a cargo se molestó y los soldados empuñaron las armas largas contra Mario, mientras forcejeaban para quitarle su cámara y borrar sus fotos. Yo intervine y casi a golpes y con gritos logré que soltaran a mi compañero y le regresaran el equipo fotográfico, no sin antes recibir la amenaza de que nos iban a desaparecer. Casi volábamos de regreso a Juárez, pero en el trayecto hicimos la nota informativa y anexamos las fotos al periódico digital. Si nos pasaba algo, al menos había una denuncia pública. El regreso fue tenso y cada cinco minutos nos llamaban de la redacción para saber que estábamos vivos.

Esa agresión se denunció ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos y no prosperó. Muchos meses después, ni siquiera recuerdo cuántos, a Mario y a mí nos llegó una carta que decía que los militares iban a tomar cursos de derechos humanos y la firmaba el General Salvador Cienfuegos Zepeda, hoy secretario de la Defensa Nacional.

El miedo a morir en una cobertura no era una paranoia mía. En septiembre del 2010, el día 16 para ser exacta,

era asesinado mi compañero fotógrafo Luis Carlos Santiago Orozco, de 21 años, y en el ataque resultó herido Carlos Sánchez, quien tenía poco menos de dos semanas en *El Diario* aprendiendo el oficio. Ese horrible día, otra vez, Lucio y yo llegamos primero a la escena del crimen sin imaginar que eran nuestros compañeros quienes habían sido el blanco de un ataque a mano armada. Carlos, quien nos solía acompañar a Lucio y a mí en las coberturas, estaba ahí, sangrando, casi inconsciente, pero abrazando su cámara fotográfica que me entregó como su máspreciado tesoro.

Siete años después, todos los crímenes que relato aquí siguen impunes. Carlos continúa tomando fotos. Hace unas semanas fuimos juntos al poblado Las Varas, en Madera, Chihuahua, donde un enfrentamiento entre grupos delictivos dejó un saldo de 15 muertos. Una masacre. Cuando íbamos en la carretera y tras encomendarnos a Dios, le pregunté a mi compañero:

– ¿Qué, Carlitos, tienes miedo?

– Na, – fue toda su respuesta.

Nosotros seguimos trabajando. También continúan trabajando en el Valle de Juárez aquellos que sobrevivieron al ataque del martes 7 de julio del 2015, el día que asesinaron al último policía del Valle.

EL SILENCIO DE LA FRONTERA SUR

Ángeles Mariscal

1. EL TÍO GIL

Para los chiapanecos usar la palabra tía o tío es una muestra de respeto, generalmente hacia la gente adulta o reputada, que se antepone a los nombres de pila. Se lo dicen a la tendera, al viejo taxista, a la señora que vende olla podrida afuera de la iglesia. En Comitán, incluso, se refieren como a Tío Beli para hablar de su paisano Belisario Domínguez, el célebre médico y político que contribuyó al derrocamiento de Victoriano Huerta, allá por 1914. Con ese mismo miramiento con el que llaman a Tío Beli, los comitecos comenzaron a decirle Tío Gil a Gilberto Rivera Amarillas, un sinaloense que llegó a Comitán en 2004. Tío Gil era un nombre que en la política chiapaneca se pronunciaba con respeto, pero que apenas se susurraba en el periodismo chiapaneco. Hubo reporteros que vieron fotografías donde Tío Gil abraza a equis o ye político. Hubo reporteros a los que les hablaron de las fiestas de Tío Gil, amenizadas con charros, caballos bailadores y cantantes de moda. Y hubo reporteros que supieron que Tío Gil financió las campañas de tal alcalde o tal regidor. Pero nadie publicó ni una sola foto ni se escribió una sola línea. Tío Gil traficaba para el Chapo Guzmán.

Fue hasta el 9 de junio de 2016 que la prensa chiapaneca se ocupó de Tío Gil. Ese día, el operador del Chapo fue capturado en el Aeropuerto Internacional La Aurora,

de la ciudad de Guatemala. Tío Gil tenía pendiente una orden para ser extraditado, acusado de distribuir droga en Estados Unidos. La noticia, sin embargo, duró nada en los medios: un día después nadie volvió a hablar de Tío Gil. Sólo en Facebook, algunos habitantes que conocieron a Tío Gil ofrecieron sus condolencias. “Era una persona muy buena”, le escribió alguien, seguramente deschavetado. Y no faltó quien lo llamó El señor de la frontera sur.

La frontera sur, y sobre todo Chiapas, es el paso obligado de bienes que se negocian en los mercados negros del norte: niños, mujeres, migrantes, armas, pornografía, drogas. Aquí se negocia, se cuida, se pacta, se vende y, sin embargo, alcaldes, gobernador y presidente pretenden borrar a Chiapas del mapa sangriento que afecta al país. Si uno revisa los medios chiapanecos, las únicas referencias a la infinita lista de delitos son los boletines de prensa que de manera esporádica dan cuenta de algún decomiso de droga, de la ubicación de laboratorios clandestinos o de algunos ejecutados al estilo Sinaloa. Nada que enoje a los señores de la plaza. Nada que altere los pactos entre narcos. Nada que vaya en contra de los militares mexicanos que miran y permiten el tráfico de personas. Porque para vivir y hacer periodismo en la frontera sur se necesita guardar silencio.

*

Lo último que se supo de Tío Gil es que había muerto en una cárcel estadounidense, a causa de “una enfermedad terminal que lo aquejaba desde hace varios años”. Días después de la muerte, un colega de Comitán me cuenta varios detalles del capo: la esposa que dejó viuda, las personas que trabajaban para él, la gente que viajó a Sinaloa para el sepelio, los que llevaron flores a uno de los ranchos que

el capo compró en la frontera con Guatemala, y hasta me platica que Tío Gil era mediador entre los políticos de la región. Le pregunto por qué no publica esa información y él me evade. El miedo, pienso. Minutos más tarde le insisto y me responde que está masticando la idea de escribir un libro y no solo de Tío Gil, también de Chucho Blanco y El amarillo, otros narcos que azotan la región. “Pero a esos les voy a cambiar sus nombres”, me dice y yo lo entiendo: ningún reportero en Chiapas quiere amanecer con la boca llena de moscas y balas.

El reportero chiapaneco tiene que cerrar los ojos cuando ve que en los traspatios de las casas se acumulan los enormes tambos azules donde transportan la efedrina. También cuando ve los anuncios que han colocado las autoridades en centros turísticos, que dicen: Prohibido pasar con armas. Y también cuando ve cómo, todo el tiempo por las carreteras, circulan camionetas y más camionetas jalando remolques donde transportan caballos de carreras. El reportero chiapaneco se queda con la versión oficial, como fue en el caso de los tres mariachis asesinados en julio de 2017, después de que regresaban de una fiesta en Guatemala, a sabiendas que la verdad es que los tres muertos no eran mariachis, sino que pertenecían a un cártel y habían ido a una pelea de gallos.

2. LOS MEDIOS DE PAGA

Es mayo de 2017 y estamos en el interior del Centro Indígena de Capacitación Integral, en San Cristóbal de las Casas. Hay expectativa porque el Congreso Nacional Indígena (CNI), del que el EZLN forma parte, dará a conocer que Marichuy será su vocera-candidata a la presidencia de

México en las elecciones de 2018. Más de 300 “periodistas” se han acreditado para dar cobertura a este hecho, pero no todos somos iguales: un minucioso filtro separa, cataloga, califica, etiqueta y segrega. En la clasificación de los organizadores solo hay dos grupos: los “medios libres, autónomos, alternativos o como se llamen” y “la prensa de paga”. El primer grupo son medios formados por el EZLN o por organizaciones que simpatizan con el zapatismo. El segundo bloque lo conforman los demás. Toda la prensa comercial es considerada “vendida” y bajo eso, a los reporteros se les asigna o no algún espacio para la cobertura.

Javier Elorriaga Berdegú, uno de los operadores civiles del EZLN, es parte de ese filtro. “Prensa corrupta”, le dice a un grupo de reporteros que esperan su acreditación para entrar al CNI. Uno de esos colegas es Isaín Mandujado y éste le pregunta a Elorriaga:

—¿Cuándo le van a levantar el veto a Elio Henríquez?

—Nunca —contesta Elorriaga y se pierde entre el gentío.

Desde hace tres años, los periodistas Elio Henríquez, Fredy Martín Pérez y Moisés Zúñiga están vetados de los encuentros zapatistas. Todo empezó el 2 de mayo de 2014, el día en que fue asesinado el zapatista José Luis Solís López *Galeano*, maestro de la comunidad La Realidad. Elio, Fredy y Moisés se trasladaron a La Realidad. Elio —quien conducía el vehículo— intentó llegar primero a la zona que ocupan los zapatistas, pero quienes viven en la entrada de La Realidad, militantes de la CIOAC-H (Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos-Histórica) salieron al paso y comenzaron a narrar la versión que ellos tenían sobre los hechos. Al terminar las entrevistas con los integrantes de la CIOAC-H, los tres periodistas se dirigieron a la zona donde habitan los zapatistas.

“Cuando los reporteros acudieron al caracol a solicitar entrevista con las autoridades autónomas, un joven con el rostro descubierto (normalmente usan pasamontañas y paliacates) solicitó sus nombres y los de sus medios y preguntó si habían entrevistado a los miembros del grupo contrario. Diez minutos más tarde salió y dijo: Señores, no los vamos a atender. Se pueden ir a la chingada”, se lee en la nota que Elio escribió en *La Jornada*, con el titular “Un muerto y 13 heridos, saldo de la refriega entre el EZLN y la CIOAC-H” y que, queda claro, sólo incluye la versión de la CIOAC-H ante la negativa zapatista.

En los días subsecuentes, los zapatistas emitieron comunicados en su página web, donde ofrecieron su versión sobre la agresión de La Realidad y la muerte del maestro Galeano.

Este es un extracto del comunicado del 5 de mayo del 2014:

Los paramilitares de la Realidad ya estaban organizados y el plan de lo que iban a hacer, estaban en 2 grupos, un grupo en la entrada de la comunidad y otro grupo en el centro armados con armas largas y corta- machetes, garrotes y piedras, antes de llevar a cabo el asesinato empezaron con la provocación destruyendo la escuela autónoma de nuestros compañeros bases de apoyo de la comunidad, cortan la tubería de agua de nuestros compañeros zapatistas y del centro del caracol, nosotros nada más lo vimos y escuchamos, en esos momentos estaban llegando ya los compañeros por los otros trabajos de la zona, inmediatamente los paramilitares de la Realidad fueron a emboscar en la carretera en la entrada de la comunidad y empezaron a agredir a nuestros compañeros con piedras, garrotes, destruyendo el parabrisas de los camiones como pudieron bajaron de los camiones nuestros compañeros y se defendieron, nosotros como Junta de Buen Gobierno nos dan la información inmediata de que ya son agredidos nuestros compañeros y salen otros compañeros que se encontraban en el caracol haciendo trabajos para ayudarlos pero ya no pudieron llegar, fueron atacados en el medio del poblado con armas de fuego y allí es donde cae nuestro compañero José Luis Solís López, maestro de zona de la escolita por la

libertad según las y los zapatistas, recibió una bala en la pierna derecha y otro en el pecho derecho con bala de calibre 22, con machetazo en la boca y lo rematan con un tiro de gracia a tras de la cabeza del mismo calibre y con varios garrotazos en la espalda.

Además de los disparos y machetazos, el cuerpo de José Luis Solís López fue arrastrado 80 metros y dejado tirado.

Tenemos otros compañeros heridos de balas, de machetes, de garrotes y piedras:

-Romeo Jiménez López herido de bala uno en la pierna derecha y otro en la pierna izquierda, de bala calibre 22.

- Andulio Gómez López con un rozón de bala en el pecho-calibre 22.

El compañero Abacuc Jiménez López herido con machete en el brazo derecho.

el compañero Yadiel Jiménez López herido de machete también en el brazo derecho.

el compañero Efraín herido de piedra en la cabeza

el compañeros Gerardo herido de piedra en la boca

el compañeros Ignacio herido de piedra en la mano derecho y en la ceja.

el compañero Esaú herido de piedra en la ceja.

el compañero Noé herido de piedra en la cabeza

el compañero Saúl golpeado y por piedra en el brazo derecho

el compañero Elder Darinel con golpes en el cuello

el compañero Héctor herido en el ojo por piedra

el compañero Marín golpe en la boca destruyéndole los dientes con piedra

el compañero Nacho herido en la mano y el ojo con machete y piedra

el compañero Jairo golpes en la espalda

Nuestros compañeros fueron trasladados en nuestros hospital escuela la primera esperanza compañero Pedro, para su atención.

6.-Desmentimos enérgicamente que nosotros estábamos armados, si fuera así el resultado sería otra cosa, esto pasó a las 8.30 de la noche del día 2 de mayo.

7.-Hoy 5 de mayo vimos que dice el mal gobierno de Chiapas que han detenido a 5 personas uno de ellos sí es el líder paramilitar de la CIO-AC que es Conrado Hernández Pérez, los otros no los conocemos, pero ellos sí se conocen, sobre todo el máximo jefe paramilitar Manuel Ve-

lasco Cuello y también sabe el supremo líder paramilitar de Peña Nieto, pero: los asesinos criminales paramilitares quien le quitaron la vida y le dieron tiro de gracia a nuestro compañero José Luis Solís López no están detenidos, siguen estando en la Realidad, continúan provocando y seguirán porque es el plan del supremo paramilitar y el máximo paramilitar en Chiapas y los jefes paramilitares de CIOAC.

9.-Ahora se ve claramente que todo lo que salió en la prensa de paga es mentira. Nunca hubo un enfrentamiento. Lo que pasó fue un ataque en contra nuestra.

Detallaron las agresiones continuas que precedieron este hecho y ofrecieron argumentos que presumen algún plan orquestado dentro de la estrategia gubernamental para desmembrar al EZLN, utilizando como grupos de choque a organizaciones como la CIOAC-H.

Este es un extracto del comunicado del 8 de mayo del 2014:

1.- Se trató de una agresión planeada con anticipación, organizada militarmente y llevada a cabo con alevosía, premeditación y ventaja. Y es una agresión inscrita en un clima creado y alentado desde arriba.

2.- Están implicadas las direcciones de la llamada CIOAC-Histórica, el Partido Verde Ecologista (nombre con el que el PRI gobierna en Chiapas), el Partido Acción Nacional y el Partido Revolucionario Institucional.

3.- Está implicado al menos el gobierno del Estado de Chiapas. Falta determinar el grado de involucramiento del gobierno federal.

En suma: no se trató de un problema de comunidad, donde los bandos se enfrentan enardecidos por el momento. Fue algo planificado: primero la provocación con la destrucción de la escuela y la clínica, sabiendo que nuestros compañeros no tenían armas de fuego y que irían a defender lo que humildemente han levantado con su esfuerzo; después las posiciones que tomaron los agresores, previendo el camino que seguirían desde el caracol hasta la escuela; y al final el fuego cruzado sobre nuestros compañeros.

En esa emboscada fueron heridos nuestros compañeros por armas de fuego.

El Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas había sido invitado como testigo para la solución del conflicto de abastecimiento de grava y así informó de primera mano que la agresión ocurrió en el marco de ese conflicto entre zapatistas y ejidatarios de La Realidad, iniciado semanas antes, cuando los ejidatarios afines a la CIOAC cortaron el suministro de agua a los simpatizantes del EZLN y robaron un vehículo de las bases de apoyo. El Frayba también dijo que alrededor de las investigaciones había una muralla de impunidad y que el asesinato de Galeano era un golpe contra el proceso de autonomía del EZLN, que ha demostrado su vocación por la paz.

Elio y los otros dos colegas publicaron esta información, y aun así fueron vetados de todos los encuentros convocados por el EZLN, acusados de difundir mentiras.

Un año después, en el homenaje al maestro Galeano que se realizó en Oventic, el subcomandante Marcos —quien para entonces había adoptado el nombre de subcomandante insurgente Galeano, en honor al maestro asesinado—, habló de nuevo del asunto: “(...) Un trío de periodistas de paga, adocenados por el gobierno del Ario Velasco y su podrida corte, levantaron una mentira en torno a su asesinato (...) Quienes tragaron sin reparo la mierda gubernamental y la difundieron en primera plana, ahora tienen eco en quienes maquillan la noticia y presentan su asesinato como producto de un enfrentamiento”.

Elio tenía veinte años como corresponsal cubriendo al movimiento Zapatista.

La muerte del maestro Galeano y los desencuentros que se dieron por la publicación en *La Jornada*, tensaron aún

más la relación entre zapatistas y periodistas. Los zapatistas siempre han cuestionado el trato desequilibrado y a veces injusto que han recibido de los medios de comunicación. En efecto, para grandes medios de comunicación, en especial electrónicos, el zapatismo ha sido sistemáticamente invisibilizado o difamado, y el zapatismo, en su denuncia, ha acusado por igual a los medios comerciales sin distinguir cuando hay coberturas sesgadas de cuando son profesionales. Para los zapatistas, los periodistas somos una extensión de esos “medios de paga”, y no individuos con criterio, que muchas veces nos jugamos su situación laboral al cuestionar desde adentro las decisiones editoriales.

Si me preguntan por qué a pesar del ambiente adverso seguimos cubriendo los actos zapatistas, respondo sin chistar que es porque creemos y reconocemos lo valioso e importante de los movimientos que buscan crear mejores condiciones de vida. Sigo, porque creo que es mi deber dar a conocer esta parte de la historia, una historia que debe contagiarse y crecer.

3. EL PERIODISTA Y EL CHAYO

El reportero Silvano Bautista publicó un texto donde da cuenta de las demandas penales que pesan sobre la diputada priista María de Jesús Olvera Mejía, así como las acusaciones por tener dos actas de nacimiento en entidades distintas. La réplica de la legisladora fue demandar a Silvano por daño moral y le exigió cinco millones de pesos para reparar el daño. Silvano recibió la solidaridad de decenas colegas, quienes iniciaron una campaña de denuncia en contra de la desfachatez de Olvera, hasta que dos periodistas — uno de ellos no tiene tapujos en presentarse como asesor del gobernador Manuel Velasco — llevaron a Silva-

no con el presidente del Congreso del estado y éste le pidió “hacer una tregua” respecto a las protestas. Silvano aceptó. Curiosamente, a los pocos días el gobierno estatal destrabó el movimiento que Olvera encabezaba desde la CTM para impedir la construcción de la hidroeléctrica Chicoasén II.

A nadie le quedó duda que pactar la tregua de las protestas en contra de Olvera fue la moneda de cambio para que el gobierno negociara con la diputada y ésta levantara el bloqueo que transportistas de la CTM —organismo de la que Olvera es presidenta— mantuvieron durante nueve meses.

Pero esta historia tiene muchos matices que, por una parte, evidencian la utilización de la justicia con fines políticos, la omisión y complicidad de las autoridades en un caso que afecta directamente la libertad de expresión; y también evidencian la precariedad y desprotección laboral que viven los reporteros de Chiapas.

Antes de que Silvano escribiera sobre las denuncias penales que hay contra Olvera, transportistas disidentes de la CTM habían denunciado amenazas y pactos extra-legales que habría hecho la legisladora. En una conversación telefónica que difundieron sus opositores en Youtube, Olvera habla con uno de sus trabajadores sobre “quemar camiones”, “partirles la madre” y “hacerles un desmadre” a transportistas con quienes, de acuerdo al audio, se disputaban el trabajo en la hidroeléctrica Chicoasén II.

“La diputada y sus ocho averiguaciones previas”, fue el título del texto de Silvano, que escribió el 5 de agosto de 2015 y que se publicó en tres medios chiapanecos. Silvano me dice que él ya se había olvidado de ese reportaje hasta que el 12 de junio de 2017 le llegó un citatorio de la Fiscalía General del Estado: necesitaba comparecer, pues Olvera lo acusaba a él y a uno de los medios por daño mo-

ral. Silvano les explicó a los directivos del diario demandado y estos acordaron hacerse cargo del proceso penal, mientras Silvano denunciaría el hecho y buscaría el apoyo de colegas periodistas. Con las reservas que a varios periodistas nos provocó el que en el caso estuviera involucrado el dueño del diario, que es ex diputado priista, decidimos emprender una campaña para que Olvera retirará la demanda, pues consideramos que, de proceder, sería un mal precedente para la libertad de expresión. Durante una semana mantuvimos los cuestionamientos públicos contra la legisladora y, a la par, exigimos que la Fiscalía diera cuenta al Poder Judicial de las demandas penales en contra de Olvera, ya que de haberse remitido cuando fueron interpuestas, Olvera hubiera tenido el impedimento legal para ocupar una curul. La respuesta de la Fiscalía, sin embargo, fue el silencio, y la del presidente del Congreso fue interceder — a través de los dos periodistas — para que Silvano pactara una tregua en las protestas.

Al día siguiente de que fue anunciado el pacto Olvera-gobierno del Estado, la diputada ofreció una entrevista a una de esas páginas informativas que abundan en Facebook y, luego de asumirse como víctima de la campaña de protestas que hicimos los periodistas, reconoció que por “recomendaciones del señor gobernador”, “convenció” a sus afiliados de la CTM para permitir la continuación de los trabajos. También dijo que los pobladores, cuyas tierras van a ser afectadas por la represa, han aceptado la indemnización ofrecida por el gobierno federal.

El destino que tome la demanda en contra de Silvano aún es incierta.

*

“Los reporteros ya no se pelean la nota, sino el chayo”. Esta plática la he tenido cientos de veces con mi colega Sandra y siempre que hablamos me viene a la mente lo que otra periodista me contó una vez: al llegar a cubrir una conferencia de cierto político se encontró a un viejo reportero de la capital, de Tuxtla Gutiérrez, quien la alcanzó para avisarle que a ellos les estaban ofreciendo doscientos pesos por escribir una nota favorable, pero a ella, por ser corresponsal de un medio nacional, podría alcanzar hasta los 500 pesos. Ese viejo reportero suele andar por ahí, metido en un chaleco descolorido de tanto caminar bajo el sol. Va con sus zapatos terrosos y con las múltiples credenciales de medios colgadas al cuello. Va con su andar apresurado, su rostro sudoroso y su pobreza a cuestas.

Sandra me ha dicho más de una vez que no juzgue a los compañeros. “A muchos los mandan sus jefes a las calles con una credencial en la mano, casi como si fuera una pistola, para asaltar al político, al alcalde o al diputado.” Yo le he respondido que entiendo al reportero que envejeció y ahora camina con su ropa raída por el centro de la ciudad, ayudado por un bastón; entiendo a aquél que tiene como único instrumento de trabajo una grabadora amarrada con una liga para que no se haga pedazos; entiendo al reportero que se le caen los dientes poco a poco, porque lo que obtiene por su trabajo no le da para ir con un dentista. Pero lo que sí me molesta es que los dueños de los medios y los columnistas cercanos a la clase política se enriquezcan de forma grosera. Negocian acuerdos publicitarios con funcionarios, legisladores, alcaldes, eternos aspirantes a vivir del erario y con el gobernador en turno.

“Aquí estoy con mi compadre el gobernador Manuel Velasco.” “Nos visitó mi compadre el diputado Eduardo Ramírez.” “Un honor haber sido invitado al bautizo del

hijo del presidente municipal.” “Agradezco los regalos que el señor secretario me envió con motivo de mi cumpleaños.” Esas son las frases que en Facebook, en Twitter o en sus medios escriben columnistas y periodistas, acompañadas de las fotografías correspondientes.

Hacer el cálculo y documentar los gastos reales que el gobierno del estado gasta en prensa es una tarea imposible: maneja partidas presupuestales de manera discrecional, desde los llamados “gastos de representación”, pasando por las asignaciones destinadas a cubrir el pago por la prestación de servicios contratados con profesionistas, remuneraciones adicionales y especiales, hasta el pago de gasolina. A ello hay que sumarle que los acuerdos publicitarios nunca son transparentes. Se disfrazan con facturas de empresas fantasma, con entrevistas a modo o con publicidad en cines de todo el país, como fue el caso del gobernador Velasco a finales de 2013.

En la mayoría de los medios de comunicación del estado, los boletines de prensa del gobernador compiten espacio con las entrevistas a políticos y servidores públicos que viven en eterna campaña proselitista y que no tienen miramientos en usar a su familia para dar la impresión de ser personas buenas y cercanas a la población.

“Ustedes son pobres porque quieren”, me dijo un colega que al mes gana, al menos, 40 mil pesos.

EL EPÍLOGO

A mí también me han preguntado por qué los periodistas de Chiapas no escribimos sobre los cárteles que trafican y operan en el estado. ¿Y cuál sería el objetivo?, me he preguntado. ¿Para que las autoridades actúen? ¿Para alertar a

la población? ¿Acaso la política no es la que hace los acuerdos de paso? ¿No es la población la que también se va acomodando y hasta le da a los narcos el título de tíos? Pienso en las experiencias que viven colegas de otros estados y en lo lejanas que hace años me parecían esas historias de cárteles y violencia. Pienso en la muerte de mis compañeros, en los desaparecidos y en los exiliados. Pienso que vivir y hacer periodismo en la frontera sur, por ahora es observar en silencio. Ya llegará el momento de contarlo.

CARTA A MI EDITOR SOBRE JAVIER

Ismael Bojórquez

Querido Alejandro, acabo de contar los días y son noventa y dos. Hace exactamente tres meses mataron a Javier Valdez. No sé por qué jodidos escogiste el día 15 de agosto para entregarte este texto que me ha costado tanto esfuerzo sentarme a escribir. Es un mal día, siempre los días 15 serán días malos para nosotros. Y los lunes. Y los mediodías. Y las 12, por la hora en las que asesinaron a Javier. Doce. Doce cascajos quedaron regados en el pavimento con su enchiloso olor a pólvora quemada.

Pasé por esa calle y lo volví a ver tirado bocabajo, con el sombrero apenas movido de su cabeza pálida, esa que tantos días y tantas noches pensó en nosotros buscando la forma de lograr que fuéramos menos infelices. No había nadie en la calle, ahora lluviosa, pero volví a bajarme del carro para confirmar que era él. Yo sabía que era él. Caminé y le di la vuelta y lo volví a mirar ahí: su cuerpo tibio, la piel con vida y ese brazo herido con el que, al parecer, Javier se cubrió, como queriendo impedir lo que no tenía remedio: ya había sido escrito con plomo ardiente en alguna cueva maldita.

Me senté a un lado del cenotafio que mandó erigir su familia. Un puño de flores fue arrasado por la lluvia y un cartel dibujado por su amigo Dante sobrevive aferrado a un poste. En una placa de lámina galvanizada está la tira Tarjeta Negra, dibujada por el monero AVC, donde Javier se levanta como dicen que se levantó Lázaro de Betania e

ilumina el mundo con su luz: “Quisieron callarte... y ahora tu voz está en todas partes”.

He leído y releído los textos más recientes escritos por Javier. Y he repasado el contexto. Y le he dado vueltas a la estúpida forma en que lo mataron para luego dejar su carro ensartado en una banqueta. ¿Te acuerdas lo que te decíamos para aquél trabajo que publicaste en *Gatopardo*? Aquí no podemos dejar que se vaya una palabra de más, una de menos. Aquí en Sinaloa eso significa dos caminos: la vida o la muerte. Y busco y rebusco esas palabras de más o esas de menos en los textos de Javier, o si rompimos ingenuamente los equilibrios que en otros tiempos nos salvaron de lo que ahora sucedió. No lo sé todavía.

Sabíamos que podía ocurrir. Por eso siempre trabajamos con miedo. “Con la mano en el culo”, decía el bato, pero siempre trabajamos.

LA SOMBRA SINIESTRA DE UN COMANDANTE

Te lo dijo Javier en El Guayabo: “Aquí sí te matan, aquí sí te pegan pinchis sustos. Aquí te la juegas todos los días”. Y te contó la cabrona historia entre nuestro compañero Luis Fernando Nájera y el comandante Barceló, un ex Gafe¹ que en la policía ministerial formó un grupo de élite llamado Centauro. La historia te la contó entre cerveza y cerveza en esa palapa que, dicen los que viajan, se parece a un bar cubano.

Un día Nájera andaba cubriendo un cateo de policías ministeriales en el fraccionamiento Tabachines, de Los Mochis. Era media noche y llegó con su camarita disparando flashazos. Se le acercó el comandante Barceló, le arrebató la cámara y le pegó un manotazo que hizo volar sus lentes.

1. Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales del Ejército mexicano.

Luego le propinó unas patadas en las costillas, mientras lo amenazaba: “¡Yo te puedo matar, cabrón, por metiche te mato!”. A Nájera se lo llevaron a la cárcel, por entrometido y lo que resulte (Nájera fue dejado en libertad a la mañana siguiente y nosotros denunciarnos los hechos ante un Ministerio Público ese mismo día).

Javier se encontraba ese día en Los Mochis, cubriendo para *La Jornada* una flaca gira de Andrés Manuel López Obrador. Me llamó mitad aturdido, mitad encabronado: “Bato, la ministerial detuvo al Nájera... lo acusan de portación de arma de fuego y de disparar...”. La nota le cayó a Javier por suerte y por desgracia, las dos cosas juntas; el cielo y el infierno en una licuadora, como dice Paco Ignacio Taibo II en *Sintiendo que el campo de batalla*. Contextualizamos la información con una serie de abusos cometidos por el Grupo Centauro en contra de pobladores de varios municipios y la publicamos en nuestra siguiente edición. Del seguimiento también se encargó Javier. Como cuando el juez federal absolvió a Nájera y ordenó investigar a Barceló y a los policías que acusaban al reportero, pues habían mentido ante la autoridad judicial. El juez les agregó cargos de tortura, lesiones y privación ilegal de la libertad.

En el Congreso del Estado, Javier registró la petición del pleno para que la procuraduría local informara sobre los abusos de Barceló y para que actuara con rigor. Y aunque legisladores locales y federales ya se habían reunido con el gobernador para exigirle que castigara a Barceló, el comandante quiso saber quién era ese otro reportero que se había atrevido a balconarlo y a hostigarlo. Y fue así como, una noche, empezó a rondar la casa de Javier. Javier se dio cuenta y logró detectar tres vehículos, entre ellos una camioneta Durango.

Con esos datos fuimos Javier y yo a cazar a Barceló a las instalaciones de la ministerial. Solos, orates, como te dijo Javier que estábamos, sin ninguna protección. Locali-

zamos dos de los autos, anotamos las placas y les tomamos fotografías. Como Barceló estaba fuera de la ciudad, decidimos esperarlo varias horas. Tan expuestos nos vimos que unos policías se acercaron a interrogarnos. Quiénes éramos y qué hacíamos ahí. Les respondimos que éramos académicos de la UAS y que estábamos esperando a unos familiares para interponer una denuncia. Ya de noche llegó Barceló en su Durango blanca, todo vestido de negro. Le tomamos imágenes y nos largamos. Días después, el comandante fue suspendido, gracias a nuestra denuncia y a que hablamos con el gobernador para advertirle que Javier corría peligro.

Barceló fue dado de baja dos meses después, en septiembre de 2007. Trabajaba para los hermanos Beltrán Leyva. Era de Hidalgo pero decidió quedarse en Culiacán, para su mala ventura. Cuando en 2008 estalló la encarnizada guerra al interior del Cártel de Sinaloa, el comandante le apostó a los Beltrán y perdió la jugada. En junio de ese año, una camioneta apareció de la noche a la mañana en el fraccionamiento Montebello con tres hombres decapitados en la cajuela. Uno de ellos era Barceló. Le tenían tanto odio que le pusieron sobre el pecho una víbora, también descabezada. Cuando le hicieron la autopsia, los médicos forenses se dieron cuenta de que alguien le clavó la punta de un cuchillo en la nuca y lo deslizó por toda la espalda hasta llegar al coxis. Todo eso se lo hicieron cuando Barceló todavía estaba vivo.

Por eso Javier te dijo que soltó el aire cuando se enteró de la muerte de Barceló, porque siempre lo trajo resolándole en la nuca, su sombra siniestra hasta la pesadilla.

EL CHAPO CENA EN LAS PALMAS

Javier no disfrutó mucho de esa tranquilidad con la que le

gustaba sentarse a saborear en El Guayabo un tequila o un *güisqui* mientras escuchaba los chistes léperos de la Casimira o un jazzesito tocado por la banda del bar. Y no la disfrutó mucho porque meses después hizo una crónica sobre la inesperada visita del Chapo Guzmán al restaurante Las Palmas. ¿Te acuerdas, Alejandro?

Fue el viernes 30 de noviembre, como a las ocho de la noche, cuando dos muchachos entraron al negocio y hablaron con los comensales. “Señores, dentro de unos momentos llegará una persona muy importante a cenar. Tendremos que cerrar la puerta. Nadie podrá entrar ni salir. Y recogeremos los teléfonos celulares. No se preocupen, nosotros pagaremos sus cuentas.”

Alguien me había dado información básica, pero debíamos confirmarla. Entonces Javier fue al restaurante, se zampó una cabrería a término medio, identificó a un conocido y luego volvió para amarrar la historia. “¿Y qué comió?”, le preguntó Javier a su fuente. “Lo de siempre: carnes y mariscos.” El Chapo llegó acompañado de un séquito de guardaespaldas, saludó de mano a todos los comensales y se dirigió a un privado que tiene una entrada lateral. Por ahí salió cuando terminó de cenar, casi dos horas después.

La nota se publicó el 10 de diciembre. Ese mismo día elementos del Grupo de Análisis Especial, que se supone hacen los trabajos de inteligencia en el Ejército Mexicano, acudieron al restaurante para investigar sobre los hechos y, cuando recibieron las negativas de rigor, le recomendaron a la gerencia que demandara a *Ríodoce* por difamación. Luego nos llegó la historia de que el Chapo se enojó mucho por la nota y que amenazó con darnos un susto, pero uno de sus compadres le dijo que se dejara de cosas, que “los muchachos sólo están trabajando”.

Para eso Javier ya traía apretados los esfínteres. Porque siempre en estas notas, cuando son reveladoras, alguien llega y te recuerda que escribir así es como caminar sobre un terreno minado, donde no sabes cuándo vas a salir volando. Es entonces cuando el miedo que siempre te acompaña se vuelve una sombra densa, aunque nunca dejes que se convierta en un lastre.

FRANK ARMENTA: VERDADES BAJO AMENAZA

Nos pasó también con la publicación del video donde Frank Armenta Espinoza, ex escolta de Mario López Valdez acusa al ex gobernador de colaborar con el Cártel de Sinaloa.

Te cuento, Alejandro:

El 4 de junio de 2013, Frank se encontraba de vacaciones en Guasave cuando fue levantado por un grupo armado. La noticia del secuestro se difundió ese mismo día pero fue hasta tres semanas después que nos llegó un video a una bandeja que teníamos en nuestro sitio web y que se llamaba S.O.S. El módulo estaba ligado a un correo electrónico de la redacción y fue detectado un día después de que fue enviado. Lo abrimos para ver el contenido y nos fuimos de espaldas. Era Frank hablando ante una cámara de video denunciando que Malova tenía relación con el Chapo Guzmán y con el Mayo Zambada y que se había reunido con ellos en varias ocasiones. Escribimos una nota y la acompañamos del video. Fue un escándalo nacional.

A mediados de julio llegó un nuevo video donde Frank amplía la información sobre los presuntos nexos de López Valdez con el Cártel de Sinaloa y da detalles de viajes en helicópteros del gobierno del estado que, supuestamente, realizaron miembros del gabinete a La Tuna, Badiaguato, la tierra natal del Chapo.

La publicación de esos videos es tal vez una de las decisiones más riesgosas que hemos tomado en *Ríodoce*. Más de uno nos advirtió que estábamos en peligro de sufrir una agresión. Nos metimos con el cártel de la droga más poderoso que ha tenido este país durante décadas, expusimos al gobernador y a su gabinete, balcaneamos conversaciones de los jefes policiacos que evidenciaron su gran colusión con el hampa y su involucramiento en crímenes y escribimos historias donde altos mandos del ejército también salieron salpicados. Y lo hicimos en un ambiente de guerra entre los cárteles que dejó miles de asesinatos sólo en Sinaloa.

Frank Armenta Espinoza apareció muerto en Culiacán 68 días después de su secuestro. Lo encontraron en el sector sur con nueve impactos de bala. Había sido torturado. El gobierno “lamentó” su muerte y que hubiera sido utilizado por un grupo del crimen organizado “para la perversidad de sus acciones”.

Frank fue levantado por órdenes del Chapo Isidro, operador de los hermanos Beltrán Leyva. Luego nos llegó la información de que este pequeño capo y el gobierno de Malova habían llegado a un acuerdo. De Guasave hacia la frontera con Sonora sería territorio para ellos. Se operaron cambios en las policías de esa zona y después de varios enfrentamientos las cosas volvieron a la normalidad.

*

No hemos regresado a El Guayabo, carnal, desde ese maldito lunes 15. Pero la Casimira y el Zurdo les explican a los que preguntan por nosotros que no podríamos estar ahí sin llorar y despertar el morbo. Nos queda abajito de la oficina, ya ves, el bulevar de por medio. Lo decía de broma pero si

hubiera tenido dinero instalo una tirolesa para bajar de la redacción derecho a la puerta del bar. Ya nos imaginábamos a Javier en el primer traslado, todos tomándole fotos y videos. Tal vez no era tan mala idea.

Pero ya volveremos, cuando se nos acaben las lágrimas.

INTOXICADO

Ignacio Carvajal

Coatzacoalcos, julio, 2017

—Por ser tú, y los medios que manejas, tenemos un recurso: 15 mil pesos mensuales.

—Ya la otra vez se te habló —me insiste mientras sigue rodando el viejo coche en el que me llevan— y se te dijeron cosas en mal tono. Yo vengo a disculparnos por lo de esa vez. Verás que si llevas las cosas bien y te coordinas con los muchachos no vuelve a pasar. Nosotros somos una nueva administración y no queremos problemas con la prensa. Seremos amigos de los periodistas.

Poco tiempo había pasado del asesinato de Yolanda Ordaz, de su sobrino Gabriel Hüge, y Esteban Hernández; poco más del homicidio contra don Miguel Ángel López Velasco —*Milo Vela*— su familia, y del tan querido *Gordo*, Misael López Solana. El estado de Veracruz ya era calificado como uno de los sitios más inseguros para la ejercer el periodismo en el planeta.

En Veracruz la mafia te mata o te desaparece, pero si eres periodista primero busca tu “amistad” por la buena o por la mala. Conmigo fue al revés y primero me tocó regañón. Esa tarde el personero me hizo recordar ese mal rato:

“Hijo de tu puta madre, ¿no habíamos dicho que esa nota no se iba a manejar?”, me escupía la voz al otro lado del radio.

No era la primera amenaza, pero esta vez tuvo toda mi atención cuando escuché mi domicilio, las placas de mi coche y la señales de la ropa que usaba esa tarde. “Mira, cabrón, a ver cómo le haces, pero quiero que bajes esa madre, pero ya, si no...”, y se escuchó el sonido de la pistola subiendo el tiro a la recámara.

Yo estaba de vacaciones y desconectado. Alguien me avisó de cinco decapitados cuyos restos fueron arrojados en el edificio de un ayuntamiento de la región. Eran elementos de la policía municipal y familiares del alcalde, cuyas cabezas rodaron por el suelo de la alcaldía como en el boliche, pero no les dediqué mayor interés.

Mi editor vio la información en *Narcoviolencia*, una página que ventilaba temas de narcotráfico en Veracruz, mejoró la redacción y la subió a su plataforma de Internet. Pero los nuevos delincuentes no querían escándalos en la prensa. Enrique Peña Nieto tenía unos días de haber rendido protesta como presidente de la República y el gobernador Javier Duarte de Ochoa festinaba *haber librado a Veracruz del flagelo de los Zetas*.

A nivel político comenzaban a tejerse los narcopactos en donde delincuentes y políticos se tomaban de la mano. Los *malos* no querían más violencia aunque ellos la siguieran generando. En su retórica, los Zetas habían sido vencidos y no había razón de saber de más matanzas o secuestros. A los ganadores de la guerra —el Cártel de Jalisco— les convenía apaciguar el puerto; a los Zetas, *calentar la plaza*, y en medio de todo, quedaban los reporteros.

Por eso la voz del otro lado del Nextel no dejaba de recordarme la forma en que habían matado a tres fotógrafos de nota roja cuyos cuerpos terminaron desmembrados, en bolsas negras, en un canal de desagüe.

“¿Acaso quieres que te pase lo mismo?”, gritó. “Mira, te habla el jefe de la Plaza, es 23 de diciembre, ma-

ñana día 24, ¿a poco quieres que tu familia se pase la fecha bonita velando tu cadáver?”

Temblando, dije que estaba de vacaciones, que si sabía tanto de mí, las mismas personas que le habían informado a detalle le confirmarían que después de cuatro años me tomaba unas vacaciones y que no sabía nada de sus decapitados.

Colgó y a los 20 minutos volvió a marcar. Se le oía más relajado. “Mira, ya me contaron que estás franco. Vale, te creo... pero quiero que me hagas un favor, ¿sí?, de cuates, ¿puedes? “Adelante, a ver, dime”, respondí. “Mira, habla con tu jefe y dile a los cabrones que bajen esa madre; si no, habrá pedos y si no quieren bajarla dame el teléfono del cabrón ése y ahorita le llamo.”

Ipsa facto le marqué a mi editor y le comenté el problema: que me tenían vigilado y que muy seguramente a ellos también, le pasé al costo cada una de las mentadas de madre y amenazas de hacernos cachitos para lanzarnos al canal de La Zamorana.

En un parpadeo bajó la nota y el tipo me volvió a marcar. Más relajado, incluso, alegre, “gracias, mijo, gracias por el favor, mira, la verdad, que uno no los entiende a ustedes, pinches reporteritos hijos de la chingada, si se les dice que eso no, pues no, hagan caso, cabrones”.

Continuó:

“Mañana es 24, ¿a poco no crees tú que me gustaría estar con mi familia pasando la fecha a todo dar, disfrutando y echando una chela, pero vea, tengo que andar resolviendo estas pendejadas que hacen. De esos que matamos, ni se preocupen, son escoria, no valen la pena tenerlos en la sociedad. Son Zetas mugrosos a los que hay que darles piso porque están haciendo daño. Ando haciendo una buena labor, y ustedes salen con sus mamadas de escribirlo. ¡Cómo

les gusta chingar la madre!, ya, cabrón, sácate a chingar tu madre, pásatela chido, no sea pendejo y no ande publicando mamaditas.

Cerca de 10 minutos escuchando la voz de un desconocido que primero me quería despedazar y luego me contó lo frustraste que resultaba matar en vísperas de Noche Buena. Di por canceladas mis vacaciones. Si me iban a matar sería por cosas mías, no de otros. Las preguntas y cuestionamientos comenzaron a asaltarme. ¿Cómo tenían mi número de radio?, ¿cómo sabían tanto de mí, de periodistas que había conocido?

Sin duda mis compañeros me habían puesto. A la distancia me quedó claro. No pude dormir ese día ni el siguiente. Quise apagar la paranoia con sexo y tampoco. No pude durante un mes. Por esos meses, la Red de Periodistas de a Pie me convidó a un curso-taller-experimento con especialistas en trauma y estrés enviados de la Universidad de Columbia. Vino gente de todo el país a contar su dolor. Escuchar a personas con problemas similares o peores me dio un poco de seguridad. Me ayudó a enfrentar lo que venía.

* * *

Lo vi afuera de mi oficina. Como en anteriores ocasiones, lo acompañaba otro periodista y, dentro del coche, el personero de las gafas y el afeitado impecable, ataviado en ropa de lino y fragancia fresca, que me abrió la puerta del desvencijado automóvil.

Supe de qué se trataba cuando noté una camioneta llena de sujetos que estaban pendientes de los movimientos del cochecito desvencijado de los dos periodistas.

— A los compañeros ya los conoces. Yo creo que ya sabes quiénes somos. Se trata de una nueva administra-

ción, una empresa que no viene a pelearse con ustedes ni a darles malos tratos. Queremos dejar eso atrás — me decía el enviado.

—No queremos publicidad, no más de la cuenta. Las cosas van a seguir pasando. Pero algunas creo que no nos gustaría verlas en los periódicos. A eso queremos que nos ayuden y por eso los andamos visitando.

En la mano portaba un folder, de ella se asomaba una lista con varios nombres tachados, casi todos conocidos.

—Tú no tienes que hacer nada, sólo olvídate de lo que ocurra en Veracruz y Boca del Río.

—Sí, mire, le doy las gracias por resolver esto personalmente, pues luego hay compas que se toman atribuciones y andan cobrando por uno, y uno sin saber en qué listas anda su nombre. Eso se agradece. Yo le digo, acá, con todo respeto, no me lo tome a mal, gracias por el ofrecimiento.

—Si cree que le puedo generar problemas —seguí— eso no va pasar, ni se va acordar de mí. Me olvido de Veracruz y Boca del Río, como dice. No me voy a pelear con ustedes por una nota, pero el dinero, por favor, eso sí, lo dejamos a un lado. Les saldré barato.

El par de periodistas que me *invitaron* a escuchar al enviado me miraban estupefactos, como si hubiera dejado ir el premio gordo. Me dio la impresión de que al tipo tampoco le gustaba mi postura, pero no dijo nada. Me lanzó del coche no sin antes advertirme hostilmente que si lo volvía a ver en la calle, que no lo saludara. Se lo juré.

Al mensajero nunca lo volví a ver; a los dos compañeros, tampoco. Se acabó la confianza. Si los miro de lejos me cambio de banqueta o busco otra calle. Lo último que supe de ellos fue que andaban preocupados por la amenaza del nuevo gobierno panista-perredista que buscaba encarcelar a reporteros que hacían las funciones de informantes de grupos criminales.

Yo dejé de escribir de Veracruz y Boca del Río por algún tiempo, y abrí el abanico de temas más allá de la violencia y la sangre en el concreto, y me centré en coberturas de violaciones a derechos humanos. Todo el estado caminaba al escenario en donde hoy se encuentra: un gran agujero negro en donde abundan abusos ya sea del poder, de la delincuencia o de los dos en conjunto.

¿Colaboré con la delincuencia a aceptar una franja de silencio en Veracruz con mi censura?, no lo sé. Lo que sí sé es que sigo igual de pobre y los compañeros que tal vez sí le entraron no duermen tan bien como yo ni han redactado crónicas de tantas víctimas de otros municipios ajenos a Veracruz y Boca del Río, como quien escribe esto.

* * *

¿Qué pasó en Veracruz y Boca del Río durante esos años, que coinciden con la llegada de Javier Duarte al gobierno del estado, de Arturo Bermúdez a la Secretaría de Seguridad Pública, y de mandos de la Marina a puestos clave en áreas de seguridad? No hay forma de contarlos sin voltear a las secciones de nota roja. Las personas comenzaron a morir por montones en las condiciones más absurdas, la mayoría por robos o accidentes. Eso tenían que decir las notas para no incomodar.

No había ejecutados ni ajustes de cuentas, menos *levantones*, aunque siguieran ocurriendo. De pronto las personas comenzaron a evaporarse. Desaparecían por todos lados mujeres, adolescentes, hombres en edad laboral, aunque la mayoría de víctimas eran jóvenes de los 18 a los 35 años.

Y los que eran llevados por la fuerza posteriormente recibían la correspondiente dosis de descrédito atribuyendo fuentes que los vinculaban con hechos ilícitos o con los Zetas.

En esos días, y buscando tener el menos contacto posible con los voceros de la delincuencia, si uno sabía de un hecho de violencia ocurrido en la región durante la noche o madrugada, por las mañanas echaba un ojo a los diarios locales, si lo reportaban era señal de que se podía escribir. Si no, ni modo, otra nota más al cajón de la censura.

Así fue con la primer visita de Enrique Peña Nieto como presidente a Veracruz, el 6 de enero de 2013 con cientos de acarreados de todo el país. Horas antes, en la zona conocida como Casas Fantasma abandonaron los cadáveres de once personas con un mensaje firmado por los Zetas, donde advertían que ellos no iban a entregar la Plaza.

“Por favor, te lo ruego por mi vida, si publicas eso en la agencia internacional nos van a reventar las nalgas, te lo pido por mi vida, no lo saques”, me suplicaba uno de los reporteros informantes de la delincuencia, llorando porque me vio cubriendo el hecho. Le dije que no publicaría nada. Y sin embargo en la noche ya me estaban amenazando de nuevo desde un número desconocido.

El silencio acumulado estalló en agosto del 2016 cuando las madres del colectivo Solecito dieron a conocer la fosa clandestina de Colinas de Santa Fe, asentada a unos diez minutos del puerto de Veracruz, de la que se han recuperado más de 260 cadáveres, en su mayoría víctimas de la delincuencia organizada y de corporaciones policiales. Ni el Ejército, ni la Marina y la SSP del estado ni la prensa nos percatamos que se gestaba la fosa clandestina más grande de América Latina en la historia reciente.

* * *

A metros de la entrada a ese rancho de la muerte apareció el cadáver del periodista Juan Mendoza en julio de 2015.

Horas antes había sido reportado como desaparecido. El fiscal en ese entonces, Luis Ángel Bravo Contreras, salió a decir que había muerto atropellado, pero nunca pudo aclarar por qué una venda le cubría los ojos al momento de ser encontrado en la autopista Veracruz-Xalapa, y que el taxi que manejaba apareció a varios kilómetros.

Pienso que tampoco quiso investigar más allá. Quizá se hubiera encontrado detalles desagradables de su vida. Yo por lo menos recuerdo que alguna vez llamó a mi número: “cuñado, ya sé que tienes una página de Internet, y que metistes una nota así y así... mira, está bien, pero tengo *unos amigos* interesados en mover otra nota, ahí te la mando al correo, y si quieres, un apoyo”.

Nunca más le volví a contestar.

SENTIMIENTO DE CULPA

Una alerta del Nextel sonó la madrugada del 26 de julio de 2011. Era un mando del Ejército: “tu compañera apareció decapitada atrás del diario *Imagen*”.

Acompañado del fotoperiodista Félix Márquez, en el sitio sólo encontramos una patrulla custodiando el cadáver. Cumplía más de 48 horas reportada como desaparecida. “Por favor, tomen fotos del movimiento de las autoridades, pero no del cadáver de la compañera”, pedía uno de los reporteros de la nota roja, quien irónicamente construyó una carrera retratando cientos de cadáveres. La escena era impactante. La mujer fuerte de la nota roja en el puerto jarocho se desangraba en la vía pública mientras sus compañeros trataban de salvar un poco de la dignidad de sus restos, y los policías espantaban el sueño con Coca Cola.

Hicimos las fotos y corrimos a un minisúper a comprar bebidas embriagantes para olvidar la cabeza chorrean-

te. Treinta y siete días antes la había visto por última vez. Desfilaban delante de ella los ataúdes de Miguel Ángel López Velasco y su familia. Ella parecía de plomo pero su mirada no era de tristeza sino de angustia y un gran sufrimiento interno.

Al amanecer ya le habíamos dado fin a varios botes de cerveza. Beber y trabajar es algo habitual en el puerto, más si se cubrían hechos sangrientos como una matanza con 35 cadáveres lanzados a la vía pública o dos casas llenas de gente asesinada con una segueta. La sangre y la pólvora siempre eran buen pretexto para embriagarse, drogarse o ambas.

A veces no me podía parar en un enfrentamiento entre delincuentes sin estar intoxicado. Así se lo conté a una corresponsal de *The Christian Science Monitor*, que viajó desde Estados Unidos para documentar historias sobre reporteros asesinados. Gringa, se le oía muy emocionada con la posibilidad de hablar conmigo. Nunca nadie me había entrevistado. No sabía qué decir, así que me puse sincero y le conté que de pronto debía escribir 10 o 12 notas al día para diversos empleos y ganar unos siete mil pesos a la quincena. O que antes de ir a una balacera debía tragarme cuatro bebidas alcohólicas para coger valor. Creo que nada de eso me creyó porque constantemente me cuestionaba sobre mis capacidades para hacer mi trabajo, manejar y transportar a otros compañeros mientras se bebe. Además nunca me mandó la liga con mi historia.

¿CORRUPCIÓN ES QUÉ?

Los billetes volaron por los aires y no pudieron tapar mi cara de vergüenza. Tenía cinco minutos de haber entrevistado al líder ferrocarrilero Víctor Flores, presidente del Congreso del Trabajo, una central obrera adicta al PRI.

Mientras recogía sus declaraciones en mi grabadora, me deslumbraba el espesor de las cadenas de oro y los anillos resplandecientes. Parado en una esquinita dentro del café La Parroquia, del malecón, a la distancia miraba el mural de Bruno Ferreira en el cual retrataba al periodista promedio en Veracruz:

Políticos lanzando diatribas a los reporteros que toman nota y, ansiosos, por debajo de la mesa, captaban el embute, y en medio, deslumbrante, una periodista que lo rechazaba. La aspiración de todo periodista que busque respeto, con sueldo de cuatro mil 500 pesos a la quincena, y eso sumando tres empleos, siempre te lleva a preguntar qué corrompe más: tomar un fajo de billetes o aceptar un desayuno o un regalito. No esperaba que ese día me lo cuestionara tan de pronto al sentir al personero del líder ferroviario tratando de colocarme un rollito de billetes en la camisa.

Me siguió a la salida del café. Bajo la mirada de los demás compañeros el impulso a rechazarlo fue natural. No medí mi fuerza, los dos perdimos el equilibrio y salieron disparados los billetes. En el aire conté como seis de 500. Casi una quincena completa.

Torpe, el personero repetía que al “líder le gustaron tus preguntas, dice que eres rudo, pero no grosero, te manda esto”.

“Jefe, eso no se hace, al rato van a pensar que todos somos como tú y no nos van a querer dar, mejor no vengas a estos eventos, yo te mando las cosas a tu correo”, me dijo un compañero con más de 40 años de trayectoria al notar que no quise el *chayo*.

* * *

Lo vi llegar a la sala de prensa en el ayuntamiento de Veracruz. Se me hizo raro, apenas dos días antes había salido de

vacaciones por un accidente automovilístico. Se había lastimado la mano derecha, con la que tomaba notas y escribía.

Zapatos de mil 200 pesos, pantalón de mil y camisa de 900. Recordé las máximas de Manuel Buendía sobre la apariencia de un reportero corrupto.

“Oye, fulano, ¿qué haces acá?, traes la mano lastimada, no puedes escribir ni tomar notas, estás imposibilitado para trabajar”, le dijo otro compañero.

—Mira, tal vez no puedo escribir con esta mano, pero con esta otra puedo hacer así —e inmediatamente puso la mano buena con la palma extendida, como habitualmente se recibe una untada de billetes.

Las risas de los presentes disiparon el sopor de media mañana.

AMIGOS EN EL AIRE

Le decían el Pollo hache. Se llamaba Juan Francisco Alvarado Martagón y trabajaba para los Zetas en Acayucan. La Marina lo detuvo en febrero de 2012, y lo llevó al rancho La Sota de Oro, donde exhumaron 14 cuerpos. Hombres y mujeres reportados como desaparecidos fueron encontrados hechos puré y con los huesos descalcificados. Se trataba de uno de los primeros hallazgos de fosas clandestinas en el sureste mexicano, lo que atrajo la atención de los periodistas.

Viajamos 300 kilómetros desde el puerto jarocho para conocer el rancho y presenciar las fosas. La Marina no dejaba pasar. Durante varias horas esperamos pacientes la partida de las autoridades y las camionetas del forense para poder meternos al rancho.

Un marino que notó nuestra persistencia le dijo a Félix Márquez y a mí:

— Las fosas no están allá a donde se están dirigiendo tus compañeros, ve a lo alto de los árboles, ahí están señalando — dijo antes de marcharse.

En la copa de unos mangos los zopilotes aguardaban para saltar sobre los restos de carroña que aún yacían en los agujeros. Ahí encontramos las huellas de la muerte, la brutalidad y la impunidad que ocupó las primeras planas de diarios y revistas.

En junio de 2012 lo volvimos a hacer, con 11 cuerpos exhumados de unas fosas en Lerdo de Tejada, ciudad ubicada a una hora y media de Catemaco, la tierra de los brujos. Esta vez no encontramos autoridades, ni caminos, sólo el inmenso mar, arena y al otro lado docenas, tal vez cientos, de hectáreas de matorrales y chaparrales en los que se supone estaban los agujeros ya liberados por las autoridades.

Solos, Márquez y yo enfilamos el coche a donde esas aves merodeaban y poco a poco nos fueron guiando hasta la exhumación y el olor inmundado. En el camino de regreso reflexionamos sobre quiénes eran más miserables, las aves de rapiña por buscar su alimento o nosotros, por buscar documentar lo que otros no quieren que se vea y comercializarlo. No llegamos a ninguna conclusión, sólo que en el aire volaban nuestros aliados.

LA HORA DE MORIR

Quedé saturado de pensamientos sobre la vida y la muerte durante una balacera el 21 de mayo de 2011, en las inmediaciones del bulevar Adolfo Ruiz Cortines de Boca del Río. Los soldados habían dado con el paradero de un jefe de sicarios de los Zetas, a quien intentaron detener cuando comía tranquilamente en el mejor restaurante de carnes de la zona. Sus escoltas pensaron que no era momento de

dejar solo al patrón y abrieron fuego. De nada sirvió, pues resultó abatido.

Iniciaba el Festival de la Salsa, un invento de Javier Duarte para derrochar millones de pesos y quedar bien con el electorado de Boca del Río, feudo de sus rivales políticos, la familia Yunes. Los reporteros estaban concentrados ahí. Como no me gustaba el baile tuve que ir a hacer el trabajo de reconocimiento para cerciorarme de que ya era adecuado ir a cubrir el incidente y dar el aviso a los colegas.

A simple vista ya había acabado el enfrentamiento. Docenas de personas se arremolinaban a ver cómo soldados rodeaban el perímetro, pero yo noté la presencia de tres camionetas de gente armada que merodeaban el área buscando un punto dónde ingresar, tal vez a rescatar el cadáver o quizá iban por la revancha. Busqué un sitio donde guarecerme. Lo vi en una casa abierta de par en par frente a la estatua de los Niños Héroe. Salí disparado del coche, ni siquiera lo apagué. “Eh, debemos meternos a la casa, ahí vienen los refuerzos”, le dije a una pareja que aparentemente eran dueños de la vivienda y que presenciaban las diligencias de los soldados. Yo entré corriendo y ellos detrás de mí con las balas zumbando por la cabeza. “*Ora sí, putos, ahí les va la...*”, gritaban los sicarios embravecidos desde las tres camionetas.

Tirados en la sala, la pareja joven y yo buscamos refugio en la cocina, cerca de un muro donde rebotaban las balas. Aunque no veíamos la acción, se notaba que los soldados iban perdiendo el segundo enfrentamiento, y sólo resistían. Gritaban y se daban ánimos mientras las descargas del lado de los sicarios cada vez eran más intensas. El sonido de esos rifles de asalto hacían imaginar que el infierno se abría bajo los pies.

Yo tomé mi radio y avisé a los compañeros que se regresaran, que se había encendido de nuevo. “¿Dónde es-

tás?, salte de ahí, me gritaban cuando oían el estruendo de las balas por mi línea.

“Ni modo compas, fue un gusto trabajar con ustedes, yo creo que de esta no salgo”, les decía. La pareja de desconocidos se puso mucho más nerviosa, y comenzaron a rezar. Ella me pidió mi teléfono para informar a su familia y avisar que no se acercaran.

Desde la cocina, donde me guarecía, se oían los gritos desesperados de mujeres y niños que habían quedado atrapados en un restaurante aledaño. Se rompían botellas y explosiones de granadas.

“Ni modo, hasta aquí llegué, a estos pobres soldados seguro les van a ganar y luego vendrán por nosotros”, pensaba. Los compañeros no dejaban de mandarme mensajes de paciencia.

A los 15 minutos de enfrentamiento irrumpió un ruido más intenso. El batir de las hélices y los cañonazos de una barret calibre .50 del helicóptero de la Marina sobrevolaba con refuerzos a los soldados. En menos de un minuto se oyeron los gritos “fuga-fuga-fuga” y el rechinar de llantas. Se escucharon aplausos y gritos de júbilo del lado de los militares.

Agradecido con el Ser Supremo me salí de la casa. Había cuerpos regados, soldados heridos, armas tiradas y cientos de cartuchos percutidos. Los militares me vieron y no me dijeron nada cuando me marché inmediatamente sin tomar una sola foto. Ellos seguían excitados y humeantes por el fragor de la batalla.

La libré y sólo pensaba en irme por ahí a pensar en lo que acababa de ocurrir. Al día siguiente regresé a registrar los estragos de la batalla. Casas baleadas, neumáticos alcanzados por las balas. De nuevo me encontré a la pareja de la noche anterior, de quienes ni siquiera me despedí.

“Oigan, gracias por dejarme entrar a su casa, me salvaron la vida”, les lancé. “No te preocupes, no era nuestra casa, pasábamos por el lugar y nos quedamos a mirar, nosotros nos metimos porque nos gritaste y salimos corriendo atrás de ti pensando que era tuya.”

Para el mediodía, se sabía la identidad del mando mafioso asesinado en la balacera del Hotel Lois. “¿Ya sabes a quién mataron?”, se contaban los reporteros de nota roja por esos días entre sorpresa y alegría.

“Mataron a Rolando Beytia, El Manitas. Había sido elemento de la Procuraduría General de Justicia, pero se salió y se fue con el otro bando.” Los reporteros de esos años — quienes lo sufrieron — relatan que despreciaba a los periodistas y a la menor oportunidad los castigaba con tablazos en las nalgas cuando no le hacían caso.

ME TOPÉ CON LA MUERTE

A la primera oportunidad de salir del puerto jarocho, la tomé. Llegó un momento que se tenía que esperar autorización de parte de los voceros del mundo sórdido para escribir sobre un indigente fallecido por hipotermia. Todo lo que tuviera que ver con cadáveres, muerte, sangre, balas o desapariciones era sometido a la censura.

En el nuevo empleo, como jefe de información en el diario *Liberal del Sur*, tenía que conocer a mis compañeros y colaboradores. Ese 5 de febrero me iba a entrevistar con quien era el corresponsal en Villa de Allende, Gregorio Jiménez de la Cruz. Cuando llegué a su casa, avisado de que un comando armado lo había secuestrado, noté la miseria en la que vivía y a unos elementos de la policía haciendo preguntas tontas en vez de salir a buscarle. Su esposa intentaba llamar al secretario de Gobierno para pedirle ayu-

da. Seis días después su cuerpo decapitado apareció en una fosa clandestina.

Una vez más la violencia me alcanzaba, mucho más impactante, y causaba un sentimiento de abandono que desde entonces me lleva a preguntarme: ¿Cuándo llegará mi turno? Más aún en este Veracruz donde no está claro por qué son asesinados los periodistas: si por escribir de la violencia que incomoda al gobernante y a los cárteles, por tener relaciones peligrosas, por ceder al dinero prohibido... un sentimiento que ha hecho que me aprenda de memoria la oración del Justo Juez, en la versión de la película colombiana *Rosario Tijeras*:

*Si ojos tienen que no me vean,
si manos tienen que no me agarren,
si pies tienen que no me alcancen,
no permitas que me sorprendan por la espalda,
no permitas que mi muerte sea violenta,
no permitas que mi sangre se derrame,
Tú que todo lo conoces,
sabes de mis pecados,
pero también sabes de mi fe,
no me desampares,
Amén.*

EL ÚLTIMO GRAN REPORTERO QUE CUBRIÓ NARCO

Luis Alberto Medina

QUERIDO JOSÉ ALFREDO:

El día que desapareciste en Hermosillo, el sábado 2 de abril de 2005, los periodistas en Sonora entendimos las macabras reglas del juego: No podíamos hacer periodismo sobre narcotráfico, su impacto y alcances. Sus afectaciones y operaciones. Si lo hacíamos, seríamos, el que sea, el siguiente al que se lo tragaría la tierra. Tú fuiste el último gran reportero en Sonora que investigó a fondo al narcotráfico. Las rutas del trasiego, los perfiles de los capos y sus pistoleros, los intereses empresariales, el lavado de dinero, la relación del crimen con funcionarios y policías, el cobro de sobornos. Lo sabías todo y por eso te llevaron. Tenías 25 años.

La revista *Proceso* publicó hace un par de años que en 2011 un testigo protegido declaró a las autoridades mexicanas que tu desaparición, supuesta tortura y asesinato tuvo origen en la información que estabas a punto de publicar y que hablaba acerca de Raúl Enríquez Parra, aka el 9, operador en la zona sur de Sonora de la banda Los números o Los güeritos. Aquí yo mismo aplico la autocensura. No puedo decir nombres ni apellidos. Lo siento, José Alfredo: no vivo en Ciudad de México ni en otra ciudad lejos de Hermosillo. Pero somos muchos los que sabemos que en tu

desaparición participaron funcionarios estatales y federales, y esta carta la escribo para que no mueras.

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ MOTA ERA UN TIPO MORENO Y ROBUSTO QUE MEDÍA UN METRO CON 80, y cuyas manos eran tan grandes que, cuando las empuñaba, parecían las manos de un hombre de piedra. Recuerdo que caminaba como caminan los gigantes en las caricaturas: encorvándose al avanzar, como si estuviera a punto de desplomarse. Su vozarrón norteño también imponía. Era muy rudo por fuera, pero por dentro de corazón abierto y generoso. Siempre sonreía y no tenía miedo. Aún lo recuerdo con su libreta de taquimecanografía en la bolsa izquierda del pantalón y en una mano cargando la radio escáner que en el periódico *El Imparcial* nos dieron a todos sus reporteros. Como todo periodista que se precie de serlo, José Alfredo quería ver su nombre publicado en la portada del periódico. Era incansable. Incluso trabajaba el día de su descanso. Como aquella vez cuando se escapó un reo en silla de ruedas y José Alfredo fue a reportear esa historia.

En todo esto pienso mientras espero al hombre que trajo a José Alfredo a Sonora: Jorge Morales Borbón, ex subdirector editorial de *El Imparcial*.

Permítanme presentarles a Jorge: salió de la cárcel el 23 de diciembre del 2016. Estuvo diez meses preso en el Centro de Readaptación Social 1 de Hermosillo. Fue acusado por extorsionar a medios de comunicación: inventó el sistema de compra de notas en los periódicos impresos de Sonora. De esas que aparecen con sólo un texto informativo y adulador, sin firma de reportero. Su caso está en manos de la Corte, pues Jorge alega que hubo irregularidades en su proceso por posibles fallas de la Fiscalía Anticorrupción de Sonora. Yo lo conocí en julio del 2003, cuando me con-

trató como reportero en *El Imparcial*. En ese diario, Jorge construyó su prestigio periodístico: ganó premios, reconocimientos, hasta que un día se fue al lado oscuro, como le llamamos a las áreas de comunicación social de partidos, gobiernos, políticos y todo aquél ente que el periodismo tendría que investigar. Jorge terminó trabajando para Guillermo Padrés, el primer ex gobernador preso en la historia de Sonora.

Ése es Jorge y ya está frente a mí contándome que en una reunión en Ciudad de México, con colegas de la Asociación de Editores de los Estados, en septiembre del 2004, preguntó por un perfil de reportero intrépido que pudiera ayudar a reportear temas de seguridad en Sonora. “Me dijeron que el indicado era Alfredo, que trabajaba en Culiacán, en *El Debate*, pero que era sonorenses, de Empalme. Lo busqué y aceptó venirse a Hermosillo”, dice Morales. José Alfredo ganaba en ese entonces 5 mil pesos. Jorge le ofreció nueve mil. “Y hasta las gracias me dio”, recuerda Morales.

En aquellos tiempos, Sonora atravesaba por una etapa de violencia sin precedentes en el sur del estado. La situación se agravó porque el 1 de enero del 2004, en una boda en Navojoa, se enfrentaron los grupos de narcotraficantes de la Plaza. Los Salazar contra los Enríquez Parra. Ambas células operaban con el Cártel de Sinaloa. A partir de ahí se desató la ola de asesinatos en la entidad. Y Jorge necesitaba que alguien le ayudara a explicar por qué en Sonora habíamos alcanzado esos niveles de violencia. ¿Qué grupos estaban enfrentados? ¿Quiénes eran las víctimas? ¿Por qué?

Alfredo investigó al narcotráfico en Sonora como nadie lo había hecho. Su problema fue que lo hizo sin cuidados ni medidas de seguridad personales ni de la em-

presa. “Jamás pensamos que el crimen organizado iba a meterse con el periodismo en Sonora”, dice Morales y me consta: viví la desaparición de José Alfredo y no podía creerlo.

EL LUNES 4 DE ABRIL, tempranito, en la junta de reporteros que se hacía todos los días en la redacción de *El Imparcial*, los editores nos avisaron que de José Alfredo no se sabía nada desde el viernes y nos preguntaron si alguien lo había visto. Entre los reporteros nos miramos las caras; no teníamos idea de lo que estaba sucediendo. “Yo lo vi comiendo en Los Grillos”, contesté y pensé inmediatamente en Rodolfo El Fito Urias, el dueño del restaurante que quedaba a la vuelta de *El Imparcial*. El Fito debía saber algo. Y así fue.

“Lo vi desesperado, como asustado. Me dijo que, al parecer, lo andaban siguiendo”, me dijo El Fito, palabras más palabras menos, cuando fui a verlo a Los Grillos aquel lunes. Más tarde, el entonces editor y jefe Sebastián Moreno nos confirmó que Alfredo le había llamado a la reportera Shaila Rosagel, su mejor amiga, para decirle que una fuente lo había llamado. Shaila le contó a Sebastián que Alfredo estaba muy nervioso y, aunque no le dijo el nombre de la fuente, sí le dejó entrever que se trataba de un contacto incómodo.

Un mes antes de la desaparición de José Alfredo, en una fiesta en casa del reportero Sergio Fimbres, dijo preocupado y en tono de broma: “Oigan, la gente y reporteros que cubren al gobierno del estado, me dicen que algún día van a matar al Alfredo”. Los presentes volteamos a verlo y le reclamamos sus palabras: “¿Qué pedo con esta raza que dice estas cosas?”, le solté. “Es la verdad, Luis: Ve la información que saca Alfredo sobre el narco, es muy delicada”, me contestó Fimbres. Nos quedamos callados y nadie supo

qué decir. Y eso fue lo que pasó: nadie en *El Imparcial* creía que el crimen organizado podía meterse con el periodismo en Sonora. Por eso no había ningún curso sobre seguridad periodística, sobre alertas, cuidados, manejo de fuentes o información delicada, manuales de protección, protocolos de investigación. No había nada. Como nada sabemos de dónde está José Alfredo.

Ya para despedirnos, le recuerdo a Jorge Morales aquella discrepancia entre él y Alfredo y que a mí me tocó presenciar. Según mi recuerdo, era una nota delicada que no llevaría la firma de José Alfredo para no arriesgarlo. “No tiene caso que haya reportado todo el día y que no aparezca mi nombre”, le reclamó a Jorge, quien cedió sin pensar que allá afuera el nombre del reportero ya estaba en la mira. La relación entre Jorge y Alfredo siempre fue así: el reportero que peleaba porque su trabajo fuera publicado con su nombre y un Jorge que sucumbía a la petición del reportero. No hubo dolo, me consta. Hubo descuidos.

QUERIDO JOSÉ ALFREDO:

Sonora cambió desde tu desaparición. Ya no hay regreso. Tenemos doce años sin reportero alguno que se atreva a investigar hasta el fondo el narcotráfico. Sería arriesgar la vida directamente, como te ocurrió a ti. Confieso que soy de los que tienen miedo de escribir sobre el narco y tampoco voy a arriesgar a uno de los integrantes de nuestro equipo de *Proyecto Puente* a una situación sin control.

Te cuento, José Alfredo, que actualmente atravesamos una de las peores crisis del consumo de cristal en Sonora. En la mayoría de las colonias hay tiraderos. Las autoridades lo saben, pero están rebasadas. Si estuvieras aquí, José Alfredo, ya habrías descubierto qué cártel está detrás

del *boom* del cristal, quiénes y cómo permiten que el crimen entre a la vida del sonorenses como si entrara por la puerta. Pero no estás y no nos atrevemos a investigar. Desgraciadamente, ése fue el mensaje que nos dejó tu desaparición. El último reportaje sobre la operación del narcotráfico en Sonora lo publicó en 2011 el corresponsal de *Proceso* en Washington, Jesús Esquivel. Documentó cómo el Chapo Guzmán controlaba el trasiego de drogas hacia Estados Unidos. Las autoridades del estado negaron que Sonora estuviera en manos del Chapo. Pero lo estuvimos y la muerte nos arrasó. Nos haces falta, José Alfredo.

DICEN QUE EL PEOR DE LOS DOLORES ES PERDER A UN HIJO. Y don Alfredo, el padre, no sólo perdió a José Alfredo, tampoco sabe dónde está. Lleva doce años con el corazón lloroso, en pena. Doce años con la garganta echa nudos. Don Alfredo me ha contado que ya perdió la esperanza de que su hijo esté con vida. Quiere, al menos, saber dónde está su cuerpo porque todos los muertos regresan a casa a despedirse. Don Alfredo no deja de exigir justicia, pero ya sin esperanza. “Seguimos esperando a que se haga justicia o por lo menos saber qué sucedió con mi hijo. Es mucha la espera sin saber la verdadera razón. Todo parece que quedará en la impunidad. No se miran avances en las indagatorias”, me dijo don Alfredo la última ocasión que lo entrevisté en el programa de radio, *Proyecto Puente*. Ya no ha querido hablar más del tema. Y lo entiendo. No tiene nada que decir que no haya dicho en 12 años de impunidad sobre su hijo.

Hace dos años, personal de PGR también visitó a don Alfredo en Empalme. Le dijeron que ya habían agotado las líneas de la investigación y que no tenían nada nuevo. Lo agregaron a él y a su esposa doña Esperanza Mota al programa de Atención a Víctimas del Secuestro y Daños,

pero desde entonces no les han vuelto a contactar. “Hemos vivido angustia, desesperación. Todos los días esperamos oír las noticias de que lo encontraron, o qué se yo, no tengo idea qué esperamos. Lo único que queremos saber es dónde quedó”, me dijo don Alfredo. Los Jiménez Mota quieren cerrar el capítulo que les dé tranquilidad en el alma.

JOSÉ ALFREDO QUERÍA SER COMO JORGE GARRALDA. Le emocionaba verse en la televisión como lo hacía el conductor de Tv Azteca, en su programa *A quien corresponda*. Un día Garralda fue a Culiacán a dar una conferencia en la universidad donde José Alfredo estudiaba, y se tomó una fotografía con él. Esa imagen aún la guarda su madre, Esperanza Mota.

Doña Esperanza, de 69 años de edad, me ha contado que su hijo se vino a trabajar a Sonora para estar más cerca de ellos. Ésa fue la razón principal. “Allá en Sinaloa, que era más peligroso, nunca le pasó nada, y acá, en Sonora, no lo dejaron seguir”, me ha dicho doña Esperanza, quien sufre de diabetes y a quien cada mes la inyectan en los ojos, pues padece cataratas. Esa inyección cuesta mil 500 pesos, un hoyo en el salario que don Alfredo percibe como ferrocarrilero pensionado: 13 mil pesos mensuales. Doña Esperanza, don Alfredo y Leticia, la hija, aún viven en Empalme. Su casa sigue siendo la misma donde creció Alfredo: en la calle primera, de la Colonia Oriente, en un sector rodeado de escuelas.

Doña Esperanza suele cambiar el tono de voz cuando habla de su hijo. Se entristece. No puede ocultar el dolor que carga desde hace doce años. Pero hace el intento de recordarlo.

“Alfredo comía mucho. Le gustaban los camarones. Ya fueran cocidos, empanizados o en coctel. Mi marido le hacía cada vez que venía. Siempre que nos visitaba aventaba todo lo que traía en la mano y se iba directamente al

refrigerador. Veme preparando el desayuno, amá, que traigo mucha hambre”, me decía cuando venía por Guaymas y yo me ponía a hacerle huevos estrellados con tocino o salchicha. Hasta tres salchichas le guisaba. Con tortillas y licuado de papaya.

“Alfredo era muy especial y de pocos amigos. De hecho, sólo tenía dos amigos: su primo Javier Serrano y Marcos Coronado, al que conoció en la prepa. Cuando venía a Empalme, le gustaba escuchar música e ir a dar la vuelta con Marcos —El cebollas— y con Javier. Tomaba poco porque venía con el tiempo limitado; se tenía que regresar a Hermosillo. Venía cada quince días. Desechaba periódicos y guardaba muchos. Aquí los dejó todos. Ya los tiré porque no quise tener ese recuerdo. Su ropa también la regalé, se la di al basurero que tenía el cuerpo así grande, como Alfredo; ya no la quise tener aquí. Nomás guardé una camisa de cuadros, azul marino.

“Lleva doce años desaparecido. Es imposible que esté vivo, pero quisiera verlo como sea. Si lo mataron, quisiera verlo muerto y darle cristiana sepultura para cerrar esto. Es muy triste todo, no se lo deseo a nadie. Es muy triste no saber qué fue de él. Puras historias falsas que nos han contado.”

QUERIDO JOSÉ ALFREDO:

Tus padres, tus colegas y yo lamentamos que tu ímpetu no hubiera dimensionado los riesgos a los que te enfrentabas. Nos puede en lo más profundo que tuvo que costar una vida en Sonora, tu vida, tu desaparición, para entender que no podíamos meternos con el narcotráfico. Qué impotencia, José Alfredo. Como dice tu apá, te dejaste llevar por la juventud y la valentía. Creías que no te iba a pasar nada

porque eras periodista y creías que existía la libertad de expresión. “Contra el monstruo de la impunidad hay que acatar las reglas, en boca abierta no entran moscas”, me dijo tu apá cuando nos despedimos.

Nunca dejaremos de pedir justicia en tu nombre.

ENTRE EL MIEDO Y LA PASIÓN

(Cuando los Zetas tomaron el Istmo de Tehuantepec)

Martha Izquierdo

CIUDAD IXTEPEC, OAXACA. Viví la hora más angustiante de mi vida el 7 de octubre de 2007. Esa mañana tres repartidores del diario *El Imparcial del Istmo* fueron acribillados en su vehículo, sobre la carretera Tehuantepec-Salina Cruz. Llegué a cubrir la nota y, en medio de policías y militares, recibí una llamada telefónica.

La siguiente era yo, me dijo la voz.

Hablaba con acento norteño: “¡Pinche periodista, la que sigue eres tú, deja de publicar chingaderas o te va a cargar la verga!”.

Supe que estaban ahí confundidos entre la gente. El miedo me paralizaba y llamé por teléfono a Roberto Zamarripa, el subdirector de *Reforma*, el periódico para el cual yo era corresponsal en el Istmo de Tehuantepec. Zamarripa me ordenó dejar la región para ponerme a salvo.

Hasta ese momento le confesé a mi esposo que me habían amenazado. El camino a Ciudad Ixtepec —donde vivía— fue el más difícil en mis años de periodista. No dejé de mirar el espejo pensando que me seguían. Al llegar a casa quise encerrarme y no salir nunca más. Pero no me quedó de otra más que hacer mi maleta y correr al aeropuerto de Minatitlán.

Esta historia, sin embargo, había empezado años atrás, en el año 2000. Sus protagonistas habían llegado has-

ta Ixtepec —la ciudad en la que yo trabajaba como periodista— a bordo del tren de carga conocido como La Bestia, al que se subían decenas o cientos de transmigrantes centroamericanos, que cruzaban México en su camino al sueño americano.

Desde el año 2000 empecé a escribir notas de la migración centroamericana en su paso por el estado de Oaxaca, el Istmo de Tehuantepec y Ciudad Ixtepec, sede de una estación de tren donde paraba La Bestia. Fue entonces que supe de las pandillas de la Mara Salvatrucha, la MS-13 y la MS-18. Uno de los integrantes de esa banda violó a una joven y fue detenido. Por Ixtepec cada vez transitaban más transmigrantes en busca del sueño americano y se quejaban de los ataques de la Mara. Fue cuando decidí conocer más de ellos.

En enero del 2001 viajé a Guatemala, El Salvador y Honduras y me reuní con integrantes de la pandilla que accedieron a darme una entrevista. Tenía miedo aunque nunca lo demostré. Hubo personas que decían que sólo se trataba de cuentos y me apodaron Martha Salvatrucha.

No fue nada fácil dar con ellos ni que accedieran a platicar, pero una persona con la que hice amistad y era su conocido los convenció de que lo hicieran. Los encontré en la frontera entre esos tres países; para llegar hasta allá viajamos por todo Guatemala hasta llegar a Esquipulas, y de ahí al lugar en donde me encontré con cinco mareros.

Me senté en medio de ellos. Tenían lágrimas tatuadas en el rostro, señal de las muertes en su haber. Eran de la MS-18. Les pregunté el por qué de los asaltos a La Bestia y de las violaciones a las mujeres. Uno de ellos, quizá el de mayor jerarquía porque tenía más lágrimas que todos tatuadas en la cara, se levantó, se bajó el pantalón y me mostró sus genitales.

“A las mujeres les damos lo que les gusta”, dijo mientras tomaba el pene entre sus manos y mostraba con orgullo el glande con varios balines envueltos en la piel. Me explicaba que, de esa manera, ellos podían dar más placer y me veía como buscando el miedo en mi rostro. Después soltó una carcajada y volvió a sentarse.

“Así somos, tomamos a las mujeres que nos gustan y le quitamos a los perros todo (refiriéndose a los transmigrantes que viajan en La Bestia) y a los de la MS-13 los matamos”.

Me hablaron de la rivalidad con la MS-13; de su familia, como le llaman a los que integran su pandilla, de la protección de las autoridades a cambio de favores y del miedo que sembraban en Centroamérica. Ninguno me dio su nombre y sólo me dejaron tomarles fotos de espalda. Aun así agradecí haber salido sin ningún problema del lugar, creo que le debían favores al chico que me ayudó a contactarlos y por eso corrí con suerte.

Años después, el 14 de mayo del 2006 se descarriló La Bestia. El accidente había ocurrido en la comunidad de Nizanda, a unos 20 minutos de Ciudad Ixtepec. Hasta ahí llegó una persona delgada, tez blanca, de más de 65 años vistiendo pantalón de mezclilla y una playera blanca con crucifijo de madera al cuello. Sacó de entre sus bolsillos una credencial que mostraba a quien se atravesara y corría de un lado a otro desesperado: “¡soy de la Diócesis de la Pastoral de la Movilidad Humana, soy sacerdote!”, y preguntaba afanosamente dónde había sido el descarrilamiento. En Nizanda ya había reporteros, policías y ambulancias.

Ante la insistencia del sacerdote, que se identificó como José Alejandro Solalinde Guerra, los policías le indicaron con una seña que el accidente era más adelante y tenía que caminar. Conforme nos acercamos vimos los cuerpos de algunos migrantes que yacían en pedazos en ambos la-

dos del camino entre arbustos y espinales y a autoridades que certificaban los restos.

En el lugar del descarrilamiento el maíz que transportaba el ferrocarril estaba regado y había partes de cuerpos humanos esparcidos en la zona. Cuatro migrantes con lesiones muy graves fueron llevados al hospital; dos personas murieron y los demás centroamericanos que viajaban en el tren huyeron.

A partir de entonces hicimos amistad Solalinde y yo. Unos meses después, el 10 de enero del 2007 tocó a mi puerta y me pidió que cubriera el secuestro de 17 migrantes. En pijama tomé mis cámaras fotográficas y salí a reportar los hechos.

Caminamos por las vías escuchando los testimonios de los familiares y testigos del secuestro. Indignados, un grupo de migrantes centroamericanos se armó de palos y machetes para buscar a los suyos. Acudimos a varios lugares, entre ellos una casa ubicada cerca de donde hoy es el albergue Hermanos en el Camino. En otra casa de seguridad los migrantes encontraron las pruebas: comprobantes de envíos de dinero, pasaportes, identificaciones, herramientas para abrir los vagones del tren, todo estaba removido en la habitación; se notaba que los secuestradores acababan de escapar.

En las identificaciones nos llamó la atención que los domicilios eran de Tamaulipas. Llegó la policía municipal; los migrantes le pidieron ayuda para denunciar los hechos y les mostraron la evidencia, pero para los elementos policíacos eso no importó: ellos iban contra los migrantes. En medio de gritos empezó la detención de los centroamericanos. La policía sacaba sus pistolas y yo no dejaba de capturar esos momentos con mi cámara.

Dos menores se afianzaron de las piernas del sacerdote y los policías los arrancaron con violencia para subir-

los a la batea de la patrulla. El comandante de la policía municipal ordenó que detuvieran al cura. Seis municipales se fueron contra el padre Solalinde, lo tomaron del cuello y lo subieron al vehículo, mientras se escuchaban detonaciones de armas.

Sentí la adrenalina recorrer mi cuerpo. Pensé que después del sacerdote irían tras de mí, y por eso no paré de tomar fotos hasta que las patrullas se perdieron en las calles. Al presbítero y a los migrantes los encerraron en la cárcel municipal, y a partir de ese momento la atención nacional volteó a ver el fenómeno migratorio, que la delincuencia organizada aprovechaba para obtener recursos a través de los secuestros, y que antecedería la matanza de San Fernando, Tamaulipas, el 24 de agosto del 2010 donde murieron 72 migrantes.

A partir de entonces todo cambió. Se supo que detrás de los secuestros de migrantes estaban coludidos policías y criminales. Semanas después el padre Solalinde empezó a recibir amenazas. Yo recibí las mismas advertencias: debía abandonar esa cobertura o me matarían. En llamadas telefónicas me exigían que dejara de defender a los migrantes, que no me investigara esos temas, que no me metiera con sus negocios y no me iba a pasar nada.

Cada que el timbre sonaba y veía en el identificador un número desconocido me daba miedo contestar, se me aceleraba el pulso, sudaba frío, me preguntaba cómo le habían hecho para conseguir mi teléfono y qué más sabían de mí. El miedo era tal que le pedí a mi familia que no me visitara para evitar ponerlos en riesgo. Nunca supe quién me amenazaba, pero siempre que me llamaban eran hombres con acento norteno, con insultos y palabras altisonantes. Hubiera preferido saber quiénes eran porque al salir a las calles me volvía paranoica buscando en los rostros de la

gente a alguien que estuviera siguiéndome. Sentía miedo de que en cualquier momento cumplieran su amenaza.

Una mañana mientras terminaba de arreglarme, mi teléfono sonó con insistencia y le pedí a mi esposo que contestara: te llaman para una nota, me dijo; cuando contesté escuché la amenaza: “¡con nosotros no vas a jugar pinche vieja, deja de estar metiéndote en nuestros negocios o te va a cargar la chingada!”. Después me colgaron. No le dije nada a mi esposo porque no quería preocuparlo, pero las siguientes semanas traté de evitar publicaciones fuertes sobre el tema, aun así seguía documentando los secuestros masivos que se hacían cada vez más frecuentes.

Pasaron los meses y los secuestros masivos seguían: a los migrantes se los llevaban de las vías del ferrocarril de madrugada, les sacaban los datos de sus familias y después les exigían rescates de 10, 15 y 20 mil pesos por persona con el supuesto trato de dejarlos libres en el norte del país o en los Estados Unidos. A muchos se los llevaban hacia Medias Aguas, Veracruz y los que no podían pagar los mataban. Pero lo peor apenas estaba por suceder.

Siempre pensé que la región del Istmo de Tehuantepec estaba lejos de esos escenarios del norte en donde los grupos de la delincuencia organizada se disputaban las plazas. “Eso no pasa aquí”, pensaba al leer los titulares de las noticias. Pero en abril del 2007, cuando yo era corresponsal del diario *Reforma*, las cosas cambiaron.

Varios choferes de taxi me preguntaron si se montaba un operativo especial en Juchitán. Me explicaron que habían visto llegar a hombres de ropa negra con camionetas y placas de otros estados, que andaban preguntando por los delincuentes que se dedicaban a robar y asaltar.

Pregunté a mis fuentes y me dijeron que no. Pero una semana después empezaron los secuestros, las ejecu-

ciones, los enfrentamientos con policías y las amenazas a empresarios y periodistas. En realidad estaban llegando los Zetas a tomar Juchitán. Habían reclutado a esos delincuentes para integrarlos a sus filas, a muchos de ellos como *halcones* o vigías.

En Juchitán mayo es el mes de las velas, las fiestas nocturnas. Y sin embargo la población ya tenía miedo ante la violencia: de pronto los restaurantes empezaron a cerrar antes de las nueve de la noche y los puestos de garnachas en los portales debajo del Palacio Municipal lucían desiertos. El ambiente nocturno de la ciudad murió. Se volvió común que delincuentes entraban a las casas de las familias adineradas para realizar los secuestros. El miedo se apoderó de Juchitán a tal grado que la misma población se impuso un toque de queda para no estar en las calles después de las nueve de la noche. Los comercios nocturnos sufrieron la peor de sus crisis porque la gente ya no salía a la calle.

Los *levantones* y el hallazgo de fosas clandestinas con restos humanos se hicieron frecuentes. Los Zetas montaron grupos de *halcones*, y para ello se valieron de choferes de taxis a los que amenazaron si no se alineaban con ellos. Colocaban de dos a tres personas en las calles principales, en los accesos de la ciudad y en las terminales de autobús. El ejército implementaba operativos pero la violencia no paraba.

El clima se enrareció en los meses siguientes. Cuando tocaba cubrir hechos violentos se respiraba tensión. Se hablaba de granadazos en el cuartel de la policía regional, de enfrentamientos en carreteras, de aparición de cuerpos mutilados con mensajes y camionetas abandonadas con arsenales. En medio quedábamos los periodistas.

La caída de tres avionetas en distintos puntos del Istmo hizo reforzar la vigilancia militar. Todos los días nos

enterábamos de más personas secuestradas. Y a los reporteros nadie nos avisó del peligro que corríamos. Las policías municipales habían sido infiltradas por los Zetas. Por eso, el comandante del XIII regimiento de caballería motorizada, con sede en Ciudad Ixtepec, general Francisco Aboytes Guerra, tuvo que coordinarse con la policía estatal en la lucha que emprendió contra la mafia.

Supe que yo corría peligro cuando escuché mencionar mi nombre frente a los Zetas. Tras un operativo en el que se liberó a personas secuestradas y se detuvo a informantes del crimen organizado, los reporteros cubríamos la presentación de los detenidos con extrema cautela: sólo fotografías. Pero en esa ocasión, adentro del regimiento, un comandante —ahora ya fallecido— dijo mi apellido y lo hizo a propósito.

Poco después cayó una casa de seguridad en Tehuantepec, una ciudad a unos 40 kilómetros de Ixtepec. Encontraron una lista de nombres: estaban algunos corresponsales nacionales, uno regional y yo. Tenían nuestros datos completos y teléfono. Estaban palomeados para darnos muerte. Eso fue en el mes de agosto.

Entonces volvieron las amenazas telefónicas: “¡te vas a morir! Deja de publicar información sobre nosotros, ¡Te va a cargar la verga, pinche periodista!”.

De pronto las carreteras en la región del Istmo se volvieron escenario de enfrentamientos entre sicarios y militares, pero el miedo me frenaba para cubrir esos incidentes.

En septiembre la situación ya era muy difícil. Muchos compañeros se autocensuraron por temor a ser víctimas de la delincuencia organizada; otros hablaban de llamadas intimidantes y de mensajes en donde les advertían no cubrir ni publicar nada de los Zetas.

El 7 de octubre llegó la hora más angustiada de mi vida: esa mañana que acudí a la carretera a cubrir la histo-

ria de los tres repartidores de un diario que habían sido ejecutados al interior de un automóvil y la llamada telefónica, mientras yo tomaba fotografías, en donde me advertían que la siguiente era yo.

Le pasé mi teléfono a la subprocuradora María del Carmen Chiñas pero los criminales ya habían colgado. El subdirector de *Reforma*, Roberto Zamarripa, me ordenó dejar el Istmo y fue hasta ese momento que le confesé a mi esposo que iban detrás de mí. No me quedó de otra más que hacer mi maleta y salir hacia el aeropuerto de Minatitlán. Los directivos del periódico habían determinado sacarme del Istmo para vivir en la Ciudad de México, con el objetivo de resguardar mi vida y seguir trabajando.

El 8 de octubre del 2007 dejé el Istmo de Tehuantepec. Otros compañeros no tuvieron esa suerte. A pesar de que estaban amenazados no recibieron el apoyo de sus medios. Algunos más decidieron irse por su cuenta ante el riesgo de muerte.

No fue fácil dejar todo atrás porque se vive con la angustia de que en cualquier momento alguien pueda cumplir la amenaza de matarte. Con el miedo en la piel salí a trabajar en la Ciudad de México, siempre con desconfianza de las miradas de los demás y pensando que podían atentar contra mí. Pasaron las semanas y decidí que no podía vivir con temor. Tras discutirlo con mis jefes, dos meses después volví al Istmo.

Regresar no fue fácil. Salía muy poco, mantuve un perfil bajo. Una vez más decidí que no podía vivir así y rehice mi vida de nuevo. Las amenazas telefónicas volvieron pero ya no les di importancia. Dejé de cubrir al crimen organizado porque el periódico ya no requería esa información y me enfoqué en temas sociales.

Llegó un momento en que me pregunté si quería seguir en el periodismo a sabiendas de los riesgos que impli-

caba. Respondí que sí, que esto quería hacer por siempre. No se trata de ser heroína ni de enfrentar a los malos, simplemente quería ejercer el derecho a la libertad de expresión que todos tenemos.

La situación violenta siguió por dos años más de la misma manera, secuestros de migrantes, de personas de la región, hasta que empezaron a detener a los lugartenientes en operativos militares.

En 2010 las cosas se calmaron un poco, aunque se registraban secuestros empezaron a desarticular bandas de plagiarios.

En el año del 2012 hice una pausa en el periodismo. A mi esposo le detectaron un cáncer muy avanzado: le daban sólo seis meses de vida y me dediqué a estar con él hasta el 20 de mayo de 2013, cuando murió.

Después de su muerte retomé mi vida periodística y cubrí la caravana de migrantes que partió el primero de junio del 2014 de Ciudad Ixtepec a México. Caminamos 20 kilómetros a Juchitán con el padre Solalinde y los migrantes. En autobuses llegamos al Senado y a la Comisión Nacional de Derechos Humanos, en la Ciudad de México, para que los migrantes fueran escuchados por la violencia que sufren en su paso por el país.

Me hice corresponsal de los diarios *El Imparcial* de Oaxaca y del Istmo, retomé la corresponsalía de noticieros en el 97.7 de Radio Centro en Oaxaca y produje mi propio noticiero, noticiero 100.7 en Bianii Luu Nezaa Radio Luz en el camino).

La vida me tenía reservada el mayor reto: el 17 de mayo del 2015 me diagnosticaron cáncer de ovario en etapa cuatro, y a partir de ahí he enfrentado cuatro cirugías, 13 quimioterapias, cuatro vacunas y dos paros cardiorrespiratorios, y en todo ese tiempo nunca dejé de hacer periodis-

mo, después de cada cirugía me cuidaba 20 días y a seguir, tras cada *quimio*, me cuidaba del sol pero continuaba con el noticiero.

A dos años y tres meses de ese diagnóstico que me daba unos meses de vida sigo aquí haciendo lo que me gusta y me apasiona, sin cáncer ya, en etapa de remisión y recuperándome de la última cirugía, haciendo periodismo en radio, y siendo corresponsal de la agencia de periodismo de género *Semmexico*.

Hoy sé que si volviera a nacer elegiría volver a ser periodista.

GUARDAR QUIETUD

Maricarmen Aguilar Franco

Luvianos, Tierra Caliente del Estado de México. — Somos periodistas de una región conocida como Tierra Caliente, donde convergen el Estado de México, Michoacán y Guerrero. Aquí se ubican poblaciones cuyos nombres han dado la vuelta al mundo por noticias trágicas: Luvianos, Tlatlaya, San Miguel Totolapan y Francisco J. Múgica. Somos más de 30 reporteros quienes hacemos periodismo en medios locales. Nosotros ya estábamos aquí antes de que se convirtiera en una zona de riesgo para periodistas.

La violencia se agudizó hace unos 10 años. Varios periodistas y trabajadores de medios de comunicación locales hemos sido protagonistas de episodios dramáticos. El resto nos hemos acostumbrado a vivir con miedo, a no sentirlo, no expresarlo, mucho menos admitirlo, a “guardar quietud” como si nada nos inmutara.

Poco hablamos de la violencia; bajamos la voz como lo hacen quienes se atreven a mencionar a *los señores*. Ya no pensamos en escribir sobre cuanto hemos visto o escuchado. Eso es prácticamente imposible, son historias de muertes, crímenes, corrupción y complicidades; la mayoría quedan ocultas, en silencio, porque a ello nos han condenado: a la autocensura total pero salvadora.

Seguir aquí es decisión complicada. Nuestras familias padecen la ansiedad y zozobra de nuestra labor; tra-

tar de sobrevivir del periodismo no es un acto de valentía, aunque muchos así lo consideran. Cuando le mencionamos a otros colegas en qué región trabajamos, ponen cara de asombro, admiración, hasta incredulidad y dicen: “¡que valientes!”. Pero no es nada envidiable, y muchos nos tildan de locos, temerarios o demasiado tontos para arriesgarnos. En Tierra Caliente tarde o temprano nos ajustamos al “nuevo orden social” marcado por esos personajes a quienes con temor y respeto les llaman “los señores”, “las verdaderas autoridades”. El resultado ha sido positivo: no se meten con nosotros, nosotros no nos metemos con ellos, si hay algún problema todos sabemos las consecuencias. Las reglas están muy claras para ambos bandos. Igual sucede con las otras “autoridades”, las institucionales, las de funcionarios y políticos de quienes también recibimos agresiones constantes. En la lista de agresores siguen los patronos, editores, dueños o jefes de los medios; hasta los propios compañeros también tienen sus formas de agresión.

Mi labor en la Tierra Caliente empezó en 1998 en *Mi Región*, un semanario local de Tejupilco, Estado de México; desde ese entonces me decían con asombro “¿no te da miedo?, allá matan”; y así era, las noticias de muertos en fiestas de todo tipo eran una constante: muertes violentas en varias localidades y rancherías sucedían por rencillas, peleas con machete o pistola, ¡o a golpes! Era consecuencia de pleitos por herencias, pasionales, incluso apuestas no pagadas, o simplemente se encontraban de mal humor.

El tema de la mariguana empezó a ser recurrente. Acudíamos a la destrucción de plantíos invitados por el Ejército o la Procuraduría General de la República. La procuraduría estatal siempre negaba la existencia de *mari-guaneros*; rara vez había detenidos y no se oía de cárteles y grandes narcotraficantes; era producción tradicional, local

y de baja escala, narcotráfico, decían, no narcotraficantes. Ni cuenta nos dimos cuando se transformó el escenario.

Nuestros problemas eran con notas incómodas de otra índole. Una ocasión llegué a la redacción y el alboroto era grande; por la mañana se habían llevado detenido al editor Samuel Jaimes, quien recientemente había adquirido el periódico. Yo apenas había concluido un diplomado sobre defensa de la Libertad de Expresión y Derechos Humanos en la Universidad Iberoamericana, quizás eso me dio valor para acudir al Ministerio Público y exigir la liberación inmediata de mi jefe.

“¿Es usted abogada?”, me preguntaron. Ante mi negativa trataron de ignorarme: no soltarían al editor pues no quería revelar quién era el autor de la columna “El Huachudo”, publicada semanalmente en el periódico. Así empezó a saberse el motivo de la detención: una regidora, molesta por un comentario en esas líneas, movió sus influencias para intimidar a Samuel Jaimes, quien no delato al columnista. Al final el columnista se quedó sin espacio y yo no tuve argumentos para defenderlo; me sentí fracasada.

Pasaron los años. Yo andaba tranquilamente por todos los municipios del sur mexiquense junto a mis compañeros. Las giras eran intensas y no había temor de andar en carretera a la medianoche o quedarnos en alguna ranchería si era muy tarde.

En el 2003, se realizaba en Ixtapan de la Sal un Congreso Nacional de Periodistas. Entre la concurrencia vi a don Félix García Anaya, editor de *El Monitor de Tejupilco*. Acudí y para hacer una denuncia y mostrar las huellas de los golpes de Crescencio Suárez Escamilla, diputado local del PRD, quien ingresó violentamente a la pequeña oficina del periódico, y arremetió contra él y una reportera, Lilia Olascoaga. Yo escribía para el *Diario de Toluca*. Mi nota so-

bre ese ataque fue rechazada. “No es relevante”, me dijeron. Esa agresión sigue impune.

Para entonces las agresiones a nuestros compañeros eran anécdotas cotidianas y las convertimos en “gajes del oficio”. Aprendimos a justificar a los agresores, fueran simples y sencillos lectores o encumbrados políticos locales, líderes, funcionarios, policías... cualquiera podía mostrar su inconformidad agrediéndonos de diversos modos por ser reporteros o voceadores.

Una ocasión Hugo García fue detenido mientras voceaba y repartía el diario *El Informante* en el municipio de San Mateo Atenco. Yo había escrito un reportaje sobre corruptelas en el ayuntamiento y el alcalde ordenó a los policías llevarlo preso; estuvo dos días en la cárcel municipal. Los voceadores vivieron incontables veces situaciones similares. Fueron amagados, les arrebatában todos los periódicos o simplemente les amenazaban exigiéndoles no vender ni un ejemplar.

Para el 2010 don Félix García Anaya planeaba convertir *El Monitor de Tejupilco* en un diario regional único a pesar de que ya había sufrido agresiones más severas: secuestro exprés, extorsión, golpes, tortura. Pero algo tremendo truncó el proyecto: en el municipio de Ocuilán asesinaron al compañero Ángel Castillo Corona y a su hijo; él era pilar y pieza clave para convertir al semanario en diario. Oficialmente fue un asalto.

En el periódico *Mi Región* la recomendación de la directora era no “pegarle” a nadie: “cuidar la economía del periódico” y pensar en mi familia; prácticamente todos los periódicos en el Estado de México viven de la publicidad de los gobiernos estatal y municipales. Mis reportajes se tiñeron de “colores pastel”.

Para el 2008 el narco ya era asunto recurrente, la “Familia Michoacana” y “los Zetas” marcaban noticia un día sí

y el otro también; los enfrentamientos constantes ponían los pelos de punta; múltiples testigos contaban historias espeluznantes. Para entonces la cifra de periodistas asesinados en el país era cuantiosa pero en nuestro pequeño territorio actuábamos como si estuviéramos muy lejanos de esa realidad. Sólo en *El Monitor* don Jorge Díaz Navarro se animaba a escribir del narco: publicaba nombres, datos, situaciones; no dábamos crédito de tal osadía.

En ese año se recrudecieron los enfrentamientos, los criminales se hicieron más visibles, las noticias de secuestros, desapariciones, ejecutados, asesinados fueron constantes en la región. Asesinaban ganaderos, sacerdotes, policías, políticos, profesores, médicos; ni en temporada electoral se detenían los enfrentamientos. Ante nuestros ojos dispararon y a nuestros pies cayeron algunos heridos o muertos.

Sólo había un periódico que publicó con pelos y señales sobre los narcos del sur del Estado de México: en el semanario *Nuestro Tiempo*, textos de Francisco Cruz Jiménez, autor del libro *Tierra Narca*. Con Miguel Ángel Alvarado señala a esta región de Tierra Caliente como punto clave en negociaciones entre el gobierno y el crimen organizado.

Éste es un fragmento: “Es el 2013 y en Toluca una reunión entre narcotraficantes termina con una petición: que se entregue la Plaza de Iguala a La Familia Michoacana y diez millones de dólares. Quienes negocian son el hijo de Joaquín El Chapo Guzmán, el líder de la Familia Michoacana en el Estado de México y un matrimonio de apellidos Pineda Villa...”.

La fundadora del Semanario *Nuestro Tiempo*, Selene Hernández León, investigó a fondo estos temas; en octubre del 2010 apareció muerta en un hotel del centro de Toluca; la versión oficial de suicidio no fue del todo creíble, y la noticia del trágico fin de una periodista involucrada en temas

escabrosos prácticamente pasó inadvertida, salvo una pequeña reseña de su vida que se integró en *Tú y yo coincidimos en la noche terrible de Nuestra Aparente Rendición*, donde se recuerda con hoja de vida a 128 periodistas asesinados en el país.

En 2012 Luis Enrique Granillo Martínez fundó el Frente Popular Revolucionario Francisco Villa (FPRFV) e inició una “Revolución Productiva” que se enfrentó a los intereses de “los señores”. Entonces convocó a la conformación de autodefensas. Yo me integré como encargada de difusión del FPRFV; los medios fueron generosos con nosotros, pero el 16 de febrero del 2013 el aún joven líder de ese movimiento fue secuestrado junto con el compañero Tarcisio Madronio; un comando armado llegó por ellos dos días después de dar conferencia de prensa en Tejupilco sobre las autodefensas. A la fecha siguen desaparecidos.

Los enfrentamientos arreciaban: los Caballeros Templarios y Guerreros Unidos ganaban terreno; la Familia Michoacana no se dejaba, mientras los Zetas habían dejado una estela sangrienta y huellas dramáticas entre la población. Según un correo enviado por los habitantes de Luvianos, los Zetas los tenían entre el terror, la angustia y la muerte: “Lamentablemente el motivo de nuestro comunicado no es muy alentador. Nuestro municipio está pasando por momentos de angustia y de mucho temor ya que nuestro pueblo ha sido tomado por los Zetas. Llevamos meses de vivir en toque de queda, en la noche no podemos salir de nuestras casas porque nos matan. Lo único que llega a romper el silencio de las calles vacías son los disparos de enfrentamientos que se llegan a dar entre ellos y los narcos locales”.

Los periódicos en Tejupilco “guardamos quietud y silencio”. Si los encontrábamos en algún evento y por

equivocación o cualquier distracción tomábamos fotos de “los señores”, ellos mismos se encargarían de hacernos llegar un amable mensaje para borrar todo, si acaso quedarnos con dos o tres fotos indispensables para nuestra nota, donde por supuesto no aparecieran, así de considerados se portaban.

Una vez presenciamos agazapados un enfrentamiento en la cabecera municipal; otra ocasión en la comunidad de Caja de agua vimos correr a dos jóvenes heridos que cayeron justo donde varios reporteros cubrían un acto proselitista; alguna vez borraron de mi cámara todas las fotos del campeonato de liga de Fútbol de Luvianos, porque justo al concluir la ceremonia de premiación inició formalmente esa guerra entre cárteles que aún no termina y que anota miles de muertos en la región, donde también hay varias decenas de soldados caídos con nombres e historias ocultas.

El 20 de noviembre del 2013 iniciaba transmisiones Radio Calentana Mexiquense, una pequeña radio comunitaria de Luvianos creada por Indalecio Benítez Mondragón; se había planteado el proyecto desde el Congreso Nacional de Comunicadores Indígenas, se afinaron detalles y los trámites estaban en marcha. Las transmisiones empezaron, la audiencia creció de manera notable al igual que su programación y expectativas.

El 2 de agosto del 2014 un comando allanó la pequeña estación, que era a su vez el hogar de Indalecio Benítez. Pasaba la media noche, Indalecio había salido a cenar con su familia tras concluir con éxito el primer programa con música viva. Al volver en su auto se percató de los hombres armados dentro de la casa, aceleró la marcha — viajaba con su esposa y sus cuatro hijos pequeños — escuchó disparos, no se detuvo sino que se dirigió al cercano cuartel de la Marina para pedir auxilio.

Su hijo Juan Diego de 12 años murió esa noche de tres impactos de bala. Los periodistas de la región no acudieron para apoyarlo, tampoco los de Toluca. Casi todo el gremio mexicano hizo un vacío total, apenas unos compañeros del valle de Toluca y uno de Tejupilco se solidarizaron; sólo organizaciones internacionales se pronunciaron; una periodista española y una fotógrafa de la ciudad de México me acompañaron a Luvianos para apoyar a la familia y los locutores.

Tras la agresión fatal vinieron en cascada muchas agresiones más. Enseguida se anotó la agresión institucional de los tres niveles de gobierno y dependencias varias, desde la propia Marina que, al actuar con mucha lentitud, permitió la huida de los criminales, quienes regresaron a la casa de Indalecio para amenazar a su madre, de 84 años, y a su hijo, de 17. Indalecio no sabía el por qué del ataque; era noticia nacional pero nadie acudió a proteger a la familia, el velorio y el sepelio de Juan Diego se realizó en el vacío de las autoridades y la ausencia absoluta de los cuerpos de seguridad. Juan Diego fue sepultado en Luvianos tres días después.

Mientras se velaba el cuerpo del pequeño Juan Diego, la radio, de sólo 20 watts, seguía transmitiendo. Un taxi merodeaba constantemente frente a la casa, era el mismo de la noche del viernes, aseguraban testigos; pocos periodistas de Toluca acudieron a cubrir el sepelio. Por la noche, la periodista Majo Siscar y la fotógrafa Paryka Benítez escondieron en un pequeño auto a Indalecio con su esposa, su hijo de 17 años y los tres pequeños, Gabriel, Pablo y Perla, para refugiarlos en otra casa. A pesar de que tenía la intención de protegerlos, nuestros compañeros lo consideraron un acto temerario y arriesgado.

Yo me quedé con los papás y hermanos de Indalecio en el patio de la casa, mirábamos hacia la calle, donde

efectivamente pasó varias veces un taxi. En cada ocasión el corazón parecía detenerse; mirábamos los veladoras prendidas en el piso y los rezos eran no por Juan Diego sino por nosotros. Esa agresión nos dejó secuelas emocionales a muchos.

El director de la policía estatal aseguró en entrevista para televisión la presencia de policías, “pero encubiertos”; burla y agresión otra vez, ¡indolencia!; Indalecio recibió apoyo en la Ciudad de México de organismos internacionales de periodistas, la autoridad competente tardó mes y medio en darle los beneficios de protección a él, su esposa e hijos; las agresiones institucionales no terminaron, al contrario, aumentaron, la radio transmitía diario; el apoyo de los migrantes era conmovedor, la audiencia se recuperó y la confianza en Indalecio también, pese a la criminalización automática dirigida a las víctimas o sobrevivientes en este caso.

Para el año siguiente vino una agresión más para Radio Calentana. En octubre del 2015 el Instituto Federal de Telecomunicaciones, junto con personal del ejército y la PGR cerraron la radio y decomisaron el equipo. Indalecio realizó un plantón ante el IFT. Exigía que se respetaran sus trámites en marcha para obtener la concesión; seguía desplazado en un refugio proporcionado por el Mecanismo de Protección a Periodistas y Defensores de Derechos Humanos, mientras la estación en Luvianos era custodiada por varios elementos de la policía estatal, quienes día y noche vigilaban el lugar.

Un mes después llegó otra agresión inconcebible. El 4 de noviembre el Gobierno del Estado de México emitió un boletín de prensa que criminalizaba a Indalecio, la radio y todos sus locutores, quienes poco a poco se habían reintegrado a la programación. En este comunicado explicaba el gobierno justificaba el cierre de la radio porque “sus locu-

tores incitaban a apoyar a grupos criminales relacionados con la delincuencia organizada”.

La respuesta inmediata la dieron nuevamente organismos internacionales como la ONU y la CIDH. La Comisión de Derechos Humanos exigió al gobierno estatal una aclaración y lo acusó de poner en riesgo a todo el equipo de colaboradores de la Radio. Organizaciones de periodistas se manifestaron preocupados por esa criminalización; con acciones diversas se solicitó reparación del daño y disculpas públicas.

El 7 de junio del 2016 el gobierno del Estado de México emitió un desplegado donde reconocía el proyecto radiofónico de Indalecio Benítez. Era una manera de exculparlo de la acusación vertida en un boletín desafortunado; lamentablemente la reparación del daño no se cumplió en totalidad.

El IFT autorizó por unanimidad la concesión de uso social comunitario a Radio Calentana el 8 de junio del 2016. Indalecio Benítez volvió a su pueblo con su familia y prosiguió con su proyecto radiofónico.

Las agresiones son tan comunes, constantes y “naturales” que pocos logramos detectarlas y clasificarlas como ataques a nuestra persona y profesión. Pensamos que resulta un problema menor recibir “amenazas veladas”, “advertencias amables”, “invitaciones cordiales a guardar quietud y silencio”, como me ha sucedido a mí y a varios de mis compañeros de la zona, y también voceadores y hasta impresores, uno de ellos, quien al llegar al taller, fue interceptado por un grupo de maleantes que le dieron un mensaje muy claro de parte “de los jefes”: no querían volver a verlo en el lugar o terminaría muy mal él y su familia.

No sabemos cómo, quién y dónde pueden estar observándonos y escuchándonos, pero ya hemos aprendido

a “guardar quietud”: callar, mirar y voltear de lado si es preciso, ignorar quién pasa, quién habla, quién mira, quién cae frente a nosotros, entender los temas que no debemos abordar jamás en nuestras notas o columnas, ni siquiera en pláticas; saber cuándo debemos apagar nuestras cámaras y grabadoras o de plano borrar las memorias.

Paradójicamente se discute desde hace años una Ley de Protección para Periodistas en el Estado de México, cuyo texto es risible. Quienes elaboraron esa iniciativa no tienen idea del riesgo latente contra nuestra labor y lo complicado del ejercicio periodístico en una zona como ésta donde estamos en medio de una guerra sorda, invisible, cuya estela se forma con miles de muertos, miles de viudas, viudos, huérfanos y ancianos desprotegidos. De todo ello no podemos escribir aún, no queremos hacerlo, ni nos lo permitirían; el miedo nos invadió, aunque lo ignoremos y no lo reconozcamos en nuestro interior; y nuestra arma protectora es el silencio, “guardar quietud” y esperar mejores tiempos para retomar nuestro compromiso con la verdad.

CÓMO APRENDIMOS A CALLARNOS

Kowanin Silva

I

“YA SAVEMOS DONDE VIVES PINCHE GORDA, TE VAMOS A DESCUARTIZAR Y A TIRAR ENCUERADA EN PEDACITIZ AFUERA DEL MARBELLA COMO LE HICIMOS CON VALENTIN...”

8 de enero de 2010.

Ese día amaneció nevado.

Una llamada me despertó en la madrugada con la noticia de que habían matado a Valentín Valdés, un ducho reportero y ex compañero en la universidad, que trabajaba para el periódico de la competencia. Ya no pude dormir. Más tarde descongelé el vidrio de mi carro y conducí hacia mi oficina. Además de nieve, vi en los quioscos algunos titulares de los diarios: “Ejecutan a reportero de Saltillo”, leí en uno.

Valentín había sido dejado en la puerta del Motel Marbella. Su cadáver presentaba señales de haber sido torturado. Dejaron un mensaje que nunca se revelaría. Una semana antes, el Ejército había detenido en ese motel a un operador del Cártel del Golfo. Aunque todos los medios habíamos cubierto la noticia, Valentín había investigado más que cualquiera.

En aquellos años, la guerra de cárteles que se había desatado en la ciudad nos hizo ver algo más que muertos: repor-

teros desleales que cambiaron sus autos desvencijados por camionetas 4x4, reporteros que portaban radios de más de cien mil pesos y que rastreaban la frecuencia de la policía y de los narcos; reporteros que, en cada cobertura incómoda para el cártel al que servían, les quitaban a los fotógrafos la memoria de sus cámaras, copiaban el material y les advertían: “Si sale algo ya sé quién fue, cabrones”. No eran infiltrados. Eran reporteros traidores que se habían vendido al cártel y ordenaban qué sí y qué no publicar. Estaban adentro de nuestras redacciones. Tenían nuestros teléfonos, nuestras direcciones. Estábamos rodeados. Los periódicos tenían miedo de echarlos y sólo nos restaba torearlos. Es muy probable que a Valentín lo hayan entregado estos traidores. Porque Valentín no era como ellos. Valentín era el chico *nerd* de la clase, el presidente de la sociedad de alumnos de la escuela, el hijo noble y responsable que mantenía a sus padres, el reportero honesto. Nunca fuimos amigos pero nos respetábamos. La última vez que lo vi fue aquel día que cubrimos el operativo en el Motel Marbella. Después sólo me quedó la imagen de él: encobijado, irreconocible.

Seguía yo, decía el mail que me llegó esa tarde.

“YA SAVEMOS DONDE VIVES PINCHE GORDA, TE VAMOS A DESCUARTIZAR Y A TIRAR ENCUERADA EN PEDACITIZ AFUERA DEL MARBELLA COMO LE HICIMOS CON VALENTIN. SI NO TE REGREZAS A TU RANSHO TE VA A CARGAR LA CHINGADA, TE TENEMOS HUBICADA, A TI Y A TU AMIGA LESVIANA CON LA QUE VIVES EN EL CENTRO. COMANDANTE MATEO Z”

Le hice caso a mi miedo. Regresar a mi rancho, enfriarme, salirme de la jugada, como dicen. El escondite fue el hostel de un amigo. La sala estaba llena de libros. Ahí

viven los mejores guardianes, Angas y Mangas, un pastor alemán y un labrador que eran puro amor.

En un mes, el miedo parecía haberse ido. Llamé a la redacción y les avisé que volvería. Antes de partir entré al cibercafé del pueblo para revisar mi correo. Y otra vez, ahí estaban ellos.

“YA SAVEMOS QUE ESTÁS EN CREEL PINSHE GORDA, NI SE TE OCURRA REGREZAR. SOY EL COMANDANTE MATEO DE LOS ZETAS Y ESTAS ADVERTIDA”

No sé hacer otra cosa más que periodismo. Así que regresé a Coahuila.

II

Desde niña me embrujan las historias. Repantigarme en el sillón de la casa de Abuelo era como treparme a un tren infinito y figurarme cómo el ferrocarril le daba vida a Torreón y arrojaba a Abuelo, que se había quedado huérfano a los diez años. Yo podía pasar horas en aquel viaje, hasta que anochecía, mientras él hablaba de justicieros y de bandidos, del bien y del mal, hasta que Abuela lo interrumpía: “Ya deja a la niña en paz, vénganse a cenar”.

Con los años, buscar historias se convirtió en mi oficio. En 2004, cuando pisé por vez primera una redacción, sentí como si hubiera ganado en el bingo: no podía creer que me fueran a pagar por reportear y escribir. Cinco mil pesos por mes fue el trato, diez horas diarias, sin gasolina, sin teléfono, sin auto. Aun así pensé que yo les debería pagar a ellos.

Entonces fui en búsqueda de aquellas historias que Abuelo me contaba: preferí las de bandidos y las de sus víctimas. Hablé con el asesino de mujeres más peligroso de la Laguna; en el Triángulo Dorado, descubrí sembradíos

de mariguana que estaban a tiro de la vista de militares; platiqué con los niños de un albergue en Baborigame, Chihuahua, mientras sus padres rayaban la amapola y se ausentaban por semanas; publiqué un mapa de los puntos de venta de droga más concurridos en la ciudad, que incluyó una infografía del análisis químico de la *merca*.

Ejercer el periodismo parecía el paraíso. Entonces llegó 2005 y todo comenzó a irse al diablo. En aquel año, el presidente Vicente Fox estrenaba la Ley de Transparencia en los estados. Yo, como muchos reporteros del país, empezamos a solicitar información de la más simple: por ejemplo, preguntarle al alcalde cuánto gastaba en publicidad, la debida comprobación de gastos y quiénes eran sus proveedores. Nada arriesgado, pensé. Un rato después, sonó mi teléfono. Era el director de Comunicación Social del ayuntamiento. Hablaba con cierto tono adulator, halagó mi trabajo y luego me invitó a tomar un café para platicar sobre mi solicitud de información.

—No tengo nada de qué platicar —le dije. —Lo que necesito es que me respondan la solicitud.

—Platiquémoslo con un café, licenciada.

Le contesté que yo no tomaba café con los funcionarios y él enfrió la voz:

—Necesito que se retracte por escrito de la solicitud —lo dijo como una orden.

—¿Está usted loco? —le respondí porque no se me ocurrió otra cosa.

—Ya hablé con tu jefe y, por escrito, vas a retractarte.

—Aunque mi jefe me lo pida, no lo voy a hacer.

El tipo refunfuñó y enseguida advirtió que me arrepentiría. “¡Vas a ver quién gana!”, dijo y colgó.

Ganó él: el periódico decidió no hurgar más en el asunto porque estaba en juego una deuda publicitaria por

1.5 millones de pesos. Ese día conocí el silencio. Qué diría ahora mi abuelo.

III

Fue hasta el martes que lo extrañé. Uno de los reporteros que estaba a mi cargo, y que llamaré José, no había asistido el lunes a la junta que suelo tener a diario. Pensé que andaba cansado: se había desvelado durante varios días para entregarme una investigación arriesgada, en la que mostraba la ruta de robo del combustible en el tramo Saltillo-Monterrey. José es de esos reporteros que suelen escribir en la redacción hasta el amanecer, es de esos que se emocionan cuando ven su nombre en la portada, es de esos que aprenden de las correcciones, que redactan más de tres borradores. Es un reportero en extinción, pues, y el martes tampoco apareció.

En su teléfono entraba el buzón. Su *roomie* lo había perdido de vista desde el domingo y el vocho que manejaba y era del periódico estaba estacionado a la vuelta de la calle. La Procuraduría hurgó en sus cosas y no tardó en insinuar que se trataba de un suicidio. Incluso montó un operativo muy fantoche para buscar el cadáver de José en un arroyo cercano. José seguía desaparecido.

Diez horas después, hechos manojos de nervios y miedo, mientras pensábamos qué diría el comunicado donde informaríamos de la desaparición, recibí una llamada del celular de José.

— ¿Estás bien?, ¿dónde estás? — pregunté esperando que fuera la voz de José.

— Sí, me tiraron en la carretera y caminé hasta Concha del Oro — su voz se escuchaba aletargada, como si no hubiera dormido en años. — Una familia me ayudó.

Le pedí alguna ubicación para ir por él, pero esa noche José no tenía cabeza para saber adónde quedaba el

norte. Le dije, entonces, que caminara hacia la iglesia del pueblo y ahí nos encontraríamos. El dueño del periódico quiso ir por José apenas les conté a los directivos, pero no lo dejaron y fue Alejandro, el subdirector editorial, quien me acompañó. Notificamos a las autoridades que José había aparecido, que iríamos a recogerlo. El procurador nos recomendó no viajar solos y nos asignó un grupo de escoltas que le rendían cuentas al subprocurador. “Vas con mi mejor gente”, me había dicho el procurador.

Yo sólo quería ir por José, me calaba la culpa. ¿Cómo se nos había ocurrido publicar una investigación sobre la mafia de huachicoleros que operaba en Coahuila? Era el 2008: la mafia operaba en la ciudad y nos lo estaba haciendo saber.

En el auto íbamos Alejandro y yo, acompañados de un escolta que no cargaba siquiera con una navaja de explorador. Atrás, en una Suburban, venían el subprocurador y seis, siete oficiales, vestidos de civil, armados hasta los pelos. De hecho, la primera parte del plan era librar el retén que queda a la entrada de Zacatecas, pues los escoltas no tenían permiso para usar armas en otra jurisdicción. Arrancamos en caravana y, justo a la salida de la ciudad, la Suburban nos alcanzó y uno de los oficiales nos ordenó parar. El subprocurador se bajó y nos avisó: “Me están diciendo mis superiores que no es seguro que vaya con ustedes, pero no se preocupen, van con los mejores”. Yo sentí miedo y se me revolvió el estómago.

Ya era de noche cuando agarramos carretera. Alejandro le pisó y yo recé. Libramos el retén y más adelante, justo llegando a la curva por donde se entra a Concha del Oro, nos detuvimos. El oficial que nos acompañaba se bajó y se diri-

gió a la Suburban para recoger sus armas. Regresó con nosotros y tomó el volante. En la camioneta estarían alertas; irían a cierta distancia nuestra. Recuerdo que entramos por una avenida larga, sin fin. Era media noche y en las calles ni un alma, ningún auto nos esperaba. Nomás nosotros.

“¿Para dónde queda la iglesia?”, preguntó el oficial. Le contesté que nunca había estado ahí, que le diera recio para adelante, a ver con qué nos encontrábamos. Y con lo que nos encontramos fue con que el pueblo debe tener el récord de número de iglesias por calle. En algún momento topamos con otra iglesia. En la contraesquina estaba estacionada una Hummer negra, con vidrios polarizados.

—¿Qué hacemos? —nos preguntó el oficial con cara de niño asustado.

—Usted es el que sabe, no me espante —le respondí.

—Bájese pues a buscarlo.

—¿Cómo?

—Sí, bájese a ver si encuentra a su compañero.

Ni Alejandro ni yo nos bajamos. La Hummer era ave de mal agüero. Rodeamos la iglesia y ahí encontramos a José. Estaba sentado, abrazado a sus tobillos, con una mochila. Bajé por él, José se trepó rápido a la parte trasera del carro y me sujetó de la mano. Me apretó tanto que pude sentir algo de su miedo. No me soltó en toda la carretera.

Durante el trayecto, José habló poco. Dijo que lo secuestraron afuera de su casa. Que le cubrieron el rostro, pero no lo lastimaron. Que lo retuvieron dos días. Que le hicieron saber que todo era culpa de su investigación sobre las cachimbas, las tiendas clandestinas de diésel. Que sólo por un momento le descubrieron el rostro y que un señor que dijo ser *El Jefe* se le plantó enfrente y le advirtió: “Veme bien para que no se te olvide quién manda, cabrón”.

Esa noche regresé a casa a las tres de la mañana. Vivía sola. Apenas cerré la puerta, me solté a llorar.

IV

Me he quedado sin voz. Soy norteña, judoka, alta, robusta y tan fuerte que cargo el tanque de gas con una mano. Pero hoy me he quedado muda. Estoy llamando al director editorial para pedirle ayuda y mi voz no reacciona. Como en esas pesadillas donde uno quiere gritar y no puede. Este no es un sueño. Por más que muevo mi boca y camino de un lado a otro y respiro, no me sale sonido alguno, puras lágrimas. Supongo que esto es el silencio. Es Navidad, pienso. Es Navidad. ¿Puede haber un silencio más siniestro? Hemos escuchado balazos, hemos escuchado los gritos de las madres que no encuentran a sus hijos y nosotros nos hemos quedado callados tal y como nos lo han ordenado.

Sigo muda. Cuelgo. Le envió mensajes por la Blackberry.

— No me sale la voz, mejor te digo por aquí.

— ¿Qué pasó?

— Me llamó el comandante Lobo. Me dijo: “¿Kowainin?”, y yo: “Sí”. Pensé que era un amigo que me hablaba para felicitarme. Me dijo: “Soy el comandante Lobo de los Zetas. Nomás hablo para desearle Feliz Navidad. Ái sígale con su revistita y a ver cómo le va”.

— ¿Pues qué sacaste?

— Nada, no hemos publicado nada.

Esa noche tenía casa llena. Mi familia había llegado de Chihuahua cuando supieron que, por la carga de trabajo, yo no tendría vacaciones. Pavo, tamales, quesos, vino, regalos, abrazos. Así transcurría la noche hasta que la llamada lo jodió todo.

Mis archivos mentales recorrían cada página del periódico del último mes, ¿qué lo había hecho enojar esta

vez?, ¿qué había sido tan grave como para estar yo en la mente de un cabrón zeta, justo empezando Navidad?

Lo primero que recordé fue un reportaje que publicamos en *Semanario de Investigación*, que dirijo, sobre una estética que funcionaba de fachada de un congal. Cuando el reportero me la entregó, me resistí. Al final la leí: traía horas de calle, horas de escritura, la historia era buena, atrapaba. Según mi síndrome de inmunidad, edité todo riesgo: direcciones, nombres, detalles. Era una historia que podía suceder en cualquier parte del mundo. No funcionó: sabían mi número del radio de Nextel que ni yo me había aprendido, sabían mi nombre y mis apellidos, y sabían que yo editaba el semanario.

Esa madrugada, el director del periódico habló con el procurador. La orden fue que me dirigiera con el comandante X, que él se encargaría de mi asunto. Yo tenía antecedentes de que el comandante X era el nexo con el crimen organizado. Nunca le hablé. Me encerré en mi casa por dos días y fue peor. Era como estar en una jaula. Con tanto tiempo para pensar, y guiada por mi intuición, armé un plan, bajo la hipótesis de que el Estado está coludido con el crimen organizado: responsabilizaría al procurador en caso de que me sucediera algo. Le diría que organismos de protección a periodistas y medios internacionales ya estaban enterados. Mi intención no era que me mandaran escoltas, sino decirle entre líneas que calmara a esa gente, a su gente. O sabrá Dios. El procurador me dijo: “Yo no veo riesgo, no creo que se tenga que ir de aquí”.

A los pocos días, en casa nos esforzábamos por planear el mejor año nuevo en mucho tiempo.

V

El día que el PRI ungió a Humberto Moreira Valdés como su dirigente nacional, Saltillo perdió la paz que aparente-

mente había. Ese 4 de marzo de 2011, en la avenida más transitada, policías y gatilleros se agarraron a balazos durante una hora. Se persiguieron por avenidas intocables, a horas intocables, en una ciudad que Moreira presumía era intocable. La gente se encerró en sus casas y los reporteros de la fuente policial fueron atrás de la balacera sin chaleco y sin seguro de vida.

Esa noche el gobierno del estado citó a una rueda de prensa. Para esas horas el pánico era lugar común y ningún reportero, ningún editor, quiso asistir a la conferencia. ¿Qué tal si atacan Palacio de Gobierno?, decían. El director editorial y yo fuimos. Él tomó las fotografías, yo grabé video y redacté la nota. Cuando decidí volver a casa, no encontré mis llaves. Soy una distraída, pero ese día estaba en mis niveles más altos de distracción. Las busqué por todo el periódico. En los baños, en la maleta de la cámara, en el auto. Nada. No estaban y la paranoia se me trepó. ¿Y si ya saben dónde vivo? ¿y si me las robaron en la rueda de prensa? Me fui a un hotel. Eran las dos de la mañana y me dio vergüenza tocarle a esas horas a mis amigos. No dormí. Pasé vomitando toda la noche. Pienso que era la paranoia, la paranoia de tiempo atrás.

Al día siguiente llegué al periódico con la misma ropa. Buscaba a un cerrajero cuando citaron a junta. Había llamado “el líder de la Plaza”, un tipo que llevaba tiempo hablando al periódico para dictar la línea editorial o para contarnos su versión de los enfrentamientos. “El líder de la Plaza” me había dejado un mensaje: “¿Ah, muy chingones?, ya los vi haciendo preguntas en la rueda de prensa de ayer; síganle así y nadie los va a defender, ni los federales”. Yo había sido la preguntona.

Qué fácil es desarmar a un periodista en el norte. Siempre llega alguien para decirte que no puedes pregun-

tar, que no puedes investigar, que no puedes publicar, que no sigas. ¿Y qué haces si saben todo de ti, dónde vives, quiénes son tus amigos, qué es lo que te duele más?

Ya no recuerdo en dónde encontré mis llaves, pero me duché y dormí más de medio día. Pienso que era el miedo de tiempo atrás.

VI

30 de mayo de 2011. Periodo de elecciones a gobernador.

Escuché un tronido mientras esperaba a que el semáforo cambiara a verde. Pensé que era un transformador y seguí conduciendo hacia mi casa. Al rato me llamaron del periódico: “Nos aventaron una granada, vente a cerrar la edición”. La granada había estallado justo en medio de los autos del director editorial y del jefe de *policiaica*. Era media noche y no había ninguna alma en la calle. Sólo hubo daños materiales: los vidrios, la fachada, los carros. También se rompió la paz de más de cien personas que trabajamos en la redacción.

La policía nunca llegó. Pero sí un puñado de Zetas que no se responsabilizaban del hecho. “Nosotros no fuimos, jefe —le dijeron al director. —Lo que se les ofrezca”. El Ejército se apareció una hora y media después. Ese día recordamos lo solos que estamos.

Meses después hubo detenidos. Los sicarios confesaron haber lanzado la granada para ver qué pasaba. No sabían cómo usarla y experimentaron.

VII

Febrero, 2014

COMTE MATEO:

@kowanin DÓNDE QUIERES LA CABEZA DE MARIO

Cuando leí el *twit* me reí. Me reí porque teníamos mucho tiempo sin investigar temas del narco (habíamos entendido a putazos que una nota no vale una vida). Y me reí porque este oficio en Coahuila me ha enseñado que cuando los malandros quieren algo no te escriben por Twitter: llaman directamente al medio o a tu celular y, si los ignoras, te secuestran a un compañero. Así van controlando la línea editorial.

El miedo le fue ganando a la risa. Esta ocasión no se trataba únicamente de mí, sino de mi novio, un gigante de más de dos metros con el que viajo al desierto para ver la vía láctea, con el que bailo en la cocina mientras hierve el agua para la pasta y con el que sale el cursi que todos llevamos dentro. Decidí denunciar. Llamé al mecanismo de protección para periodistas y, al día siguiente, tenía enfrente a dos mujeres interrogándome. Me llevó todo un día contarles mi asunto: ni siquiera sabían qué era Twitter. “Esto parece venir del gobierno”, me dijo una de ellas. Quedaron de enviarme un botón de pánico.

Meses después, a la redacción llegaron otras dos personas del mecanismo. Repetimos el interrogatorio, sin la explicación de Twitter. Se disculparon diciendo que los cambios de jefe habían entorpecido todo, pero juraron que, ahora sí, mi tema era prioritario. Tomaron fotografías de todo lo que encontraron en mi casa, contaron puertas y ventanas; según ellos medían el riesgo. Sobre el botón de pánico me aseguraron que estaba en camino.

Pasó un año y nada. Entonces se presentó una señorita a la redacción. Era empleada de una agencia de equipos de seguridad. Había volado a Saltillo para entregarme el botón de pánico.

—Un año, señorita, un año —le reclamé. —¿Sabe qué hubiera pasado si yo viviera en Veracruz? ¿Así protegen a los periodistas? Lléveselo, no lo voy a aceptar.

—Entiendo, pero no lo puede devolver. Yo sólo trabajo en la compañía de los equipos y se lo traje para explicarle cómo funciona. Si desea regresarlo debe llamar al mecanismo para que vengan por él.

Aquello parecía peor que cancelar una tarjeta de crédito.

Por si fuera poco, el botón de pánico estaba conectado a autoridades estatales y no a las federales, como yo lo había exigido. Le pedí que hiciera el cambio.

—Híjole, señorita, yo no puedo cambiarle nada; tendrían que venir los del mecanismo.

Me quedé con el botón de pánico. Lo apagué. Según yo, lo dejé sin batería y lo guardé en mi escritorio. Cargarlo conmigo era como regalarles un GPS. Después de varias llamadas, seis meses después se presentó gente del mecanismo para recoger el botón de pánico. Antes de irse, me invitaron a un evento en el Castillo de Chapultepec, donde explicaría mi proceso como prueba del éxito del mecanismo.

No acepté y, después de un papeleo engorroso, se llevaron el botón.

Justo a los dos años, en febrero de 2017, recibí un citatorio: requerían mi presencia en la Delegación Torreón: necesitaban realizarme un examen psicológico. El argumento fue que, para cerrar el caso totalmente, debían antes hacer una evaluación psicológica y yo tenía que viajar a Torreón porque en Saltillo no había peritos en esa materia. Por curiosidad pregunté cuánto duraba el examen. “De dos a tres horas”, me contestaron.

No fui y aquí sigo y no me voy a ir.

LA FOTÓGRAFA DE NOTA ROJA

Laura Sánchez Ley

Sonó su celular mientras conducía hacia la escuela de sus hijos. Ángeles García contuvo el volante con una mano, con la otra agarró el teléfono y con el rabillo del ojo miró hacia el espejo retrovisor para vigilar que los niños no se pelearan.

Ángeles, de 50 años, era en aquel noviembre de 2008 una fotógrafa sin empleo fijo y apenas divorciada. Al marido, también fotógrafo, lo había dejado por borracho y mujeriego. Del trabajo se salió por culpa de las miradas e intenciones bragueteras de los jefes. Ángeles trabajaba en la sección de sociales de *El Mexicano*, un diario oficialista cuyo dueño es líder sindical priista. Por más de una década, Ángeles fotografió las fiestas del *jet-set* tijuanaense. Pero ahora estaba desempleada y sin marido.

—¿Bueno? —contestó Ángeles el celular.

—¿Todavía quiere el trabajo?

La voz era del director de *El Sol de Tijuana*, un ex funcionario de la PGR que había sido acusado de corrupción, pero era protegido por el propietario del periódico, Mario Vázquez Raña. El director usaba un bigotillo recortado, cuadrado, igual que Hitler. Ángeles había conocido al Hitler tijuanaense tres meses antes, cuando acudió al diario a pedir empleo. Aquella ocasión, después de subir los cinco pisos del horrible edificio color rosa, Ángeles entró a la oficina de Hitler, le expuso sus virtudes y necesidades y éste

le contestó: “Mire: a mí no me gusta trabajar con mujeres; a menos que se muera uno de mis fotógrafos, la busco”.

—Sí, todavía ocupo trabajo — le respondió Ángeles a Hilter por el celular.

—Pues, ¿qué cree? Sí se murió un fotógrafo.

*

El tambo, de donde aún se desprendía humo y un olor a carne quemada, fue abandonado poco antes de las seis de la mañana sobre el bulevar El Florido. El Florido es una calle infinita al Este de Tijuana, donde decenas de maquiladoras cambian de turno a la misma hora en que fue abandonado el tambo. Por eso, antes de que la policía se presentara y anunciara lo que entonces era poco visto en Tijuana, los obreros se acercaron y concluyeron que adentro del contenedor había un cuerpo calcinado. Se alcanzaban a ver lo que parecían unas piernas, unas rodillas, unos dedos.

Al principio, la fiscalía del estado llamó al desconocido como *El entambado* y se asumió que era un hombre: quien o quienes lo habían asesinado, le cortaron los testículos y se los metieron a la boca.

El Entambado se llamaba Gerardo Martínez, pero todos le decían el Monstro (sic). Tenía 24 años y trabajaba de fotógrafo para *El Sol de Tijuana*. Sobre su asesinato se han dicho muchas cosas: que fue un asunto de drogas, que no, que fue un pleito de faldas, que no, que fue por un dinero que le debía al Cártel de Sinaloa. En los mundillos reporteriles y en la policial la muerte del Monstro fue tomado como un mensaje para el Cártel de Tijuana: la gente de Sinaloa venía por la plaza y calcinar a las personas sólo era una de las tantas formas para conseguirlo.

Ángeles sustituyó al Monstro y así se convirtió en la primera mujer en el periodismo bajacaliforniano que fue contratada como fotógrafa de nota roja.

*

Hace diez años, Ángeles era una atractiva mujer de cuarenta años que, a fuerza de gimnasio, tenía todo para llamar la atención. Su pelo era largo, rizado, voluminoso y negro, brillantemente negro. Desde aquel tiempo las zapatillas altas ya eran su debilidad. La he visto trabajar entaconada en parajes pantanosos y en muchas más escenas del crimen. Pero sus tacones son otra historia. Decía yo que Ángeles tenía todo para llamar la atención y que desde el primer día que entró a trabajar a un periódico aprendió a contener el coraje que le provocaba cada mirada acosadora o desafiante. La primera iba acompañada de invitaciones para salir a cenar o de ofrecimientos para mantenerla a ella y a los niños. Con la segunda mirada, la altanera, Ángeles siempre ha pensado que tratan de decirle: “Estás bien pendeja”.

Cómo aquella vez cuando, gritando y reclamando, llegó un reportero de la vieja guardia que se enorgullecía por haber recibido el Premio Nacional de eriodismo de manos de Carlos Salinas de Gortari. “Ninguna vieja pendeja me va a quitar mis fuentes”, bufaba. Su enojo era porque Ángeles había asistido a una conferencia de prensa en la fiscalía estatal que, según el reportero, a él le correspondía cubrir.

*

En 2008, Ángeles retrataba entre diez y doce muertos al día. Ese año mataron a más de 800 personas en Tijuana. Ángeles entraba a las tres de la tarde y salía hacia al amanecer, cuando llegaba alguien para relevarla. Muy pronto, el vals de la quinceañera, el *bossa nova* de los desayunos de beneficencia, el mariachi en las fiestas de Jorge Hank Rhon se le fueron olvidado.

Los cambió por los gritos de aquella mujer que escuchó llorar cuando fotografió a su primer muerto. Los cam-

bió por un costal de croquetas para perro que un hombre rafagueado en la garita traía en el asiento del copiloto. Ángeles imaginó toda la historia: el tipo había cruzado a Estados Unidos para mimar a su mascota y había terminado cocido a balazos.

Alrededor de ella había una decena de camarógrafos y fotógrafos, todos hombres, que la miraron con cara de "vieja tenías que ser". Ángeles fingió que tomó una foto y pegó los ojos a la mirilla de la cámara lo más que pudo. Alguien se le acercó y, condescendiente, le susurró: "Ya te acostumbrarás".

*

El sonido agudo e insistente de la radio Nextel, que Ángeles colocaba cada noche debajo de su almohada, la despertó poco antes de las cinco de la mañana. Una fuente de la policía municipal le llamaba para ordenarle que se levantara, que agarrara la cámara y se dirigiera al bulevar Cuauhtémoc. Cualquiera que fuera lo que Ángeles estaba por fotografiar no estaba lejos de casa. Se colgó la cámara y, en pijama, salió corriendo hasta llegar a un puente, donde forcejeó con unos policías que no la dejaron avanzar más. No había más fotógrafos. Ángeles estaba sola debajo de un puente, esperando, cuando de pronto sintió que algo, una gota, o algo como una piedra, cayó cerca de su pie. Era sangre. Por instinto, Ángeles volteó hacia arriba y vio que de las rejillas del puente colgaba una cuerda de nailon que sostenía a un cuerpo desnudo con los genitales atados al cuello. El tipo había inaugurado la temporada de colgados en la historia del narcotráfico. El muerto era el funcionario municipal que había expedido licencias de conducir a Teodoro García Simentel, *aka* el Teo, un sanguinario sicario del Cártel de Sinaloa.

Ese 9 de octubre de 2009, Ángeles le dio click y dos cosas sucedieron:

Una: La foto viajó por el mundo y el director con bigote de Hitler tuvo que tragarse las tantas veces que el muy cabrón dijo a todo aquél que lo escuchó que Ángeles “era una pinchi vieja” y nunca iba a traer una buena foto para la portada.

Y dos: la imagen exhibió a un gobierno municipal rebasado por el narco y eso no se lo perdonó Julián Leyzaola, el entonces jefe de la policía municipal, el teniente retirado al que no le importaban los derechos humanos, el que le declaró la guerra al Teo y a sus secuaces. Desde ese día, cuando Leyzaola la veía, se acercaba hacia el cordón amarillo que dividía a la prensa de los cadáveres, y le gritaba: “¡Quítate, basura!”.

*

Ángeles era un fotógrafa solitaria hasta que llegué al *Sol de Tijuana*. Tenía 20 años de edad el día que entré por la puerta del periódico peor pagado en todo Baja California. Yo quería trabajar para la sección cultural, pero sólo había plazas en la nota roja. Acepté. Por las mañanas acudía a la universidad y por las noches me sentaba a lado de Ángeles, esperando a que sonara la radio para salir y corretear policías ministeriales, regresar a la redacción y escribir sobre los muertos del día.

Ángeles siempre se ha movido en un Nissan 1980. Es un auto viejo y enfermo que a menudo la deja tirada en avenidas de alta velocidad. En broma y medio en serio, yo le he dicho que queme la carcacha y que me dé el honor de encender el cerillo. Pero como en su trabajo ni siquiera le pagarían un vaso de agua, Ángeles se ha resignado a encontrarle el modo al Nissan: con un palo le pega al motor para que encienda de nuevo.

La primera vez que me subí al Nissan fue también la primera vez que escribí una nota (un *narcotúnel* que construyó gente del Chapo Guzmán y donde esclavizaban a una decena de hombres). Pero me acuerdo más de la segunda nota: el asesinato de un joven que murió abrazando un cuerno de chivo. Esa noche, en medio del ruido de las sirenas, escuché un llanto que opacaba todo: era la madre del joven que corría desde un extremo de la calle, tropezándose. Solté unas lágrimas pero rápidamente me contuve. Asumí que ningún reportero experimentado lloraba y yo quería estar al nivel de ellos. Ángeles soltó su cámara, me miró y me dijo: “Llora, Laurita, no te aguantes, llora”.

Fue Ángeles la que me enseñó a encarar a los directivos que me trataban de mijita y a los jefes que pedían notas tendenciosas. Me enseñó a alburear, a sortear los comentarios insidiosos de los colegas, y a compartir lo poco que teníamos: 20 y 20 pesos para gasolina; un taco de asada para ella, otro para mí; una *cheve* para las dos.

*

Ningún comité la ha premiado por valiente. Ninguno de sus jefes le ha preguntado por el dolor de espalda que a veces la deja inmovilizada, inútil; se lesionó la columna vertebral cuando cubría un evento. Ninguna fundación de fotógrafos le ha reconocido su trabajo periodístico. Nadie le ha regalado los 20 o 50 pesos que a diario le echa de gasolina al Nissan. Ningún policía municipal le ha aplaudido cuando ella llega antes a la escena del crimen. Y quizá nunca lo harán. Pero Ángeles está ahí, en el Oxxo que queda frente al horrible edificio color rosa del *El Sol de Tijuana*. Todos los días compra lo mismo: un hot dog y una Coca Cola. Cuando no trae los 18 pesos, se compra una bolsita de semillas de girasol para matar el hambre. O

para obligar al cerebro a olvidarla porque, me ha dicho, la sal en exceso le provoca náuseas.

La última vez que nos vimos me contó que tiene miedo de que el banco le embargue la casa y de que llegue el momento en el que no tenga siquiera para comer. Desde hace ocho años, Ángeles dejó de pagar la hipoteca. El salario no le alcanza: 6 mil 700 pesos al mes, pero le descuentan la mitad por un crédito que le facilitaron en el periódico y con el que compró una cámara. Porque, ante todo, Ángeles es fotógrafa y cubre la nota roja.

PERIODISMO EN DISCRETA RESISTENCIA

Gerardo Romo Arias

ZACATECAS.— No lo creí cuando Francisco Barradas me ofreció ser su asistente personal. Era el director del periódico *Imagen* de Zacatecas y Premio Nacional de Periodismo por su crónica del inolvidable “pase de charola” de Carlos Salinas de Gortari, cuando pidió 25 millones de dólares a un grupo de empresarios para la campaña presidencial de Luis Donald Colosio en 1994.

Me imaginé de inmediato cercano a los poderosos, comiendo con los políticos, conociendo sus secretos y accediendo a información privilegiada. En cambio, al siguiente día descubrí mi verdadero trabajo: era el mandadero de la redacción. Debía estar pendiente si se le ofrecía algo a algún reportero. Era lo que se conoce en los diarios como “hueso”. Corría el año 2000.

Revisaba boletines, seleccionaba cables informativos, leía, observaba, aprendía. También me asignaron al archivo de foto: fue antes de la era digital y tenía que buscar entre los negativos las imágenes que ilustraran la edición del día. Esa rutina se interrumpió cuando me topé con una nota de agencia: el entonces presidente Ernesto Zedillo presumía avances de su gobierno en una gira en Durango.

Modifiqué la nota. Cambié los *dijos* por *fantaseó* y *deliró*. Creía que ese ejercicio crítico sería bien visto y quizá merecedor de un ascenso. Tenía 17 años de edad y menos

de un mes en el periódico. Esa noche subí a la oficina del director para avisarle que había terminado. Me gustaba ver el retrato de un campesino con el rostro curtido, surcos en la piel y sombrero detrás de su silla.

A los dos minutos me recibió Barradas de nuevo, ahora a gritos, mentadas de madre y cuanto lenguaje iracundo salió de su voz firme, ronca, encabronada.

— ¡No sé cómo confié en gente como tú, lárgate, no te quiero volver a ver! ¡Eres un pendejo!

La modificación a la nota del presidente —que vio Barradas y alcanzó a corregir antes de enviar a imprenta— ocurrió gracias a la lectura que, días antes, había hecho de “La *declarocracia* en la prensa” de Gideon Lichfield, corresponsal de *The Economist* en México. Lichfield criticaba la cantidad de sinónimos del *dijo*, que los periodistas utilizamos para reproducir el discurso oficial de manera acrítica. Y proponía introducir nuevos sinónimos como deliró, fantaseó, mintió.

Un par de meses después de aquel despido, volvieron a contactarme. Me invitaron a regresar y acepté.

Permanecí los siguientes 22 meses en el diario. En *Imagen* me entrenaron para conocer mi estado, cubrí la fuente política y ciudadana. Recorrí a pie las colonias populares para conocer las necesidades de la gente. Mi primer sueldo fue un cheque por 575 pesos que mi padre escaneó para guardarlo de recuerdo.

Pronto me promovieron a la cobertura del entonces gobernador Ricardo Monreal. Debía seguirle los pasos en la capital y en sus giras en municipios.

Desde 2001, apenas a tres años de iniciado su sexenio, el oriundo de Fresnillo suspiraba con ser presidente. Con sus súbditos del PRD formó un grupo denominado “Epicentro” y mandaron a hacer calcomanías con la leyenda “Monreal Presidente” para el 2006.

Una mañana, para festejar el aniversario del periódico, Francisco Barradas me dijo: “Bienvenido al Club. Tengo la primera demanda en tu contra”. Todos los reporteros del periódico, me dijo, estábamos en la misma situación, incluido él. Éramos incómodos a la clase política perredista de entonces, a la que no se podía tocar ni con el pétalo de una crítica.

Francisco Barradas fue removido de su cargo el 17 de noviembre de 2002 después de cinco años al frente del periódico. Su despido ocurrió después de que se publicaran presuntos actos de corrupción de funcionarios monrealistas en obras públicas, que nunca se sancionaron.

También por primera vez en la entidad se documentó cómo desde la 57 legislatura local los diputados, que oficialmente ganaban siete mil pesos mensuales recibían hasta 132 mil. Hubo crónicas que describían la operación del narcotráfico en el municipio de Nochistlán sin que la autoridad los detuviera.

NECESARIO PARÉNTESIS

No tengo casa propia, automóvil ni seguro social. Lo que sí tengo es Trastorno de Déficit de Atención (TDA) que me diagnosticaron hace poco. En días recientes acudí a la Ciudad de México para estudiar un diplomado en la Cátedra Granados Chapa de la Universidad Autónoma Metropolitana. Al salir de casa tomaba la estación del metro Eje Central. Antes de validar mi tarjeta se adelantó una agente de policía para darme pase gratis.

— Su discapacidad se le nota desde lejos joven. Debería tramitar su tarjetón. Mi obligación es estar atenta — dijo.

En otra época ese gesto me hubiera hecho sentir objeto de conmiseración. Pero ese día sonreí. Me pareció un

pequeño misterio de la misericordia de Dios en un mundo sumergido en la indiferencia. Por dificultades al nacer tengo contracturas musculares, pie plano, una pierna más corta que la otra y ansiedad crónica. Pasé años en rehabilitación. A mis 37 rengueo sin darme cuenta.

UN DURO ADIÓS

Poco después de que Francisco Barradas fuera despedido del diario *Imagen* renuncié con otros compañeros. Nos fuimos con nuestro amigo y maestro a fundar un nuevo proyecto periodístico que salió a la luz en julio de 2003, la revista *Bi del México Binacional*, financiada por un grupo de 16 migrantes zacatecanos con la idea de construir un medio crítico, que nos vinculara con nuestra “Suave Patria”: un millón 500 mil zacatecanos radicados en Estados Unidos.

Saqué mi visa por 10 años con la idea de viajar constantemente a Estados Unidos. Se me asignó la cobertura de un viaje a Atlanta con el fotógrafo Ernesto Moreno. Salimos de Zacatecas en autobús y al llegar a la frontera los agentes de Migración no me dejaron entrar porque yo no tenía cómo probar mi solvencia económica en México. Ahí se acabó la cobertura.

Al mes y medio que la revista salió a la luz Barradas fue detenido por policías ministeriales. Lo bajaron de la camioneta y lo trasladaron al penal de Cieneguillas, donde permaneció cinco horas hasta que sus compañeros hicimos *coperacha* para los seis mil pesos de la fianza. Lo detuvieron por calumnia por una nota que publicó cuando era director en *Imagen*, un año atrás, y de la que fue absuelto. La publicación no resistió al golpe y cerró en diciembre de 2003.

Le insistí a Barradas que debíamos seguir adelante y así fue que nosotros dos y una diseñadora fundamos el

semanario gratuito, VEA. Nos reuníamos en su casa para ver los temas, reportear y entregar las ediciones. Pero el desánimo y la presión fue tal que Barradas terminó exiliado en los Estados Unidos. Una noche lo acompañé a la central de autobuses a que tomara camino rumbo a Los Ángeles. Se fue y algo de mí también se partió con él, aunque su enseñanza y amistad permanecieron. Esa madrugada fue la última vez que lo vi y me quedó claro que el periodismo no es una carrera de velocidad sino de resistencia.

EL BARCO HUNDIDO

El periódico *El Independiente* surgió en junio de 2003 con la promesa de ser el diario que el país necesitaba —al menos en el *slogan*— basado en la investigación, la libertad y el buen trato a sus periodistas. Lo formaría una nómina de sólo 150 empleados bien pagados, con oficinas en la Avenida Revolución de la Ciudad de México.

—¿Te subes al barco o te quedas abajo? —me preguntó Marielena Zamora, al ofrecerme la corresponsalía en Zacatecas.

Me ofrecieron 300 pesos por nota publicada. De prestaciones, nada. Contrato, menos. Aguinaldo, ni hablar. Todo fue un trato a la palabra y un delicioso reto. En Zacatecas se vivía el ocaso del gobierno de Ricardo Monreal. Por su parte, los migrantes luchaban porque se creara el diputado local migrante; exigían no ser vistos sólo con el signo de dólar.

Yo enviaba tres o cuatro notas al día. De ellas publicaban dos o tres a la semana. El periódico apenas dedicaba una página a los estados y éramos pocos corresponsales. Pasaron siete meses y no me habían pagado un peso por mi trabajo.

El 3 de marzo de 2004, con los *videoescándalos* de René Bejarano llenándose los bolsillos de billetes que recibía a manos de Carlos Ahumada, dueño de *El Independiente*, todo terminó. Y en Zacatecas los compañeros me preguntaban con burla: “¿te tocó algo?”. La última portada del diario retrataba a los miembros de la redacción anunciando el adiós. Estaban todos menos los corresponsales. Se cerró el periódico y me quedaron a deber poco más de 18 mil pesos. Nunca pagaron ni una sola nota.

Luego supe que algunos de los reporteros demandaron a Ahumada. Yo me quedé sin saber qué hacer y con los bolsillos vacíos. El barco al que me invitaron a subir, se hundió.

EDITOR, DIRECTOR, PUBLICISTA, FOTÓGRAFO Y VOCEADOR

Mi padre me consiguió mil 500 pesos para mi pasaje de ida y vuelta al Distrito Federal y una comida. Llegué a las oficinas de la Revista *Contralínea* en el centro de la ciudad y hablé con Miguel Badillo y José Reyes, director y subdirector, respectivamente. Tomó un par de horas ponernos de acuerdo para sacar una edición mensual de *Contralínea* en Zacatecas. Tendría 12 páginas de información local y el resto se completaría con la edición nacional. Definimos los dos reportajes del primer número: uno sobre el abandono del municipio de Vetagrande tras una intensa actividad minera y otro sobre la contaminación generada por una procesadora de metales en Fresnillo.

Haríamos periodismo de investigación, seríamos un medio de reporteros para reporteros, con total libertad y la garantía de que nuestras condiciones laborales serían justas. El ingreso obtenido por la venta de revistas (mil ejemplares mensuales a 20 pesos de precio de portada) sería

todo para mí y nos dividiríamos al 50 por ciento los ingresos de publicidad. No tendría salario fijo, prestaciones, ni seguro social. Arranqué sin recursos. Ellos absorbieron el costo de producción de la revista que llegó a mi domicilio particular pues no había lana para la renta de una oficina.

Pensé que distribuir mil revistas no sería complicado. Cuando llegó el primer paquete de 20 cajas con 50 revistas cada una entendí la dimensión del reto que tenía enfrente. Me puse de acuerdo con un voceador a quien le dejaba la tercera parte de las revistas y las otras 630 las repartía en tres días en la camioneta de papá con la ayuda de mi madre y mi hermana. Eran jornadas agotadoras.

No tenía dinero para pagar reporteros y por eso no contraté a nadie. Durante nueve meses que duró la aventura yo fui director, editor, fotógrafo, vendedor y voceador. No fui el cobrador, porque el dinero de la publicidad llegaba directamente a las oficinas de *Contralínea* en la Ciudad de México.

De las nueve ediciones locales que entonces tenía *Contralínea* en el país, la de Zacatecas fue la que más recursos generó porque obtuve convenios de publicidad con gobierno del estado, La Comisión de Acceso a la Información Pública y la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ). Llegamos a tener ingresos de 30 mil pesos mensuales. También ganamos un premio estatal de periodismo por un reportaje sobre niños jornaleros.

Pero a mí nunca llegó aquél 50 por ciento de los ingresos de publicidad acordados y decidí dejarla. Los meses de esfuerzo nunca se vieron reflejados con los ingresos pactados.

A *Contralínea* le dediqué más de 14 horas al día: buscaba patrocinadores, definía los temas de investigación, tomaba las fotografías y pasaba jornadas enteras distribuyén-

dola en domicilios al azar o mano en mano; la dejaba en los parabrisas de los carros, en negocios y en bibliotecas. La regalaba pues me interesaba que la gente leyera el contenido.

De esa experiencia aprendí que el periodismo es una labor de equipo y lamenté no haber tenido la visión para formar uno, porque no tenía con qué pagar. Al final a mí tampoco me pagaron. La promesa de crear un medio distinto con mejores condiciones laborales quedó en una utopía, por no llamarla estafa, al menos en *Contralínea*.

En ese tiempo también estuve en Televisa Zacatecas, donde trabajé un año en el que se me retrasaron nueve meses el pago; cuando cayeron a mi bolsillo fueron una especie de ahorro involuntario. Acepté mi cuerpo regordete en pantalla. Me emocionaba hacer crónicas y reportajes de largo aliento con libertad. Cuando salía a reportear manifestaciones de miles de docentes en la calle sonreía cuando al vernos con la cámara y el micrófono decían a coro.... “los del escudito, también ganan poquito”. Y tenían razón.

ORO ROJO

Desde el sexenio de Ricardo Monreal los planes de seguridad pública y prevención del delito han estado marcados por el fracaso. El estado pasó de las pandillas a los cárteles que controlan la vida pública a través del terror. Más de 890 mil zacatecanos son definidos por especialistas como hambrientos crónicos: eso representa a casi las dos terceras partes de la población, en una entidad que tiene a las minas de plata (Peñoles) y oro (Peñasquito *Gold Corp*) más ricas del mundo.

Sólo uno de cada 10 delitos cometidos se denuncian. En Zacatecas se vive la ley de la selva, donde los dueños del dinero pueden hacer con las comunidades lo que quieran.

Los magnates mineros como Carlos Slim, Alberto Bailleres o Germán Larrea regalan migajas a los comuneros, explotan sus tierras y la gente sigue sumida en la pobreza. El abuso se hizo costumbre.

La minería produce en Zacatecas 11.7 millones de pesos por hora, según cálculos del investigador Ignacio Castro, y sólo en los últimos cinco años han producido una riqueza superior a los 600 mil millones de dólares.

El Centro de Estudios para el Desarrollo de la UAZ calcula además que sólo 90 centavos de cada mil dólares se quedan en el territorio. En cambio zonas como Noria de Ángeles, Mazapil, Vetagrande y Fresnillo padecen graves pasivos ambientales por la enorme cantidad de metales pesados en agua y aire. No pocos viejos han muerto de cáncer producto de esta actividad, y muchos más siguen enfermando.

REFORMA, ENGAÑO Y DESPIDO

El 26 de Agosto de 2017 una llamada a mi celular fue el inicio del fin de poco más de una década como corresponsal de Grupo Reforma en Zacatecas. Quedó atrás el salario de 545 pesos diarios que no cambió desde el 12 de enero de 2006 hasta el 27 de Octubre de 2016.

Debía estar en las instalaciones para una junta de trabajo al día siguiente a las 10 de la mañana. Lo apresurado de la cita no me dio buena espina. Esa mañana, el vuelo de Aeroméxico se retrasó. Arribé a *Reforma* poco después del mediodía. Entré a las instalaciones luego de pasar por la imagen en cantera de la Virgen de Guadalupe.

Vi unos compañeros inquietos, con ánimo de funeral, en su mayoría corresponsales, que permanecían sentados como Fernando Paniagua de Querétaro, Héctor Raúl

González de Cuernavaca, la aguerrida Reyna Haydée Ramírez de Sonora y muchos más. De inicio creí que había un receso en la junta de trabajo prometida. Apenas iba a saludarlos cuando salió a mi encuentro Maxwell González, director de recursos humanos. Al verlo, mi panorama se aclaró. Supe lo que vendría tras su saludo y lo que escondía detrás de esa sonrisa fingida, forzada, adolorida.

Había sido el mismo Maxwell quien, en *El Norte* (filial de *Reforma* en Monterrey, del que dependí 10 de mis 11 años en la empresa) me dio a firmar mi contrato de ingreso el primer día de trabajo, que era también el aniversario de bodas de mis padres Alicia y Xavier. Ese 2006 salí alegre, con una computadora y una cámara Canon *Power Shot* gris. Durante tres años me descontaron 10 por ciento de mi sueldo para pagar esas herramientas indispensables de trabajo.

En los últimos cinco años Maxwell había sido el portavoz para despedir a por lo menos 400 compañeros del grupo, quizá más. En ese lapso me salvé de tres recortes previos, pero entrañables amigos y compañeros de *El Norte* fueron despedidos.

Max soltó como ametralladora una perorata sobre cambios en el periódico: que si la transformación, la tecnología, las redes sociales por las que hoy los reporteros somos prescindibles; que si un reacomodo, que si la crisis... Anunció que me despedían por un "inevitable" recorte de personal.

Pero de inmediato atajó seguro:

—No te preocupes, aquí tenemos un paramédico que está para atenderlos y evitar que puedan tener un colapso.

Años atrás, por mi sobrepeso y tensión nerviosa tuve taquicardias. Temí que en ese instante me asaltaran de nuevo. No sé que me dio más coraje, el comentario de Max o la cobardía de los directivos del diario: ni Roberto Zamarripa, ni mucho menos René Delgado o Lázaro Ríos,

todos ellos con nivel de director. Ninguno salió a darle la cara a sus colaboradores, algunos con más de 25 años en el periódico, y explicar el despido masivo.

“Te vamos a dar una carta de recomendación”, dijo Max.

Mientras se sellaban los finiquitos, en el patio central del periódico había una exposición de joyería fina, reluciente, y unos hombres con brazaletes rojos a la altura del bíceps vigilaban el edificio. Eran una especie de *halcones* del 1971 pero en la era *millennial*. Uno de ellos me tomó del brazo para sacarme y le dije: “Suéltame, cabrón, que no soy ningún delincuente”.

En el Convenio de Terminación de Relación de Trabajo se señala que no se rebasó el horario legal de 48 horas a la semana, y que “jamás laboró horas extraordinarias”. Mentira. Si en un lugar se trabajan horas extras es en el periodismo. Una jornada puede rebasar las 14 horas. En el convenio se desconocía al periodismo como una actividad de alto riesgo: “Durante el tiempo que prestó servicios no sufrió riesgo de trabajo alguno, ni padeció incapacidad alguna”.

Tras la cobertura de las elecciones en Baja California Sur en 2009, a las que me envió Grupo Reforma, fui hospitalizado por una crisis severa de colitis. Volvió a ocurrir después de la cobertura de los comicios para gobernador de San Luis Potosí en 2015, que enfermé de pancreatitis, por lo que permanecí 10 días en el hospital y 10 más incapacitado. Ni hablar del pago por incapacidad o facilidades para el traslado postoperatorio. Fue mi familia la que me cobijó.

PRENSA INTIMIDADA

En su informe de abril de 2017, Reporteros Sin Fronteras (RSF) señaló a México como el tercer país más peligroso para ejercer el periodismo, sólo por debajo de Siria y Afga-

nistán. Durante la década que laboré en los diarios del Grupo Reforma, entre otras noticias, me tocó cubrir la fuga de 53 internos del penal de Cieneguillas y la balacera en la que murieron siete agentes estatales en el municipio de Jerez, en tiempos de la gobernadora perredista Amalia García (2004-2010), que definía a los episodios de violencia como “hechos aislados”. No había noche que no avisaran de alguna persona asesinada.

En el sexenio del priísta Miguel Alonso Reyes (2010-2016), la autoridad reconoció que existía presencia de la delincuencia organizada en los 58 municipios de Zacatecas. Recientemente el INEGI catalogó a las ciudades de Zacatecas y Fresnillo dentro del Top 10 de mayor percepción de inseguridad ciudadana, por encima del oriente de la Ciudad de México.

En un informe sobre Zacatecas publicado en 2012 por el extinto periodista estadounidense Michael O’Connor, del Comité de Protección para Periodistas (CPJ), se señaló que la delincuencia tiene prácticamente el control de todo el territorio, “desde los desiertos hasta los cordones montañosos [...] la prensa está intimidada y el público queda desinformado”. En la entidad, agregó O’Connor, los periodistas expresaron una profunda responsabilidad por su labor y la angustia porque ya no pueden seguir efectuándola en forma adecuada. Aseguraba que decir la verdad equivalía a un suicidio y que la autocensura era el único modo de sobrevivir.

Un ex director de un diario de la capital recordaba cómo, en 2014, un hombre de chamarra texana llegó a su oficina. Manoteó sobre el escritorio y le lanzó una advertencia. “A partir de ahora nosotros vamos a decirte qué publicar y qué no”. El mensajero llegó a la redacción una tarde a nombre de uno de los cárteles que se disputan Zacatecas. El

director mejor renunció al cargo y a los 18 mil pesos mensuales: “Ahora ya trabajo en la Universidad Autónoma de Zacatecas, gano más poquito pero estoy tranquilo”.

Sus reporteros entonces ganaban seis mil pesos al mes. Y tenían por necesidad otros trabajos para completar el gasto. Los fotógrafos se empleaban en bodas o fiestas de 15 años y también retrataban políticos para venderles las imágenes y equilibrar sus magros ingresos. El diario dependía en su totalidad del gobierno del estado: “Si el gobierno dejaba de pagar la publicidad (poco más de 150 mil pesos mensuales), el diario cerraba”, recordó el director. En su informe, Mike O’Connor, subrayaba la auto censura que prevalecía en Zacatecas por la dependencia casi absoluta de los medios a la publicidad oficial.

El periodismo es un acto de fe. Alguna vez el jesuita Alex Zatyрка me enseñó que Dios es discreto y rara vez se manifiesta con magnificencia como lo hizo con San Pablo al tirarlo del caballo para sacarlo de su ceguera. A Dios hay que buscarlo en la cotidianidad. Confío en que, como reporteros, también aprendamos a contar nuestras historias y vencamos juntos el silencio, siendo solidarios en la vida antes que en la muerte.

NO DISPAREN, PERIODISTAS TRABAJANDO

Pedro Canché

FELIPE CARRILLO PUERTO, Quintana Roo.— El aroma de las flores que llueven me invitan a ponerle miel de abeja melipona a mi café. Son las 10:23 minutos de la mañana del 19 de julio de 2017. Me han llegado decenas de mensajes por el WhatsApp, 97 llamadas perdidas.

Desperté tarde. Me tocó cuidar a nuestro bebé de 45 días de nacido. Ver cómo maniobra las fuerzas de esas pequeñas mandíbulas para aferrarse a comer, para aferrarse a existir, es un deleite. Todos lo hacemos a diario. Aferrarnos a este excepcional instante en el universo.

Desayuno para aferrarme a la vida. Veo las fotos de las mantas que envían. Amenazan con asesinar a mí y a un empresario del medio digital *El Quintana Roo MX*, Amir Ibrahim. Apenas un día antes lo saludé en un evento público. Era la segunda vez que veía al empresario. Las dos mantas, que emulaban esa táctica del narco, me enseñaron su otro apellido: Alfie, descendencia egipcia.

Desprestigiarnos con las mantas firmadas por supuestos Zetas es una estrategia de quien me sigue y vigila mis pasos. Criminalizar la acción periodística es una práctica muy común en México contra los periodistas incómodos, vivos o asesinados.

Sorbo un café y veo los detalles. Dos mantas colocadas a cada extremo de Cancún. Una de ellas en las vallas del hospital del IMSS de la región 510 y de la escuela CB-

TIS 11 en la Avenida Guayacán. Lugares muy concurridos. Desayuno huevo con chaya, café y agua de pitahaya. ¿Me quita el apetito? Para nada. Por instinto me vienen dos nombres a la mente. Uno conoce sus enemigos. Sé a quienes he incomodado.

* * *

En octubre de 2013, cinco mil profesores bloquearon el acceso a Cancún desde mi pueblo maya de Felipe Carrillo Puerto. El gobernador Roberto Borge amenazó al propietario de la radio, Sebastián Uc Yam, por rentarme espacio en las estaciones 100.1 La Estrella Maya que habla y 102.1 FM Maya.

Muchos de estos profesores, que protestaban contra la reforma educativa, eran mayas. Les dimos voz en la radio local y en las redes sociales. Vetados en los periódicos de Quintana Roo, esos espacios eran vitales para los profesores. En represalia Borge ordenó a un grupo de encapuchados asaltar e incendiar el 26 de octubre de 2013 las dos estaciones de radio que funcionaban en un mismo predio.

Nosotros no nos quedamos callados y explotamos en Youtube, Facebook y Twitter. Fuimos pioneros de las redes sociales en 2013.

* * *

Era un día más en prisión en el invierno tropical. Uno de esos 272 días que el gobernador Roberto Borge me encarceló del 30 de agosto de 2014 al 29 de mayo de 2015, bajo la acusación de sabotaje por cubrir una protesta indígena. Cinco individuos del Módulo 1 llegan a mi celda. Enseñan sus punzones, clavos, cucharas afiladas. Las ponen en mi yugular. La muerte está más cerca que sus alientos. “El Shangai”, “El Coquis” y “El Gato” tienen una misión que

terminar. Aprendí desde hace mucho tiempo no tenerle miedo a la muerte. A la muerte le gusta el miedo. Es el olor preferido de sus víctimas.

—Se han tardado mucho. Desde mi ingreso, ustedes me golpearon hasta el cansancio. Aquí estoy a la orden —les digo.

Me aferro a un lápiz con punta filosa entre las páginas del libro *La otra guerra secreta: Los archivos prohibidos de la prensa y del poder*, de Jacinto Rodríguez Munguía, que me sirve de escudo. Tengo los ojos puestos en las puntas cortantes de esos presos y sus dos compañeros. Un movimiento y por lo menos uno de ellos se queda tuerto.

Unos veinte compañeros del Módulo 2 sabían que esos malandros llegarían a terminar su misión. Los medios nacionales exigían a Borge mi excarcelación, y el gobernador perdía ante tribunales federales su ridícula acusación de “sabotaje” en mi contra.

Los compañeros, solidarios ante la injusticia, entraron a apoyarme y los sicarios de Borge se retiraron apresuradamente. “Acuérdate de nosotros, periodista, los pobres nos pudrimos aquí por falta de dinero. No tenemos abogados”, fue la petición que me hicieron.

* * *

Hace unos días, un domingo de junio de 2017, el veterano periodista chetumaleño Luis Cabañas Basulto me contaba que el entonces secretario de gobierno de Borge, Gabriel Mendicuti, le dijo tímidamente a su jefe que encarcelarme y mandarme a golpear en la cárcel era una mala idea.

—¡Me vale madres! —era la respuesta recurrente de Borge.

Bajo las órdenes del corrupto Borge fui golpeado el 30 y 31 de agosto, apenas ingresé al penal. El mango rotador de mi hombro derecho quedó desecho. Mi columna

cervical quedó marcada por el dolor para el resto de mi vida. Con hernias que rozan la médula espinal el dolor es la constante. Salí de la cárcel y por fin, con la ayuda de la organización Artículo 19 pude ver a médicos especialistas. Debían hacerme dos cirugías, que rechacé. Opté por las terapias. Luego de 23 vueltas a la Ciudad de México, pagadas por la Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas (CEAV), recuperé el 80 por ciento de la movilidad del brazo. Viajes de 60 días. Ya me sabe feo la Ciudad de México. Y todavía faltan las terapias por las cervicales, pero en ese caso la cirugía es inevitable.

Roberto Borge me acusó por cubrir un evento de indígenas mayas que protestaban por el alza en la tarifa de agua potable el 19 de agosto de 2014. Diez días después ya estaba sujeto a proceso ante el corrupto juez Javier Ruiz Ortega. “[Tu encarcelamiento] es una orden de Roberto Borge. Te hacen falta buenos negociadores y recuperas tu libertad”, me dijo este juez mientras yo estaba sentado en su despacho.

Borge pudrió todo. Desde jueces hasta periodistas oficialistas que pululan tras los malos gobiernos. Desde 2013 hasta ahora están haciendo campaña negra contra mi persona. Se ocultan tras el anonimato. Abren y cierran cuentas en las redes sociales para insultar. Son los *bots* de carne y hueso del sistema. A ellos nadie los toca porque son una extensión del sistema que encarcela y mata periodistas.

* * *

El gobernador de Quintana Roo, Roberto Borge Angulo (2011-2016) se propuso desmembrar a la prensa crítica para defender el emporio que fue construyendo desde el poder con el dinero de los quintanarroenses.

El tío de Roberto, el cozumeleño Miguel Borge Mar-

tín, fue gobernador de Quintana Roo (1987-1993) con el padrino de Raúl Salinas de Gortari. Miguel Borge disputó con Enrique Molina, del Grupo Yucateco Escorpión – de la franquicia de Pepsi Cola – el transporte de pasajeros de la ruta marítima Playa del Carmen-Cozumel. Perdió. El proyecto quedó como un sueño familiar de los Borge.

Mario Villanueva Madrid, otro avorazado gobernador (1993-1999), cedió el santuario de las tortugas Xcacel a un grupo de empresarios españoles. Con sus negocios al amparo del poder su fortuna creció al grado de invertir 19 millones de dólares en el ahora extinto banco Lehman Brothers. “De 1993 al año 2001 participé en una conspiración para organizar transacciones financieras, sabiendo que se trataba del producto de una actividad ilícita, para ocultar el carácter y el origen de ese producto”, declaró Mario Villanueva al aceptar su culpabilidad de lavado de dinero ante el juez neoyorquino Víctor Marrero.

Pero el saqueo no quedó ahí. Llegó Joaquín Hendricks Díaz y enriqueció a sus 12 hermanos, esposa e hijos. Desde su posición como gobernador de Quintana Roo (1999-2005) usó prestanombres como el libanés Isaac Hamui, a quien le otorgó el 49 por ciento del Centro de Convenciones de Cancún, que pertenecía en su totalidad al gobierno estatal. Elevó la deuda pública de 300 millones a 1300 millones de pesos.

Joaquín Hendricks toleró el secuestro de la periodista Lydia Cacho, capturada y torturada por policías ministeriales del “Góber precioso”, el poblano Mario Marín, quien cumplía así un deseo del “rey de la mezclilla”, el libanés Kamel Nacif Borge, primo de Roberto Borge Angulo.

Y después llegó Félix González Canto, que 10 meses antes de dejar la gubernatura (2005-2011) contrajo diversas deudas financieras con cinco bancos por siete mil mi-

llones de pesos —solamente en 2010— sin mayor impacto en obra pública. Pidió otros 2 mil 700 millones de pesos de los cuales 700 millones de pesos los usó para reestructurar la deuda anterior. Los más de 10 mil 728 millones de pesos de deuda pública lo convirtieron en el político más rico e influyente de Quintana Roo hasta la fecha.

Y desde esa posición de poder eligió a un sucesor maleable: un chico que trabajaba con su padre en el negocio de la renta de motos en Cozumel. Lo llamó a trabajar como su secretario privado. Por su figura rechoncha era su patifño y también el de sus guaruras. Lo llamó *la botarga*. En una ocasión el joven iba caminando con una camisa que le descubría el ombligo mientras llevaba el portafolio del gobernador. González Canto le reprochó su imagen: “Te pago bien para que te compres buena ropa y pareces una botarga”.

En diciembre de 1994, el joven Borge estudiaba en el Tec de Monterrey cuando su padre Roberto Borge Martín fue encarcelado por defraudación fiscal de tres y medio millones de pesos. Fueron años difíciles para el estudiante. Era víctima del *bullying* escolar. Félix González Canto lo eligió como sucesor para cuidarse las espaldas. Era su blindaje a la impunidad.

* * *

Roberto Borge tenía un sueldo de 105 mil 336. Pero a sólo seis meses de tomar posesión como gobernador, a principios de 2012, liquidó 12 millones de pesos que su padre debía a entidades bancarias.

Lo que más criticábamos los pocos periodistas en Quintana Roo fue la enorme deuda pública que detonó González Canto y que Borge aumentó en 550 por ciento. González Canto la dejó en 10 mil 728 millones de pesos y Roberto Borge la aumentó a 22 mil 541 millones de pe-

sos en 2016. El 10 por ciento de esa deuda se derrochó en su imagen pública; en un estado en donde el pueblo maya vive en la miseria se trata de un gasto criminal.

Borge no fue el único que se enriqueció. Más de 50 funcionarios de su pandilla y otros cientos también lo hicieron. El Registro Público de la Propiedad fue alterado y pusieron a sus nombres terrenos y casas. Los predios y las casas de playa fueron las más afectadas. Desaparecieron los folios y los sustituyeron con sellos reales falsificados. Hoy cientos de casas ya cambiaron de dueño sin que lo sepan sus legítimos propietarios.

El 17 de febrero de 2015 (cuando yo cumplía mi quinto mes en la cárcel) la empresa Barcos Caribe inició el cruce marítimo entre Cozumel y Playa del Carmen. El padrino fue Guillermo Ruiz de Teresa, coordinador general de Puertos y Marina Mercante de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCT).

— Este hombre ha cumplido su sueño familiar y ahora ya es dueño de los barcos y la ruta que su tío no pudo en 1991. Está construyendo un emporio económico. Tiene el aval federal, ¿quién lo para?, escribí en mi diario en la cárcel el 18 de febrero.

“Se ha enfrentado usted a un hombre con mucho poder y dinero”, me señalaba mi abogada Aracely Andrade Tolama, contratada por la organización Artículo 19 para mi defensa legal.

Estaba entendiendo la saña de Borge contra mi persona por llamarlo corrupto. Había quemado la radio donde yo rentaba un espacio para difundir noticias. Ahora buscó un pretexto para encarcelarme. Mandó a golpear a los mayas que protestaban contra las alzas de tarifas de agua. Le

di cobertura y se hizo noticia nacional. Estaba enojado. Me acusó de sabotaje y me esperaban 20 años de cárcel.

El saqueo del estado fue familiar. Mientras hacía campaña difamatoria, persecución contra reporteros, la madre de Roberto Borge, Rosa María Angulo Castilla, se servía con la cuchara grande y se apropiaba de 111 mil 763.81 metros cuadrados de playas de la reserva territorial en la isla de Cozumel, que compró al uno por ciento de su valor real para después cederlo a la empresa Siyenat del Caribe SA de CV.

Fueron en total cuatro inmuebles que “compró” al Instituto del Patrimonio Inmobiliario (IPAE) a precio de ganga de 28 millones 547 mil 182 pesos que luego también cedió a la empresa Siyenat.

Con esta triangulación, la madre de Borge de repente tenía solvencia de 200 millones de pesos para justificar inversiones en la naviera Barcos Caribe, que operaban tres naves en la ruta Playa del Carmen-Cozumel. Tres barcos que fueron comprados en Tanzania por 11 millones de dólares. Para esta inversión naviera Roberto Borge usó a prestanombres como la secretaria de su padre, María Lourdes Pinelo Nieto y su abogado familiar, César Celso González Hermosillo. Los tres están prófugos hoy de la justicia. Su empresa Impulsora Marítima de Quintana Roo y del Caribe SA de CV, propietaria de los Barcos Caribe está asegurada ahora por el Sistema de Administración Tributaria (SAT).

Después de las investigaciones realizadas por la periodista Fabiola Cortés y la revista *Luces del Siglo*, y las denuncias interpuestas por el actual gobernador Carlos Joaquín, Borge dejó estacionadas en Australia dos barcos tipo *ferry* por 15 millones de dólares y dos en Progreso, Yucatán por 16 millones de pesos. Las rutas Isla Mujeres-Cancún y Cancún-Cozumel habían fracasado. El “rey” del

transporte naviero había caído. Su lucha feroz contra la prensa crítica no le sirvió de nada.

En las fechas que me mantenía en prisión Borge vendió nueve mil 500 hectáreas propiedad del patrimonio del estado a particulares para obtener su *moche* y a prestanombres para diversificar sus inversiones que venía haciendo desde que asumió el poder en 2011. A Bacalar, Felipe Carrillo Puerto, Tulum, Cozumel, Cancún, Playa del Carmen e Isla Mujeres les arrancó del patrimonio público predios que equivalen a seis veces el tamaño de la Zona Hotelera de Cancún.

La administración de Carlos Joaquín encontró desvíos por 16 mil millones de pesos en la administración de Borge. Apenas estamos viendo la punta de la madeja. En transporte aéreo derrochó mil millones de pesos en renta de aeronaves para él y sus amigos. Este despilfarro tiene en prisión ahora al director del VIP-Saesa, Carlos Acosta Gutiérrez. Hay dos más detenidos, Mauricio Rodríguez y Paulina García. Hay 17 prófugos de la pandilla de Borge.

Cuando Borge realizó una gira en París, supuestamente para promover el turismo, mandó a llamar una *playmate* en Miami, popular por esos días en la revista *Play Boy*. Le rentó un *jet* para el traslado. Así pasó una “luna de miel” en Europa a costa del erario.

* * *

Cuando fui encarcelado por Roberto Borge el Mecanismo de Protección de Defensores de Derechos Humanos y Periodistas de la Secretaría de Gobernación rehusó incorporarme como víctima. Víctor Manuel Serrato, el coordinador en ese momento, alegó que la ley no contemplaba la protección a periodistas encarcelados.

Un amparo interpuesto por Artículo 19 obligó al

Mecanismo a darnos algunas medidas cautelares, pero estas fueron aplicadas hasta que recuperé mi libertad después de nueve meses en la cárcel. Salí después de que un amparo de la justicia federal echara abajo las acusaciones falsas de Borge.

Ésa es otra de las luchas que puja el gremio junto con organismos como Artículo 19: poner a las instituciones a trabajar para que funcionen. Así lo he hecho desde que estoy incorporado al mecanismo. Mi “botón de emergencia” a veces no ha servido. Se trata de un número telefónico que nos da el “Mecanismo” a periodistas y defensores de derechos humanos que trabajamos en situaciones de alto riesgo. Y la denuncia en la Fiscalía Especial de Atención a Delitos contra la Libertad de Expresión (FEADLE) contra esa persecución y mi encarcelamiento está durmiendo en el sueño de los justos.

* * *

En junio de 2017 Roberto Borge me reprochó: “eres el causante de todos mis males”. Borge Angulo, otrora poderoso gobernador (2011-2016), estaba tras un cerco de vallas y guardias, preso y acusado de múltiples delitos. Era uno más de los 254 reos del penal, El Renacer en Gamboa, Panamá. En efecto, varios periodistas fuimos la plaga que denunció su corrupción. Estoy seguro que si los tuviera cara a cara les diría lo mismo. “Eres el causante de todos mis males”.

Borge sabía que sus días en la prisión y la caída de su imperio se debían a las denuncias de un grupo de periodistas y medios que hicimos frente a su tiranía. Yo estuve preso 272 días. Borge buscaba darle una lección a todos los periodistas para que lo dejáramos amasar su fortuna tranquilamente como lo hicieron sus antecesores.

En su gobierno, Borge creó una amplia red de *bots* y

trolls con su operador en las redes sociales, César Mortera. Propagaban infamias y calumnias contra periodistas, activistas, políticos de otros grupos y hasta contra ciudadanos que se atrevían a opinar en Internet.

En 2014 y 2015, en los años que me metió a la cárcel, gastó dos mil 221 millones de pesos en publicidad oficial. Repartió enormes cantidades de dinero a medios locales y prostituyó al periodismo de Quintana Roo e incluso al de otras latitudes. La gran mayoría de los comunicadores se volvió oficialista y obedeció sus campañas difamatorias. Se convirtieron en las putas de Borge.

La organización Artículo 19 documentó 76 agresiones contra periodistas en el quinquenio de Borge. Y fue en 2013 cuando las ofensivas contra periodistas aumentaron brutalmente. El portal *Noticaribe* y la revista *Luces del Siglo* fueron atacados sin piedad tanto por *trolles* como por *hackers*. *Luces del Siglo* fue clonada en todas sus ediciones por el gobierno. Algunos ejemplos de las agresiones a la prensa:

En enero de 2014 visité a Javier Vite, reportero de *Luces del Siglo*, en el hospital del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) de la región 510 de Cancún. Fue perseguido y atropellado por un auto compacto. Nunca se dio con los culpables de la agresión. Era evidente que su trabajo periodístico era incómodo para el gobierno priísta.

“Apenas llegó Borge al gobierno proscribió a Hugo Martoccia, en ese entonces corresponsal de *La Jornada* y ahora director del portal *La Opinión*. También el portal *Expediente Quintana Roo*, de Esmaragdo Camaz fue atacado en diversas ocasiones y bajado de Internet”, recuerda el periodista Luciano Núñez, director del portal *La Palabra del Caribe* y en ese momento editor en *Luces del Siglo*.

Y esto no ha tenido un capítulo final. Los enemigos políticos

a quienes incomodo usan las narcomantas para amedrentar. Vieron que con la cárcel no fue suficiente para callarme. Es más, abrí un portal de noticias pedrocanchenoticias.com donde desde el 8 de octubre de 2015 a la fecha no he tenido un día de descanso.

Tengo de enemigos a cuatro ex gobernadores de Quintana Roo por mi trabajo periodístico. Apenas un día antes de la aparición de las mantas, Mario Villanueva Madrid (1993-1999), me amenazó e insultó en una carta que subió a Facebook. Lo critiqué porque extorsionó al gobierno del estado: pretende que el ejecutivo estatal presione a las autoridades federales para que lo traigan a purgar su condena en la cárcel de Chetumal. Una allegada a Mario Villanueva me dijo que tiene a su disposición a sicarios y que le harían “cualquier favor”.

“Cuando Villanueva estuvo en Almoloya conocí gente dispuesta a matar y se han puesto a mis órdenes”, me dijo tras su fallido intento de convencerme de dejar de hacer periodismo crítico contra Roberto Borge y González Canto.

* * *

Roberto Borge, preso en Panamá, ha contratado los servicios de John Jairo, el recluso que jefatura el autogobierno de la cárcel El Renacer. A través del teléfono de Jairo, el +50761037226, Borge ha ordenado una campaña negra en mi contra a través de sus siempre leales *periodistas* afines, esos que vendieron su pluma a cambio de mucho dinero, a quienes llamé en un reportaje las putas de Borge.

Ellos han lanzado difamaciones e insultos contra mi persona y mi familia. Desde 2013 existe guerra sucia y campañas negras en mi contra. Me han acusado de trata de blancas y de violaciones a menores de edad, mentiras que

repite en cuentas de Facebook.

* * *

Al momento de escribir estas líneas llegó un mensaje de Facebook del perfil apócrifo de Jorge Uitzil: “Ya ubiqué donde vives. Te estoy cazando para matarte”. Se han multiplicado las amenazas.

* * *

Un joven de cabello ondulado de la empresa RCU llegó a Felipe Carrillo Puerto a cambiarme los botones de emergencia satelital. No funcionaban desde hace una semana. Había hecho unas pruebas, que grabé en video y las envié por WhatsApp a Patricia Colchero Aragonés, la Coordinadora Ejecutiva Nacional del Mecanismo. Cuando más lo requería no funcionó el SOS. El joven estaba ahí con los botones nuevos.

* * *

Saben que me río de la muerte y le toco la cara. Mis abuelos mayas me enseñaron que vivir con miedo no es vivir. Y que el miedo a morir no es de reyes, príncipes y guerreros, ni tampoco de talentosos. Cada día con miedo es un día muerto. Y los muertos no disfrutan la vida.

Si me matan recuerden que el miedo no es opción. Ustedes son semillas. Los que tienen miedo son ellos. Tienen miedo a las ideas, a las plumas. No somos *kamikazes*. Tomamos precauciones. No tenemos una gran suma de billetes en cuentas bancarias y por eso nos apoyamos en el Mecanismo y otras organizaciones.

Tenemos que seguir empujando a las instituciones del Estado mexicano, como la Comisión Nacional de Derechos Humanos, la CEAV, el Mecanismo, y sobre todo a

la FEADLE, para que investiguen e impongan sanciones ejemplares. Al Estado mexicano le falta voluntad para aplicar las leyes. Y tanto su falta de voluntad como la burocracia que imperan en sus instituciones son letales para el periodista.

La CNDH hizo un trabajo digno de reconocerse. Culminó con la recomendación 13/2015 donde ordenaban a Borge disculparse por encarcelarme y darme una indemnización. Borge se negó a todo. Luego ante la intervención de la Secretaría de Gobernación mandó a regañadientes a sus funcionarios a dar una “disculpa pública” con un pequeño detalle... sin mi presencia. Hasta la ONU emitió una recomendación al Estado Mexicano cuyo cumplimiento ha sido parcial.

En junio el gran árbol de cedro que da sombra a nuestra casa arrojó una lluvia de flores. La escalera se llenó de esa alfombra de pequeñas gotas verde amarillas con olor a miel. La fragancia atrajo a los más raros insectos de la zona maya de Quintana Roo. Estamos en el ombligo del estado.

En tanto disfruto de la lluvia de flores me propongo colocar mantas en los mismos sitios en Cancún donde nos amenazaron, pero con esta leyenda: “No disparen. Periodistas trabajando”.

MI VIDA NO VALE LA DE UN ASESINO

Modesto Peralta Delgado

*“Nadie nos prometió un jardín de rosas;
hablamos del peligro de estar vivos”.*

Fito Páez

La Paz, Baja California Sur. — Fue un Viernes Santo cuando mataron a Max Rodríguez. El 14 de abril de 2017 estuvo caluroso y soleado, perfecto para los vacacionistas pero aburridamente estático para los que nos quedábamos en casa. Maximino Rodríguez Palacios, reportero de la nota roja, se convertía en el primer periodista asesinado a quemarropa por sicarios en Baja California Sur. Sentado frente a mi computadora se me revolvió el estómago y las emociones. Fui con mi compañero de casa: en cuanto le dije “Mataron a Max”, prendí un cigarro y se desplomó mi llanto.

Los detalles fueron saliendo en los medios, como en *Colectivo Pericú*, a donde Max enviaba sus notas: *Se informa que los autores del atentado abrieron fuego contra el reportero desde una camioneta pick up de color blanco, sin que al momento se tengan mayores características de los mismos. Maximino Rodríguez Palacios arribaba al estacionamiento a bordo de su vehículo, un Honda sedán de color azul, cuando recibió una descarga de disparos, al parecer con rifles de alto poder. Su esposa ha resultado ilesa (...) De acuerdo a los primeros informes, el reportero se acababa de estacionar en la zona de discapacitados, donde solicitaría una silla de ruedas para su esposa que tiene problemas*

de movilidad cuando, repentinamente, pistoleros abrieron fuego a mansalva. El cuerpo sin vida quedó en el interior del automóvil.

Semanas después me tomé un refresco en San José del Cabo con Cuauhtémoc Morgan, director de *Colectivo Pericú*, donde me puso en altavoz el momento en que los reporteros de la nota roja acudían al sitio, y en donde corroboraban que se trataba de su compañero. Oírlo fue macabro. Morgan admiró el trabajo de Max; lo describió como un reportero muy profesional y discreto, pues nunca revelaba las fuentes de algunas notas. Max tuvo una vida de película: ya por retirarse, entrado en años —que no aparentaba—, entró a trabajar por última vez a la escena “reporteril” para cubrir la nota roja en La Paz.

Esos días anduve con los nervios de punta. Fue una jornada sin peligro real pero con una paranoia creciente. Incluso, esa misma tarde había hablado con otro amigo reportero: le dije que mi entrevista con Max Rodríguez estaba siendo compartida o citada en medios nacionales e internacionales; que eso hablaba bien de mi trabajo y de mi medio, pero que yo tenía miedo: un temor inexplicable. Me dijo que no me preocupara, “que no era una nota de riesgo” y que no tenía por qué pasarme nada.

En mi revista digital *CULCO BCS* entrevisté a Max Rodríguez y se publicó el 6 de diciembre de 2016. Ese día parecía que no iba a ser compartida —sonrió el mismo Max cuando se lo conté—, pero al poco tiempo se “viralizó”. Luego volvió a ser vista tras el asesinato del periodista. La retomaron desde la BBC hasta organizaciones como Artículo 19, pues yo había sido el único o el último en entrevistarle y preguntarle directamente si lo habían amenazado.

En junio pasado gané el premio estatal de periodismo por este trabajo. En la noche de la premiación platicué con Luis Roldán, también de “los policiacos”, y quien nos tomó las fotos de la entrevista, y supe que Max se había

quedado sorprendido, para bien, de la entrevista. Él pensaba que yo iba a irme sobre los números fríos, y que no iba a ponerse emotivo al recordar a un compañero muerto o hablar abiertamente del temor; pero siempre fue mi interés el impacto emocional, y esas preguntas, como flechas ocultas en el carcaj, fueron lanzadas al último.

A mí me importaban sus sensaciones, el miedo, las preocupaciones, en fin, el ser humano detrás del hombre que informa las ejecuciones. Saber que el ahora fallecido se expresó así me conmovió muchísimo. Le comenté a Luis que las últimas palabras de esa entrevista las iba a borrar por razones de espacio: la gente no siempre llega al final de un contenido largo, y quizá hubiera pasado por irrelevante, pero ahora cualquiera que lea esas últimas líneas encontrará un brutal y diferente significado. Max Rodríguez habló de un “reconocimiento muy fuerte a las esposas de quienes trabajamos en la sección policiaca, porque se quedan con ‘el Jesús en la boca’.”

Lo cité para entrevistarlo en una preparatoria donde trabajé. Fue a finales de noviembre de 2016. Llegó acompañado de otros dos reporteros. Reflejaba serenidad y era capaz de reír pero estaba acostumbrado a retratar la sangre y acercarse a restos humanos; a raspar a como se pudiera los testimonios de vecinos llenos de pánico; a sumergirse en noches de torretas y casquillos percutidos sobre avenidas silenciosas que parecían del fin del mundo. Desde ahí también me di cuenta de que era un hombre temerario: le pedí una foto “muy general”, decía yo, para la portada de la nota, y me mandó la de un sicario saliendo en silla de ruedas de un hospital, a quien retrató de frente y con una cara de encabronamiento, que hasta lo amenazó. “No, le dije, ésta es una entrevista de alguien que hace la nota roja, no es nota roja en sí, no voy a meterme en problemas a ti y

a mí por esa foto.” Pero él la quería; me insistió. Yo la borré de mi celular; finalmente, usamos otra.

En La Paz hay un puñado de reporteros que van directo a los hechos violentos: unos cinco colegas, aunque en varios medios tomen sus notas y las publiquen como suyas, una práctica muy arraigada en el periodismo local. El caso es que este hombre me pareció tener el perfil más maduro para hablar del tema sin alardes ni protagonismos. Así fue. Me sorprendió su aplomo, su modestia. Él creía que “los periodistas no deberían dar la nota, sino escribirla”. A las semanas nos saludamos un par de ocasiones y me llamó para corregirme unas palabras incorrectas en una publicación mía — y tenía razón, más tarde cambié la palabra “vendimia” por “venta”, que no es lo mismo, y esa corrección nunca se me va a olvidar.

Nunca he cubierto la nota roja, y no creo que lo haga, pero llegué a publicarla y alguna vez a hacerla. Cuando fui editor de un noticiero digital llevé una lista detallada de balaceras y ejecuciones que serviría para futuras referencias, pero se perdió cuando me cambié a otro medio, y hasta la fecha, debido al hermetismo de autoridades, nadie tiene un número preciso de las muertes por la guerra entre bandos delictivos que inició un 31 de julio de 2014 con una triple ejecución rumbo al poblado Los Planes. Este texto se termina de escribir exactamente a tres años de ese suceso, y se estima que al final de este año las muertes atribuibles al crimen organizado podrían alcanzar fácilmente las 800¹, en una entidad de unos 800 mil habitantes², lo que significaría que habrían asesinado a uno de cada mil sudcalifornianos. Y a su paso, niños, mujeres y presuntos inocentes que no tuvieron nada que ver, más que estar en el momento y lugar equivocados.

En La Paz no es necesario ser reportero para encontrarte con ejecuciones, persecuciones o balaceras. Alguna

vez —creo que en 2014— hice una crónica porque nos despertaron unos balazos por el Oxxo de la esquina; el olor a pólvora llegó a la ventana, casi a la medianoche; recuerdo que me puse el gafete y salí con la camisa al revés, aguardé hasta que llegaron otros reporteros y policías y me sentí aliviado para tomar fotos y captar detalles.

El texto lo intitué “Ante los ojos de la virgen”. Al ser perseguidos por militares, unos delincuentes arrojaron una granada al malecón y se vinieron a esconder a unas decenas de metros de donde vivo, casi frente al Santuario de Guadalupe, donde un retablo con la imagen observó el despliegue de policías y soldados que desalojaron a los vecinos. Otra ocasión, una tarde al salir de la oficina donde fui editor, me bajé del autobús para tomar fotos y obtener información de una triple ejecución a unas cuadras de mi casa, cerca del Teatro de la Ciudad.

Cuando comencé a ser editor, en el 2014, corregía y publicaba la información de la Procuraduría General de Justicia del Estado (PGJE), que al inicio de esta oleada de violencia enviaba boletines rápidamente y con datos completos. Esa estrategia ya se abandonó por completo, y ahora la PGJE lanza unos trabalenguas que nadie entiende y que no informan nada. Un amigo mío describió así un reciente comunicado oficial: “Parece *El proceso* de Kafka contado por Cantinflas”.

A fines del año pasado hubo otra balacera y detención justo debajo de los departamentos donde vivo, en el Barrio de Santuario. Estos eventos menos agresivos han hecho que los paceños digan “hay que agradecer a Dios porque sólo dejaron balazos en la paredes”. Sin embargo me dejó sembrada una paranoia que hasta la fecha persiste. Vivo frente a un bulevar ruidoso, donde las ambulancias y las patrullas no dejan lugar a la calma y la oscuridad. En “El bulevar de los sueños rotos”, como le digo a la Calle

5 de Febrero, suele verse a adictos gritando, enloquecidos por *el chuky* —la droga también conocida como “cristal” —, y a vagabundos durmiendo en harapos al vapor de la noche, pero lo más constante son las patrullas. En época de las peregrinaciones a la Virgen de Guadalupe este tramo de la ciudad parece una discoteca.

Estos son sólo algunos momentos de centenares que se replican a lo largo y ancho de Baja California Sur. Hace mucho llegó el punto en que nuestra mente ya no retenía a detalles los hechos violentos. A este nivel de rutina se ha convertido la guerra entre sicarios que hemos presenciado en la media península, donde los cadáveres se apilan en la memoria como piezas viejas de carros en un *yonke*: son sólo bultos, cosas, números.

No cubriría la nota roja porque no quiero que me maten; no quiero que, de esa forma, lleve mi nombre un concurso, una generación, lo que sea. No sólo me enseñaron la consigna de que no vale la pena arriesgar la vida por una nota, sino que en el caso concreto de esta guerra entre bandas de narcotraficantes, mi vida no vale la de un asesino. He podido observar y escuchar cosas, historias, personas, y he tenido que recurrir a otras vías para decantar la necesidad de contarlos — ¡porque se convierte en una necesidad! —, pero por la que no vale la pena convertirse en un blanco. Me he expresado desde otros ángulos que no son los de la noticia: toco el tema desde trincheras menos polémicas, y confío en que el lector inteligente lo capte.

Alguna vez, una reseña literaria me permitió expresar mi desasosiego, y a pesar de todo, mi esperanza. Hoy en día escribo un proyecto literario. Me daría asco hacer o que se me etiquete en “narcoliteratura”, pero es una realidad asfixiante, por eso decidí acudir a la literatura para tratar el tema. ¿Esto es criticable?, ¿debería darme vergüenza? Ya no importa; para hacer cualquier cosa necesito, en primer

lugar, estar vivo. Alguna vez sentí vergüenza por decir que soy periodista y no cubrir la nota roja, como si mi trabajo de escritorio, intelectual o desde otras perspectivas fuera menos importante.

La violencia y los asesinatos casi diarios, ligados a la “garantía” de impunidad no son un asunto menor. No niego que me ha sumado a la ciudadanía indiferente. Llegué a una conclusión personal: tengo que aquilatar mi vida y vivir intensamente porque puedo ser el siguiente. Si es tan fácil que puedan matarnos debemos reivindicar el sentido de nuestra existencia y valorar la vida. Una forma de vengarse de esta crisis es haciendo cosas que nos hagan felices.

Fue Semana Santa cuando asesinaron al buen Max. Muchos estaban vacacionando y la noticia del asesinato les llegó tarde, quizá con indiferencia luego de tantas notas sobre ejecutados, o tal vez cansados luego de haber ido a las playas. Los criminales se dieron a la fuga y no faltaron las teorías de la conspiración como posibles causas de su muerte. Si lo mataron “por algo sería”. Dicen que el muerto muere tres veces: la segunda al criminalizarlo y la tercera, al olvidarlo. A un par de meses, las autoridades anunciaron la aprehensión de los cuatro presuntos asesinos del reportero, las causas no han sido reveladas; pero entre sus declaraciones, se destaparía un asunto tenebroso: la existencia de narcofosas en Cabo Pulmo, en donde está uno de los desarrollos ecoturísticos más importantes del país.

El asesinato de Max fue un antes y un después en el periodismo en Baja California Sur. Esa muerte dejó heridas abiertas: incertidumbres, miedo, impotencia. Un tiempo “no hubo” ejecuciones en los medios, sólo accidentes: algunos compañeros simplemente no informaron sobre esas muertes. Supe que se reunieron los reporteros policiacos para tratar temas de su propia seguridad: cómo abordar ahora esta información, omitir nombres, etcétera;

en una ocasión escuché de viva voz a uno de ellos decir que sentía miedo porque ya lo habían amenazado: preguntó a otros periodistas si le aconsejaban seguir o no publicando sus noticias.

Después supimos del asesinato de Javier Valdez, en Culiacán, quien por cierto había venido a La Paz a presentar sus libros; aquí fue muy querido y admirado, y yo me quedé boquiabierto al asistir a la presentación de sus *Huérfanos del narco*. Antes, en marzo pasado, supimos del crimen de Miroslava Breach en Chihuahua, quien estudió aquí, en la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS), y por ella no hubo ni un solo pronunciamiento oficial en este estado, sólo una maestra realizó una charla con su grupo de Comunicación, y ha sido una de las pocas en abordar el peligro de ejercer el periodismo, ¡un asunto que creíamos tan lejano los ilusos *choyeros*!

Dedicarte al periodismo no sólo supone que podrías ser explotado por sueldos miserables, como al menos fueron algunas experiencias mías, también puede significar un acto suicida. Y no sólo es temerle a los grupos delictivos, sino, más todavía, a los políticos en el poder. Lo dijo un compañero en un foro organizado en la UABCS: que él tenía más miedo a los altos funcionarios que a los narcos. Entre los delincuentes de armas largas y entre los represores de la maquinaria del Estado, el periodismo aquí se hace sólo por pasión o por conveniencia, o lo que es lo mismo: se hace o se simula.

Comparto el testimonio relatado a este servidor expresamente para este texto: una persona que trabaja en un medio en La Paz sufrió hostigamiento durante el segundo semestre de 2016 a causa de sus publicaciones en su cuenta personal de Facebook, que dejaban “mal parado” al gobierno del Estado. Con años trabajando en su medio, en su red social — a título personal, no de empresa o institución algu-

na — compartió algunos videos de movimientos sociales, desde una manifestación en La Paz de opositores a cerrar la Casa del Estudiante en la Ciudad de México, hasta el arribo de policías para desmantelar una manifestación de pescadores en Punta Lobos, que protestaban por la construcción de un desarrollo turístico.

Algunos de estos videos tuvieron cientos de miles de vistas. El director de su medio le pidió que retirara esas publicaciones con el argumento de que dependían de un convenio de difusión con el gobierno estatal y podían retirarles ese patrocinio.

El reportero dijo que no, defendió su libertad de expresión y adujo que no eran videos editados sino tomados en vivo en situaciones públicas. Le conminaron a hacer cualquier tipo de información crítica a través de su medio, y cuando entregó una nota que aludía a que se obstaculizaba el trabajo de los comunicadores en una dependencia del sector Salud, no se la publicaron —aunque le dijeron que de todos modos se la pagarían. Allí se dio cuenta que la censura iba en serio.

Este colega recibió, en unos cuatro meses, algunos correos de su jefe solicitándole borrar algunas de sus publicaciones y “bajarle” a su tono sarcástico. Ante su negativa, tuvo una última reunión con su director, quien argumentó el riesgo de que el gobierno dejara de otorgarles recursos, y que supuestamente —sin dar nombres— altos funcionarios “estaban molestos” con el periodista; que pensara en las familias que dependían de ese medio; que no hallaba ya cómo hacerle desistir de sus publicaciones en su Facebook; incluso, supo que le habían elaborado una carta de renuncia.

Este acoso le causó un enorme estrés al punto de decirle a su jefe que se trataba de un hostigamiento. Nuestro colega sigue allí enviando noticias. En lo que va de 2017 su director se “toma la molestia” de editar sus textos, suavi-

zando algunas expresiones u omitiendo nombres. El reportero tiene la impresión de que le están “cargando la mano” —cubriendo eventos en un sitio y agendándole otro sólo una hora después, en el lado opuesto de la ciudad— y que esperan algún error para correrlo.

En meses recientes pensó en renunciar, pero se preguntó qué haría después: no quiere ganar menos ni sufrir a ciertos personajes como jefes. En la plática que tuvimos afirmó que preferiría que lo mataran a seguir viviendo con miedo.

Mientras charlábamos, caía la noche en el malecón de La Paz, una ambulancia pasaba y ya pocos o nadie se sorprendía: nos hemos acostumbrado a que nos arrullen las sirenas. Tiempo atrás éste era un malecón apacible; quién diría que allí aventarían granadas o ejecutarían a alguien en un restaurante o al final de un mitin político. Quién diría que un ciudadano corriera el riesgo de quedar entre las balas o entre las llamadas de atención de los gobernantes por el sólo hecho de informar. Alejados del centro de México, quienes nos lean pueden imaginarse a nuestra media península iluminada con las luces intermitentes de una torre: con el azul mar que nos rodea y aísla y con el rojo que ha manchado nuestras calles.

La Paz, BCS. Julio de 2017.

- (1)

 Sobre el número de ejecuciones en los cinco municipios de BCS, del 31 de julio de 2014 al 31 de julio de 2017, no hay un conteo oficial ni preciso. Ninguna autoridad tiene un registro público, que sea exacto y actualizado. Consultamos a dos reporteros profesionales de la nota roja en La Paz, uno estimó que al 31 de julio de este año rondaría en los 650 o 700; otro dijo que 800 o más.
- (2) La Secretaría de Trabajo y Previsión Social publica que en 2017, en BCS hay una población de 801,277 personas; por su parte, el INEGI en BCS recientemente informó que, según estimaciones del Consejo Nacional de Población, en el 2018 habrá más de 810,000 habitantes en la entidad.

TERRITORIOS

CARTA DESDE EL EXILIO

Patricia Mayorga

Chihuahua, Chih. Una fría mañana de noviembre del Año 2015, Marisa, una mujer indígena, me contaba las razones por las que ella y sus hijos huyeron de Urique. Entre dientes, decía que lo habían hecho por problemas económicos, cuando de pronto todos escuchamos un sonido muy fuerte.

“Tronó una llanta”, aseguró. Siguieron más sonidos iguales, luego detonaciones más frecuentes y más intensas. “Son balazos. Si quieren síganme”, gritó al tiempo que des-pavorida corría hacia el cerro ubicado detrás del supermercado donde nos habíamos reunido.

Recuerdo que mientras huíamos para ponernos a salvo, escuchaba las detonaciones cada vez más intensas, más cercanas, como si fueran metralladoras o granadas. Además de nosotros, niños, mujeres y jóvenes corrían para escapar de la balacera que, más tarde sabríamos, era entre dos bandas del Cártel de Sinaloa y de La Línea, que se disputan la plaza del trasiego de droga. Y más tarde sabría también que, mientras corrían, los habitantes recordaban la masacre de 13 personas, entre ellas un bebé, sucedida en el verano del 2008, en Creel. La primer masacre de la sierra y del país, desde que Felipe Calderón militarizó al país.

En la cima del cerro al que corrimos, entramos a una casa para protegernos. Y fue hasta ese momento, en ese lu-

gar, que Marisa dijo la verdadera razón por la que se había desplazado de su hogar, como muchos otros en la Tarahumara: la violencia.

“Hace un año me mataron a mi esposo, él iba a traer mandado, iba de Guachochi y le tocó (...) ¿cuánta gente inocente va a morir ahorita?” El hombre murió en un fuego cruzado entre dos bandas del Cártel de Sinaloa y de La Línea, en uno de los enfrentamientos que tuvieron en Samachique, municipio de Guachochi. Meses después, le mataron a otro hijo, víctima de otro enfrentamiento.

Sobre la mesa cubierta con un mantel de hule verde, Marisa ofreció agua para amortiguar el susto. La más pequeña de sus hijas nos observaba desde la cama matrimonial ubicada frente a la mesa. En un solo cuarto grande, con un baño, se refugió la familia cuando llegó del municipio de Urique.

La adrenalina fue lo que nos permitió seguir conversando. En este momento ya no se trataba de una entrevista, sino de un desfogue de todo ese miedo y horror acumulado, no sólo de la balacera que presenciamos, sino de ese año que Marisa tenía fuera de su hogar y de esos cinco años que yo llevaba reportando, sin pausa, la violencia en la sierra: desplazados, asesinados, desaparecidos.

Había pasado una media hora del ataque, cuando llegó la hija de Marisa, de 18 años. Angustiada aún, nos contó que estaba en uno de los negocios ubicados en la carretera que cruza Creel y desde ahí logró ver cuando varios hombres llegaron en una camioneta blanca Tahoe.

“Iban apuntando así (hacia los establecimientos), no dispararon hasta que se enfrentaron. Nosotros nos tiramos al suelo hasta que se calmó la balacera. Me trajeron hasta la casa”, dijo mientras se rompía en llanto, recargada en la cabecera de la cama. Su hermana pequeña le acariciaba la

cabeza y la consolaba: “Mi hermano no está muerto, está feliz. No tengas miedo”. “Llora hasta que saques todo, llora”, le conminaba la madre.

Más tarde supimos que un trabajador indígena murió asesinado, que un médico y dos mujeres que viajaban en un camión fueron heridos de bala y que una camioneta de turistas terminó perforada por los disparos.

De pronto, nos encontramos cubriendo una guerra sin ser corresponsales de guerra. No entendimos que se trataba de una guerra hasta años después. A un periodista que lo envían a cubrir un conflicto armado en otro país o en otra región sabe a lo que va, sabe que habrá dos frentes. Pero en el caso de quienes somos reporteros en este país y en estados como Chihuahua, es distinto. No hay dos frentes, sino varios y no es posible distinguir entre el bien y el mal, entre la autoridad y el criminal. Las víctimas son nuestra gente.

Quiero referirme en particular al impacto de la violencia en las comunidades indígenas de la Sierra Tarahumara y a nuestro trabajo como periodistas en esa región.

A lo largo de los últimos años estas comunidades han visto sus bosques destruidos por megaproyectos comerciales, energéticos o turísticos, pero sobre todo, por la complicidad del narcotráfico y el gobierno que los está echando de sus tierras para la siembra, el trasiego de droga o la instalación de campamentos de secuestrados. Así fueron transformadas las tierras de quienes tienen por cultura la paz, la resistencia, el cuidado del medio ambiente.

Hace cinco años creamos la Red Libre Periodismo porque varios compañeros queríamos denunciar lo que pasaba en la sierra y no teníamos espacios para hacerlo. Ni siquiera para compartir nuestra impotencia, nuestro

miedo, nuestro enojo por lo que estaba pasando. Teníamos inquietud para dar a conocer los crímenes, amenazas, desplazamientos forzados, incluso más allá de las barreras que suponían nuestros propios medios.

Historias como la que quería dar a conocer una compañera reportera: la viuda de un comandante asesinado en Guadalupe y Calvo, a quien no habían dado apoyo ni para pagar el funeral. Recuerdo que la reportera nos pidió apoyo para cubrirlo, porque las amenazas del crimen en la región le impedía hacerlo, pero no teníamos los recursos para proteger a la periodista ni a la víctima.

Ahí surgió la idea de organizarnos en una red horizontal para capacitarnos en seguridad, en cobertura de víctimas y sobre todo, para tener un espacio de análisis y encuentro, pues en esta tarea es indispensable el autocuidado emocional para hacer frente al miedo, a la frustración, a la tristeza. Con el paso del tiempo hemos trabajado con reporteros de otros estados y actualmente impulsamos la regulación de publicidad oficial.

El gobernador César Duarte Jáquez (2010-2016) intentó silenciar al periodismo crítico. Escribir sobre el impacto de la violencia del narcoestado fue una tarea complicada por la falta de acceso a información oficial y por la impunidad instalada en toda la entidad. Duarte otorgó de manera discrecional millones de pesos a empresas periodísticas a cambio del silencio. La mayoría de los medios no sólo evitaron publicar la dimensión de la violencia, sino que llegaron a establecer un pleito con los medios que sí lo hacían.

Si bien el gobierno de Javier Corral Jurado ha cancelado la relación monetaria con la prensa, ha generado un mensaje de animadversión contra el gremio periodístico.

Desde su gobierno se señalan a los medios y periodistas como “vendidos” cuando se publica información crítica a su trabajo. Esto ha aumentado la vulnerabilidad con la que ya de por sí, carga el gremio.

El 23 de marzo de 2017 Miroslava Breach Valcudea, corresponsal de *La Jornada* en Chihuahua, fue asesinada. Su prestigio, su valentía y el medio para el que trabajaba no fueron suficientes para salvarla. Miroslava tenía décadas acompañando la resistencia de las comunidades indígenas de la Sierra Tarahumara, que buscaban sobrevivir al despojo, a la pobreza, a la violencia.

En septiembre de 2015, cientos de familias de Chínipas, tuvieron que salir de sus poblaciones por amenazas del crimen organizado. Ella era de Chínipas, un municipio serrano que colinda con el estado de Sonora. Ella denunció el desplazamiento y señaló a presuntos responsables. Su trabajo era incisivo y agudo, supo cómo colocar la responsabilidad política, justo en medio de toda esa barbarie. Luego de la incursión de un nuevo grupo que ocasionó el desplazamiento masivo, ocurrieron desapariciones de personas. Miroslava acompañó con cautela a víctimas, su miedo y su silencio, para evidenciar que las ignoraban cuando denunciaban. Miroslava Breach dio fortaleza a la abogada y defensora de derechos humanos, Estela Ángeles Mondragón, cuando asesinaron a su compañero de vida, Ernesto Rábago, el 1 de marzo de 2010, quien defendía a la comunidad de Baquiachi de los abusos de caciques que les han arrebatado sus tierras. Miroslava le hizo saber que estaría ahí para denunciar cualquier agresión en su contra.

Miroslava era selectiva en sus afectos y en la relación con sus compañeros. Su amigo y colega Alejandro Salmón,

la definió como “la diva más humilde”. El no recibir regalos de gobernantes ni acudir a las fiestas que organizaban a la prensa le ganó un lugar de respeto entre los reporteros. Por su trabajo riguroso y la agudeza para cuestionar a los poderosos, su asesinato caló más hondo en el gremio chihuahuense.

El asesinato de Miroslava no fue el primero y muy probablemente no sea el último. Desde el año 2000, 22 compañeros periodistas han sido asesinados en el estado de Chihuahua, 2 de ellos en la administración de Javier Corral.

La mañana del 23 de marzo del 2017 estaba en mi casa, preparando el inicio del día. Un funcionario de derechos humanos me llamó para preguntarme qué opinaba del asesinato a mi compañera Miroslava. Enmudecí. No sabía que la acababan de matar. Luego más llamadas y mensajes comenzaron a llegar a mi teléfono. Contesté en automático, no podía hablar. Una de esas llamadas fue del gobernador Javier Corral, quien me indicó que me pondrían escoltas sin o con mi consentimiento, porque era su obligación protegerme.

Rechacé la protección, pero aun así tuve escoltas. No creía lo que estaba pasando. Yo sólo quería estar con el gremio y exigir justicia. Así que me preparé para la cobertura del día, la sesión del Congreso del Estado, a una rueda de prensa con el gobernador. Yo necesitaba estar con mis compañeros, gritar, exigir justicia. Gritar, gritar. Tenía mucho coraje, no había miedo, sólo coraje.

Por la noche escribí unos reportajes pendientes para *El Diario de Juárez* y *Proceso*, los medios en donde trabajaba. Pero los días siguientes ya no pude escribir. Ese coraje y esa incredulidad se convirtieron en dolor. Dos semanas permanecí en Chihuahua con seguridad, asistí a una serie

de reuniones con mis compañeros periodistas para organizarnos en la exigencia de justicia, en el autocuidado emocional. Con los días se comprobó que la agresión mortal contra Miroslava derivó de la cobertura de la incursión del crimen organizado en la Sierra Tarahumara. Miroslava y yo compartíamos una amistad, pero también una relación laboral, compartíamos coberturas y algunas amenazas que no dimensionamos.

Fue entonces que expertos activistas –externos a Chihuahua– analizaron la situación y me sugirieron irme por un tiempo. Sería poco, decían. Yo me negué hasta el final. Aún me niego. Es difícil estar lejos. Hay días que despierto preguntándome si no fui un cobarde por dejar Chihuahua. Pero he entendido que era necesario hacerlo para salvar mi vida. Que debía hacer una pausa. No sé cuándo voy a volver.

He vivido el proceso como anestesiada. Con el paso de los días, he asimilado que mi vida cambió, porque tuve que dejar una parte de mi familia y porque salí con mi hija, quien a su vez dejó sus estudios, su círculo de amistades y a sus abuelos. He vivido un duelo fuerte, lejos de mi casa y mi comunidad. Mi prioridad ahora es acompañar a mi hija para entender juntas lo que nos sucedió, para sacar algo constructivo de esta tragedia. Solía pensar que en mis coberturas lo mejor era mantenerla a ella y al resto de mi familia al margen, pero he aprendido que en la medida de lo posible deben conocer el trabajo que realizamos para entender una situación como el desplazamiento, amenazas u otra consecuencia derivada de lo que hacemos.

Estoy en un país que no es el mío y desde aquí, aumenta mi coraje e impotencia cada vez que asesinan a otro compañero. La noche que terminé de escribir este texto, asesinaron a otro periodista en Veracruz; Cándido, ahora sé que

se llamaba. Aún siento impotencia por estar fuera, por tener que huir como si yo fuera la criminal, pero estoy convencida de que podremos transformar tanto dolor, en vida.

A diferencia de otros casos de desplazamiento que me tocó cubrir, en los que la mayor parte de las personas migra a la deriva, mi caso fue privilegiado. El CPJ, Periodistas de a Pie y periodistas como Marcela Turati y quienes he conocido en el país donde nos encontramos, me han permitido darle un sentido a lo que he vivido. Encontré compañeros que se han hecho expertos a costa de caídas, de dolor y de empatía. Además de las organizaciones que ya mencioné, se sumaron CIMAC, Reporteros sin Fronteras, Propuesta Cívica, Artículo 19 y derechohumanistas chihuahuenses. Todos ellos tendieron sus redes para que pisara con confianza, para que el miedo no me paralizara. *Proceso* y *El Diario de Juárez*, me han apoyado, el primero permitiéndome continuar con mi trabajo a la distancia, el segundo respetando mi decisión de renunciar.

A la distancia he aprendido también a darme esta posibilidad de reflexionar sobre mi oficio. De preguntarme si quiero seguir en esto, cómo quiero seguir, si quiero seguir cargando esta losa hecha de responsabilidad, pero también de las expectativas de la gente que vive la violencia y la indolencia. Hasta ahora no he dudado que quiero seguir siendo periodista en Chihuahua, pero a la distancia entendí que me debo esa reflexión, que me debo también reconocer las otras oportunidades de vida y de trabajo que se abren para mí. Este espacio me ha obligado a replantear cómo quiero construirme.

Y también me ha hecho pensar en la dignidad de no seguir. De respetar y acompañar a los periodistas que por amenazas, por riesgos, por miedo, por vulnerabilidad, deciden dejar el oficio como una opción de vida, por la vida.

En la época que vive México, donde cada vez matan

más periodistas, es fundamental la unidad gremial. Y es fundamental continuar con la cobertura de estas historias de quienes han sido víctimas de la violencia de la narcopolítica. Son historias que transforman nuestra propia vida.

La valentía y dignidad de sus protagonistas nos comprometen a continuar.

TRES FORMAS DE APRENDER EL SILENCIO

Carlos Manuel Juárez

Es Nochebuena. El nuevo jefe de Plaza del crimen organizado llama a Santa Claus: “Te quiero aquí o, si no, vamos por ti”, dice por el teléfono. Santa Claus mira a sus hijos y sale de casa. Una manada de hombres armados lo recibe y lo lleva adentro de la guarida. El *jefe*, apenas lo ve, grita:

— ¿Te crees mucha verga, te crees mucha verga aquí?, ¿o quién chingados eres? — le espeta el *patrón* —, ¿por qué te crees tan chingón para escribir?.

Otro sujeto lo tira de un cachazo.

Es el 24 de diciembre de 2002. Hoy Ramiro Treviño se caracteriza como Santa Claus y el resto del año trabaja como reportero de nota policiaca. Desde el suelo Ramiro escucha al jefe y resiste los cachazos, las patadas, los puñetazos, los culatazos, el dolor. Los batazos, el dolor, las risas, las palabras, las patadas, la música, los gritos eufóricos de los sicarios se extienden por horas. Él piensa en sus hijos, en los regalos para ellos, en ser Santa Claus. El *jefe* no tiene más que decir: “¿por qué te crees tan chingón para escribir?”.

Ramiro nació en la década de los sesenta. Empezó a trabajar de agente de ventas de publicidad en diarios del norte del Golfo de México. Después se aficionó a la fotografía, se compró una cámara Pentax K1000 que los compañeros del periódico le enseñaron a usar. De vendedor

pasó a fotógrafo de publicidad y, un día, ante la falta de reporteros, el jefe de redacción le pidió cubrir un choque automovilístico.

Los ochenta languidecían cuando decidió ser fotoreportero. Los noventa fueron el campo de aprendizaje para Treviño. A prueba y error aprendió a reportear y a redactar; su carácter alegre le ayudó a relacionarse, a conocer a los mandos de seguridad pública, a abogados, ministerios públicos, médicos y enfermeras de hospitales, paramédicos de la Cruz Roja; su nivel de observación le favoreció para identificar personajes, vínculos, *modus operandi*, zonas de delitos.

A nivel nacional los aires de la transición soplaban. Pero en Tamaulipas el priísmo se afianzaba de la mano de Tomás Yarrington y su amigo Eugenio Hernández, que ya era diputado federal. Ramiro cumplía una década de reportero. El director del diario le propuso escribir una columna de opinión. Él aceptó y la tituló "Punto Rojo". Al paso de los meses del 2000, "Punto Rojo", que mezclaba denuncia, opinión, señalamientos y fotografías, se amplió de dos columnas a *robaplana*. El 80 por ciento del contenido era policiaco.

El 22 de diciembre de 2000 en Reynosa el presidente Vicente Fox habló escuetamente del plan para combatir al crimen organizado en la frontera norte de México. Un mes después en Culiacán, Sinaloa, el panista anunció la Cruzada Nacional contra el Narcotráfico y el Crimen Organizado. Las acciones de los soldados, marinos y policías federales *calentaron* el norte tamaulipeco. En el siguiente semestre "Punto Rojo" creció a dos páginas diarias.

La droga que llegaba al sur de Tamaulipas ya no podía traficarse a la frontera, por los retenes carreteros. En Tampico y Ciudad Madero comenzaron a abrirse puntos de venta de droga, llamadas *tienditas*, y los vendedores al

menudeo, bautizados *grameros*, se multiplicaron. Los textos comenzaron a mencionar nombres y lugares. Un día Ramiro mencionó los nombres con alias de 14 personajes, las colonias que controlaban y los bautizó con el apelativo: Organización de *Grameros* de Tampico (OGT). Al día siguiente a Ramiro lo citaron los 14 hombres —que nunca antes se habían reunido— en un parque público por la noche. El silencio se concentró. Los hombres se presentaron y le ofrecieron dinero o plomo a cambio de ya no mencionarlos y de dejarlos usar el nombre con que los rebautizó. Ramiro aceptó para seguir viviendo.

“Punto Rojo” continuó. La economía de la zona conurbada despuntaba con plazas comerciales, industrias, bares y discotecas norteñas. Los sureños se habían levantado de la devaluación del peso y las crisis en Petróleos Mexicanos (Pemex). La delincuencia se autoregulaba. La vida era tranquila, el empresario, el político y el delincuente respetaban al periodista.

El primer delincuente que no respetó a un periodista fue un dueño de cantinas, bares y un centro de prostitución. El hombre leyó los nombres de sus negocios en “Punto Rojo”. Al terminar la guardia nocturna, Ramiro conducía la motocicleta del trabajo a su casa cuando un taxi lo embistió. El reportero, de 34 años, salió disparado fracturándose el pie derecho y golpeándose la cabeza. La empresa financió los siete meses de convalecencia. Al volver al trabajo Ramiro retomó “Punto Rojo”. La estructura criminal se consolidaba con fuertes vínculos entre las autoridades estatales y municipales tamaulipecas. Los jefes del sur gozaban de independencia de la cúpula mafiosa de la frontera, hasta que los mandos delincuenciales del norte dieron la orden a sus lugartenientes de controlar todo el estado. El 23 y 24 de diciembre de 2002, Ramiro escribió nombres y apodos de los inmiscuidos en los virajes criminales.

Eso lo tiene aquí sangrando y escuchando con insistencia la pregunta: “¿te crees mucha verga?, ¿te crees mucha verga aquí? o ¿quién chingados eres? ¿por qué te crees tan chingón? ¿por qué te crees tan chingón para escribir?”.

Tras dos horas de golpes, los sicarios abandonan al reportero en una avenida. Un automóvil se detiene para auxiliarlo. Uno de los pasajeros es conocido de la víctima, que rechaza ir al hospital o a la Cruz Roja por miedo a que lo busquen para matarlo. Ramiro se esconde en la casa de una familiar. El 25 de diciembre ya no se publica “Punto Rojo”. Casi al finalizar el año, el reportero sale de su escondite para ir a consulta médica. La familia paga todos los gastos. Él se oculta para sanar y no denuncia. Amigos y conocidos que logran hablar con él interceden con los narcotraficantes para que lo dejen vivo. La historia de Ramiro empieza a saberse, asusta a las reporteras y los reporteros, a los directivos de medios de comunicación; la golpiza es una lección eficaz.

Ramiro se recuperó en medio año. Cuando pudo caminar se dedicó a vender desayunos, comidas y ropa durante 14 meses. En 2004 volvió al periódico, a la nota policiaca. A sus compañeros les pareció increíble su regreso. Sus amigos le explicaron: un reportero es el *enlace* entre los medios de comunicación y los delincuentes que gobiernan la región; él dice qué se publica, cuándo se publica, cómo lo cubrimos, a quién se inculpa. Nadie rompe las reglas, ninguno se sale del huacal; el recuerdo de Ramiro los frena.

Los reporteros de la fuente policiaca acordaron cubrir en grupo las ejecuciones masivas, los cadáveres destazados, los hombres colgando de los puentes, los negocios incendiados. Los narcotraficantes los obligaban a recibir dinero a cambio de ruido o silencio, según conviniera. Treviño entendió que “Punto Rojo”, las exclusivas y el respeto a los periodistas se habían terminado.

Ramiro Treviño dimensionó el terreno que pisaba y las autoridades *de facto* que lo gobernaban. En el segundo lustro de los dosmiles vio morir a uno, dos, tres, cuatro conocidos. Fotografió a policías, soldados, niños, adolescentes y mujeres asesinadas. Supo de incendios que consumieron a familias enteras, supo de ejecuciones extrajudiciales, supo mucho más pero nada se publicó.

“Nosotros ya no arreglamos nada, no componemos nada, nosotros, es lo que uno dice o al menos en lo personal ya no compongo, ya no arreglo nada, si lo digo, lo publico, como quiera todo va seguir igual y estoy en riesgo, ya me pasó una, dos veces, ya no me voy a poner en riesgo otra vez”, sentencia Treviño.

Actualmente, *Santa Clos* sigue llegando el 25 de diciembre y Ramiro continúa trabajando como reportero de la nota policiaca.

* * *

Omar Domínguez baja las escaleras sin hablar. Víctor Perales lo lleva obligado. El primero es un joven reportero. El segundo es su compañero de trabajo, y es también el ayudante del sujeto que opera como enlace entre los medios de comunicación y los delincuentes que gobiernan la región.

En el periódico de hoy Omar publicó: “Fuerzas federales persiguieron y capturaron a un hombre que llevaba granadas, fusiles, pistolas y balas en una camioneta en el sur de Tamaulipas, informó la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena)”.

Las primeras horas de la jornada fluyen entre entrevistas de banqueta y búsqueda de información. Al mediodía el periodista recibe una llamada de la empresa: “hay un problema por una nota. *ESTA GENTE* te anda buscando, quieren conocer al que sacó la detención”.

Omar Domínguez es el tercer hijo de su familia. Estudió la licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Tamaulipas. En 2008 entró a trabajar cubriendo los municipios de Pánuco, Tampico Alto y otros del norte de Veracruz. Aprendió el oficio en el momento cumbre del gobierno de Fidel Herrera Beltrán (2004-2010), cuando Javier Duarte de Ochoa se alistaba para ser candidato a gobernador y los Zetas se adueñaban del territorio veracruzano. Domínguez concentró sus investigaciones en los líderes cañeros, ganaderos, agricultores y políticos; se hizo de un estómago para la cobertura de riñas a machetazos y cuchilladas y tejió una red de contactos para dominar la sección regional del periódico, editado en la frontera del estado vecino. Al día escribía, por lo menos, 12 notas. La violencia de las bandas criminales no era parte del panorama veracruzano, eso era tema kilómetros arriba.

En aquellos años, a dos meses de terminar 2011, Omar recibió cinco llamadas. En la primera le dijeron: somos los Zetas, te tenemos ubicado y te volveremos a llamar para darte instrucciones. En la siguiente le contaron cómo habían asesinado a 10 personas y quiénes eran los muertos. Los cadáveres son integrantes del Cártel del Golfo, le aseguraron en la tercera llamada. En las comunicaciones restantes le exigieron que escribiera y publicara la noticia. No tuvo opción, escribió y firmó la nota que se publicó al día siguiente. Nada le pasó.

El presidente Felipe Calderón comenzaba a despedirse de Los Pinos. Enrique Peña Nieto y Andrés Manuel López Obrador estaban en plena campaña por la Presidencia. El gobernador de Tamaulipas, Egidio Torre Cantú, aprendía a administrar la vida y la muerte, tras el asesinato de su hermano Rodolfo; Torre aprendía al golpe de balazos, coches bomba y granadas quiénes mandaban en

cada región de la entidad. Los tamaulipecos que no se pudieron exiliar en Texas o Querétaro — los destinos preferidos de las clases medias y altas — asimilaban el silencio y la barbarie.

La pelea por los territorios del norte del Golfo de México continuaba. La regla impuesta a los medios de comunicación a partir de 2003 se mantenía a plomo, sangre y agresiones; lo más común, hasta la fecha, son las tableadas, donde los delincuentes golpean a su víctima con un mazo de madera en la espalda y en las nalgas durante largas rondas. El procedimiento era uno solo: la información “delicada” se expone ante el enlace de *ESTA GENTE*, quien lleva el informe a los delincuentes para que aprueben o no la noticia. Omar, quien al iniciar 2012 aceptó cambiar su fuente a Tamaulipas, desconocía la regla. Nadie le advirtió.

Ahora Víctor le advierte pero es tarde. El director del periódico aprueba que el reportero sea llevado ante *ESTA GENTE*. Omar aborda el automóvil de Víctor. El vehículo avanza por calles y atraviesa cruceros hasta un estacionamiento. Allí se quedan esperando a los *jefes*.

Un hombre llega al parqueadero y los aborda.

— ¿¡No sabes que se tiene que pedir permiso para sacar ese tipo de notas!? ¿Conoces al detenido?

— No lo conozco — responde el reportero ante la mirada de su compañero.

— ¿¡No sabes que se tiene que pedir permiso para sacar ese tipo de notas!? — insiste el hombre y le pega en el rostro a Omar. — Vamos a esperar a los jefes para que hablen contigo, porque esto no se hace.

La tribulación se agranda al pasar los minutos. Cinco, siete, once, quince, veinte, veintiocho, treinta. En el estacionamiento siguen los mismos: Omar, Víctor y el hombre de *ESTA GENTE*. Los celulares suenan. El agresor ordena a Víctor que se lleve a Omar.

—Hubo un enfrentamiento y se ocuparon los jefes. No van a poder venir, pero la advertencia ya está hecha— les dice a los reporteros.

En la redacción del diario, los compañeros ya sabían dónde y con quiénes estaba Omar. El director le dice a Domínguez que esté tranquilo, que se tome un día de descanso y que deje de cubrir los hechos policiacos; días después le notifican, la cobertura vuelve a la normalidad. El silencio empieza a tomar forma en Omar.

Víctor se encarga de recordarle a Omar cuál es el comportamiento correcto de un reportero policiaco. El ayudante sigue operando desde el corazón de la redacción del diario. Al transcurrir los días, el joven pasó de sentir miedo a coraje, mucho coraje contra los jefes que trataron de calmarlo diciéndole que lo que vivió eran situaciones del oficio.

Omar fue conociendo que el silencio puede presentarse por un choque automovilístico ligero, por un asesinato violento, por un incendio, por un asalto, por una agresión a una mujer o menor de edad. La intuición empieza a ser determinante al reportear. Escribir sin intuir el origen del hecho, sin preguntar, puede poner al reportero frente a una tableada, a un secuestro, a un asesinato.

“Ya no se sabe qué nota no cubrir para no ser víctima. A veces uno simplemente se arriesga y no pasa nada, pero en una de esas no estamos exentos de que sí nos pase”, comenta Omar.

Domínguez no denunció la agresión ante la Procuraduría General de Justicia. Nunca recibió terapia psicológica. En cambio, el sistema de *autorizar* información se consolidó: cualquier hecho con tufo de participación de integrantes de la delincuencia organizada debía y debe pasar el filtro censor.

Omar continúa escribiendo hasta 12 notas diarias. Sabe que el silencio se cuela en las entradas de las noticias,

en los adjetivos. Sabe que la información siempre va silenciada, maquillada, con la excusa de cuidar al reportero y a la empresa.

— En muchos casos ellos mismos piden las notas. Incluso, pasan fotos, pasan videos o te llevan al lugar de los hechos con tal de que salga publicada... La violencia nos la topamos en cada esquina. Lamentablemente se ha convertido en algo común y sería ilógico no cubrirla — reflexiona y sentencia — “una nota no vale una vida y no me veo cubriendo sociales o deportes, soy malo para eso”.

* * *

Escribo pensando en la llamada telefónica de mi compañero Ramiro Treviño, sobreviviente de la violencia criminal del Golfo. Apenas salí del norte de la ciudad rumbo al centro de Tampico, cuando el celular sonó. La voz de Ramiro resuena:

— Charlie, ¿tú fuiste a cubrir lo de una obra? Me habló *LA GENTE DE ALLÁ* para preguntarme por un reportero y un fotógrafo. ¿Tú fuiste con Francisco? Por lo que dijeron pensé en ti y Francisco, ¿Charlie, tú fuiste?

— Si, fuimos nosotros. ¿Por qué *ESTA GENTE*? ¿Qué quieren?

— Me dijeron que rechazaste una feriecilla. Están encabronados, dijeron que quién chingados te crees, que te quieren ver de rato.

— ¿Ellos? ¿Por qué *ESTA GENTE*?

— Te veo en la redacción, Charlie, ahí te digo.

Es 2013 en Tampico, la vida parece retomar su cauce lejos de las balaceras y ejecutados. La avenida se convierte en un cuello de botella y el sol otoñal pica más que el canicular. De la breve llamada me retumban cuatro frases:

“¿Tú fuiste?”. “Que quién chingados te crees.” “Me dijeron que rechazaste una feriecilla.” “Que te quieren ver de rato.” Camino paranoico a la redacción. Llego a mi escritorio. Tomo un trago de agua y comienzo a escribir las seis notas del día.

Descargo los audios de la protesta por la pavimentación retrasada, a la que se refería Ramiro en la llamada. Transcribo las entrevistas. Es sábado y la redacción está sola. Ahora ya sólo una frase me retuerce: “Que te quieren ver de rato.”

Escribo mi nombre y guardo el archivo en la computadora; evito dejarlo en el servidor compartido del periódico. La memoria guía mis actos.

Era 2008, viernes de verano por la noche. Roel, el treintañero engreído del periódico, cruza el pasillo hacia la oficina. Contrario a su costumbre, camina callado y con la mirada baja. Los jefes Eleuterio y José salen a encontrarlo antes de que llegue al área de reporteros. Los tres entran a la oficina de la Dirección. Se callan los pocos teclados que a esta hora suenan. El silencio revuelve el ambiente tenso. Los cuchicheos van de cubículo en cubículo. Roel, Eleuterio y José entran a la Redacción. Nadie bromea, nadie da las buenas noches.

Salgo al baño y al regresar hago tiempo en la puerta. Roel está echado sobre el escritorio con la cara tapada y sólo con playera interior. Veo su espalda parcialmente descubierta y roja; parece quemado por la resolana de la playa, pero no, los manchones morados son a causa de otra cosa. Lo acaban de “tablear” por una nota que *ESTA GENTE* pidió no publicar y se publicó para llenar la página. Roel se sujeta al silencio. No habla del cómo, cuándo y dónde. Aquí todos sabemos por qué lo tablearon. Todos sabemos el para qué. Le pegaron para que todos sintiéramos miedo.

“Que quién chingados te crees”, suena la frase en mi cabeza. Redacto la nota de la protesta. Con detalles, con miedo, con nombres que pueden ser quitados o tachados. Escribo:

“Los habitantes de la colonia Las Américas protestaron contra la empresa que no ha pavimentado la calle República de Cuba. En un recorrido por el sector habitacional, un empleado de la compañía, que no quiso identificarse, comentó brevemente: ‘pronto comenzaremos los trabajos’.”

“La alcaldesa ~~María Guerra~~ secundó el reclamo y dijo que el ayuntamiento pagó el 50 por ciento del costo de la obra pública a la compañía, de la que no mencionó el nombre o la razón social. En una revisión a los fallos de las licitaciones de obra pública, este medio corroboró los datos de la firma encargada: ~~Cepisa Constructora.~~”

Han pasado los años de las batallas que causaron el exilio de miles de paisanos.

Las heridas de 2008, 2009 y 2010 han sanado. La vida pública transcurre con cierta calma, aunque en las zonas residenciales siguen habitando los fantasmas del secuestro, la extorsión, el despojo de fortunas completas. El PRI ha regresado a gobernar el país de muertos que dejó el PAN, bajo la promesa de pacificar. Lo raro es que hasta ahora parece lograrlo. Lo raro es primo hermano de lo turbio. El cese de balas y sangre es incomprensible. A dónde se han ido todos los asesinos. Qué hacen ahora en lugar de extorsionar, secuestrar o matar. El dinero que han acumulado, dónde está. Estas preguntas se responden solas, al mirar los nuevos negocios que han abierto en las avenidas principales del sur tamaulipeco.

Escribo y dudo si anoté nombres de más. Ramiro no llega. Avanzo lento. Dejo de redactar. Llamo al jefe de Información para contarle. Él pide que prosiga con la nota.

Continúo. Borro las últimas dos líneas. Le atribuyo el nombre de la empresa a una fuente anónima. Cambio las palabras de la alcaldesa. La redacción se enreda, se colapsa. Me detengo. Platico con mis compañeros, les cuento. Trato de escucharlos para encontrar la razón de por qué *ESTA GENTE* quiere saber de la nota de una constructora y el gobierno. Vuelvo al teclado porque “es una de las apuestas para portada. No la dejes hasta saber bien de qué se trata”, dijo el jefe.

Busco a Francisco, el fotógrafo. Nos vemos en el área de Fotografía y le advierto que tampoco descargue las imágenes en el servidor. Le cuento de la llamada.

– ¡N’ombre, Lic! Le dije que estaba raro. ¡N’ombre! hubiéramos *desayunado* con el hombre y ya. Ya ve por andar negándose – me dice.

– *N’ombre*, no era opción.

– Pues a ver qué recado traen de *ESTA GENTE*; voy a borrar las fotos.

– ¡Espera a Ramiro!

– ¡No dejaré nada! – dice y sale de la Redacción.

Le llamo a Ramiro para mitigar la ansiedad. Responde que en media hora llega a la oficina. El jefe habla y ordena que contacte a la alcaldesa para que opine del tema y que termine la nota. “Escríbela, no hay problema”, afirma. La presidenta municipal contesta que la obra va tarde dos meses.

Ramiro entra derecho a la oficina del jefe. Aguardo el llamado. Nada. Ramiro baja y repite que ya no hay problema. Entrego la nota al jefe. Termino la jornada de trabajo. Salgo temeroso a la calle. Desconfío de los automóviles y de los transeúntes. Me encierro en la casa.

Al día siguiente no aparece nada. De las seis notas que escribí el sábado, es la única que no se publicó. La me-

moria me sujeta al silencio. Recuerdo las historias de Ramiro Treviño y Roel para aterrizar en el territorio que vivo, que reporteo. Uno aprende a hablar para vivir y a callar para sobrevivir.

El ejemplo de los demás, en el mejor de los casos, ha servido para salvar el pellejo de otros. La lección está aprendida, está grabada en la memoria colectiva del gremio periodístico. Ramiro dice que en Tamaulipas no hay tantos periodistas muertos porque aprendimos bien. Los cachazos, las patadas, los culatazos, los batazos, las risas, las advertencias por mensajes de celular, las tableadas, las miradas desde camionetas mañosas, los gritos de panochón, los puñetazos, los balazos, los secuestros, las cachetadas, la indiferencia del gobierno, son el fierro que marcó, marca y marcará las páginas silenciadas, las que no han sido escritas, las que con los años iremos contando y escribiendo.

REPORTEAR EN GUERRERO: ENTRE EL CRIMEN Y LA MILITARIZACIÓN

Jesús Guerrero

Germán Canseco, fotógrafo de la revista *Proceso*, bajó su cámara y su mirada se enfocó en el grupo de hombres que tenían rodeado el automóvil donde viajaban seis periodistas. Canseco no accionó su cámara, porque hacerlo hubiese desatado la furia de los individuos armados con rifles y pistolas. Y como represalia, todos pagarían las consecuencias.

«¡Bajen la vista! ¡Que nadie nos vea, hijos de su chingada madre! ¡Aquí no queremos chismosos! ¡Lárguense, porque si no, nos los chingamos!», les gritaban los individuos a los reporteros.

Formaban parte de un grupo más amplio de reporteros que viajaban en 3 vehículos y que habían cubierto la irrupción de unos 300 hombres armados, que se identificaron como policías comunitarios y, según sus mismos dichos, llegaron a la localidad para detener al jefe del Cártel Los Rojos, Zenén Nava. Los periodistas fueron interceptados casi a la salida de Chilapa. No importó la presencia de dos patrullas de la policía estatal y una más de la policía federal, el grupo armado igual los detuvo y les cortó cartucho.

«¡Váyanse pues la chingada y no los queremos ver aquí, porque ahora sí se los carga!», vociferó uno de los pistoleros a los reporteros.

Los supuestos policías ciudadanos sólo esperaron que los vehículos se pusieran en marcha para soltar las carcajadas.

«¡Pinches putos!», gritó uno de los agresores a manera de despedida.

Esta historia es una de muchas que los periodistas de Guerrero viven cuando realizan su trabajo en zonas sin gobierno y con presencia de bandas de la delincuencia organizada. Un informe de inteligencia de la Secretaría de Seguridad Pública estatal, reveló que en Guerrero hay 22 grupos delictivos que se disputan el control de la siembra, trasiego y venta de droga en los 81 municipios de la entidad. Además, en algunas zonas de 40 municipios de Tierra Caliente, Zona Norte, Centro y Costa Grande, el periodismo enfrenta mayores riesgos porque, luego del asesinato de Arturo Beltrán Leyva, varias pequeñas células locales se disputan el territorio.

Pero no sólo es la delincuencia organizada. En Guerrero conviven múltiples violencias. Desde la década de los 70, con la llamada Guerra Sucia, el estado de Guerrero ha permanecido militarizado y los soldados han agredido a comunidades indígenas, las han hostigado, han matado, han violado a indígenas, han obligado al desplazamiento; también la violencia del control político que se traduce en la presencia caciquil o de paramilitares que han dejado crímenes como las masacres de Aguas Blancas (28 de junio del 1995) o de El Charco (7 de junio de 1997).

Bernardino Hernández, fotorreportero de la Agencia AP y medios locales de Acapulco, recuerda un enfrentamiento a balazos entre policías municipales y sicarios —que portaban uniforme de la desaparecida Agencia Federal de Investigaciones— el 27 de enero de 2006 en la colonia La Garita, en el puerto. Dice que ese día él se encontraba cerca de ese

lugar tomando fotografías en una escuela primaria cuando le avisaron de la balacera. Y dice también que a partir de ahí las cosas se descompusieron en el puerto.

«Yo me escondí detrás de un poste de luz, y desde ahí empecé a tomar fotos, pero un policía se puso detrás de mí y lo que hice fue correr hacia el mercado, de donde salía una señora que frente a mí cayó herida de bala».

Hace más de una década los reporteros de la nota roja cubrían asesinatos con armas blancas como un cuchillo o un botellazo en peleas de cantina. Pero a partir del enfrentamiento en La Garita, de que Felipe Calderón declarara la “guerra contra el narco”, el trabajo para los fotógrafos y reporteros incluye víctimas de tortura, desapariciones, asesinatos, descuartizamientos de cuerpos, fosas clandestinas, familias desplazadas por la violencia, relata Bernardino, con una experiencia de 25 años en el medio periodístico.

Acapulco, de acuerdo a informes de la Secretaría de Seguridad estatal, se ha convertido para los grupos criminales del narcotráfico en «la joya de la corona», por el mercado para la venta de estupefacientes, tanto en bares y discotecas de lujo, como en las «narcotienditas» de las colonias marginadas, donde las cifras de narcoejecuciones no dejan de crecer desde el año 2006. Sólo de enero a diciembre del 2016, hubo 918 homicidios dolosos en Acapulco.

A Bernardino se le quiebra la voz cuando recuerda la ocasión que acudió a la colonia La Sabana parte Alta, en la zona suburbana de Acapulco, a ‘cubrir’ el asesinato de dos mujeres embarazadas que tenían el tiro de gracia. Bernardino tiene muy grabada la imagen de una de ellas con un niño en los brazos al que los sicarios tampoco perdonaron la vida. También recibió un fuerte impacto emocional cuando acudió al crimen de una anciana y su nieto, a quienes sus victimarios dejaron tendidos en el piso de su

casa en la colonia Simón Bolívar, donde el gobierno federal instrumentó un programa de prevención de adicciones en el año 2012.

“Fue algo terrible ver que una abuelita tuviera en brazos a su nieto para protegerlo de que no le hicieran daño.”

Bernardino no tiene claro el día, pero sí recuerda que no durmió porque fue a cubrir 32 asesinatos en distintos puntos, desde la zona turística, hasta las colonias suburbanas más pobres de Acapulco.

“A las doce de la noche hubo seis asesinados en la Avenida Escénica; luego, otros siete en la vía rápida de Metlapil; y terminé de tomar fotos de muertos a las ocho de la mañana en las colonias Simón Bolívar y la Emiliano Zapata.”

En sus 25 años como fotógrafo, dice que ha tomado 15 mil imágenes de muertos en Acapulco. Desde personas que han fallecido en accidentes automovilísticos, muertos por pleitos de cantina y ejecutados por el narco. En una ocasión, en una colonia donde se había registrado un enfrentamiento entre sicarios, llegó antes del arribo de las fuerzas de seguridad, ambulancia de la Cruz Roja y del Servicio Médico Forense, y se encontró con un grupo de sicarios que de inmediato lo bajaron de su automóvil, lo encañonaron y le preguntaron qué hacía en el lugar. Aún ahora no sabe cómo fue que les dijo a los delincuentes que él vivía en esa colonia y que iba a ver a una señora que se llamaba María. Uno de los sicarios, vecino de esa colonia, confirmó a compañeros que, en efecto, ahí había una mujer con ese nombre. Los delincuentes lo dejaron entrar a la colonia y para que no sospecharan más de su presencia, les alertó de que en el trayecto se había encontrado varios vehículos de militares del Ejército y la policía estatal. El que dirigía al grupo armado ordenó la retirada. Berna confirma que ha recibido amenazas de muerte por parte de la delincuencia organi-

zada. En una ocasión que estaba con varios fotógrafos del puerto, recibió un mensaje de texto en su teléfono celular.

“Dónde estás hijo de la chingada, seguramente estás cubriendo muertos en la Costera, ¿verdad?”, le escribieron.

A raíz de esa amenaza y otras más que ha recibido, Bernardino redujo sus coberturas por las noches. Y cuando acude a algún crimen, procura no ir solo, sino con otros colegas.

“La verdad sí tengo miedo y sé que a lo mejor un día de estos, la imagen mía tirado en una calle con un balazo, la tomen mis compañeros.”

Son tantos los asesinatos que Berna ha retratado en su vida, que es fácil para él imaginar que su muerte será de esa manera y no de viejo; lo cree además porque ha recibido dos advertencias de que lo van asesinar. La última sucedió apenas hace nueve meses. Pero más que la muerte, teme que por su culpa algo le pase a su familia. Por eso decidió mudarse a vivir a otra casa, cerca de la playa de Pie de la Cuesta, donde la violencia tampoco cesa.

Un informe de la Asociación de Periodistas del Estado de Guerrero (APEG) registra que de 1997 al 2017 han sido asesinados 12 periodistas en distintos municipios de Guerrero. Sólo en este gobierno del priísta Héctor Astudillo, dos periodistas han sido asesinados. El 25 de abril del 2016, el corresponsal de *El Sol de Acapulco*, Francisco Pacheco Beltrán fue ultimado a tiros cuando salía de su domicilio en Taxco de Alarcón. El 2 de marzo del 2017, en Ciudad Altamirano, en la Región de Tierra Caliente fue asesinado el periodista Cecilio Pineda.

En noviembre de 2010, en plenas campañas políticas para la elección de gobernador de febrero del 2011, un gru-

po armado atacó las instalaciones de *El Sur*, en Acapulco. En ese mismo periodo, durante el gobierno del perredista Zeferino Torreblanca, el hermano de éste, Alberto Torreblanca, demandó por la vía civil a cinco reporteros de ese periódico exigiendo el pago de diez millones de pesos por reparación de daño moral. El 5 de junio del 2017, *El Sur* publicó que la empresa Corporación Constructora Analú, de la cual es socio Alberto Torreblanca habría recibido de la Secretaría de Educación en Guerrero (SEG) un contrato de 18 millones de pesos para reparación y mantenimiento de escuelas. La demanda contra los cinco periodistas, (Hugo Pacheco León, Ezequiel Flores, Teresa de la Cruz, Mónica Martínez y Jesús Saavedra) no procedió, según una resolución de un juez en materia civil.

Antes de que estallara la narcoviolenencia en Guerrero, si algo le sucedía a un reportero se atribuía al Ejército, a un alcalde o a un cacique de la región.

“Ahora ya no. Ahora, todo se lo atribuyen al crimen organizado”, afirma el director de este medio, Juan Angulo Osorio. Son tan confusos los bandos, que *El Sur* decidió no reportear en zonas de alto riesgo como Tierra Caliente, Chi-lapa o Zihuatanejo, la información sobre el crimen organizado en esta región se trabaja desde Chilpancingo; otras zonas de Acapulco se dejaron de reportear por inseguridad. Hoy los reporteros tienen restricciones de cobertura incluso en el ámbito social, como es el caso de algunas policías comunitarias que ya no se sabe si efectivamente son movimientos sociales legítimos o si son grupos utilizados o manipulados por el crimen organizado.

“Es decir, hoy en día, los reporteros ya no pueden moverse a cubrir algún evento o movimiento, porque pueden ser confundidos en un retén, como ha sucedido con turistas o ciudadanos comunes, o como ocurrió con siete

periodistas que fueron retenidos por hombres armados en Tierra Caliente en mayo de este año”, refiere Angulo. “Ésta es la realidad del estado, donde hacemos nuestro trabajo; y nosotros decimos que debiéramos profundizar más, pero tampoco somos suicidas, porque no podemos exponer a los reporteros y fotógrafos a situaciones que pongan en peligro su vida. Tenemos que ser cuidadosos y cautos al momento de reportear los asuntos de la violencia del crimen organizado.”

La mayoría de los periodistas de Guerrero realizan su trabajo en condiciones laborales desfavorables. Hay medios, como *El Sol de Acapulco*, que paga a sus corresponsales 50 pesos la fotografía y nota publicadas. O bien, en algunos periódicos les pagan a sus reporteros un salario de mil y hasta dos mil pesos a la quincena, sin ninguna prestación social.

Para completar el sustento familiar Bernardino Hernández, que ha sido reconocido internacionalmente por su trabajo como fotógrafo en zonas de conflicto, hace retratos en bodas, 15 años, bautizos o clausuras en centros escolares.

Junto con otros reporteros demandó ante la Junta de Conciliación y Arbitraje a la empresa periodística Impulsora Editorial Diario 17 de Acapulco, cuyo dueño era el ex diputado local priísta Fernando Navarrete Magdaleno. Durante el juicio laboral por incumplimiento de pagos salariales que duró casi los 12 meses del 2012, los reporteros, fotógrafos, personal de redacción y administrativos hicieron marchas y plantones en las calles de Acapulco, y sufrieron el acoso e intimidaciones de parte de Navarrete y socios de la empresa. Los trabajadores llegaron a un arreglo y actualmente el que figura como dueño del periódico

co es el ex alcalde de Acapulco (2002-2005) Alberto López Rosas, quien en un principio era el asesor jurídico de este grupo de trabajadores. López Rosas, procurador de Justicia durante el gobierno de Ángel Aguirre Rivero, renunció al cargo en diciembre de 2011, tras el asesinato a balazos de los normalistas de Ayotzinapa, Gabriel de Jesús Echeverría y Jorge Alexis Herrera Pino, durante un desalojo a cargo de la Policía Federal y Policía Ministerial Estatal en la Autopista del Sol, el 12 de diciembre de ese año. Como parte de la recomendación I-VG/2012 emitida por la CNDH, López Rosas fue sometido a un proceso de juicio político en el Congreso local por su presunta responsabilidad en este caso; sin embargo, en el año 2014 el Congreso de Guerrero desechó el juicio político contra el experredista.

Durante el gobierno de José Francisco Ruiz Massieu, entre 1987 y 1993, se creó el Fondo de Apoyo a los Periodistas (FAP), que otorgaba préstamos de poco monto para adquisición de equipo de trabajo, y un seguro de vida. Además patrocinaba esporádicamente cursos de capacitación para periodistas. Pero a partir del año 2011, cuando fue revivido durante el segundo periodo de Ángel Aguirre Rivero como gobernador, el presupuesto anual de este programa se incrementó de uno a cinco millones y se empezaron a entregar créditos de 120 mil pesos para la construcción de un pie de casa. La mayoría de los comunicadores adheridos a este programa publican información favorable o que no incomode al gobierno, por lo general, actos de los mismos funcionarios o acontecimientos cotidianos que no afecten la imagen de los funcionarios. Para Ulises Domínguez Mariano, director del semanario *Trinchera*, este programa más que existir para garantizar un derecho, se usa para mantener el control sobre algunos reporteros. A través del fondo, explica, se financia periódicamente

cos mensuales de pocas páginas y poco tiraje que publican sólo boletines. En un país donde la publicidad oficial no es transparente ni se somete a regulación pública, es fácil que fondos de este tipo, terminen con usos perversos.

“El gobierno del estado mata dos pájaros de un solo tiro con este programa: por un lado, vende el favor a los dueños de los medios, toda vez que los libera de sus obligaciones laborales, y de esta manera todo el convenio les queda para ellos. Por otro lado, se gana el agradecimiento de los comunicadores, al cubrir necesidades pírricas al otorgarles algunos préstamos de hasta diez mil pesos.”

¿Por qué, pese a la inseguridad y la vulnerabilidad laboral somos reporteros? ¿Para qué le sirve nuestro trabajo a la comunidad? Para responder estas preguntas quiero hablar del ataque a los estudiantes normalistas de Ayotzinapa, en septiembre del 2014. Desde la noche del ataque mismo, varios compañeros acudieron al llamado de los estudiantes cuando estaban siendo atacados, a pesar de que expondrían su propia vida. La mañana del domingo 28 de septiembre fuimos a Iguala con los familiares a la primera búsqueda de sus hijos. Ese día fue el inicio de meses y años de intensas movilizaciones de los normalistas, padres de los 43, maestros de la Coordinadora Estatal de Trabajadores de la Educación en Guerrero. Los reporteros estuvimos ahí en estas agotadoras coberturas que dieron la vuelta al mundo. Los reporteros hemos dado seguimiento a las marchas, a las búsquedas, a la exigencia de justicia; hemos realizado investigaciones paralelas que, incluso, han servido a los organismos internacionales, como el trabajo del GIEI, para demostrar las fallas, complicidad u omisión en la investigación.

A cuatro años del ataque a los estudiantes, a más de una década de la llamada “guerra contra el narco”, a más de cuatro décadas de la militarización del estado de Guerrero, los reporteros seguimos siendo vulnerables. No obstante, no hemos dejado de acudir a los llamados de las personas, de las comunidades, para escuchar y denunciar los crímenes que se comenten en su contra.

REPORTEAR EN ZONA DE FUEGO

Margena de la O

1

En Chilapa estuvo en peligro de que lo desaparecieran. En Tlaltempanapa le pusieron un arma en la nuca por hacer una fotografía. En Tierra Colorada quedó en medio de una balacera entre policías comunitarios. En los límites de la Tierra Caliente lo retuvieron y le robaron su equipo de trabajo en un retén de civiles armados. En el centro de la ciudad de Chilpancingo supuestos policías le apuntaron en la cabeza después de perseguirlo.

Estos son cinco episodios de riesgo de muerte que un solo periodista ha vivido entre el 11 de mayo de 2015 y el 8 de agosto de 2017 en Guerrero, uno de los cuatro estados más peligrosos para ser periodista, de acuerdo a la última evaluación de Reporteros sin Fronteras. Guerrero también es la entidad menos pacífica del país según el Índice de Paz en su estudio de 2017.

A PUNTO DE DESAPARECER [CHILAPA, 11 DE MAYO DE 2015]

“¡Traigan la camioneta, nos lo vamos a llevar!”, ordenó uno de los hombres armados que te capturaron. En ese momento lo único que se te ocurrió fue gritarle a los policías y gendarmes que observaban inmóviles la escena: “Ayúdenme, soy periodista”.

Mucho rato después que imploraste ayuda una agente se acercó y te preguntó tu nombre. Se lo diste. Pero no te ayudó.

Los hombres que te llevaron frente a los policías y gendarmes te tuvieron retenido tres horas, te sentiste vulnerable. Tenías razón. En dos días que llevaban los armados en Chilapa habían desaparecido a 16 jóvenes. “¡Te va a cargar la verga!”, te repitieron tanto como pudieron.

Te habían sacado de la marcha de los pobladores de la cabecera municipal de Chilapa para exigir dos cosas: la salida de los armados y la entrega de los 16 jóvenes, que según los familiares, los armados se llevaron.

Sin más los armados decidieron soltarte y tú no te quedaste a averiguar los motivos.

Entonces tú no entendías el trasfondo de este episodio: Los Ardillos, un grupo dedicado al trasiego y venta de droga, nacido hace muchos años en Quechultenango, en una partecita de la región Centro de Guerrero, buscaba extenderse y desplazar a Los Rojos de Chilapa. Celso e Iván, líderes de Los Ardillos y hermanos del político local Bernardo Ortega Jiménez, comenzaban de delincuentes a forcejear por nuevos linderos de sus dominios.

Lo que aún no aclaras es el papel que jugaron todos los policías, gendarmes y militares que estuvieron en la ciudad los cinco días que duró la irrupción armada.

Todavía no olvidas el sabor amargo que te hicieron pasar cuando les pediste ayuda y fingieron no escucharte. Estabas sentado en la jardinera de la Comandancia Municipal, atado de las manos, sintiendo el ardor de los tres golpes secos que te dieron en la espalda con un machete.

Debiste medir el peligro desde que llegaste, cuando viste a los tres muchachos tirados en el suelo, doblegados por las armas de estos bárbaros. Como la precaución que tu-

viste ayer domingo de no salir corriendo de varios periódicos de Chilpancingo: 300 civiles armados entraron a Chilapa. Pero lo dejaste pasar como si vieras artesanías de palma de soyamiche un domingo de tianguis cualquiera en Chilapa.

EN LA GUARIDA [ZITLALA, 8 DE NOVIEMBRE DE 2016]

“¡No dispaes!” Fue lo que escuchaste. Tú no sabías a quién le gritaron o por qué. La piel se te puso de gallina cuando te diste cuenta de que, si el militar no hubiera dicho nada, estuvieras muerto. Fue en la comunidad de Tlaltempanapa, municipio de Zitlala, donde uno de los habitantes te tenía en su blanco. No en la rodilla. O en un brazo. En la cabeza. Llegaste a Tlaltempanapa esta mañana en busca de una pista de los seis integrantes de la familia García Feliciano, desaparecidos días atrás cuando pasaban por la zona. La búsqueda la organizó el colectivo Siempre Vivos. No era a la primera que ibas. En mayo de ese año, subiste al cerro de Tepehuixco a buscar fosas con los familiares de otros desaparecidos. Esa vez encontraron dos fosas clandestinas con cuatro cadáveres.

La probabilidad de que los familiares de los desaparecidos encontraran fosas clandestinas en Tlaltempanapa era alta, porque algunos líderes del Movimiento por la Paz y la Justicia —el nombre que se pusieron después los hombres armados que sitiaron Chilapa—, tienen relación con este pueblo.

Este antecedente es suficiente para que el colectivo tomara precauciones: funcionarios de la Comisión Estatal de Derechos Humanos entraron primero a pedir permiso a la gente del pueblo.

La hipótesis del profesor José Díaz Navarro, líder del colectivo de familiares de desaparecidos, es que pobladores de Tlaltempanapa desaparecieron a la familia García

Feliciano por quitarle la camioneta Nissan del 2015 en la que viajaba.

Al menos a ti y a los demás reporteros los dejaron acercarse más al pueblo. Desde la entrada te salió una panorámica de las camionetas de policías ministeriales y militares que acompañaron a los defensores de derechos humanos, cuando volvían de mediar con el pueblo. Tu suerte pudo ser tu infortunio: la foto fue la causa de que casi te mataran.

Debiste sentir un hormigueo en el cuerpo cuando el hombre que salió de una loma te susurró en la nuca. Momento en que supiste por qué habías escuchado: ¡No dispares! Luego viste al militar que daba la orden. Estuviste a nada de convertirte en la noticia. Si regresas la cinta de tu memoria nunca viste al hombre que pudo dispararte.

2

Los 100 días en el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas, en El Paso, Texas, son tu mayor infierno a tus 26 años.

Martín Méndez Pineda, tus problemas comenzaron con ese comentario cualquiera que hiciste el 23 de febrero de 2016 mientras cubrías un choque automovilístico en la avenida Adolfo Ruiz Cortines de Acapulco. Sí, cuando le dijiste a tu compañero que los gendarmes debían echarle agua o tierra a la gasolina que escurría de la patrulla de la Gendarmería y del auto, ambos aplastados en medio de la carretera.

El problema es que uno de los gendarmes te escuchó y no le gustó lo que dijiste. Recuerdas que se te acercó y te gritó que ya lo habían hecho. Tú trataste de aminorar su disgusto pidiéndole a tu compañero que se fueran.

Pero el reproche ya era una agresión y la agresión se convertía para ti, sin que lo sospecharas, en un riesgo de muerte.

Los gendarmes se enojaron mucho contigo. “Se enojaron a tal grado que nos comenzaron a agredir y nos quisieron quitar las cámaras fotográficas pero no nos dejamos porque estábamos cumpliendo con nuestro trabajo”, tú mismo lo asentaste en una queja contra la Gendarmería ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH). Hasta declaraste que la patrulla número 16218 fue la que los siguió cuando se retiraban.

Pasó un mes para que unos hombres que nadie conoció, llegaran a la casa de tu abuela, en la colonia Renacimiento, preguntando por ti. Digamos que eso no te alarmó. Al menos no como el día en que te enteraste por los vecinos de que les habían pedido información sobre ti, porque ataste cabos: no sólo fue una impresión que ya rondaban tu casa.

La opción más segura que analizaste fue salirte del puerto. Valoraste que el *Novedades Acapulco*, el periódico donde llevabas dos años – toda tu experiencia periodística – no haría nada por ti: siempre te mantuvo haciéndote cargo de los descansos de los demás reporteros con un salario de 6 mil 600 pesos mensuales.

Es posible que para decidirte valoraras la tasa de homicidio en Guerrero: 62 por cada 100 mil habitantes (Índice de Paz 2017). O que Acapulco es una de las cinco ciudades más inseguras del estado. Quizá también contemplaste que uno de los dos últimos crímenes de periodistas guerrerenses ocurrió en las mismas fechas que empezaron a acosarte: el 25 de abril de 2016, afuera de su casa en Taxco, mataron al reportero de *Radio Capital*, Francisco Pacheco Beltrán.

Te mudaste a Tijuana, porque tu plan desde el inicio fue pedirle asilo político a los Estados Unidos. Pero te estableces en la ciudad fronteriza una temporada.

Aun con la distancia te llevó varios días quitarte el miedo, porque a tu celular, con lada de Acapulco, le caían amenazas para ti. Por fortuna perdiste ese teléfono.

Pero la alerta de peligro volvió pronto, con otro mensaje intimidatorio a tu nuevo número con clave del norte del país.

Agilizas tu petición de asilo: el 5 de febrero de 2017 llevaste los documentos para que te hicieran la entrevista con autoridades estadounidenses. Un requisito prioritario para tu trámite. Les demostraste el peligro de volver a Guerrero.

Te negaron los dos intentos. La última te la confirmaron el 28 de marzo. A partir de entonces recibiste en el Centro de Retención Migratoria el trato de indocumentado que Estados Unidos sabe dar.

He vivido discriminación, abusos y humillaciones desde el primer día que ingresé. Me trasladaron a una detención llamada West Texas Detention Facility, donde experimenté los peores días de mi vida. Ese lugar es conocido por los internos como el gallinero, ya que las barakas literalmente son un establo para ganado o gallinas, diseñado para un aproximado de 60 personas, pero son sobrepobladas con más de 90 a 100." Éste es un fragmento de la carta que enviaste desde prisión.

El 16 de mayo te deportaron a México. Hasta ahora, tres meses después, no te apareces por Guerrero.

3

Te impacientaste y terminaste contestando tu celular que no dejaba de sonar. De no haberlo hecho te habrías evitado otro jaloneo de cabellos y otra sentencia de muerte: "¡Ora hijo de la verga!, le estás hablando al Chaparro, le estás hablando que estás aquí. ¡Te va a llevar la verga!", te dijo el armado que te vigilaba. La acusación infundada que te costó un golpe, sostenía tu nota de un día antes, donde explicaste el propósito de la irrupción armada: detener a Los Rojos.

El 11 de mayo de 2015 encabezaron así la nota en el periódico donde eres *freelance*: “Civiles que tomaron Chilapa van por un grupo armado”. Y tu firma: Arturo de Dios Palma.

Ahí citaste el comportamiento de la guardia con la gente que cruzaba por la carretera y lo que les oíste decir: “Bienvenidos, desde hoy en Chilapa ya no hay secuestros, ni extorsiones, ni pagos de cuota. Se acabaron las muertes de inocentes. Nosotros ahora somos los policías municipales”.

Eso no se parece en nada al trato que recibiste, como los otros periodistas, al día siguiente en medio de la marcha donde los habitantes pidieron su salida y la entrega de los 16 jóvenes desaparecidos. Esta lista crecería a más de 100, por los desaparecidos que dejaron estos y los otros.

Aunque no faltó quien intentara disculparse: “Pinche chino, pensamos que eran armas”, te dijo en tono amigable uno de los armados sobre las cámaras que llevaban. No te ibas a poner a discutir que sabía que eras periodista, que te vio los dos días anteriores haciendo tu reportería, si la vida está de por medio.

Tú y los otros periodistas que vivían en Chilapa debían pulir más que las técnicas de reporteo y redacción para seguir en el oficio. Pero con la inseguridad permitida, las medidas no siempre funcionan.

Esto de la inseguridad permitida no es un juicio tuyo, lo hizo el profesor Díaz Navarro: las policías municipales están involucradas en el trasiego y venta de droga en las regiones de la Montaña y Centro de Guerrero, donde se mueven Los Rojos y Los Ardillos.

Cómo te explicas que a ambos grupos los dejaran actuar con toda impunidad esos cinco días, del 9 al 14 de mayo de 2015, que se cuentan como los días de la irrupción armada a Chilapa, si había policías y soldados por todos lados.

A ti se te contrajeron las tripas cuando viste la caravana de Los Rojos sobre la avenida Revolución el día miércoles 13, mientras todos corrían a esconderse porque nadie quería ser testigo de lo que pasaría si se topaban con los otros civiles armados, de quienes el profesor tiene la seguridad, son gente de Los Ardillos.

Con toda seguridad iba entre ellos Zenen Nava Sánchez, porque alcanzaste a ver el coche Mercedes Benz blanco y la camioneta Grand Cherokee negra. Tú habías investigado que en estos vehículos se movía el líder de Los Rojos en Chilapa, a quien también apodan El Chaparro, según el perfil de la Fiscalía.

No es que tú quisieras ser testigo del momento al que todos le huían, te dirigías hacia las instalaciones del canal local para refugiarte y después reconstruir cómo se vive en Chilapa.

Te acuerdas que te subiste a la azotea del edificio para ver qué ocurría: policías, gendarmes y militares cercaron las avenidas Revolución e Insurgentes para que los dos grupos de armados persiguiéndose no se hallaran. Todavía te preguntas en qué habría terminado si se encuentran.

4

¡SOMOS PRENSA, NO DISPAREN!

[JUAN R. ESCUDERO, 25 DE NOVIEMBRE DE 2016]

No sabes en qué momento pasaste de cubrir a los autodefensas balaceándose, a pedir tregua por tu vida. “¡Somos prensa!”, “¡No disparen, somos prensa!”, “¡Somos prensa!, “Nos vamos a mover”, gritaste casi a coro con otros 14 periodistas, que pedían salir de en medio de una balacera en la carretera federal de Acapulco-Chilpancingo.

Los autodefensas llevan más de un año matándose para quedarse con el corredor de la carretera que conec-

ta a Chilpancingo, la capital de Guerrero, con la región de la Costa Chica. Esta vez la discordia es Tierra Colorada, la cabecera municipal de Juan R. Escudero, porque es una extensión que une los dos puntos.

Te faltó prever que si un grupo se atrincheraba en los cerros, el otro entraría de frente, como en cualquier batalla. Te confiaste. Has cubierto a unos 10 grupos de auto-defensas en Guerrero y no evaluaste que ellos sólo respetan su propia ley.

Es probable que llegaras a pensar que si algo ocurría, los policías, militares o cualquier agrupación de gobierno, te ayudaría. Qué te ibas a imaginar que el vocero de Seguridad en Guerrero, Roberto Álvarez Heredia, negaría la balacera, mientras tú tratabas de salir de ella. Te vuelve el coraje cada vez que lo recuerdas en aquella transmisión leyendo el comunicado.

Nunca quisiste ser la noticia. En la nota que publicaste te esforzaste por no aparecer, sólo hay un párrafo de todo lo que les pasó: “Durante este ataque, un grupo de 15 reporteros quedaron atrapados en el fuego cruzado y uno de los grupos realizó disparos directos contra los comunicadores, dejando solamente daños en uno de los vehículos en los que se transportaban”. Suficiente tenías con llegar a escribir, después de seis horas de cobertura donde casi pierdes la vida.

TÚ, LA NOTICIA [TIERRA CALIENTE, 13 DE MAYO DE 2017]

Habías hecho la fotografía de tu vida en esta cobertura, pero nunca vio la luz: en el mismo encuadre había dos autobuses incendiándose en un puente de Tierra Caliente, un helicóptero volando y cuatro policías con sus armas apuntando al suelo. Sólo te quedó una interpretación de ella: “Es

como una imagen de guerra, nadie hubiera creído que era Guerrero”.

Si no te hubiesen quitado tu cámara, estás seguro que la Agencia Alemana de Prensa (PDA), donde colaboras, la habría difundido por todos lados. Nunca te imaginaste que de la cobertura lo que más se sabría es tu retención y la de otros seis periodistas en los límites de las regiones Norte y Tierra Caliente. Si buscas en Google, “Grupo armado retiene a siete periodistas en Guerrero”, te dará 139 mil resultados.

Saliste antes de las siete de la mañana de Chilpancingo, con los demás periodistas que te retuvieron, con la idea de que llegarías a San Miguel Totolapan. Ya sabías que unos hombres armados tenían cercada esta cabecera municipal con camiones incendiados, para impedir que los policías entraran.

La procedencia y los intereses en Tierra Caliente de estos armados lo supiste en tu reporte, el secretario de Seguridad Pública, Pedro Almazán Cervantes, lo gritó cuando intentaba apagar un camión: “esos que nos están quemando los autobuses son de La Familia Michoacana”. La Familia Michoacana es un Cartel con dominio en las regiones Norte y Tierra Caliente y de Guerrero, que ese día se apoderaba de San Miguel Totolapan, la ciudad más importante por la comunicación de sus caminos con la Sierra, zona de sembradío de enervantes.

Para saberlo caminaste mínimo dos horas. Las batallas ganadas y perdidas entre policías y michoacanos, que se resumían en decenas de camiones quemados por la carretera, los obligó a dejar las camionetas a unos 15 kilómetros del nuevo cerco hecho por los armados. De todos modos ya no conseguirías más que la foto de guerra y la confesión del servidor público reconociendo a su invasor.

Te has preguntado más de una vez si la retención la hubieran evitado con decidirse por seguir hasta Chilpancingo sin escala, en lugar de quedarse a comer en la región. Al final fueron un par de horas de luz del sol las que perdieron.

Cuando viste a los militares al llegar a la región Norte, en el retén de Acapetlahuaya, ya de regreso, ni te acordaste más de tu juicio de haber seguido la recomendación del comensal con quien compartieron la mesa en el restaurante: “Quédense, mejor, porque se está poniendo feo”. Los soldados te dieron confianza.

Ni te alarmaste al ver a los hombres armados en un retén a unos metros de distancia de los militares. Eran unos niños. Lo comprobaste cuando se acercaron a la camioneta en que ibas. Tu compañero que manejaba hasta les cooperó para unos refrescos.

Tus otros compañeros, los de la camioneta de adelante quizá no fueron tan amigables, porque a ellos, los niños los orillaron para revisarlos. Ahí comenzó la retención de todos: los bajaron, jalonearon y quitaron dinero, cámaras, celulares. El destino de todos lo trataron con los líderes. También unos sicarios de caras infantiles que se drogaban y bebían cervezas.

Tres cosas te acuerdas que les dejaron claras desde un principio: el equipo no se lo regresarían por más que insistieran, porque siempre repitieron: “Son para el patrón”. Y de matarlos, lo harían a fuego lento: “los vamos a quemar vivos”, dijeron.

Tienes certeza de que no duraron mucho, 15 minutos, si acaso, y de que a todos les parecieron mucho más. “Agarren la camioneta roja y se van. O se quedan y aquí los quemamos vivos”, es la última sentencia que escuchaste. Algunos hicieron reclamos a susurros de la otra camioneta

que decidieron quedarse y de sus cámaras, pero ésta ya era la tercera advertencia, y tampoco comprobarían si era sería la vencida.

FALSOS POLICÍAS [CHILPANCINGO, 8 DE AGOSTO DE 2017]

Nunca te diste cuenta de que los seguía la camioneta Urvan color blanco, como así son las unidades del transporte público, no lo notaste. Tampoco había manera de que lo sospecharas, sólo fuiste, con dos periodistas más, a la zona oriente de la ciudad, por imágenes y datos del camión pipa que cayó en un socavón.

Te sorprende la orden de un hombre que de repente viste al lado del carro, cuando se estacionaban en la calle Baltazar R. Leyva Mancilla, en el centro de Chilpancingo, a las dos de la tarde: “¡Bájense de la unidad con las manos en alto!”. Te pusieron el rifle a la altura de la cabeza. No te resistes y bajas.

Ves a tres hombres de pie, alrededor de ustedes, y a otros cuatro arriba de la camioneta. Estás a unos metros donde tú y más periodistas se reúnen a escribir sus notas. Varios de ellos fueron testigos de esto.

“Oiga, somos prensa, ¿qué está pasando?”, te acuerdas que le dijo uno de tus compañeros a los hombres. Con eso consiguió que los tres bajaran sus armas. Pero sólo uno responde que les reportaron un coche robado con las mismas características al de ustedes. Escuchaste a otro decir que eran policías federales.

Crees que fingieron un operativo: todos vestían de civil y nadie atinó por esculcar tu mochila como en cualquier revisión policial.

Te mantiene asustado que sabrán dónde vives, porque antes de irse sacaron fotos de todas tus identificacio-

nes. Y de ellos sólo tienes la presunción de que podrían ser agentes de la Secretaría de Gobernación, por lo que alcanzó a leer tu compañero al que le mostraron un tarjetón.

Bien podrías elevar para el siguiente año la cifra de 94.1 por ciento de habitantes que viven con miedo de Chilpancingo por la violencia, según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía.

Pero si de cifras se trata, fuiste uno de los 24 periodistas agredidos que la Asociación de Periodistas del Estado de Guerrero (APEG) había documentado de enero hasta la segunda semana de agosto de 2017.

El conflicto es que no sabes de quién realmente deberías cuidarte en esta ciudad, una de las cinco más inseguras del país.

5

LA FOTO QUE SE GUARDÓ

Escuchaste de la frecuencia de radio los números 09, 10 y 49, cruce de la avenida Juárez con calle Morelos. Traduces la clave: un choque con heridos que necesitan una ambulancia en el centro del puerto.

Para llevar tres meses cubriendo la nota roja para el *Diario de Zihuatanejo* no fallas con las claves, pensaste al ver la Suburban negra y el Tsuru gris abollados por el choque.

Te sorprendió que hubiera tanta gente sacando la foto del accidente, pero cuando viste en la camioneta de lujo chocada a la mujer rubia guapa lo comprendiste. Tú tampoco dudaste de hacer una donde apareciera ella.

“Es él”, le dijo el policía municipal al joven de playera deportiva y gorra, señalándote a ti. El muchacho que recuerdas delgado con brazo fuerte sólo te preguntó por tu cámara. “Ahí está guardada en el carro”, le dijiste. Pero te incomodó que para donde quiera que fueras te siguiera.

Tienes la seguridad de que nunca antes viste a este hombre que ordenaba a los policías municipales como si fuera su comandante, pero no te queda duda que se trata del mismo que la PGR boletínó en video con el nombre de Ricardo Benítez Servín, al año siguiente, en 2011. Pero estás recordando los detalles de la noche del viernes de abril o mayo de 2010, del accidente de la mujer rubia y guapa a quien le sacaste una foto.

Que tú le hicieras la foto pudo no parecerle, pero lo que le irritó fue ver a la gente como abejas en la miel sobre los carros: les sacó una pistola que llevaba fajada en el pantalón y les gritó que mataría a quién circulara alguna fotografía del choque.

Dos cosas te quedaron claras en ese momento: salir a prisa y publicar la nota sin fotografías. Para que no te quedara duda, él mismo te lo advirtió: “Mira hijo de tu puta madre, si sale esta foto en el periódico te voy a llenar la panza de plomo”, te dijo golpeando el toldo del carro al ver que te ibas.

Lo que tú supiste un año después es que la PGR capturaba a El Mudo, jefe de Plaza en Zihuatanejo de los Beltrán Leyva.

Sabes que este puerto, como otras ciudades de Guerrero, se convirtió en zona de miedo, porque a ti te ha tocado documentarlo.

Es muy probable que en tus últimas coberturas figure la noticia de los 60 policías de Zihuatanejo detenidos en mayo de 2017 por ser infiltrados, y que sólo a 20 les acreditaron el delito de delincuencia organizada. Quizá con esto te explicaste por qué el policía te acusó por la foto.

Pero has vivido tantas cosas más en estos siete años que ya normalizaste que los delincuentes te marquen por teléfono para avisarte cada vez que matan a alguien. “Oiga,

reportero, dejamos una persona tirada en la carretera vieja de Buenavista, para que le tome la foto. Era policía”, te dijeron del cadáver que tiraron la madrugada del 29 de julio de este año en la carretera federal Acapulco-Zihuatanejo. No es que fueran tu elección estos métodos, pero para cubrir la nota roja en Guerrero es mejor que te conozcan.

JALISCO: ENTRE LA PRECARIEDAD Y EL MIEDO

Darwin Franco Miguez

— **D**éjense de pendejadas, no nos los queremos chingar — fueron las palabras que Carmen Aggi y el equipo de *Letra Fría*, semanario de Autlán de Navarro, al sur de Jalisco, escucharon cuando su trabajo alcanzó intereses del crimen organizado.

El sur del estado es el bastión del Cártel Jalisco Nueva Generación (CJNG), hoy uno de los cárteles más poderosos del mundo. Reportear aquí es delicado porque diversos negocios sirven de fachadas para operaciones financieras del Cártel en municipios como Autlán de Navarro, El Grullo, El Limón, Villa Purificación, La Huerta o Tonaya. Aprender a diferenciar estos negocios e intereses es la clave para no morir haciendo periodismo.

Era el año 2014 cuando Carmen escuchó esas palabras. Primero la paralizó el miedo, después la incertidumbre. Lo platicó con su esposo, quien también labora en *Letra Fría*, ambos acordaron no tentar al destino y acatar la orden. El costo informativo era enorme pero sabían que nada estaba por encima de sus propias vidas, optaron por el silencio forzado. Las amenazas del narco se mezclaron con ataques en redes sociales: se viralizaron cheques falsos a nombre de Carmen Aggi, mensajes difamatorios sobre su vida personal y hasta una falsa noticia que la vinculaba con una banda de secuestradores.

—Lo que más me duele es cuando estas amenazas golpean a mi familia... me hicieron pasar por una secuestradora; esto me reventó y ahí fue que me doblaron porque una tía que me crió en la infancia llamó para decirme que ya dejara este pinche trabajo que tengo.

Carmen Aggi no abandonó el periodismo pero sí dejó de cubrir el narcotráfico.

—Nosotros en *Letra Fría* estamos en tregua con ellos porque ya tuvimos problemas y los tuvimos sin siquiera realizar reportajes a fondo, sino tan sólo por publicaciones de aseguramientos o quema de plantíos... la información que publicamos fue nada para hacernos vivir el infierno que nos hicieron vivir. No tuvimos más opción que callar.

Las amenazas no terminaron con las denuncias ante las autoridades locales y la Fiscalía Especializada en Delitos contra la Libertad de Expresión, sino al aceptar el silencio.

—Ese día decidimos que ni *Letra Fría* ni Carmen Aggi cubrirían el narco porque si lo hacíamos nos matarían. Es muy jodido porque nos están diciendo qué sí cubrir y qué no. Es duro pero sabemos que en esto estamos solos, no hay solidaridad gremial aquí en la región.

Han pasado tres años desde esa decisión. Ante el escenario político-electoral del 2018 se incrementan las presiones de los poderes públicos. El temor no es en vano: las agresiones a periodistas provienen en su mayoría de los funcionarios públicos. Así se presume en el atentado del 15 de mayo de 2017 contra integrantes del semanario *El Costeño* de Autlán de Navarro. Sonia Córdova, directora de Información del semanario, fue herida mientras que el reportero, Jonathan Rodríguez Córdova, fue asesinado con cuatro tiros a quemarropa.

Carmen Aggi, a pesar del ataque y las presiones en su contra, no postergó el lanzamiento de la versión impre-

sa de *Letra Fría*, que empezó a circular el 4 de agosto de 2017. En su primera edición abordaron nuevamente temas vinculados a la seguridad a través de un par de reportajes sobre los homicidios dolosos y las desapariciones en la región, en ambos se cuidó mucho el lenguaje para no hacer alusiones directas al crimen organizado.

ASUMIR EL SILENCIO

Jalisco tiene 125 municipios, la cobertura de los medios estatales se concentra en lo que sucede en cinco de ellos: Guadalajara, Zapopan, Tonalá, Tlaquepaque y Tlajomulco de Zúñiga. Fuera de la zona Metropolitana de Guadalajara los periodistas, como Manuel Jacobo son invisibles: su trabajo no se lee y se ignoran sus amenazas, riesgos y precarias condiciones laborales.

“Al periodista en la región nos cuesta mucho hacernos visibles porque se minimiza nuestro trabajo, se piensa que es de menor calidad. No nos ven y esto incrementa el riesgo que vivimos porque por el afán de hacernos visibles aceptamos condiciones laborales desfavorables y realizamos coberturas que ponen en riesgo nuestra seguridad”, dice el reportero del *Semanario Laguna de Chapala*, indígena coca.

Al interior de Jalisco el CJNG actúa con naturalidad. La cobertura del narcotráfico es nula o escasa, al grado que la auto-censura llega antes que las amenazas. *Decisiones* es un portal creado por periodistas del municipio de Ocotlán, región Ciénega de Jalisco.

“No queríamos vivir una pérdida, así que decidimos que en los temas de seguridad y los vinculados al narco, los abordaríamos pero no a profundidad porque sabemos que si algo nos pasara estaríamos solos.”

Marcelo Ramírez, quien junto con Jessica Padilla fundaron *Decisiones* en 2014, reportó las fosas clandestinas

de La Barca, de donde se exhumaron 74 cuerpos; la emboscada a integrantes de la Gendarmería Federal que arrebató la vida a 11 personas, y los cortejos fúnebres de 28 de los 42 hombres que murieron por las ejecuciones extrajudiciales en Tlanhuato, Michoacán; sin embargo, optó por no investigar a fondo.

LAS AGRESIONES

Un día de julio del año 2015 el reportero Ricardo Balderas iba a bordo de un taxi cuando policías municipales con armas largas detuvieron el automóvil y lo obligaron a bajar.

“Yo iba en un taxi y elementos de la policía municipal con armas largas me bajaron del vehículo y me agredieron porque estaban buscando a alguien igualito a mí. Me insultaron y me quitaron mi libreta de reporte para tomarle fotos a lo que yo ahí tenía”, relata.

Por esto interpuso tres denuncias contra policías, eran dos municipales de Guadalajara y uno estatal. “Jamás se me ha notificado o informado qué ha pasado con mis procesos, no sé si se les castigó o se les separó del cargo.” Artículo 19 ha registrado 29 agresiones contra periodistas entre el 2000 y 2017, incluida la de Ricardo, quien es responsable de *Crónica* y *Proceso Jalisco*, medio que dejó de publicarse el 13 de agosto de 2017 por ya no ser económicamente redituable para su matriz.

Tres años antes y bajo el mismo *modus operandi* fue golpeado el reportero de la extinta *Jornada Jalisco*, Darío Pereira por elementos de la entonces Procuraduría General de Justicia. Los policías dijeron que confundieron a Darío con un delincuente, pero durante la agresión uno de los oficiales le dijo que eso lo estaban haciendo porque “les había echado a perder una investigación de meses”. En esos

momentos, Darío cubría el Ayuntamiento de Guadalajara y realizaba una cobertura de un evento político en la zona. Sobre su agresión se abrió en la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Jalisco la queja de oficio 6113/2012-II. A la fecha, desconoce si sus agresores fueron castigados.

“Con el tiempo desistí de mis denuncias porque quienes han sufrido agresiones físicas por parte de funcionarios públicos no recibieron nunca justicia. Ni yo ni mis colegas hemos recibido ninguna notificación o avances de las investigaciones por las agresiones que sufrimos. Aquí no pasa nada”, relata Ricardo, en relación a sus compañeros Darío Pereira, Jade Ramírez o Jorge Covarrubias

LA VIOLENCIA LABORAL

Una de las violencias que más padecen los reporteros es la laboral. Y a su vez, ésta es un espacio que permite o genera otros tipos de violencia más brutal. Casi todos los reporteros están contratados por honorarios, carecen de seguridad social y tienen prohibido manifestarse públicamente para exigir sus derechos.

“Eso impacta en la calidad de los trabajos que se publican pero también repercute en la postura crítica que pueda tener el periodista porque si no tiene una plena seguridad laboral simplemente no se va a arriesgar a quedarse sin trabajo. Hay mucha auto-censura por la mera necesidad de conservar el trabajo”, dice Ricardo. El cierre de *Proceso Jalisco* le preocupó no sólo por lo económico sino sobre todo por lo periodístico, ya que este semanario evidenció cómo el gobernador Aristóteles Sandoval condicionó la entrega de publicidad oficial a cambio de una buena cobertura informativa. El silencio, en Jalisco, se cotiza mediante la publicidad oficial.

La represión no es exclusiva del priísmo. Enrique Alfaro, alcalde de Guadalajara por Movimiento Ciudadano, llamó basura a medios como *Mural*, *NTR Guadalajara* y *Crónica* porque a su parecer publican *mentiras* y no enfatizan las buenas acciones de su gobierno. Después de estas agresiones a la prensa, el propio Alfaro inauguró la escultura La Pluma, en honor a la memoria de periodistas y escritores caídos. La pluma gigante costó un millón 300 mil pesos. La obra fue rechazada por el gremio periodístico porque consideraron que prefieren respeto a su libertad de expresión antes que monumentos; el alcalde ante las críticas expresó: “pueden hacer lo que gusten, pueden hacer lo que quieran, nosotros vamos a seguir hacia adelante”.

Héctor Guerrero, fotoperiodista independiente, sufrió violencia laboral pues fue corresponsal de AFP durante 15 años y cuando renunció no recibió liquidación o compensación por su trabajo. En sus diferentes espacios de trabajo tampoco le han ofrecido medios para protegerse y él ha tenido que capacitarse por su cuenta. En este recuento de agravios contra la prensa también menciona la negación de acceso a escenas de crimen, la hostilidad de los policías que, incluso, no los protegen si volvieren los victimarios a la escena, cuestión que ocurrió durante los narco bloqueos del 1 de mayo de 2015. Los fotoperiodistas presentes optaron por dejar la zona, no existieron agresiones.

Dalia Souza trabajó entre 2014 y 2015 en Radio Universidad de Guadalajara (Radio UDG) en Lagos de Moreno (al norte de Jalisco) como jefa de Información, conductora, reportera y productora; por todo eso le pagaban 6 mil pesos mensuales menos impuestos y sin prestaciones. Compañeros reporteros de esta misma radiodifusora pero en Ciudad Guzmán, publicaron una carta, el 20 de junio de 2017, en *Prensa No Disparen* pidiendo a la Universidad revisar sus

condiciones laborales. En respuesta les revocaron sus contratos. Una semana antes esta misma Universidad que despidió a periodistas por exigir mejores condiciones laborales, fundó la *Cátedra Javier Valdez*, en honor a ese periodista asesinado.

Con ese antecedente de represión contra sus compañeros de Radio UDG, Cristian Rodríguez Pinto, ganador el Premio Jalisco de Periodismo en 2016, prefirió convertirse en *freelance*. Actualmente trabaja para el periódico *El Puente*, auspiciado por la Diócesis de Ciudad Guzmán, donde gana 500 pesos por un reportaje al que le dedica tres semanas. Pensó que trabajar para medios nacionales le daría mejor fortuna pero el reportaje exclusivo que realizó para *Aristegui Noticias* no le fue pagado, pero le dijeron que la publicación le daría visibilidad a su trabajo. El reportaje se tituló: "El llano sigue en llamas... pero las autoridades lo niegan" y lo realizó por los 100 años del natalicio de Juan Rulfo.

¿QUIÉN CUIDA A QUIEN BRINDA AYUDA?

La amenaza a Jade Ramírez fue clara. Un día de marzo del 2015 en su casa le dejaron un sobre con una fotografía suya dividida en nueve partes, al unir las dejaba ver un hueco a la mitad de su frente.

A pesar de la investigación que se abrió en la Fiscalía Especializada en Delitos contra la Libertad de Expresión no hay responsables ni razones de la amenaza. Ella era integrante del Consejo Consultivo del Mecanismo para la Protección de Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas y se había especializado en la presa El Zapotillo, cuya construcción amenaza con inundar tres poblaciones: Acasijo, Palmarejo y Temacapulín.

Cinco meses después de la amenaza renunció al “mecanismo de protección” porque no la atendieron. A raíz de su propia experiencia Jade se especializó en seguridad y agresiones contra periodistas. Como una acción o medida para abatir estos riesgos, Jade ha buscado realizar diversos talleres de auto-protección para periodistas en Jalisco.

—En la zona metropolitana hay riesgos cuando un presidente municipal nos llama basura o cuando una policía privada retiene a una compañera que reportaba la inundación de un estacionamiento, pero esto no se compara con la cercanía que en las regiones tienen los periodistas con el poder y la criminalidad. Ahí todo mundo sabe dónde vives, ya sea porque los funcionarios públicos fueron a la escuela contigo o porque tienen algún vínculo con alguno de tus familiares. Sin embargo, el mayor riesgo es creer en la palabra del crimen organizado porque se piensa que estos respetarán los pactos de no agresión.

Desde enero de 2016, Jade Ramírez es Oficial de Libertad de Expresión de la Red de Periodistas de a Pie.

LOS MEDIOS CALLARON

Los periodistas jaliscienses están atrapados en un discurso oficial que sostiene que “aquí no pasa nada”. Esa negación no sólo ha invisibilizado las 29 agresiones contra periodistas sucedidas entre 2000 y 2017 sino que, incluso, ha inhibido las denuncias sobre actuales agresiones, amenazas y violaciones a derechos laborales dentro de las redacciones.

Las agresiones que más nos han dolido han sido los asesinatos de José Reyes Brambila (17/09/05); José Emilio Galindo Robles (24/11/09) y Jonathan Rodríguez Córdova (15/05/17). Los tres homicidios, hasta la fecha, siguen impunes. Tampoco hay culpables alrededor de los grana-

dazos contra el periódico *Mural*, sucedidos el 18 de abril de 2013. Las agresiones contra Carmen Aggi, Jade Ramírez, Ricardo Balderas o Darío Pereira son meras anécdotas porque en Jalisco, oficialmente, la violencia contra la prensa no existe.

El silencio y olvido se pactan a través de millonarios convenios de publicidad oficial, pero también a base de un miedo impuesto por el Cártel Jalisco Nueva Generación.

Referencias contextuales

Blas, Perla (2011). "Condiciones laborales de los periodistas en Guadalajara" en *Medios de comunicación y cerecho a la información en Jalisco 2011*, México: ITESO/QUID. Disponible: http://qmedios.iteso.mx/wpcontent/uploads/2013/10/CondicionesLaboralesPeriodistasGdl-PerlaAraceliBlasAlvarado_2011.pdf

Hernández, María Elena (2016). "La frágil circunstancia de los periodistas en Jalisco" en *Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Jalisco 2015*. México: CEPAD. Disponible en: <https://informe.cepad.-org.mx/la-fragil-circunstancia-de-los-periodistas-en-jalisco/>

AL ESTILO MICHOACÁN

Dalia Martínez

1

Le pido al veterano reportero José Maldonado que me cuente sobre la última amenaza que recibió, y que ahora ha llegado a través de su correo electrónico, pero lo primero que responde me hace sentir culpable: “Me expusiste. Mientras te esperaba sentado aquí, en el café, mucha gente me vio y se me acercaron dos policías que conozco pero que no quería saludar”. Pepe tiene cincuenta años y en la última década lo han amenazado de muerte más de cuatro ocasiones, otras tantas lo han golpeado y de los altercados con policías y militares que ha sostenido ya perdió la cuenta. Pepe se ha vuelto un manojito de nervios porque sufre el *síndrome de estrés postraumático*. A cada tanto voltea a su alrededor como si fuera conduciendo y espejeara todo el tiempo. No confía ni en lo que come y le disgusta pasar mucho tiempo en la calle. Si no fuera porque aún sonrío, aunque sea de prisa, seguro Pepe ya se habría ido del café y no estaría contándome que, a diferencia de los otros amigos, ésta es la primera vez que está asustado. “Desde ese día siento un hueco en el estómago, como cuando presientes una tragedia.”

— ¿En las anteriores no sentiste miedo?

— ¡Noooo! —contesta deprisa. — En las otras ocasiones veía a mi oponente, los denunciaba, cara a cara, y los identificaba plenamente a la hora de las pruebas. En muchas ocasiones terminaban pidiéndome disculpas o, en el caso de policías o funcionarios, sus jefes los regañaban. Pero esta vez es distinto. La amenaza me llegó por correo y lo escribió una persona que me conoce, que me identifica, que me tiene plenamente vigilado. Esta vez no le veo la cara. No sé si es un ministerial, un policía estatal. ¡No sé nada!

Pepe Maldonado es de corta estatura, delgado y siempre viste ropa de colores pálidos, sin gracia. Quienes lo conocemos creemos que es traga años porque no bebe, no fuma y no se desvela. Lleva más de veinte años en la reportada y casi diez como responsable de un portal de noticias policiales que el propio Pepe fundó y que se llama *Noventa grados*. A muchos colegas no les cae bien: según ellos, en un salón de fiestas que tiene Pepe, éste ha grabado a periodistas y funcionarios en situaciones inconvenientes y sin su consentimiento. Pepe dice que todas son habladorías. “Los compañeros me atacan porque he conseguido expedientes policiacos del más alto nivel que involucra a muchos reporteros con el crimen organizado”, me dice. “Los militares me han pedido que identifique a esos mañosos para que los metan a la cárcel, pero yo no soy dedo, que cada quien pague lo que debe.”

Pepe habla de los militares porque trabajó con ellos, como vocero de la 21ª Zona Militar, con sede en Morelia. Lo nombró el comandante Manuel García Ruiz, quien luego, en el gobierno de Leonel Godoy, fue el secretario de Seguridad Pública. El propio Pepe se ufana de haber sido el primer y único civil en ocupar una posición dentro de

una sección militar. Pepe hubiera seguido trabajando con García Ruiz, pero regresó al periodismo y el 26 de mayo del 2007 fundó una agencia de noticias por Internet, llamada *Noventa grados*. Desde esa página, Pepe ha publicado bastante información que la prensa local no toca. “Y sigo publicando lo que nadie saca porque el gobierno, el procurador y la maña tienen bien controlada a los medios y a la fuente.”

Para cuando llegó 2011, y trajo consigo la guerra entre los narcos y las autodefensas, *Noventa grados* ya era una referencia que muchos veían con recelo, pues los datos, nombres y apellidos que aparecían en las notas apuntaban fuentes directas de Seguridad Pública y de la Procuraduría. Las gargantas profundas de Pepe nunca lo han abandonado, ni siquiera en 2013, cuando el ex procurador mexiquense Alfredo Castillo fue nombrado comisionado en Michoacán y la información se le restringió a todo medio local. A Pepe lo siguieron alimentando de datos sus fuentes cultivadas por años. Le allegaron lo necesario e incluso un poco más de lo que pidió. Hubo veces en que Pepe tuvo acceso a las tarjetas informativas internas del entonces secretario de Seguridad Pública, Carlos Hugo Castellanos Becerra. A partir de ahí, Pepe se dedicó a ventilar y a documentar con nombres, apellidos, horas y lugares, abusos de autoridad por parte de la gente del comisionado Castillo. Entre ellos los de Rogelio Arredondo Guillén, director de Investigación y Análisis de la Procuraduría, asesinado el 1 de julio de 2017 cuando salía de la fiesta de cumpleaños del procurador José Martín Godoy Castro.

Pepe me dice que con Arredondo tuvo varias pláticas. En ellas le solicitó que dejara de publicar información relacionada a la corrupción al interior de la Procuraduría y de Seguridad Pública. “Muchas veces se ofreció a organizar

una reunión con el procurador para arreglar las diferencias, incluso me ofreció cinco millones de pesos a cambio de que me callara.” Pepe asegura que a Arredondo le molestaba que las notas de *Noventa grados* entorpecieran los negocios que tenían los funcionarios. “Ya deja de desprestigiarnos”, dice Pepe que le pedía Arredondo. “Ponle los ceros que quieras al cheque, pero ya bájale.”

Pepe está convencido de que al interior de la Procuraduría había una lucha entre Arredondo y Adolfo Eloy Peralta, actual director de Inteligencia. “¿Cómo te explicas que la ejecución de Arredondo haya pasado casi desapercibida? Fue un viernes por la noche, le dieron un solo tiro y, al otro día, como si nada hubiera ocurrido, Eloy bautiza al hijo de Godoy.”

A Eloy le dicen el Yanky y ha sido señalado desde que llegó a Michoacán con Castillo de ser quien controla el robo de combustible en Guanajuato y Michoacán.

El viernes 21 de julio de 2017, poco después de las dos de la tarde, Pepe recibió un mail con el asunto directo e inquietante:

Urgente Ultimátum.

El remitente fue un tal “raul solorio” (sic) y, textualmente, dice:

Señor Jose Maldonado Sotelo

Desde hace ya algun tiempo hemos tenido platicas con usted con relacion a la actividad que tiene en su panfleto porque periodista usted no lo es, creiamos que se había disciplinado y entendido como otros de sus compañeros, pero nos damos cuenta de que no es asi al leer sus última notas, refleja que tiene mucho conocimiento de cuestiones internas y no dudamos de que este coludido con gente de la institucion que le pasa informacion pues son cosas muy puntuales

las que usted sabe y señala, para el lic martin godoy y para el maestro rodrigo gonzalez ramirez (director de la unidad antisequestro)¹ ya resulta incomodo el tener que estar leyendo cada nota que usted publica, entendemos que no le tiene miedo a nada y eso nos gusta, por ello solo le recordamos lo que le sucedio a arredondo y otros mas y que usted tiene una familia a la que seguramente le hace falta, por eso es la ultima vez que lo invitamos a que deje en paz todos los asuntos que usted esta investigando con relacion a nosotros trabaje y deje trabajar, es la ultima vez que se lo decimos no habra otra oportunidad de que reflexione, el poder lo tenemos nosotros no lo olvide.

ni una nota mas mi querido jose pues de lo contrario sera la ultima te lo aseguramos y sabes por tus investigaciones que decimos la verdad y que no estamos jugando, son muchos intereses de por medio no te metas.

Pepe juraría que Arredondo lo escribió si no fuera porque el correo llegó 20 días después de la muerte del funcionario. Pepe está convencido de que este texto salió de la Procuraduría michoacana y muy probablemente dictada o hecha por el propio procurador.

Desde ese día, Pepe no anda tranquilo y piensa, cada minuto, cómo sacar a su familia que ya fue obligada, incluso, a dejar su natal Apatzingán. Pepe no quiere irse a ningún lado. Dice que seguirá denunciando desde *Noventa grados*. Dice que él no ha hecho nada malo, salvo periodismo.

2

Cuando Patricia Monreal Vázquez decidió renunciar al periódico *Cambio de Michoacán* fue una noche a principios de

1. N. del E.

abril del 2016, una semana después de que Vicente Godínez Zapién, el dueño, tuvo una reunión con los trabajadores, que casi llega a los golpes.

El viejo Godínez, como lo conocemos en el gremio michoacano, es un empresario maderero, amigo de la familia Cárdenas Solórzano y ex diputado federal priísta que por años ha recurrido a la táctica de retrasar las quincenas de menos de 7 mil pesos que paga a sus reporteros u ofrece adelantos de mil pesos a cuenta gotas. El viejo Godínez tampoco paga seguridad social (IMSS) ni aporta al fondo de vivienda (Infonavit), aunque él sí se los descuenta a los 40 empleados del diario. Son recurrentes las historias de compañeros que han recurrido al Infonavit y descubren que no sólo el patrón ha dejado de pagar las cuotas del trabajador sino que, incluso, están por perder su casa por acumular multas y recargos. En broma y medio en serio, el gremio dice que el viejo Godínez les roba a sus empleados para que cada tanto pague sus viajes a Europa, donde estudiaron sus hijos, y para mantener la vida ostentosa que le gusta disfrutar en la cabaña que compró en Zirahuén. Paradójicamente, *Cambio de Michoacán*, fundado hace más de dos décadas por un grupo de empresarios y de políticos perredistas, es reconocido como “estandarte de la libertad de prensa”, y aliado y defensor de temas y causas sociales que en otros medios no tienen espacio.

El descarado del viejo Godínez orilló a Patricia a renunciar. En la era de las redes sociales, Patricia la hizo pública en su muro de Facebook y a primera hora del 7 de abril. El texto es una especie de carta personal, catártica, donde explica con cierto aire de nostalgia los motivos de su renuncia. Recuerda sus inicios en el oficio, hace ya más de 20 años, y habla del dolor y a la vez la rabia que le causa dejar lo que para ella ha sido más que un periódico. Patricia se

resignó por años a la inconsistencia en los pagos de su salario y también aguantó la falta de respeto a su labor como profesional y como persona por parte del viejo Godínez.

La última vez que nos vimos, a principios de agosto de 2017, Patricia me dijo que *Cambio de Michoacán*, donde ella se había curtido como periodista, perdió el rumbo. “El viejo Godínez es testarudo y se niega a ponerle remedio a la enfermedad que padece el diario”, me dijo Patricia que, como otros trabajadores, ha demandado a la empresa ante la Junta Local de Conciliación y Arbitraje, que extrañamente nunca ha actuado.

El diario *Provincia*, fundado a semejanza del periódico *Reforma*, hoy se encuentra en números rojos y ha comenzado una desbandada en todas las áreas. *Provincia*, en resumen, es la sombra de un medio líder que tenía los mejores sueldos, a los reporteros más calificados y las investigaciones de largo aliento.

A la pauperización de los salarios en la prensa michoacana habría que añadirle que, en la última década, los cientos de egresados de Ciencias de Comunicación prácticamente pagan por trabajar. Patricia cree que en los colegios de periodismo se está dejado de lado la formación esencial del periodista para dar paso a la enseñanza del manejo de redes sociales, programas de diseño y otras habilidades que, si bien son indispensables en estos tiempos, carecen de la base formativa básica de qué es la ética profesional, por no hablar de la enseñanza mínima de los géneros periodísticos. “Ya no tenemos reporteros de investigación, ahora sólo memereportero.”

En Michoacán el salario de un reportero oscila entre los seis y los ocho mil pesos mensuales y, en el caso de radio y medios digitales, pagan entre tres y menos de cinco

mil pesos. La mayoría de los colegas carecen de prestaciones laborales y trabajan para más de un medio, de lo contrario no les alcanzaría la plata. Sacan dinero de aquí y de allá. Algunos colegas han firmado documentos en blanco para recibir su salario. Así de triste está la cosa.

3

Frida Urtiz ya andaba muy inquieta desde antes de que le avisaran que a su marido, el reportero Salvador Adame, se lo habían llevado unos hombres. La noche anterior, el 17 de mayo de 2017, Frida no había podido dormir por culpa del calor y porque aún seguía resonándole la extraña plática que ella y Adame habían sostenido horas antes y donde él, despojándose de lo parco que era para hablar de los sentimientos, la había sorprendido diciéndole que la amó desde el primer momento en que se encontraron, que nunca le había sido infiel, que envejecerían juntos, que todo lo que habían logrado en 15 años de matrimonio era de ella y que, pese a las finanzas cojas, pronto la sacaría de ese polvoriento lugar que es el municipio de Múgica, mejor conocido como Nueva Italia. Frida quiso creerle, pero tuvo un mal presentimiento: algo le dijo que aumentarían las presiones en contra de Adame, quien había decidido denunciar, una y otra vez, las arbitrariedades y opacidades del alcalde Salvador Ruiz Ruiz.

Adame le pidió a Frida que se casaran una tarde de mayo y para diciembre ya estaban viviendo juntos. Él tenía 20 años y Frida apenas había rebasado los 18. La pareja abrazó el proyecto que traía entre manos Javier Urtiz, el padre de Frida: fundar un canal de televisión regional que emitiera noticias y difundiera la cultura de Tierra Caliente, donde el amor por las tradiciones es tan arraigado como el narcotráfico. Adame y su suegro, literalmente, constru-

yeron ladrillo a ladrillo el estudio que incluía una cabina, una oficina y un modesto recibidor. Años después, cuando don Javier murió, la joven pareja decidió emprender un noticiero en forma y dejar de recibir convenios del Ayuntamiento. “Condicionaban la publicidad a cambio de que dejáramos de chingar al presidente municipal”, me cuenta Frida en un encuentro rápido que tenemos. Frida y sus tres hijos han huido de Nueva Italia y ahora viven a salto de mata, cambiando de residencia, de teléfono, de amigos. Frida me ha dicho que los abrazos, que las condolencias y que los homenajes no traerán de vuelta a Adame, pero entre la gente que quiso a Adame han encontrado un cobijo que no conocían.

Frida y Adame aprendieron el oficio del periodismo a base de experiencia callejera y de ver cómo se hacían los noticieros en Morelia y en Ciudad de México: observaron las gesticulaciones de los presentadores de noticias y aprendieron el discurso periodístico. Algo que también aprendieron desde 2008, el año en que el crimen en Michoacán alcanzó sus mayores niveles, fue no mencionar los nombres ni apellidos ni hechos violetos que pudieran poner en riesgo al resto del personal. Al que siguieron reportando con precisión fue al alcalde en turno y a su gabinete.

Todo se fue complicando cuando el actual alcalde, Salvador Ruiz Ruiz, mandó a decirle a Adame que le bajara, que podría arrepentirse. A la par, Nueva Italia sufría una nueva guerra y los descuartizados y los torturados aparecían en la región como si fuera la única forma de comunicación que existe entre criminales, y Adame estaba reportando esa batalla. En sus redes sociales publicó los nombres y apellidos de quienes Adame aseguró son miembros de Los Caballeros Templarios y quienes disputan ferozmente la Plaza al Cártel Jalisco Nueva Generación.

En una región tan pequeña como Nueva Italia, las casas suelen tener las puertas abiertas y un clima artificial adentro que ayuda a sus habitantes a soportar las temperaturas de más de 42 grados que trae el verano. El día que se llevaron a Adame de su negocio, el 18 de mayo, hacía tanto calor que los secuestradores entraron fácilmente sin que ninguna cámara de vigilancia los registrara, ni tampoco ninguna alarma se disparará. Llegaron en una camioneta negra con vidrios polarizados y sin placas. Los hombres descendieron armados y se metieron al local. Ahí preguntaron por él, en tono amenazante. Un trabajador, con la cara descajada, corrió para avisarle, pero Adame guardó la calma. Salió a preguntarles qué deseaban. A pesar de los insultos, Adame no se ofuscó. Y luego, cuando le advirtieron que se lo llevarían, les dijo a sus empleados: “Ahorita nos vemos, todo está bien”.

Cuando la noticia del secuestro de Adame se dio a conocer todo mundo lo tomó con reservas: en parte porque la Procuraduría del estado recomendó a la familia esperar 48 horas antes de empezar a buscarlo, y en parte por miedo y esperanza, porque Frida y su familia no querían estropear la mínima posibilidad de verlo entrar caminando de un momento a otro.

Fue hasta después de 37 días cuando el procurador José Martín Godoy Castro dio una conferencia y dijo que un narcotraficante, jefe de Plaza de Múgica, llamado Ignacio Rentería Andrade y apodado El Cenizo, había confesado que Adame fue secuestrado por Feliciano Ledezma Ramírez, aka El Chano Peña, integrante de una banda rival. El Chano Peña, según dice el procurador que confesó El Cenizo, fue quien mandó a matarlo y después a calcinarlo por rencillas personales, por un dinero que le debía o

por un negocio de productos agroquímicos. El procurador también deslizó la hipótesis de que Adame estuviera involucrado en la pornografía y/o prostitución; las pruebas del funcionario: chats, fotografías y videos de mujeres que mantenían relación y comunicación con el reportero. Esta versión es tajantemente rechazada por la familia y por el gremio michoacano. En Nueva Italia, el rumor apunta al alcalde Salvador Ruiz como responsable intelectual del asesinato de Adame. Pero el mismo rumor dice que, por ser protegido del gobernador Silvano Aureoles Conejo, el crimen de Adame pasará a las sombras.

Periodismo al estilo Michoacán.

LOS DÍAS AMARGOS

Martín Durán

UNO. WHISKY

Frente a un whisky y un vaso de agua, como siempre le gustaba, la última vez que conversé con él hablamos de la prosa de Truman Capote y de Gay Talese, de los pocos libros que yo leía a últimas fechas; de la derrota del periodismo ante las balas, ante sus amenazas y acechanzas.

Había llegado el momento para mí de abandonar el proyecto en el que llevaba cuatro años metido, un minúsculo portal de noticias en el que logramos publicar, Cynthia Valdez, Elier Lizárraga, Rafael Báez y yo, historias de narco y corrupción, de resistencia de víctimas y de simulaciones políticas. Justo un año atrás, en marzo de 2016, de Internet brincamos a una modesta edición impresa que sacábamos por lo regular cada quincena.

Pero ahora eran los días amargos en que la guerra pasaba por encima de nosotros como un huracán que arrasa todo, los sueños, la vida, la tranquilidad de las personas en una ciudad mortificada por el crimen y el caos de la violencia.

—Vete, bato, aquí ya no hay nada que hacer,— me dijo. —Si ocupas algo no dudes en hablarme.

—Eso quisiera, Javier, pero sí, me voy casi un mes y luego le pienso qué haré más adelante.

—No esperes más, vete... Aquí no hay muchas opciones ya...

La noche era fresca, el escuálido invierno culichi ya iba en retirada esa noche del miércoles 15 de marzo de 2017. Javier Valdez me había citado en el café Cariño Mío, frente a la plazuela Rosales, luego de observar a un grupo de jóvenes en los cruceros de la ciudad, repartiendo gratuitamente la última edición de *La Pared Noticias*. Le llamó la atención que no eran los acostumbrados voceadores que nos ayudaban y estaba preocupado por lo que nos podía suceder. Yo le pedí vernos en la cantina El Guayabo.

—No, bato, no tengo ganas de platicar en El Guayabo, que sea un lugar más tranquilo.

Javier llegó al encuentro con su eterno sombrero y una seriedad de circunstancias. Hablamos de muchas cosas, pero en casi todas aparecía el laberinto sin salida de la furia de los cárteles, esa maquinaria de matar como le llamábamos, y ante la que ya nos sentíamos vulnerables.

Una entrevista realizada al jefe local del narcotráfico, Dámaso López Núñez, exsubalterno de Joaquín Guzmán Loera, publicada primero en el semanario *Ríodoce* y más tarde en *La Pared Noticias*, el 19 y 21 de febrero, respectivamente, parecía sellar nuestra salida del mundo impreso de los periódicos después de un año. Javier y su equipo resistían con estoicismo. *Ríodoce* sumaba 14 años que lo convertían en una columna sólida.

En cambio nuestro periódico era una pequeña pared díscola de pura sobrevivencia, parecida más bien a una trinchera. El poco dinero, las presiones y las paranoias, pero sobre todo las certezas de saber que como periodistas estábamos a merced del hampa, nos obligaron a la derrota. Eso le dije a Javier: “nos dinamitaron la trinchera”. También que estábamos jodidos. Que renunciábamos. Que no quería saber nada del periodismo. Que quería vivir, sobrevivir.

A los hijos del capo procesado en Nueva York no les había gustado nada que López Núñez tratara de desmentir la versión que ellos difundieron primero: que toda la pugna entre sus células se debía a una supuesta traición del “Licenciado” por hacerse con el control de cártel, y para ello enviaron una carta “de puño y letra” al programa de televisión de Ciro Gómez Leyva, el 7 de febrero anterior. Por eso mandaron a sus punteros a comprar toda la edición de ambos periódicos. Para evitar cualquier otra versión que contrariara la de ellos.

La última edición de *La Pared Noticias* salió el lunes 13 de marzo. Era la respuesta virulenta a la entrevista de López Núñez publicada semanas atrás. Con un texto enviado a través de un intermediario que se ofreció a pagar la edición (nosotros nos excusamos diciendo que el periódico quincenal ya no saldría por falta de recursos), tuvimos que aceptar su réplica, como ellos le llamaron, pero lo más demoledor y trágico es que también aceptamos su dinero para imprimir.

—Ya sacaron un número a favor del “Licenciado...” ahora saquen uno a favor nuestro y ya no volveremos a molestarlos, —mandaron decir. No hacía falta negarse a la petición.

El texto enviado podía modificarlo a mi antojo sin cambiar el contenido, sólo la redacción; el titular ya iba incluido: “Dámaso: Alianza y traición”. La noche en que redacté para el cártel este documento, fue una de las más abrumadoras de mi vida. Frente al monitor, en la soledad de mi habitación, me preguntaba si no era uno de esos personajes de alguna novela negra que terminaban mal. Pensaba en Alfredo Jiménez Mota, el reportero policiaco desaparecido el 2 de abril de 2005 en Hermosillo, y revivía su historia en mis recuerdos, lo que una vez me dijo su padre antes de

abordar el autobús de regreso a Culiacán, una tarde de otro abril en que Jiménez Mota cumplía 8 años lejos de nosotros: “Muchacho, hazme un favor, dime que no te pasará lo mismo que a Alfredo, cuídate, no vale la pena hablar de más...”

Mi consigna nunca declarada desde entonces era ésa: sobrevivir al cártel. Javier quizá lo entendió así cuando le conté todo esto: “Vete, bato, aquí ya no hay nada que hacer”, me insistió sentado frente a mí, separados por la mesa, el whisky y el mundo. Todavía me sigo preguntando por qué nunca me dijo que había sido amenazado.

DOS. ENTRENAMIENTO

Desde entonces supiste que al primer muerto no olvidarías, aunque no recuerdes su nombre ni si era padre de familia, o empleado de una fábrica, o hijo ejemplar que acudía siempre a los llamados de su madre, o en su defecto, un monstruo para todos. Recordarás de ese día el temblor de las rodillas al caminar entre policías, peritos, empleados de funerarias y otros reporteros; el cigarro que tiembla entre los labios, las ganas de no estar en este paraje remoto de la ciudad. Todo eso que te indica que a lo mejor este oficio cambiará tu vida. Pero no sabrás que tú, que escribías cuentos y poemas de amor en la preparatoria, más tarde excavarás en las fosas del crimen para exponer al público historias del drama colectivo.

El recuerdo de aquella mañana se reduce a un cuerpo envuelto en una cobija, arrojado a la orilla de un camino de terracería. Está cercado por cintas amarillas, una mañana de julio después de la lluvia. Es 2008. Cumpliste 22 años en febrero pasado. Es tu primer día de reportero. Nadie te dijo que entraras a la nota roja, pero la necesidad de aprender el oficio y cinco abrumadores meses en el área

de Corrección ortográfica del diario *El Debate*, te muestran el camino hacia la aventura. En las calles se hace patente el rompimiento entre el clan de Arturo Beltrán Leyva y el ala del cártel dirigida por Joaquín Guzmán e Ismael Zambada García, El Mayo.

Alentados por la corrupción del Estado, todos los grupos, incluyendo a las corporaciones y al Ejército, siembran de cadáveres Culiacán y sus alrededores. Ves crecer ante tus ojos la ciudad-cenotafio, la ciudad pesadilla, la ciudad de los mil muertos, de los funerales interminables por el bulevar Emiliano Zapata rumbo a los panteones del oriente y el sur.

Gerardo Ramírez, el colega al que le tocó ser tu primer guía en el infierno, te va contando cómo es que hay que reportear: te olvidas de los nervios que no sirven para nada, saludas a los policías, a los empleados de las funerarias, a los demás colegas que ya abarrotan la pequeña brecha a espaldas del fraccionamiento Valle Alto, y anotas todo lo que ves: la descripción del cuerpo, el tipo de manta en el que está envuelto, la orientación, el punto aproximado del hallazgo, reportes de horas, testimonios, miradas de curiosos.

Entre las fuentes, te dice, las mejores son los policías de la calle y los funerarios. Poseen más información, están en contacto con las agencias del Ministerio Público, familias de víctimas y criminales; te ayudan a caminar en la delgada frontera en la que todo maniqueísmo se borra: ojos y oídos más allá de las máscaras. Ojos y oídos que en algún momento te advertirán: de esta línea no pases... Y no pasas. Y quizá eso te salva, te mantiene vivo.

En cambio, las fuentes oficiales adulteran la información, siempre interesadas en edulcorar la realidad, en fingir que no pasa nada mientras todo pasa. Pero hagas lo

que hagas, te recuerda Ramírez, nunca dejes de cumplir con tu cuota de cuatro notas diarias. Así que aunque sea sólo por chamba, hay que ir a las fuentes oficiales.

A diferencia del primer muerto, la primera nota sí la olvidas, se desvanece en la memoria. Una prosa infecta que murmura apenas lo que sucedió, sin bucear en la zona pelágica en donde se dan los encuentros con los destinos humanos. Pocas historias se cubren, sólo aquellas en donde la rabia de las víctimas hablan y gritan, y uno puede asir ese trozo de testimonio de donde partir para relatar apenas un fragmento de la tragedia colectiva.

Así vas aprendiendo el oficio, a “chingazos”, como una vez dijo Javier Valdez. Y es que todo se viene de una, y ya no hay tiempo más que para contar cadáveres, contar casquillos, contar armas y vehículos asegurados. De 2008 a 2010, la mayoría de los medios de comunicación en Sinaloa renunciaron a dar nombres a las células que barrían con su furia las ciudades. ¿Nombres de personajes? Mucho menos, salvo que alguna autoridad lo mencionara.

Así que el oficio se convirtió en un juego de malabares, de bailar en la cuerda floja, de ignorar para sobrevivir y dormir tranquilo. Noviembre de 2008. El mes se encamina a su fin con un saldo de 28 jornaleros privados de la libertad por un comando del cártel que buscaba Zetas en el empaque La Guajira, propiedad de un testaferro de los Carrillo Fuentes; ataque al subsecretario de Seguridad del estado, multihomicidios en Culiacán y Navolato.

Aun así duermes más o menos confortable hasta que un colega telefona a media noche y te avisa que fueron arrojadas dos granadas en el pórtico del periódico que horas atrás abandonaste para marchar a casa. Diciembre de 2008. El recepcionista del diario te avisa que hay tres mujeres que desean poner una denuncia contra el Ejército. Acu-

san a los militares de desaparecer al hijo de la señora de más edad y hermana de las otras dos mujeres presentes.

— ¿Cómo se llama su hijo?

— José Cruz Carrillo Fuentes...

Ella es doña Aurora Fuentes López, madre de Amado, Vicente y Rodolfo Carrillo Fuentes. A pocos minutos de ahí, un general saca a todo el 94 Batallón de Infantería en decenas de vehículos de transporte y artillados, acompañados por seis helicópteros, para sitiar la cabecera municipal de Navolato, en respuesta a un granadazo en la base militar local. No alcanzas a dimensionar entre cientos y cientos de soldados invadiendo las calles, las plazas y los comercios, que esto no es la escena de una película. Tampoco lo es que el general suba a zancadas los escalones de Palacio Municipal, saque al alcalde de su despacho y lo reprenda frente a todos sus oficiales: “El narco está aquí por su culpa, porque usted los solapa a todos”.

Enero de 2009. De madrugada el Ejército balea a varios hombres que —información oficial— pretendían evadir un retén militar sobre la carretera a Sanalona, al oriente de la ciudad, cerca del ejido El Carrizalejo. En la mañana, un funerario (que ya es tu fuente) te avisa que uno de los heridos murió en el Hospital del ISSSTE. El fotógrafo y tú acuden a tomar la nota. La identidad de la víctima es un misterio, nadie quiere hablar de nada. Ni el gobierno, menos el procurador.

De pronto, el jefe de sección llega a la redacción alarmado y te pide que salgas al pasillo.

— ¿Sabes quién es el muerto del ISSSTE?

— No...

— Es Lamberto Verdugo, y andan preguntando quién tomó fotos afuera del hospital.

La vida sigue entre vestigios de humanidad. El oficio es duro y endurece el pellejo, como este sol de Sinaloa

que golpea y transforma el barro en cuero correoso. Entran nuevos colegas jóvenes a los que hay que enseñar tal y como te enseñaron a ti. Conoces a más personas, formas el instinto de saber que algunos temas es mejor no tocarlos. Aprendes a sentir por encima de tu cabeza los vientos del huracán, sin sumergirte en él; entre capas de insensibilidad sepultas ciertos dolores, ciertas tristezas que sin más vas arrojando en crónicas que nunca reflejan la realidad. Uno es como un cirujano, le dices a los recién llegados al oficio: al principio te dobla y te da náuseas ver la sangre, ya después no te hace mella una operación a corazón abierto.

Entre algunos que practican la ironía sincera, se autodenominan “los mercaderes del dolor ajeno”. Eso son ustedes; así se asumen, traficar y vender dolor en los periódicos, aunque al día siguiente ya nadie recuerde a la madre desconsolada, a la viuda ausente. Venga el *show*: después de cubrir un descuartizado, vamos juntos a desayunar tranquilamente unos tacos de panza y buche. Era una forma de sobrevivir, creían, de enfrentar el peligro, de volver rutina lo que de ningún modo era cotidiano, “¡Ah, el horror, el horror!”.

TRES. FRONTERA Y DERROTA

A principios de 2012, Cynthia Valdez, Elier Lizárraga y yo coincidimos en que los medios en los que escribíamos no nos permitían libertad al publicar. Los tres nos habíamos conocido en las andanzas del reporteo en Culiacán, pero fue hasta el diario digital *Fuentes Fidedignas* donde trabajamos juntos.

En diciembre de 2012, las dificultades económicas dieron un tiro de gracia a la fuente de trabajo que implicaba este portal bajo la dirección del periodista Luis Enrique Ramírez, así que nos reunimos los tres una tarde y concluimos

que era mejor echar a andar nuestro proyecto. Para elegir el nombre del medio intercambiamos opiniones una semana, hasta que se nos ocurrió, de un modo idealista, que hacía falta un muro a la manera clandestina en que rayar y escribir verdades, algo por construir y en el que cualquiera que lo pidiera se expresara... Que las paredes hablen, dijimos. Y así surgió el portal: www.laparednoticias.com, en donde nos propusimos escribir lo que otros no se atrevían.

¿Lo malo? Ningún medio, hasta muchos que se precian, de ser independientes, la libra si no recibe publicidad oficial, así que elaboramos una carpeta con nuestras propuestas económicas de publicidad y nos fuimos a peregrinar de institución en institución en busca de contratos. Cynthia, siendo corresponsal del diario *Milenio* tenía un ingreso fijo, yo como colaborador de la agencia AP y otros medios me sostenía austeramente, porque además tenía un ahorro para un viaje a Cuba que tuve que usar como balsa de remos en medio del naufragio; en cambio, Elier pasó malos días en tanto nos caían los primeros contratos.

El 7 de enero de 2013, con todos los nervios encima, hicimos público el proyecto periodístico y así comenzamos a caminar en esta nueva brecha. Los temas que tocábamos eran variados, desde la nota diaria hasta la crónica más elaborada, y los reportajes cuyo basamento eran solicitudes de acceso a la información y documentos judiciales en los que abrevábamos para reinventar la realidad; cosa que todavía puede leerse en la sección de “Crónicas y Reportajes” que se mantiene en línea.

Con todos los tropiezos, los embates y las desazones pugnamos por salir adelante, presas a veces del periodismo romántico e idealizado, pero más de una vez la absurda realidad nos volvía a nuestro sitio. En un lapso de tres años consecutivos, ya con Elier fuera del proyecto, Cynthia y

otros pocos colaboradores nos mantuvimos en la pelea, con altibajos ciertos, pero sin arredrarnos. Para solventarnos en la época en que la publicidad oficial nos era retirada, nos valíamos de escribir para otros medios dentro y fuera de Sinaloa.

En noviembre de 2015, conversamos que era posible sacar un impreso de *La Pared*, de modo que nos pusimos a trabajar, pero de nueva cuenta la falta de dinero nos impedía cocinar bien el nuevo proyecto. Finalmente, en los últimos de febrero de 2016 conseguimos un patrocinador, el propietario de centros de rehabilitación, que nos impulsó con publicidad y apoyo para imprimir y comercializar. No era mucho pero era el principio. Había una campaña electoral en ciernes y teníamos más ganas que dinero. También debo decir que en ese tiempo creía haber encontrado el amor, un pedacito de cielo, y un desenfadado optimismo me invadía por todos lados.

Como línea editorial y comercial decidimos que la portada de cada 15 días sería el tema del narcotráfico, la inseguridad y, salvo el material a publicar, la narcopolítica. Muchas veces lo hemos platicado Cynthia y yo, pero los tres años atrás con el solo portal pocas veces nos buscaron personas del crimen organizado para dejar de publicar una nota, abandonar una cobertura o, por el contrario, manipular o aprovechar acontecimientos para denunciar a la Marina, Ejército o corporación alguna, en “pro de los derechos humanos”.

Pero para mediados de 2016 ya existía una guerra incipiente y fuimos los primeros en publicarlo en aquella portada que se anunciaba en los cruceros y quioscos: “Guerra en el cártel”. Quizá a partir de aquí, con los vínculos entre los grupos criminales rotos, la gente empezó a parar oreja. Los narcos nos leían.

En la segunda mitad del año, fue cuando empezaron a buscarnos. Aún no había una lucha declarada, pero ya se escuchaban los tambores de guerra, y las ansiedades y los temores empezaron a hacer mella no sólo en nosotros, lo sabemos, sino en el resto de los colegas que cubren la violencia. Pero la situación se tornó peor cuando el gobernador en turno, Quirino Ordaz Coppel, tomó el poder en enero de 2017. Desapariciones, levantones y asesinatos eran cosa de todos los días y cada vez el fuego andaba más cerca.

La inseguridad nos regresó, por decirlo así, a la seguridad de la autocensura, y aunque optamos por no escribir más de lo que sabíamos, poco a poco el cártel también comenzó a librar una guerra mediática iniciada tiempo atrás, pero focalizada a partir del sitio de la sindicatura de Villa Juárez, Navolato, el 6 de febrero. Algo se rompió y la psicosis colectiva inundó las ciudades.

Luego vino la guerra declarada en forma de carta, ventilada por Ciro Gómez Leyva. Ése quizá, fue el punto de inflexión para nosotros, porque a la semana siguiente alguien convenció a Dámaso López, o él mismo se autoconvenció, de salir a medios a negar que era el mismo diablo. No fue difícil dar con nosotros, ya para entonces estábamos acostumbrados a recibir llamadas de supuestos abogados o de los mismos aludidos para eliminar una nota del portal, del *fan page* de *La Pared*, o retirar fotos y videos, algunos con voces amenazantes, otros con cierta cortesía que asustaba más que el ladrido de un perro.

La edición debía haber salido el sábado 18 de febrero, pero teníamos temor de lo que implicaba salir a contrariar la versión que ya hasta el mismo gobierno había oficializado. Esa mañana de domingo, al entrar en un Oxxo, observé el titular de *Ríodoce*, y casi me voy de bruces al ver que en vivo y a todo color Dámaso se deslindaba. Ya sabía que Javier

traía la misma información, pero hasta este momento supe que, a diferencia mía, sí se fue con todo.

Lo demás fue cosa de tiempo. En el transcurso del día vimos en redes sociales que en Culiacán se dio una compra masiva del semanario, pero las conclusiones de algunos contactos de Facebook eran que el “decomiso” fue por el reportaje sobre las empresas de lavado del político priísta Óscar Lara Aréchiga y no por la entrevista con *El Licenciado*. Así que nos pusimos a terminar la edición, pero no estaría lista hasta el martes próximo.

La portada fue similar a la de *Ríodoce*, pero no tuvimos ningún problema porque éste ya estaba fuera de circulación. Salí de la imprenta de Noroeste, sin frío y con antojo de café, cuando una camioneta roja me cerró el paso. En la parte de atrás de mi vehículo traía cuatro fardos de periódicos listos para entregarlos. Cuando una voz me gritó que me orillara, a unos metros del Ayuntamiento, sentí que mi hora había llegado.

Tantos años esperando el final y ahora lo sentía aquí, tan sin chiste, sin dramatismos. Pero en realidad no iban por mí, sino por los periódicos, así que en una operación que duró unas cuatro horas, toda la edición fue requisada. Cansado al final de la jornada, asfixiado por el calor del asfalto, paranoico todavía, invité al caer la noche a un amigo a tomar unas cervezas en *El Guayabo*. Ahí me encontré a Javier Valdez acompañado de Griselda, su esposa. Al saludarlo me preguntó si nos habían comprado toda la edición. Respondí afirmativo.

—Vamos afuera a platica, — me soltó delante de la compañía que tenía en la mesa.

Afuera le comenté lo que sucedió. Me había quedado con algunos ejemplares que logré esconder y salvar de la requisita, así que le obsequié uno a Javier, y quedamos en platicar luego y estar al pendiente. “Ya se calentó todo, hay

que tener precaución, bato, cualquier cosa que necesites estamos a la orden.”

Y así fue. Más tarde vino la conversación en el Cariño Mío, más tarde vinieron ciegas borracheras en las que apenas así me sentía valiente para enfrentar la oscura realidad. Podía sentir en carne viva el aturdimiento, el pánico de llegar a casa por la noche e imaginar que ya me estaban esperando; el instinto de sobrevivencia que me llevó a planear la ruta de escape por los techos de casas vecinas hasta alcanzar el monte del Río Humaya y perderme para siempre en esa selva invadida por la ciudad, si un día un tipo llegaba tocando a mi puerta. Llegué a la conclusión que ya no era feliz en Culiacán y tenía que marcharme.

Planeé la partida, compré mi boleto y una mañana fresca de abril me despedí de Melissa, que todavía dormía plácida en el cuarto. No iba al fin del mundo, pero después de arreglar mis asuntos, me dirigía a buscar la tranquilidad deseada, salir al menos del sórdido mundo de la paranoia. Cuando el avión despegó aquella mañana y tocó las primeras nubes, comencé a sentir que dejaba atrás un infierno de pesadumbre. “Estoy saliendo de la novela negra”, quizá dije, quizá sólo lo pensé.

Un mes y medio después, el 15 de mayo, a las 12:10 horas, camino hacia la escena del crimen, descubrí que apenas era el comienzo de una sórdida trama que, ahora lo sé, aún no termina.

PERIODISMO Y HORROR EN EL NORESTE

Melva Frutos

I: TAMAULIPAS

Un día de marzo de 2013, mi compañero y yo tomamos carretera hacia Ciudad Victoria para indagar sobre las agresiones, los secuestros y las desapariciones que azotan a los colegas periodistas, y al final salimos huyendo como gatos en desgracia. Pero eso ocurrió hasta el domingo por la mañana. El sábado en la noche estábamos sentados en un restaurante familiar, esperando a varios reporteros con quienes habíamos acordado una reunión. Ahí nos contarían sus historias sobre la mordaza en la que viven desde que los Zetas y el Cártel del Golfo comenzaron a levantarlos, de a uno en uno, o en manada. A la cita, sin embargo, sólo acudió un veterano reportero, cuyo nombre no revelaré. “Los otros compañeros tuvieron miedo y prefirieron no arriesgarse”, nos avisó, entre susurros, apenas se presentó. Al principio, me pareció paranoica su manera de hablar: lo hacía en voz baja, como si alguien nos estuviera escuchando, y no pronunciaba ciertas palabras: se refería a los Zetas como “la gente” o con el pronombre *ellos*. Nos contó que, en esos días, la plaza estaba ardiendo, que había *halcones* (vigilantes) hasta por debajo de las piedras, y que él estaba corriendo riesgo por haber llegado a la reunión que el resto había cancelado por miedo. Miedo debió haber sentido nuestro colega hace meses, cuando lo levantaron, le venda-

ron los ojos y le tundieron una paliza por haber publicado algo que cabreó al jefe de Plaza. “Ya no me acuerdo cuántos tablazos me dio “la gente”, pero sé que me desmayé”. Las cicatrices que tiene en las nalgas le recuerdan que en Tamaulipas el periodismo debe guardar silencio.

La tableteada no es una palabra que reconozca la Real Academia Española, pero en Tamaulipas significa una madriza con tablas que miden un metro de largo y que se elaboran al gusto del Jefe: algunas tienen empuñaduras, otras sólo mangos rústicos y hay unas que en la punta les colocan clavos. Todas las tablas, eso sí, se perforan para evitar que el golpe pierda fuerza por el aire; así, cada leñazo a las nalgas, espalda, pecho y testículos es certero y lo más doloroso posible. La tableteada no conoce sexo, edad o fuente. Una joven reportera que cubre deportes, espectáculos o sociales corre las mismas probabilidades de que sea tableteada. “Si en la redacción te mandaron a cubrir la fiesta de quince años de la hija de un capo y, para tu mala suerte, ese día fue la boda del líder del cártel contrario y no la cubrtiste, entonces agárrate porque van levantarte y, a tablazos, te advertirán que para la otra no la cuentas”, nos dijo el colega. El castigo son veinte tablazos. Cantidad similar se recibe si, por alguna equivocación, el reportero publica el partido de fútbol donde juega algún familiar de equis narco y no equilibra la información llevando también en la sección el partido de béisbol que involucra al capo rival o a sus parientes.

En los apuntes de aquel día, anoté que varias veces han levantado a los reporteros en bola. Los llevan en *buses* a cierto lugar, los forman en círculo y en el centro, dando las instrucciones de qué se puede publicar y qué no, está uno de ellos. “Con tal de que no los madrean, mucho reportero ha dejado el trabajo”, nos dijo. Algunos han abierto nego-

cios con los que apenas viven al día. Otros se marcharon de Ciudad Victoria en cuanto fueron advertidos que sólo publicarían lo que les ordenaría un *enlace*, que no es otra cosa que un pistolero con ínfulas de jefe de Redacción.

Hubo algún tiempo en que a los fotógrafos se les impuso un jefe que, a cierta hora de la tarde, los citaba afuera de un Oxxo, les recogía las memorias de sus cámaras y, más tarde y en el mismo Oxxo, se las regresaba con la selección de fotos que el cártel ordenaba, además de incluirles un boletín escrito sabe por quién, donde avisaban a la opinión pública que los Zetas protegerían a la ciudad.

La organización Artículo 19 y la CNDH detectaron que Tamaulipas fue el estado en donde, cuando se desató la violencia en 2000, se registraron los primeros asesinatos de periodistas. En ese año, fue asesinado el reportero Pablo Pineda; trabajaba en *La Opinión de Matamoros* y cubría asuntos relacionados con el narcotráfico. Ninguna autoridad ha esclarecido su muerte ni ha informado por qué su cuerpo fue encontrado en Harlingen, Texas. Otro ejecutado fue Luis Roberto Cruz; laboraba en la revista *Multicosas*, en Reynosa. El principal sospechoso de su muerte fue detenido, pero desapareció de la estación de la policía.

En el Informe Anual 2016 de la Relatoría Especial para la Libertad de Expresión, aprobado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, hay un capítulo especial que se llama “Zonas silenciadas”. Junto a Mazatenango, Guatemala, y a la frontera paraguaya, Tamaulipas disputa la cima de la lista negra. Y cómo no: entre 2000 y 2015, fueron asesinados trece periodistas; es el estado número 3 del *top* de regiones más peligrosas para ejercer el periodismo en México (primero están Chihuahua y Veracruz); y, por si fuera poco, no existe una sola agencia es-

pecializada en materia de delitos contra la libertad de expresión.

Tamaulipas. México.

La tarde del sábado, antes de la reunión a la que sólo llegó el veterano periodista, le telefoneé a mi colega Javier Valdez. Habíamos acordado que le llamaría a las seis para entrevistarle sobre la agresión a los compañeros en Sinaloa.

— ¿Bueno?

— Soy Melva, Javier. ¿Tienes chance de hablar?

— No, pero ya qué, morra. Me despertaste.

Seguro bromeaba Javier.

Me contó que, en Sinaloa, el solo hecho de estar vivo ya es un peligro y que hacer periodismo es un riesgo diario. “Conocer el contexto del narco en el noroeste mexicano ayuda a moverte y seguir escribiendo historias. Como no puedes contarle todo, el contexto te guía y te enseña qué es lo que no vas a publicar. Es un contrasentido cabrón. Es frustrante y te genera impotencia, pero así tiene que ser, bajo esas reglas tienes que trabajar. No es necesario que el capo me llame y me diga: oye cabrón, no vas a publicar tal nota. Por ser periodistas y por vivir en Culiacán ya estamos amenazados. Es como en las películas del oeste, donde rodean a alguien y le gritan que se rinda. Nosotros no necesitamos que nadie nos grite, nosotros tenemos que salir con las manos en alto y con el culo apretado.”

A Javier lo mataron el 15 de mayo de 2017.

En Tamaulipas existe un periódico, *El Mañana de Nuevo Laredo*, que un día es amanezado, al otro le secuestran gente y al que sigue le matan a la cabeza.

Marzo 19 de 2004. Roberto Mora, el director del diario, camina hacia su casa cuando dos tipos lo alcanzan y lo apuñalan. Las autoridades locales desvían la investigación

y desechan la línea periodística. Mora había descubierto varios nexos entre el Cártel del Golfo y el gobierno estatal. No hay detenidos.

Febrero 6 de 2006. Por la noche, sicarios entran a la Redacción del diario. Disparan los fusiles y lanzan una granada. El reportero Jaime Orozco resulta herido por las esquirlas; perderá movilidad en piernas y brazos. No hay detenidos.

Marzo 9 de 2010. Tres reporteros de *El Mañana* —Pedro Argüello, Miguel Ángel Domínguez y David Silva— son secuestrados en Reynosa. El único que regresa es Silva. No habla con nadie. No hay investigación judicial. Ni siquiera el diario reporta el secuestro: hay miedo. No hay detenidos.

Mayo 11 de 2012. Otro atentado contra el diario. Otra vez en la noche. Otra granada. En esta ocasión, al menos, no hay heridos, sólo varios autos en el estacionamiento se han calcinado por el granadazo. Los directivos del diario anuncian que no publicarán más las disputas entre cárteles. No hay detenidos.

Enero 30 y 31 de 2017. El diario deja de circular. Es una precaución después de que tres empleados, responsables de la distribución, han sido golpeados por pistoleros. No hay detenidos.

Junio 24 de 2017. Directivos del diario informan que, por fuentes de Estados Unidos, saben que *El Mañana* sufrirá un ataque. En el periódico han estado investigando la gestión del alcalde: conflictos de interés, desvío de recursos y otras corruptelas que, en otro país, enviarían al funcionario a la cárcel. El alcalde, apoyado por el gobernador, acusa de extorsión al diario y anuncia venganza. Medio periódico solicita medidas cautelares ante los amagues del alcalde.

La mañana del domingo, antes de regresar a Monterrey, pedimos la factura del hotel, pero el hombre que nos atendió en la recepción nos dijo que tardaría. Quedamos de regresar. Fuimos al Martins a desayunar. En el restaurante, mi compañero y yo hablamos del horror que es vivir en Tamaulipas. Pedimos la cuenta, pagamos y, justo cuando mi compañero solicitó una factura para justificar los gastos a su empresa, ocurrió algo muy extraño: la mesera le preguntó que si la factura sería a nombre de mi compañero, de quien se sabía incluso los apellidos. Mi compañero y yo nos vimos a los ojos, sin poder articular palabra alguna. En ningún momento habíamos mencionado nuestros nombres. Disimulamos. Le dimos a la mesera algunos datos, esperamos a que se retirara y salimos huyendo. Mi compañero, cuya edad le ha dado experiencia y también presión alta y diabetes, no quiso siquiera regresar al hotel por la factura pendiente. Sabíamos que nos habían ubicado y que, si continuábamos en Ciudad Victoria, probablemente no la contaríamos. Le pisé al acelerador como si estuviera pisando a una víbora.

Nos sentimos seguros, ahora verán, hasta que cruzamos a un lado de una camioneta que siempre está estacionada sobre la carretera y que documenta y avisa quién entra o sale de Ciudad Victoria. Seguro le notificó a su jefe que los dos reporteros asustados ya habían cruzado a Nuevo León.

II: MONTERREY

Antes de 2007, los medios en Monterrey publicaban notas sobre accidentes, incendios, desastres naturales y crímenes pasionales. En ese entonces, reportero o fotógrafo que lle-

gaban primero, reportero o fotógrafo que ganaban la nota y la imagen. La competencia era dura y buena. Entonces la violencia vino de lugares lejanos a Monterrey y la mayoría de los periodistas se graduaron como corresponsales de guerra: algunos, que se aparecían en la escena del crimen pensando que se trataba de un homicidio por rencillas vecinales, se encontraron con que era una matanza de los Zetas y aún seguían disparando; otros, que fotografiaban a los cadáveres, fueron amenazados y echados del lugar por pistoleros que regresaban a recoger los cuerpos de sus compañeros.

Fue difícil para los colegas hacerles entender a los editores que la competencia sólo arriesgaba la vida, que ahora habría que trabajar en conjunto. Fue así como los reporteros y fotógrafos empezaron a moverse en grupos para cuidarse las espaldas. La regla no escrita fue la de viajar en caravanas, echando por delante a los vehículos de las televisoras, pues traían el logo de sus empresas y eso, de cierta forma, los identificaba ante los narcos y policías. Ningún reportero o fotógrafo volvió a llegar antes que las autoridades; todavía ahora nadie se para en la escena del crimen hasta que la Marina o el Ejército resguardan el lugar.

Muchos hemos recibido amenazas por medio de llamadas telefónicas — me contó un reportero en 2013. Tienen nuestros números y datos personales. Es trabajar bajo el terror y cuidándonos de todos. A mí me llamaron para advertirme que, si publicaba tal narcomanta, tal asesinato o tal matanza, mi familia iba a pagar las consecuencias. Todos teníamos miedo. Ya ni siquiera queríamos reunirnos en el Seven que está sobre la Constitución, donde por años los reporteros nos juntábamos para esperar los movimientos. Muchas veces en esa esquina se aparecieron personas que

nos avisaban de algún hecho. Me acuerdo que una vez llegó un cabrón para decirnos que ahí cerca habían colgado narcomantas. Después regresó para confirmar si habíamos ido a tomarle fotos. Seguro era un Zeta. Los reporteros de la nota roja no tuvimos ninguna oportunidad ni tiempo de tomar cursos especiales sobre protección. Nadie nos dijo cómo debíamos resguardarnos, ni qué era más importante: si la nota o nuestra integridad. Todo lo aprendimos sobre la marcha. Sí, se puso bien cabrón pa'todos. Hasta para el periódico intocable *El Norte*: a ése lo atacaron cinco veces; incendiaron sus instalaciones en Linda Vista, y en La Silla lanzaron granadas. A un reportero de TV Azteca, Gamaliel López, lo desaparecieron junto al camarógrafo Gerardo López. A ellos se los llevaron el 10 de mayo de 2008 y es hora de que seguimos sin saber de ellos. Tan cabrona estuvo la cosa que a algunos, nuestras empresas, nos dieron chalecos antibalas. Ahora los traemos arrumbados en la cajuela del carro.

III: COAHUILA

La primera y única vez que me han corrido de una iglesia fue en Allende.

A finales de 2012, mi compañero y yo nos trasladamos a Allende y a Nava, pequeños municipios que están a unos 60 kilómetros de la ciudad fronteriza de Piedras Negras. Traíamos la encomienda de investigar un hecho desconocido para entonces: el asesinato de más de 300 personas, todo porque dos ex Zetas se habían robado cocaína y el jefe de Plaza no se las perdonó. Rubén Moreira, el gobernador, había acusado a su propio hermano Humberto, el anterior mandatario, de no haber escuchado las denuncias que los pobladores levantaron sobre la masacre.

Mi compañero y yo acordamos viajar como una supuesta pareja de turistas, como lo habíamos hecho en otras ocasiones. Nos hospedamos en un hotel de paso en la calle principal de Nava. Pese a la amenaza latente que representaba la presencia de *halcones* en la esquina, mi compañero y yo salimos a cenar a un restaurante. Pasamos inadvertidos. La mañana siguiente nos dirigimos adonde, en 2011, los Zetas había levantado a más de 300 personas. Mi compañero tenía el dato de que habían destruido decenas de casas. Llegar a la plaza principal y ver que, justo frente a nosotros, había una residencia totalmente destruida a balazos y bazukazos, nos confirmó la magnitud de lo sucedido. Más casas estaban en la misma situación: ya no había ventanas ni puertas y las paredes, además de quebradas, estaban pintarrajeadas. Era obvio que ningún habitante hablaría sobre el asunto. La Presidencia municipal ni siquiera estaba abierta y no deseábamos acudir a otras instancias oficiales; queríamos conservar el bajo perfil. Algunos comerciantes nos dieron unos cuantos datos. Respondían a cuenta gotas a nuestros cuestionamientos. Y fue así como llegamos a la iglesia. Apenas nos identificamos con el sacerdote y le hablamos de la matanza, nos dijo: “Les voy a pedir que salgan de inmediato de aquí”. Lo único que conversó con nosotros fue que, muy posiblemente, ellos (los Zetas) estarían afuera, observándonos y espiándolo a él.

Salimos muy asustados.

Conocí a la agrupación nacional Periodistas de a Pie. Su fundadora, Marcela Turati, nos enseñó a crear redes entre colegas. Por eso, en 2014, dos reporteros y yo creamos la Red de Periodistas del Noreste. Somos unos 450 periodistas de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila los que nos hemos unido. Ante la indiferencia de las autoridades y de las

empresas para las que laboramos, no vimos otra alternativa que el apoyo entre nosotros, los que salimos a la calle, los que tomamos carretera y vamos a lugares como Reynosa, a pueblos olvidados como Allende o San Fernando, a Guadalupe o Monterrey. Porque el silencio no nos debe derrotar.

UNA SOCIEDAD SIN FUTURO

Sergio Ocampo Arista

I. LA AMENAZA

La tarde del 13 de mayo de 2017, un grupo de periodistas regresábamos de cubrir los bloqueos instalados por presuntos integrantes de la Familia Michoacana, en un tramo de varios kilómetros de la carretera federal que cruza la violenta zona de Tierra Caliente, en Guerrero.

Éramos siete quienes viajábamos en dos vehículos; conmigo los compañeros Jair Cabrera, Jorge Martínez, y Alejandro Ortiz, y en la otra camioneta estaban Hans Máximo, y Pablo Pérez, que venían de la Ciudad de México.

En la carretera casi todos los negocios y restaurantes tenían las cortinas abajo, por la advertencia de que serían quemados si no acataban la orden de permanecer cerrados. De ahí partimos rumbo a la ciudad de Iguala, por la carretera federal.

Pasamos por un retén militar, los oficiales hicieron las clásicas preguntas: ¿quiénes son? ¿de dónde vienen? ¿hacia dónde se dirigen?. Yo, como para mostrarnos amigables, les pregunté por qué no estaban en la “zona de guerra”, en donde había varios vehículos incinerados. Uno de los soldados me respondió “para que vamos si luego ustedes (los medios), dicen que violamos derechos humanos”.

Uno o dos kilómetros más adelante, nos encontramos con decenas de personas que, con piedras y palos, bloqueaban el paso en ambos sentidos, justo en una curva de la misma carretera federal. Nosotros íbamos adelante y el

otro vehículo nos seguía. Saqué unas monedas y las quise depositar en un vaso desechable que portaba un niño, cuando empezaron a rodear la camioneta varias personas más, la mayoría niños y jóvenes. Casi todos portaban rifles o pistolas y algunos estaban drogados. Incluso, minutos más tarde, se drogaron frente a nosotros mostrando sus armas a manera de amenaza.

De inmediato se escuchó la orden de uno de los dos líderes ¡quítenles todo el dinero, órale cabrones! Y fue entonces que unos niños nos pidieron nuestras carteras y sacaron dinero e identificaciones. Yo trataba de calmar la situación, les decía que conocía ese municipio, que había asistido a la “feria del atole”. Aunque eso los descontroló, de todos modos acataron las indicaciones de sus jefes.

¡Bájenlos!, se volvió a escuchar la orden. Y fue entonces cuando nos bajaron de las dos camionetas.

Nos dividieron en grupos. Hasta donde recuerdo, cada uno de nosotros fuimos rodeados por hombres armados, visiblemente nerviosos. Sentí miedo.

¡Déjenme hablar con el jefe! decía a manera de amenaza un tipo delgado, sin camisa, pistola en mano y drogándose frente a nosotros, al parecer con cocaína. Lo secundaba el otro líder, más bajo de estatura, que al parecer comandaba el bloqueo, y que también nos decía que estaba esperando órdenes del jefe, para decidir nuestro destino.

Después de una presunta llamada por celular, se escuchó un grito que para nosotros fue aterrador: ¡bajen todo lo que haya en las camionetas! Personalmente pensé que las cosas empeorarían. Pude ver las caras de preocupación y asombro de mis colegas, que miraban cómo varios niños y jóvenes nos despojaban de nuestras pertenencias sin poder hacer nada. Se llevaron todo, todo nuestro equipo de trabajo: cámaras de foto, cámaras de video, computadoras, teléfonos, grabadoras...

Otra vez los dos líderes, nerviosos o agitados por la droga ingerida, se paseaban frente a nosotros y hacían como que llamaban por teléfono. De pronto, el más chaparro, gritó: ¡se va una camioneta, la otra se queda!

El compañero Hans Máximo trató de intermediar por mi camioneta. Y un sujeto le apuntó con un arma en el cuerpo y luego en la cabeza. Fueron sólo unos segundos, que parecieron una eternidad.

Finalmente nervioso, y más violento, nos dijo: ¡o se van en una camioneta, o se quedan aquí con nosotros, y ya veremos qué hacemos con ustedes! Sin dudar decidimos, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, que aceptábamos partir en una sola camioneta.

Antes de partir, otro de los hombres armados nos lanzó una advertencia: “miren cabrones más les vale que en el siguiente retén (ubicado en Teloloapan), no digan nada, porque ahí tenemos *halcones*. Si dicen algo, nos los vamos a comer vivos, y los vamos a quemar vivos.

Obvio nadie dudó de la advertencia. Como reporteros nos había tocado escribir historias sobre los terribles crímenes de la región: desapariciones, ejecuciones, fosas clandestinas con restos incinerados, descuartizados. Así que cuando cruzamos el retén instalado en la entrada, a cargo de la Policía Tecampanera, dijimos que todo estaba bien. Lo cierto es que regresamos sin dinero, sin nuestros equipos y sin mi camioneta, que días después encontré en un negocio de grúas, y que recién recuperé.

Por esas fechas, los gobiernos del estado y federal habían implementado un operativo para presuntamente desarmar a los policías comunitarios que conforman el Movimiento

por la Paz de San Miguel Totolapan, un grupo con medio año de existencia que buscaba enfrentar a Los Tequileros, un grupo criminal que, según versiones de los habitantes de la región, tiene relación con el diputado con licencia del PRI, Saúl Beltrán Orozco.

Eso pudo haber detonado bloqueos en dos sentidos: por un lado, ciudadanos que defendían a los grupos comunitarios; por otro, grupos criminales que los querían fuera. Nosotros, los siete periodistas, quisimos ir a contar esa historia.

En el camino encontramos 3 vehículos incendiados, un tráiler repartidor y dos camionetas. Al llegar al punto conocido como Palos Altos, que comunica con el Estado de México, y que prácticamente es la entrada a la Tierra Caliente, nos impidieron el paso decenas de automóviles, en su mayoría del servicio público. Decidimos dejar los dos vehículos en que viajábamos, y nos fuimos a pie a recorrer unos 15 kilómetros. Pero más adelante, encontramos a policías estatales desalojando los bloqueos, por lo que decidimos volver por nuestros vehículos temiendo que si los dejábamos, los fueran a incendiar. Luego pasó todo lo que acabo de relatar.

En el momento de la agresión no tuve tiempo de pensar nada, sólo en salvar nuestras vidas. Yo sufrí una parálisis facial que me afectó el oído, aunque sin mayores complicaciones. Las certezas y las preguntas vinieron después. Pensé que realmente pudimos haber muerto, pues quedamos en medio de la disputa de dos grupos criminales, La familia Michoacana, y Los Tequileros. Gracias a que íbamos un buen número de compañeros las cosas no pasaron a mayo-

res. De haber sido menos, la historia sería diferente. Quizá no la estaríamos contando.

Repasé las imágenes de ese día, pero tal vez por fortuna o por precaución, no recuerdo las caras de ninguno de nuestros agresores. Solamente me acuerdo de sus voces y su nerviosismo. Era más que evidente que había una orden de que se nos “diera una lección”. Quizá está hablando mi instinto de padre de familia, pero lo cierto es que no tengo resentimiento hacia ellos. Por el contrario, siento tristeza por el futuro de esos niños y jóvenes. No me puedo imaginar qué será de ellos en dos o tres años, si sobrevivirán a las drogas y a la violencia. Y que ése no puede ser el destino de la gente pobre de Guerrero y del país.

II. EL CONTEXTO

Al menos desde 1960 Guerrero ha vivido constante violencia. En esa década los movimientos estudiantiles populares fueron atacados por soldados y 19 personas fueron asesinadas. De esas luchas surgió lo que ahora es la Universidad Autónoma de Guerrero y los guerrilleros Lucio Cabañas Barrientos y Genaro Vázquez Rojas. Otras masacres vinieron, la de 40 copreros asesinados el verano de 1967 en Acapulco, la de 17 campesinos asesinados en Aguas Blancas en 1995, la de 11 indígenas masacrados en 1998.

Guerrero fue escenario de la llamada “Guerra Sucia” que, en la entidad, tuvo un saldo de casi mil desaparecidos. Y en 2014, casi 40 años después, Guerrero de nuevo fue el lugar donde fuerzas del Estado atacaron a estudiantes normalistas de Ayotzinapa. Varias violencias se unen en ese crimen de los 43 estudiantes: la social, la política, la militar, la paramilitar y la del narco.

El crimen contra los normalistas nos sacudió a sociedad y periodistas: ambos tomamos mayor conciencia de lo

que sucede en el Estado y como periodistas nos vimos con la responsabilidad de informar con mayor profundidad las violencias que había involucradas en ese crimen.

III. SER REPORTERO EN GUERRERO

Pero no siempre fue así. Hace unos 25 años el periodismo en Guerrero estaba concentrado en mostrar los dichos del gobierno. A pesar de la militarización y la problemática social que se presentaba, los medios le servían al poder sin cuestionamiento alguno. No había indicios de una prensa independiente, tal vez con excepción de Radio Universidad, que difundía otro tipo de información.

Con el paso de los años los estudiantes egresados de las universidades le inyectaron otros ánimos y energías al oficio y gracias a las facilidades digitales, surgieron otros medios de comunicación. Esto ha sido un gran empuje, los reporteros nos sentimos con libertad para hacer nuestro trabajo y esa libertad es también una responsabilidad con la sociedad.

Sin embargo, a la par, encontramos obstáculos más fuertes para hacer nuestro trabajo. La violencia provocada por los grupos del narcotráfico nos ha llevado a la autocensura como una forma de proteger nuestra vida e integridad. De los 80 periodistas que trabajamos en la región de Chilpancingo, somos unos 15 los que aún acudimos a reportear al lugar de los hechos. Las empresas periodísticas no apoyan a sus reporteros y el trabajo lo hacemos asumiendo como propios, los riesgos del oficio. Hoy es difícil reportear los acontecimientos, cuando lo hacemos, vamos en grupos a hacer nuestro trabajo. Al menos aquí en Guerrero, se acabaron las notas exclusivas pues todos necesitamos de todos.

A lo largo de varios años, compañeros han sido objeto de agresiones. Sin ser un recuento riguroso, se me vienen a la mente la detención de Zacarías Cervantes, reportero de *El Sur*, por parte de la PGR, por publicar la noticia de un secuestro en un municipio de la Montaña Alta. Otro caso es del corresponsal de *Reforma*, Jesús Guerrero, citado por la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena), también por el contenido de una publicación. Uno más, ocurrió este año al periodista Alejandro Ortiz, quien fue amenazado por un grupo de autodefensa, que incluso lo agredió físicamente. El pasado 20 de agosto de 2017, Antonia Ramírez, mujer nahua, fue agredida por escoltas del gobernador Héctor Astudillo Flores; luego el 24 de agosto en Iguala, Alejandro Guerrero fue atropellado por sujetos desconocidos. Ese mismo mes, los compañeros Claudio Viveros, corresponsal de *El Sur*, y Raymundo Ruiz, de *La Jornada*, fueron hostigados y agredidos verbalmente por policías federales de la patrulla 12565, durante el bloqueo a la carretera federal Iguala-Taxco.

La Asociación de Periodistas del Estado de Guerrero (APEG), documentó que tan sólo en los meses de mayo y junio, se registraron en la entidad 17 agresiones a la prensa, siendo el municipio de Zihuatanejo, en la Costa Grande, el de mayor número.

Además varios periodistas han sido asesinados desde Rafael Villafuerte, director de semanario *La Razón*, en el año 2003 en Coyuca de Catalán, pasando por Misael Tamaño Hernández, director de *El Despertar*, en noviembre de 2006 en Zihuatanejo; Francisco Pacheco Beltrán, *El Sol de Acapulco*, en abril de 2016; hasta Cecilio Pineda, director del diario *La Voz de Tierra Caliente*, en marzo de 2017. Además de las desapariciones de los periodistas Leodegario Aguilera Lucas, y Marco Antonio López Ortiz. De nueva cuenta,

no se trata de un recuento riguroso, sino de mostrar algunos ejemplos sobre la violencia que vivimos los periodistas en Guerrero.

Además de la violencia, de la falta de condiciones laborales para ejercer el oficio, están las presiones que ejercen funcionarios de los tres niveles de gobierno, que van desde la amenaza encubierta a la directa, que a veces se traduce en agresiones físicas, y hasta la muerte. El gobierno, logró, al menos momentáneamente, el control absoluto de los medios en lugares claves como La Montaña, La Costa Chica, y la Tierra Caliente, en donde mediante el embute (o convenios) a los directivos de los medios de comunicación, ha dejado de fluir la información, salvo honrosas excepciones. Lamentablemente ni los ciudadanos, ni las organizaciones sociales y no gubernamentales han exigido el derecho a estar bien informados. Y no estarlo, provoca temor, ceder más derechos por miedo, y, sobre todo, una sociedad sin futuro.

UN VIAJE INTERIOR: EL SILENCIO CÓMPLICE O LA HISTORIA QUE PUEDE MATARTE

Norma Trujillo Báez

Desde lejos, leí el encabezado en los periódicos: “Asesinan a periodista...”. Sumaban siete los homicidios a colegas del puerto de Veracruz, y ante los ojos de todos, parecía que nada pasaba. “Es que publican nota policiaca”, “se llevaba con los malosos...”, eran señalamientos públicos de autoridades para justificar los crímenes contra periodistas. Pero el 28 de abril del 2012, el crimen de Regina Martínez, me cimbró, me indicó que no importa en dónde viven los periodistas ni las informaciones que reportan. Tampoco importa el medio de comunicación para el que trabajan. Ella fue estrangulada, y a otros colegas, las balas los privaron de la vida.

Los temas que llegamos a reportear Regina y yo me hacían dudar de si debía seguir o autocensurarme, me atemorizaba ser la reportera incómoda. Recordé cómo investigar el crimen contra la indígena Ernestina Ascencio nos convirtió en “apestadas” para las autoridades locales y federales ante la negación de lo evidente: la participación de elementos del Ejército o la persecución de indígenas de Ixhuatlán de Madero, por la policía estatal. Exhibir la corrupción que desde los primeros días del gobierno de Javier Duarte ya se observaba. El miedo me invadía. Sin embargo, mi conciencia decía ¿por qué el silencio? , ¿por qué no decir

nada cuando habían asesinado a una colega y amiga?, ¿acaso tendría que autocensurarme y aceptar la versión del gobernador que afirmaba “no pasa nada”? Vale decir que, en aquellos años, los índices de desaparecidos ya eran altos, el crimen organizado ya estaba ahí, con ejecutados, persecuciones, balaceras; estaba ahí, en donde ya se prefiguraba que no había una línea divisoria entre gobierno y ellos.

Años antes, la información relacionada a esos crímenes se clasificaba como “policíaca” o “nota roja” y eventualmente se publicaba aislada, en cualquier página o esquina perdida de los diarios. No imaginábamos las dimensiones que había detrás del reporte de un crimen, no imaginábamos que podría ser la punta del *iceberg* de algo oscuro, monstruoso o inentendible.

Ese estar entre el miedo y la ética personal, tan premoderna, tan de pueblo, tan heredada de mi madre, me hacían tener cautela, hasta que ya no pude callar. Como un volcán contenido, explotaron todos esos recuerdos sutiles y aislados de agresiones que uno deja pasar, que les resta importancia y minimiza su efecto al temer ser acusada de paranoica o bipolar.

En esta lucha interna, emergieron mis recuerdos: “compañeros” que, mandados por su “padrino político”, sembraban un soterrado miedo con un comentario inocente para afectar tu conciencia y tu valor; cómo olvidar cuando convocamos a manifestarnos el 7 de junio de 2012 y un colega oficialista dijo que era un “boicot hacia Javier Duarte”; cómo olvidar a los dirigentes de organizaciones sociales y políticas “combativas” que, simulando amistad, manipulaban información; o la insospechada omnipresencia de la “policía política”, fundada en el sexenio del priísta Fernando Gutiérrez Barrios, que entrenados en el manejo de armas y como operadores políticos se nos acercaban como “ami-

gos” para invadir nuestra vida privada y hacer un perfil personal. Estas eran las situaciones que ocurrían aisladas pero que juntas me hicieron sospechar de una estrategia de control gubernamental. Esas personas a las que la *vox populi* ha puesto “orejas”, se encargan de recabar información sobre nuestros gustos, preferencias, familiares, datos útiles para “negociar” la información a publicarse. Orejas que se hacen pasar por periodistas de un medio aceptado por los actores sociales o políticos. Orejas con actitud militar o de personas agradables, algunas mujeres arregladas y hermosas, que graban nuestras entrevistas y conversaciones con las fuentes o nos dan seguimiento personal. Cómo olvidar aquella mujer que decía ser del Estado de México, ser amiga de Roberto Madrazo y de una defensora de derechos humanos y, por qué no, también ser reportera de *El Universal*, pero a quien se le vio entrar al Palacio de gobierno por las noches para informar al Estado sobre acciones y vida de los actores políticos, sociales y reporteros.

Esos recuerdos salieron de golpe y trastocada por el dolor y el coraje por el asesinato de Regina, reuní a Lupita, Rodrigo, y otros amigos que se encontraban fuera de Xalapa. Redacté una carta pública dirigida al a Felipe Calderón y a Javier Duarte, exigiendo justicia para nuestra compañera, corresponsal de la revista *Proceso*, pero también para todos los colegas asesinados, como Gabriel Hüge, Guillermo Luna Varela y Esteban Rodríguez Rodríguez, encontrados en bolsas negras de plástico, cortados en pedazos y dejados en la rivera de un canal, como el asesinato de Miguel Ángel López en la madrugada del 20 de junio de 2011 junto con su esposa y uno de sus hijos dentro de su domicilio en el puerto de Veracruz, o el de Yolanda Ordaz, encontrada muerta la madrugada del 26 de junio de 2011, atrás de las instalaciones del periódico *Imagen de Veracruz*, en el puerto.

Después de esa carta soportada por la firma de varios colegas, los asesinatos de nuestros colegas continuaron: Gregorio Jiménez, Moisés Sánchez, Armando Saldaña, Juan Mendoza, Rubén Espinosa, Manuel Torres, Anabel Flores, Pedro Tamayo y las desapariciones de Gabriel Fonseca, Miguel Morales Estrada, Sergio Landa Rosado.

Con ese coraje por la omisión de los gobernantes, un puñado de reporteros que, dicho sea de paso, éramos mal vistos por la gran mayoría del gremio que viven de *chayos*, de regalitos, o de convenios publicitarios, empezamos a salir a las calles a reclamar, pero el reclamo no sólo reflejaba nuestra exigencia de justicia ante los crímenes de mis compañeros, sino también señalaba que estábamos en un problema. Nos encontrábamos sumidos entre el arrebato de la vida como una forma de amedrentar la libre expresión y promover la autocensura. Todo olía a sangre. Veracruz podría quedar en el silencio, como le pasó al estado vecino de Tamaulipas, en donde se dejó de informar sobre los crímenes de los cárteles, de la violencia que imperaba en sus ciudades, y esto sería grave para nuestro estado porque con el silencio y el “no pasa nada” gubernamental, los niveles de inseguridad crecían y la impunidad ya estaba presente, si se hubiera callado la cantidad de desapariciones forzadas rebasaría a las más de 20 mil personas que cuantifican los grupos de familiares de desaparecidos; no contar la corrupción más poblaciones se hubieran quedado sin servicios de salud como ocurrió en el municipio de Papantla, en donde el Hospital Regional en el 2015 no existía, pero de acuerdo a los informes de gobierno había sido reconstruido, había sido reubicado en dos ocasiones y se habían destinado en el 2012, 40 millones 487 mil 248 pesos del Fonregión o en el caso del proyecto hidroeléctrico en el río Los Pescados, en donde el gobierno de Javier Duarte integró una sociedad

anónima con la empresa brasileña Odebrecht, que de no haberle dado seguimiento a las poblaciones afectadas, éstas habrían sido despojadas de sus tierras.

Protestar de manera pública, como lo habían hecho campesinos, estudiantes y maestros, hizo que la vocera del gobierno de Duarte de Ochoa, Gina Domínguez, afirmara que nuestra convocatoria a no festejar el día de la libertad de expresión en México, sino protestar por los diez asesinatos impunes que habían ocurrido hasta ese momento, se trataba de “un boicot contra el gobernador”. A partir de ese momento comenzó el hostigamiento estatal: dos policías vestidos de civil, pero armados, me persiguieron para darme personalmente un citatorio como “testigo” del crimen de Regina. Luego le siguieron los actores políticos, afines al partido gobernante y a su gobernador en turno, quienes me negaron entrevistas y desmintieron, sin pruebas, mis escritos periodísticos.

NUESTRA VOZ ALTERNA

A partir de junio de 2012 el hostigamiento pretendió silenciarme en cualquier tema de mi cobertura periodística. En octubre de 2013 en el Tribunal de Conciencia para los derechos de las mujeres, que se llevó a cabo en la ciudad de Guadalajara, insistí que privaba la impunidad en el caso de Regina y sólo se simulaba que se investigaba. Eso molestó al gobierno estatal y después de ello, mi cobertura generó nuevas amenazas en mi contra. No sólo por cubrir temas vinculados al crimen organizado, como el hallazgo de fosas clandestinas, víctimas colaterales, desaparecidos por la policía estatal o el caso particular del secuestro de cinco jóvenes de Tierra Blanca, sino por publicar trabajos de investigación de corrupción, enriquecimiento ilícito de auto-

ridades, el desvío de recursos para apoyar a los candidatos a los cargos de elección, deuda estatal, protestas contra la reforma educativa o sobre proyectos energéticos de las transnacionales en asociación con políticos locales —en estos casos, había un riesgo adicional a las amenazas, pues el crimen organizado es usado para amedrentar a las comunidades y eliminar a las oposiciones.

Las amenazas y hostigamiento no nos callaron. Con un grupo de jóvenes reporteros impulsamos la defensa de la libertad de expresión y la memoria de los compañeros asesinados y criminalizados por las autoridades. Queríamos hacer nuestro trabajo lo más apegado a la realidad y defender nuestro derecho a difundir con libertad. Entre este grupo de periodistas que nos reunimos destacaba Rubén Espinoza. Con Rubén compartimos miedos, temores, persecuciones. Recuerdo que cuando lo conocí, lo habían despedido de su trabajo como fotógrafo del Ayuntamiento de Xalapa, pero antes de despedirlo, su jefe le advirtió que dejara de mandar al semanario *Proceso* gráficas incómodas de funcionarios del gabinete duartista, “estás publicando estas fotos, cuando tú ya viste que a Regina ya la mataron, ¿tú qué esperas?”, recuerdo que él me contó. Claro estaba que a la administración de Duarte les molestábamos. Le molestaba nuestra exigencia de justicia y la demanda que tomaran como línea principal de investigación judicial el trabajo periodístico de los colegas asesinados. Así fue consolidándose el grupo que después tomaría por nombre: Colectivo Voz Alterna.

Pero entusiasmo y riesgo es una combinación poco afortunada para cohesionar un colectivo. Unos colegas entraban, otros salían, algunos por miedo abandonaron la lucha y otros porque sus patrones les prohibían manifestarse, incluso, algunos jefes llegaron a prohibir relacionarse con quienes integrábamos Voz Alterna. Eran los tiempos en

que nadie se atrevía a contrariar al gobernador, era la política de comunicación social: si no te corrompo, te desprestigias. Cómo olvidar cuando irrumpimos la comparecencia ante diputados del secretario de Seguridad Pública, Arturo Bermúdez Zurita, para reclamarle que sus elementos habían golpeado a fotoreporteros y periodistas en el desalojo del campamento de maestros instalado frente al Palacio de gobierno en la víspera del grito de Independencia, del “aullido de impunidad” de Duarte.

En nuestra resistencia, cambiamos simbólicamente el nombre de la Plaza Sebastián Lerdo de Tejada, ilustre veracruzano y acérrimo juarista, por el de Regina Martínez, nuestra compañera. Fue Rubén Espinosa quien puso la primera placa con el nuevo nombre de la Plaza, placa que sólo duró una tarde porque personal del Ayuntamiento xalapeño la retiró por instrucciones del gobernador. Tres veces la pusimos y tres veces nos la quitaron.

Otro momento importante para el Colectivo Voz Alternativa fue la creación de la Comisión de Protección y Atención a periodistas del Congreso local, que terminó por sumarse a las simulaciones que hacía el gobierno junto con la Comisión Estatal de Protección a Periodistas —órgano autónomo, que a la fecha sigue sin atender a fondo el problema de riesgo de los periodistas y sólo se limita a dar “chayos institucionales” o lo que ellos han llamado “apoyos sociales”, es decir dar recursos económicos para que periodistas estudien, recursos para que puedan cambiar las llantas de autos de reporteros.

En Voz Alternativa luchamos por la protección integral del periodista, de ahí la solicitud que hicimos ante la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Secretaría de Gobernación y con apoyo de la ONU, para lanzar una “Alerta temprana de Protección a Periodistas”, en la que exigimos

la revisión de las investigaciones de los crímenes contra periodistas, revisión de las condiciones laborales por parte de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, federal y estatal, transparencia de los recursos públicos destinados a la publicidad en los medios de comunicación y una reforma a la ley que creó a la Comisión Estatal de Atención y Protección a Periodistas. Este esfuerzo resultó en una llamada de atención al gobierno de Veracruz, pero a final de cuentas no se aplicó y sólo quedaron las firmas en el papel.

A pesar de nuestra resistencia y grito auxiliado por organizaciones como Periodistas de a Pie y Artículo 19, la situación no mejoraba en Veracruz. Por el contrario, las agresiones se replicaban a colegas en ciudades como el Puerto de Veracruz, Coatzacoalcos, Xalapa, Acayucan, Orizaba y Tierra Blanca.

En noviembre del 2015, y ya alerta por las amenazas en nuestra contra, me percaté que en la "Plaza Regina" un "oreja" le tomó fotografías abiertamente a mi hija con su celular, por lo que presenté una denuncia ante la Fiscalía del Estado de Veracruz. Una menor de edad víctima de intimidación por parte de un servidor público. En la Fiscalía me mandaron a hacer un peritaje psicológico y el proceso se convirtió en un ir y venir para supuestamente "documentar" pruebas, pero con el fin de hacerme desistir de la denuncia contra personal de la Subsecretaría de Gobierno. Han pasado dos años del incidente y sigo esperando la solución y la respuesta de la Fiscalía Especializada en Atención de Delitos cometidos contra la Libertad de Expresión sobre amenazas de muerte que llegaron a mi celular como "hoy saldrás y morirás". Para la FEADLE, no se consumó el delito de amenaza porque he aprendido a vivir con el miedo.

Para entonces, el verano del 2015, ya habían sido

asesinados trece compañeros periodistas durante la administración de Javier Duarte: Noel Olgún, Miguel Ángel Solano, Misael López Solana, Yolanda Ordaz, Regina Martínez, Guillermo Luna, Gabriel Hüge, Esteban Rodríguez, Víctor Báez, Gregorio Jiménez, Moisés Sánchez, Armando Saldaña, Juan Mendoza, Rubén Espinosa, Manuel Torres, Anabel Flores, Pedro Tamayo, Ricardo Monlui.

El olor a sangre no terminaba de sorprendernos. Rubén Espinosa tuvo que salir en el mes de junio del 2015 a la Ciudad de México, luego de varios episodios de amenaza, como la ocasión que en pleno centro de la capital veracruzana, fue perseguido por dos hombres armados desconocidos. El 31 de julio del 2015 silenciaron a Rubén en la ciudad donde se había refugiado.

Desde aquel 28 de abril del 2012 cuando asesinaron a nuestra compañera periodista Regina Martínez, el coraje sigue siendo más fuerte que el miedo, más grande la solidaridad que el egoísmo, más enérgica la convicción que la comodidad, como para seguir escribiendo historias, siendo testigo de lo que vive mi país.

P.D. Ahora que llegó la alternancia siguen las estrategias ya conocidas para infundir el miedo, las expresiones contra periodistas son semejantes a las del régimen del PRI. No han cambiado las prácticas ni se ha reestructurado el Estado, como para confirmar que la alternancia benefició a la libertad de expresión. Sigue la impunidad y la violencia no cesa. Pero sigo siendo periodista.

Xalapa, Veracruz. Verano de 2017.

Este libro se editó la Ciudad de México
en el mes de enero del año 2018.

Todos los derechos reservados.